RASTRO MORTAL

TRAS LAS HUELLAS DEL PASADO

Antonio Orozco Guerrero

RASTRO MORTAL

TRAS LAS HUELLAS DEL PASADO

Antonio Orozco Guerrero

Año 1974. El joven inspector Horacio Ventura sigue el rastro de un asesino que ha acabado con la vida de varias personas en un club de alterne. Le acompaña el agente Juan Pérez, un veterano demasiado proclive a repartir bofetadas, y Laura Kobler, una prostituta del club, que se salvó de milagro de morir a manos del asesino. Nadie lo sabe, pero Laura es más que una testigo, pues su búsqueda esconde un deseo de recuperar las huellas de un pasado ya lejano.

Durante la trepidante persecución, los roces entre los tres seguidores del rastro del criminal serán constantes, pero, al mismo tiempo, su amistad y unión se irán haciendo cada vez más fuertes.

¿Conseguirán capturar al asesino?

¿Qué terrible secreto puede descubrir Laura si lo hacen?

Antonio Orozco Guerrero

Rastro mortal

Tras las huellas del pasado

ePub r1.0
Titivillus 21.02.2023

Antonio Orozco Guerrero, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

NOTA PREVIA

Salvo ciertas alusiones al marco histórico en el que se desarrolla esta novela, tanto el relato como la mayor parte de los personajes principales que aparecen en él, son pura ficción.

Por otro lado, las conversaciones y opiniones que se vierten son parte de un escenario ficticio, e independientes de los criterios personales del autor.

El año 1974 acaba de comenzar.

En España, a la situación convulsa provocada por la conocida como «crisis del petróleo», se suma una delicada situación política. Tras la designación, en 1969, del príncipe don Juan Carlos de Borbón como sucesor a la Jefatura del Estado, y ante los signos de descomposición del régimen, al compás del deterioro físico del dictador Francisco Franco, parece que el país podía abrirse a ciertas libertades.

Es un espejismo, pues el Caudillo, para despejar cualquier duda, ha designado como presidente de Gobierno a Luis Carrero Blanco, firme partidario de la continuidad. No obstante, el 20 de diciembre de 1973 se abre un breve periodo de crisis e incertidumbre para el régimen, a causa del atentado de la banda terrorista ETA contra el presidente mediante una tremenda explosión que hace saltar su coche oficial por los aires.

Pocos meses atrás, en el Sahara Occidental, provincia española situada frente a las islas Canarias, se acaba de fundar el Frente Polisario, una organización creada para la consecución de la independencia de El Sáhara respecto a España.

Todo parece indicar que, a pesar de los esfuerzos de los elementos más conservadores, el franquismo se encuentra cerca de su recta final.

Un tipo peligroso

Un hombre robusto y más bien alto, de treinta y cuatro años mal llevados, conducía mientras canturreaba la canción que sonaba en el radiocasete del vehículo que conducía a través de Madrid, en dirección a la carretera de Andalucía. Su rostro se distinguía por unos ojos pequeños e inexpresivos, una mueca desagradable, mezcla de desdén y arrogancia, y una sonrisa equívoca que dejaba ver unos dientes pequeños e irregulares.

Iba rememorando los últimos días. Unas cuantas jornadas en las que había vivido acontecimientos intensos para él y duros para otros que se habían cruzado en su camino.

—¡Qué *jodío* el irlandés! Si me descuido me mata, el muy cabrón —dijo en voz alta—. ¿Y el cajero? ¡No se puede ser más tonto! ¿A quién se le ocurre arriesgar la vida por defender lo que no es suyo? ¡Que se jodan los dos! Del capitán Arrieta, lo que me pesa es no haber tenido tiempo de ajustarle las cuentas como me hubiera gustado. Matarlo sin más no ha sido suficiente. Si es que lo he matado, que esa es otra. Las prisas no son buenas.

Continuó cantando entre dientes hasta que vio el cartel que anunciaba que pasaba a la altura de Valdemoro. Echó un vistazo al indicador del nivel de combustible y puso cara de fastidio. «Poco más de un cuarto —pensó—. Tengo que echar gasolina pronto, no vaya a ser que me quede parado en el arcén y me detenga la primera pareja de la Guardia Civil que se pare a ver qué me pasa. De todos modos, lo mejor será no parar en ninguna gasolinera y darle el cambiazo a este trasto en una venta o en el primer aparcamiento que me encuentre. Lo mismo han dado la matrícula del coche».

Francisco García Menacho había nacido en un pueblo de la provincia de Jaén. Era muy joven el día que salió del pueblo para no volver nunca más.

Fue un niño como cualquier otro, más o menos. Su padre trabajaba en la aceituna cuando se terciaba y mantenía un huertecillo, todo lo cual no era suficiente para mantener a la familia. Sin su madre, a pesar de tratarse de una mujer menuda y apocada en apariencia, la familia se habría ido al traste en pocos años. No fueron pocas las veces que la diligencia de la mujer en limpiar casas, tejer jerséis y gorros de

lana para venderlos o hacer lo que se terciara para ganar unas pesetillas, resultó imprescindible para llegar con comida a final de mes.

El chico iba a la escuela, como todos. Allí no faltaron al principio las burlas de algunos compañeros, muy merecidas según ellos, por sobresalir en estatura, así como por tener unos ojos diminutos, unos dientes de ratón y unas orejas despegadas.

Tenía cara de niño bueno, pero los insultos y vejaciones hicieron que su instinto se avivara. Fue la primera ocasión —aunque no la última— en la que llegó a la peregrina conclusión de que la vida consistía en formar parte de uno de estos dos grupos: los que abusan de los demás y los que sufren vejaciones y maltratos sin chistar. Y no tardó en decidirse a entrar de lleno en el primero.

En poco tiempo, los compañeros lo temían más que a una vara verde, sobre todo los que se habían reído de él. Era más alto y más fuerte que la mayoría y repartió más tortas y bofetadas en el colegio que las que recibía en casa, todas de parte de su padre, que todo lo que tenía de flojo para trabajar lo tenía de diligente para dar palizas.

Llegó a tener algunos amigos, aunque lo cierto es que nunca estuvo seguro de si lo eran porque sabían que con él estaban protegidos o por miedo a pasar al nutrido bando de los que recibían sus bofetadas y puñetazos.

Terminó la enseñanza primaria con once años y su padre se empeñó en que lo ayudara en el huerto, lo que venía a equivaler a que lo hiciera casi todo, porque, lo que es él, bien poco hacía. Lo cierto es no solía hacerle el menor caso y el padre estaba demasiado entretenido en la taberna para saber si estaba acá o allá.

En resumen, la mayor parte del tiempo se la pasaba en la calle, jugando a las canicas, al trompo, a las chapas o al billar, donde se sacaba algunas pesetillas por ayudar al dueño a controlar las partidas.

Con los años, se hizo más pendenciero y provocador. No había chico de su edad, o incluso de algunos años más que él, que se atreviera a llevarle la contraria o ni siquiera a mirarlo a los ojos. Era fuerte y atrevido, y disfrutaba al ver el temor pintado en las caras de los demás. Todo su empeño era desquitarse de las burlas antiguas.

El único asunto que se le resistía era el de las chicas. Con la adolescencia, apareció el deseo de tener relaciones con alguna. Lo normal. La cosa estaba complicada en un pueblo pequeño, y más en su caso. Los sufridores de sus puñetazos, y todos los que lo conocían en general, tenían avisadas a sus hermanas o hijas con un *vade retro* en lo que se refiere a su persona. Por otro lado, las niñas habían estudiado en colegios diferentes, jugaban en grupos separados de los niños y él

no tenía ni idea de cómo empezar a hablar con ellas.

Al principio, logró acercarse a alguna incauta, que no terminaba de estar al tanto de su mala fama, pero sus manos, demasiado largas, y las consignas de padres y hermanos consiguieron que la inmensa mayoría de las féminas huyeran de él como alma que lleva al diablo.

Solo hubo una chica que aguantó durante un tiempo a Paquito. La cosa duró algo más porque él se hizo el firme propósito de aguantarse y no toquetear a la muchacha hasta que accediese. No obstante, ella no parecía estar dispuesta a dejarle sobrepasar ciertos límites.

Al final, el chico decidió que lo mejor era marcharse del pueblo. Allí no tenía nada que hacer. Le quitó a la madre un par de billetes de mil pesetas que ella tenía guardados como oro en paño, y con eso se apañó durante un tiempo. Se le ocurrió dirigirse a Madrid pues pensaba que allí tendría más oportunidades de encontrar algún trabajo.

Unas semanas más tarde de su salida, cuando casi se había quedado sin blanca, se encontraba en un bar de Alcalá de Henares, tomando un café y unas tostadas.

—¿Qué pasa, muchacho? —El de la pregunta era un legionario de elevada estatura, barba negra como el cordobán y más larga que un día sin pan, y camisa despechugada hasta la cintura—. Ya mismo te toca hacer el servicio militar, ¿no?

—Todavía me quedan unos años —respondió el chico, medio atragantándose con el café.

—A ti lo que te interesa ahora es una buena paguita, compañeros de cojones y tías buenas en abundancia. ¿A que sí?

—Hombre, eso le interesa a cualquiera —respondió Paco.

—Pues en la Legión puedes tener eso y más. Y encima sirves a la patria como caballero legionario. ¡Ahí es nada! A las chavalas se les caen las bragas en cuanto ven un chapiri.

—¿Y eso qué es?

—¿El qué?

—El chapiri ese.

—¿Qué va a ser? El gorro que usamos los legionarios. Como este que llevo yo. Venga, chaval, anímate. ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete recién cumplidos.

—¡Perfecto! Firmas dieciocho meses de voluntario y ya te vale como si hubieras hecho la *mili*.

—Deje, deje. Usted dice lo bueno, pero seguro que se caya lo malo. ¿Y la disciplina? ¿Y los bofetones? Porque todo el mundo sabe que la legión es dura de cojones.

—¿Qué pasa, chaval? ¿No me has visto a mí? Mira la barba que

llevo. En la Legión puedes ir como te dé la gana y los mandos te lo consienten. Hombre, por supuesto que hay que echarle un par de huevos, pero para eso estamos los hombres, para echarle huevos a la vida. ¡¿O no?!

—Hombre, yo…

—¿Tienes o no tienes huevos?

—La duda ofende.

—¡Pues ya esta, coño! A ver, camarero, póngale a este caballero un copazo de coñac, que le voy a contar cómo nos lo pasamos en Ifni.

Una semana después, Paco se encontraba en Sidi-Ifni, destinado en el Tercer Tercio de la Legión «Don Juan de Austria».

No le había engañado, al menos en parte, el legionario de las barbas: se cobraba una paga suficiente para vivir, aunque a lo justo, y en Sido-Ifni había más prostitutas de las que él podía haberse imaginado. Los compañeros, en general, no eran malos, aunque cada uno iba a lo suyo. Por otro lado, bebida no faltaba. En el tercio se solía afirmar que para qué se tenía que beber agua si güisqui salía más barato. No les faltaba razón, al menos en parte.

Tampoco se equivocó él chico en lo de la disciplina y las bofetadas, y si lo hizo fue por quedarse corto. De todos modos, pronto descubrió que los inconvenientes eran algo a lo que uno se acostumbra en poco tiempo. Como parte del oficio. Al final, uno se acostumbraba a las constantes jornadas de dura instrucción, a las marchas forzadas con todo el peso del calor y las maniobras de varios días en el desierto. Tal como lo veía él, las prostitutas y las borracheras compensaban con creces todo lo demás.

Su capitán le recomendó que se apuntase a los cursos de cabo y en pocos meses se vio con tres galones rojos que le conferían, entre otras, la ventaja de encontrarse entre los repartían los guantazos.

En la época en la que ocurrieron los sucesos llamados «Guerra de Ifni», Paco tenía dieciocho años y ya era cabo primero. Él siempre pensó que aquel fue un conflicto inútil que para lo único que sirvió a España fue para perder el territorio de Cabo Juby, aunque le permitió quedarse con el resto del territorio de Ifni durante unos años más. Todo a costa de la muerte de tres centenares de soldados españoles.

Durante aquellos días de guerra, consiguió algo muy difícil para un individuo de la clase de tropa: una cruz roja al mérito militar. Estaba de segundo jefe de la guardia y tuvieron un asalto de miembros del que se había llamar Ejército de Liberación Marroquí, a pesar de tratarse de una fuerza irregular. En medio de la oscuridad, consiguió matar a varios atacantes por medio de disparos certeros de mosquetón y golpes con el cuchillo-bayoneta, lo cual lo convirtió en una especie

de héroe en el rechazo del ataque. Paco aprendió aquel día que se podía matar sin que la conciencia se lo recriminase a uno.

Tras los acuerdos de Cintra entre España y Marruecos, todo volvió a la normalidad de las marchas forzadas, los ejercicios de tiro, las borracheras y las prostitutas. Paco se pasó más de diez años en Ifni, compaginando su deterioro personal con la dureza y disciplina de una unidad militar de gran prestigio y extraordinarios hechos de armas.

En 1969 se anunció que España abandonaba el territorio de Ifni. El tercio al que pertenecía Paco se trasladaría más al sur, al territorio del Sahara Occidental que España mantendría durante unos años más.

Allí pasaría unos pocos meses más, hasta que sucedió algo que resultó fundamental en su futuro. Si no hubiera ocurrido lo que ocurrió, habría acudido a los cursos de capacitación para el ascenso a sargento, pues su promoción de cabo primero estaba a punto de ser convocada. Tal vez hubiera sido un buen suboficial, aunque, probablemente, sus malos instintos habrían terminado por pasarle factura. En cualquier caso, las cosas pintaron de otra manera. Una noche, pocos días antes del plazo para reengancharse por otro periodo de servicio, sin casi saber cómo, se vio con un montón de billetes de mil pesetas en el bolsillo, tras una partida de cartas.

Al día siguiente, se presentó en la Plana Mayor de Mando y comunicó que quería retirar su solicitud de reenganche. Una semana después se encontraba en Bilbao. En pocas semanas se gastó casi todo lo que había ganado en la partida en botellas de champán y mujeres.

Estaba casi sin blanca cuando fue detenido en un burdel de las afueras de Bilbao. La policía había recibido información acerca de que se vendían estupefacientes en el local y aprovechó una noche para detener a todo el que se encontraba en su interior. Entre una cosa y otra, a pesar de no haber tomado ni comprado droga en su vida, el Lejía se pasó casi un mes en prisión hasta que lo dejaron libre por falta de pruebas.

En aquellos días de prisión, sufrió una experiencia que terminó de afianzar la dirección que siguió el resto de su vida, resumida en una de sus frases favoritas, que ya se venía fraguando desde la niñez: «En este mundo hay dos clases de personas: los jodidos y los que joden. Yo pertenezco al segundo grupo».

En la misma celda que él ocupaba, había dos extranjeros, de Nigeria ambos, que habían sido detenidos en el mismo prostíbulo. Una de las primeras noches, los dos hablaban entre sí y lo miraban como si trataran sobre algo que tuviera que ver con él. La conversación se fue haciendo cada vez más brusca y la cosa terminó en puñetazos, hasta que uno de los dos levantó las manos en señal de rendirse. El otro se

giró hacia Paco con cara de triunfo mientras se tocaba cierta parte bajo los pantalones.

Paco comprendió al instante que los dos compañeros de celda se habían peleado para decidir quién el primero en disfrutar de su trasero. «Este me quiere dar por detrás —pensó—. Pues le va a dar a su puta madre».

El sujeto se le acercó con una sonrisa y le hizo señas para que se diera la vuelta; el Lejía, con una sonrisa, le indicó que se quitara antes los pantalones, a lo que el otro accedió de inmediato. El compañero observaba la escena con interés. Nada más quitarse el vencedor de la pelea los pantalones, dejando su miembro viril apuntando hacia Paco, este le agarró los testículos con fuerza. El otro comenzó a chillar y a encorvarse ante la inesperada y dolorosísima acción.

Paco, ante la posibilidad de que los guardias oyesen los gritos, le tapó la boca con su mano libre.

—¡No grites mariconazo, que solo te voy a arrancar los huevos!

—¡No grito, no grito, pero suelta!

Aflojó algo —más bien poco— la presión. Lo suficiente para que el otro dejase de gritar.

—¿Entiendes cristiano, mariconazo?

—¡Sí, sí, yo *entiende*.

—¿Y tú, también entiendes lo que estoy diciendo? —le preguntó al otro sin soltar al supuesto ganador del trofeo.

—Sí. Entiendo un poco.

—Vale. ¡Pues, a partir de ahora, como a uno de los dos se le ocurra rozarme, me busco una navaja de afeitar y lo rajo de arriba abajo! ¡¿Está claro?!

—Sí, sí —respondieron los dos.

—Por mí como si os la cascáis el uno al otro, pero a mí me dejáis tranquilo. ¡¿Entendido?!

—Sí, sí, entendido.

A partir de aquel día, hubo paz en la celda del Lejía, si bien este, por si acaso, se agenció, a buen precio, la punta de una navaja envuelta en unos trapos bien sujetos, y tuvo buen cuidado en que sus dos compañeros supieran que la llevaba siempre a mano.

No le resultó agradable tener que estar siempre alerta y cuando salió de la prisión se prometió a sí mismo no regresar nunca más a un lugar como aquel.

Cuando quedó en libertad no tenía más que unos pocos billetes. En una tasca de Las Siete Calles, conoció al capitán Arrieta, patrón de un barco pesquero que faenaba en el Mar del Norte. Comenzaron a compartir charlas y chacolís, pero Arrieta no era capaz de seguirle el

ritmo.

Un día, hablando con el capitán, mientras bebían un vaso, Paco le trasladó trasladó su opinión sobre las mujeres.

—¿Sabe qué le digo, capitán? —le preguntó.

—Si lo supiera no haría falta que me lo dijeses, Paco.

—Pues le digo que todas las mujeres son unas putas.

—¡Hombre, Paco, no digas eso!, que de todo hay en la viña del señor.

—¡Qué viña ni qué gaitas! ¡Todas, capitán!

—¡Joder, Paco! Entonces, ¿la mía es también una puta?

—Hombre no, capitán. Digo todas, menos la suya.

Aquello se convirtió en una gracia que le gustaba contar y pregonar al antiguo legionario para provocar las risas de los demás. Era algo en lo que creía sin dudar, pues desde que dejó a su única novia no conocía otra cosa más que a las pobres mujeres de los clubs de alterne y a algunas más que siempre buscaban algo a cambio de sus favores.

Arrieta lo convenció lo convenció para que se embarcara en su barco. A Paco le pareció que sería un trabajo sin complicaciones y una manera como otra cualquiera de sacar un dinero para sus vicios. No se podía imaginar que se trataba de un trabajo duro en extremo, en el que nunca faltaban las tormentas y las nauseas.

Pesquero de altura

Paco, más conocido por sus compañeros como «El Lejía», llevaba más de tres años como marinero a bordo del *Neptuno*, el barco que patroneaba Arrieta. Se trataba de un buque moderno, con más de mil quinientas toneladas métricas de desplazamiento bruto, dotado de todos los adelantos del momento, como radar, piloto automático, sonar o radiogoniómetro, cuyas redes, de cincuenta metros de largo y treinta de boca, permitían capturar y congelar hasta novecientas toneladas pescado antes de regresar a España.

La rutina era casi siempre la misma: tres días para llegar al Mar del Norte, varias semanas con la red echada, dos o tres días en Dingle —un pueblo pesquero del suroeste de Irlanda—, para revisar el estado de la carga y calcular las toneladas de merluza capturada, tres días para regresar a un puerto pesquero situado a la entrada de la ría de Bilbao y una semana para preparar una nueva salida.

Esos días de preparativos los aprovechaba Paco para gastarse en mujeres y alcohol todo el dinero que cobraba a la llegada a puerto. De este modo, cuando el barco pesquero dejaba Bilbao, iba, según solía decir a los compañeros, «más seco que una mojama». Llevaba —eso sí— varios cartones de tabaco y algunas botellas de anís y coñac, pero nunca le llegaba para toda la travesía.

Al principio, compensaba la escasez de recursos económicos con lo que ganaba a los compañeros con los naipes, si bien muy pronto estos se mostraron reacios a admitirlo en las partidas que se organizaban. Su facilidad para ganar hizo correr la sospecha, casi seguridad, de que hacía trampas. Nunca se comprobó que fuera cierto, pero nadie se creía que todo fuera cosa de buena suerte y nada más.

De esta forma, después de varias salidas, cuando venían de regreso en dirección al puerto de Dingle, y la necesidad de visitar uno de sus burdeles apretaba, se veía obligado a acudir a algún desprevenido y pedirle prestado un par de miles de pesetas, con la promesa de devolverlo nada más tocar tierra en Bilbao y cobrar el sueldo correspondiente.

Los marineros eran cada vez más renuentes a prestarle dinero o tan siquiera a ofrecerle un cigarrillo. Y esto no ocurría porque él no pagase sus deudas, sino porque cada vez se llevaba peor con todos.

Era demasiado pendenciero y demasiado borrachín. Casi nadie se atrevía a plantarle cara y el que lo hacía solía salir mal parado. No habían sido ni una ni dos las veces que el capitán le había amenazado con avisar a la compañía pesquera para que no lo volviesen a contratar. Él contestaba con amenazas y el capitán no se decidía.

El último viaje de regreso, supuso un giro radical en la vida de nuestro hombre. A menos de cien millas de Dingle, se desató un huracán de los que no se olvidan en mucho tiempo, si es que tienes la suerte de sobrevivir.

Después de una calma sospechosa, comenzó a soplar un viento racheado y duro. Las gotas de lluvia parecían agujas a punto de clavarse en la cara de los marineros que se aventuraban a salir para recoger los aparejos antes de que desaparecieran tragados por las olas que barrían la cubierta del barco.

No quedaba otra posibilidad que afrontar el oleaje lo mejor posible y dirigirse a Dingle en zigzag, pues hacerlo en línea recta suponía casi un suicidio.

El capitán Arrieta se encontraba al lado del timonel en el estrecho habitáculo que hacía las funciones de puente de mando, solo superado en altura por el radar situado unos metros atrás. Desde allí, el espectáculo del mar embravecido era mucho más preocupante que desde cualquier otra parte del barco.

—Gameira —gritó el capitán al piloto—, mantén el rumbo, pero varíalo a babor y a estribor según te pidan las olas.

—¡Sí, capitán! ¡Me cago en la puta mar! ¿Qué otra cosa iba a hacer sino esa?

Sonó el interfono del puente.

—Capitán, aquí el radiotelegrafista. Baje en cuanto pueda. Hay malas noticias del *Tritón*.

El *Tritón* era un buque de la misma compañía que solía faenar a pocas millas del *Neptuno*, para coordinar las labores de pesca.

—¡La madre que me parió! Como no tenemos bastante con lo nuestro… Voy a bajar, Gameira. A ver qué le pasa al *Tritón*.

El capitán bajó por la escalera interior y se encontró con el radiotelegrafista.

—¿Qué pasa?

—Capitán, los del *Tritón* van a la deriva. Parece que se les ha escacharrado el motor y están tratando de repararlo, pero, con esta mierda de huracán, cuando se vengan a dar cuenta están en Groenlandia por decir algo.

—O en el fondo del mar —dijo el capitán—, porque con estas olas y a la deriva, te vas de costado sin que te dé tiempo a decir amén.

—¡Y que lo diga, capitán!

—A ver, dile a tu colega que se ponga el capitán Contreras.

—*Tritón*, aquí *Neptuno*. Tengo al capitán Arrieta a mi lado. Quiere hablar con el vuestro.

—Está en la sala de máquinas —respondió una voz gangosa y lejana—. Te pasó allí, a ver si puedes conectar.

—¿Qué pasa, *mamonazo*? —Era fácil deducir que era el capitán del *Tritón*, no porque su voz fuera muy inteligible, sino porque la palabra «mamonazo» se la dedicaba a todo aquel que hablara con él y no fuera un jefazo de la compañía.

—Eso digo yo, Contreras. ¿Qué le pasa a esa mierda de barco que mandas?

—Métete con tu madre y de paso le das recuerdos de la última vez que estuvimos juntos, que me lo pasé muy bien, *mamonazo*. Lo que pasa es que el motor se ha recalentado y me temo que tenemos una avería complicada. Si consiguiéramos arrancar, todo iría de perlas, aunque no fuera redondo. Lo que pasa es que el *hijoputa* no quiere.

—Vamos, que voy a tener que ir a socorrerte, ¿no es eso?

—¡Qué *mamonazo* eres! Me encantaría decirte que no es eso, pero te mentiría. Echarnos un cabo de acero y remolcarnos hasta Dingle es el único apaño que tiene esto, a menos de que consigamos reparar el motor.

—Un apaño bien complicado. Porque igual nos arrastráis con vosotros al fondo de este puto mar. Pero lo vamos a hacer. ¡Por mis santos cojones que lo hacemos!

—Te voy a dar mis coordenadas, Arrieta.

—Te tenemos localizado en el radar; de todas formas, mándamelas cada diez minutos.

—Mientras tengamos corriente en el radar yo también podré comprobar vuestra posición, Arrieta.

—¡Visto! A ver si hay suerte y damos con vosotros lo antes posible, porque con este huracán no se ve una mierda. Voy a escoger a los marineros con más huevos para llevaros ese cabo. Esto va a ser divertido de cojones.

—De acuerdo. Oye…

—Dime, Contreras.

—Nada… que digo yo que hoy por ti y mañana por mí, ¿no?

—Claro.

—Y que si se te ocurre airear todo esto para mofas y escarnios del personal, corto con tu madre.

—¡Vete a la mierda! ¿Cómo se te ocurre pensar que voy a aprovechar esta situación?

—Se me ocurre porque te conozco, *mamonazo*. Y otra cosa, si no salimos de esta, a ver si puedes luchar para que la compañía no deje a nuestras familias tiradas como las colillas.

—¡Vete a tomar por culo, Contreras! No va a pasar nada.

—Bueno, pues por si acaso. Prométemelo.

—Que sí, hombre, te lo prometo. No te preocupes. Oye, ¿tienes corriente para los congeladores?

—Al no funcionar el motor, el alternador que carga las baterías de los motores de congelación no va. Así que tengo para unas cuantas horas. Luego la temperatura subirá, como es natural. No sé cuánto tiempo aguantará el pescado antes de bajar de los dieciocho bajo cero.

—Pues la cosa está jodida, Contreras.

—Eso, tú, como siempre, haz leña del árbol caído, *mamonazo*. Ya sé que está jodida. Si no arreglamos el motor, tendremos que trasvasar la carga a tu barco antes de que se desperdicie.

—Bueno, algunas toneladas ya me caben, pero dudo que pueda cargar con todo. ¿Cuánto llevas?

—Calculo que unas trescientas toneladas.

—Creo que va a caber. Bueno, habrá que decidir si lo hacemos en Dingle o antes de llegar. Si aguanta hasta allí…

—Eso espero. Y ahora ven a refocilarte y a presumir de haberme salvado el pellejo.

Antes de llegar a las proximidades del *Tritón* y descolgar el bote con el cabo de acero, el capitán Arrieta tuvo una bronca monumental con el Lejía.

—Capitán, el Lejía dice que está cansado y que vaya otro —comentó el contramaestre, que se iba a encargar de dirigir la operación.

—¡Joder, que no estamos ahora para tonterías! Tráetelo ahora mismo aquí, aunque sea a empujones.

—Ese tío es un indeseable, capitán. Si me enfrento a él lo mismo monta una gresca del copón.

—¡¡Me la suda, joder!! ¿Es que tú también vas a desobedecer mis órdenes, o qué?

—Vale, capitán, a ver cómo lo convenzo.

El Lejía apareció en el puente, con claros síntomas de embriaguez y cara de pocos amigos.

—¡Joder, capitán, que no estoy de turno! ¿Es que no se puede tomar uno unas copitas tranquilamente sin que se le moleste?

—¡Lejía, que sea la última vez que desobedeces una orden mía!

—Que yo sepa, el único que me ha dicho que haga algo ha sido el contramaestre…

—¡De mi parte, cojones! ¿No le has dicho que ibas de mi parte? —preguntó el capitán al contramaestre.

—Claro, capitán. Bien clarito se lo he dicho.

—Pues entérate, zoquete: si alguien da una orden de mi parte es como si la hubiera dado yo, ¿¡entiendes, cretino de los cojones!?

—¡A mí no me insulte, capitán! ¡No tiene ni puta idea de lo que es mandar! Se nota que usted hizo la mili de *pistolo*[1] y no conoce la Legión. El que manda tiene que tener huevos para dar las órdenes en persona y no enviar a otros.

—Ten cuidado con lo que dices, Lejía. Aquí, en este puto barco, soy Dios y se me obedece, sí o sí. A ver si al final te vas a ver en prisión por indisciplina.

—¿En prisión? ¡Me parece que se está pasando un poco, capitán! ¡Y eso por qué?

—Por desobedecer una orden en un momento crítico en el que se puede estar jugando la vida de unos cuantos, ¿te parece poco?

—¡Pues deme esa orden de una vez y tenga cojones!

—¡Me cago en la puta, Lejía! ¡Te vas a ir con el contramaestre y cuatro más y vais a enganchar al Tritón para remolcarlo hasta puerto! ¡¿Entendido?! Y vas a hacer todo lo que te diga.

—¿Ve qué fácil? Ahora sí. Pues voy y punto, no pasa nada.

—Pues eso. ¡Ya estás tardando!

—Una cosa, ¿en lo de desobedecer y demás, entra decirte que eres un mamón?

—No, lo de insultarme entra en que, cuando regresemos a Bilbao, voy a ir a la compañía y voy a proponer que no te renueven el contrato. ¡Vamos, que te echen a la puta calle! Estoy harto de ti, Lejía.

—¡Pues anda que yo de ti…!

—A ver radar, debemos tenerlos muy cerca —dijo el capitán desde el puente—. A ver si al final vamos a tener una colisión y nos vamos todos a pique.

—Capitán, los tenemos a un cuarto de milla justo en la dirección de proa.

—Gameira, mantén el rumbo —dijo el capitán al timonel—. ¡Cuidado con esa ola!

—¡Ya la veo. capitán! Y al *Tritón* también. Está de costado respecto a nosotros.

—En el mismo momento en que te avise, tienes que virar a estribor y ponerte en paralelo lo más cerca que puedas. Luego, una vez lo sobrepases, te tienes que acercar a su proa todo lo que puedas.

—Vamos, como si estuviera aparcando el coche en la acera de mi casa, pero a lo bestia.

—Ja, ja, ja. Más o menos. ¡Sala de máquinas!

—Sí, capitán. Aquí sala de máquinas.

—Reduce al mínimo la velocidad. Como si fuéramos a atracar.

—Visto, capitán. En un minuto me pongo a un nudo.

Antes de llegar a la altura del *Tritón*, el timonel del *Neptuno* viró a la derecha y se puso en paralelo a su casco. El *Tritón* se balanceaba de forma exagerada en todas las direcciones. Parecía que los dos cascos iban a rozarse.

—No te acerques tanto, Gameira, que nos la vamos a pegar.

—No se preocupe, capitán. Esto está controlado. Es que, si me alejo, luego va a haber que maniobrar para poner nuestra proa justo delante de su popa.

Por fin, tras unos minutos angustiosos para todos, el *Neptuno* sobrepasó unos doscientos metros el casco de Tritón —¡¡Para motores!! —gritó el capitán.

—¡¡Motores parados!!

—Contramaestre, «cambio» —dijo el capitán por el micrófono de una radio pequeña. ¿Tenéis preparado el bote?

—Sí, capitán. Ya estamos tenemos enganchado el cabo al bore y a una de las poleas que usamos para echar la red. El bote está a dos metros de la rampa, «cambio».

—¡Bien! ¡Sala de control, bajad la rampa! —añadió el capitán por el interfono.

—Capitán, aquí el contramaestre, «cambio».

—Dime, cambio.

—Estamos preparados y a rampa esta bajada. Que larguen cabo. Nosotros empujaremos el bore y antes de llegar al agua nos embarcamos, «cambio».

—De acuerdo. ¡Suerte!

El capitán intentó ver, entre la fuerte lluvia, la silueta de los hombres del bote, pero solo apreció unas sombras que parecían moverse.

—Aquí el contramaestre, «cambio».

—Aquí el capitán, «cambio».

—Ya estamos en el agua y con el motor arrancado. Si no nos hunde una ola, llegamos a la proa del *Tritón* en unos minutos.

—Contreras, soy Arrieta.

—…

—Contreras, ¿me oyes?

—Bajo y con interferencias, *mamonazo*, pero te oigo.

—Ya va el bote con el cabo en dirección a tu proa.

—Mejor que den un rodeo y me entren por popa.

—¡Mejor los cojones! Ya es difícil llegar hasta vosotros con el cabo como para tener que llegar hasta popa.

—No tengo casi energía, *mamonazo*. Las baterías están más secas que una mojama. No creo que me funcione el cabrestante de proa. Y si lo hace, nos podemos quedar a medias en la operación de izar el cabo.

Pues por popa ya me dirás, cómo lo hacemos.

—He tenido la precaución de bajar la rampa antes de quedarme sin corriente. Lo único que me funciona ahora mismo es la radio desde la que te llamo, porque es portátil.

—De acuerdo, A ver si puedo hablar con el contramaestre que va en el bote. Inténtalo tú también. Lleva la frecuencia 32.5

Pasaron más de quince minutos. Lentos. Angustiosos. El contramaestre no contestaba.

—¡Arrieta, *mamonazo*, soy Contreras. Esto está hecho. Tu bote ha llegado bien y hemos enganchado el cabo a proa. Tira millas que nos vamos.

—Me cago en tu padre, Contreras. Hasta me he alegrado de oír tu voz con lo desagradable de cojones que es.

—¡Vete al carajo, Arrieta! Los tuyos se quedan aquí. No vamos a hacerlos volver con la que está cayendo. ¿Te parece?

—Claro, claro. Es lo mejor.

Muerte en Dingle

La mañana siguiente se presentó con un mar en calma y un cielo azul intenso. El capitán del *Tritón* se encargó de que los tripulantes del bote, en su regreso al *Neptuno*, llevasen un cable eléctrico con el que se pudieran conectar y así mantener la corriente eléctrica necesaria para que los congeladores continuaran funcionando

Dos días más tarde, con un mar sereno y un cielo despejado de nubes, el *Neptuno* entró en el pequeño puerto de Dingle con el *Tritón* enganchado a unos veinte metros de distancia.

Después de lo sucedido con el rescate del *Tritón*, Paco tuvo la idea peregrina de que, si cedía un poco, tal vez conseguiría que el capitán se reconciliara con él y aceptase darle un adelanto de la paga para poder visitar alguno de los burdeles del pueblo.

—¿Ahora me vienes con esas? ¿Para qué quieres el dinero?

—Usted ya sabe, capitán. ¿Para qué va a ser?: el lío del Montepío, o sea, de la jodienda, que no tiene enmienda.

—No me vengas con monsergas, Lejía. Te hubieras traído dinero como hacen todos, joder.

—¡Hombre, capitán, no se ponga así! A usted lo que le pasa es que está molesto por lo que le dije el otro día.

—Tú me dirás… Rozaste un delito de indisciplina, aparte de que me insultaste de mala manera y sin motivo.

—No me lo tenga en cuenta. Joder, a cualquiera se le va la lengua con dos copazos.

—¿Dos o doce?

—Bueno…, unos cuantos, ¿qué más da?

—Se te va la lengua un día sí y otro también. Aquí se viene a faenar y a hincar el espinazo, no a montar grescas. Quien más quien menos, bebe lo que cree oportuno a las horas de descanso. Pero tú siempre la estás liando.

—Bueno, capitán, no se ponga así que no volverá a pasar. ¡Joder, que tengo que desfogarme!

—¡Vete a la mierda, Lejía! Solo te acuerdas de Santa Bárbara cuando truena. Si querías desfogarte, te hubieras traído dinero. Y si no lo tienes, ya sabes lo que tienes que hacer: elige si usas la mano izquierda o la derecha. Y, te digo una cosa. ¡Estoy hasta los huevos de

tus amenazas, de tus insultos y de tus broncas! Esta vez te juro que se lo cuento todo a los jefes y no trabajas en un pesquero de Bilbao en tu vida.

—Piénselo bien, no vaya a ser que cometa un error con esto, capitán.

—No tengo nada que pensar. Y ahora, déjame tranquilo, date una vuelta y si quieres no regreses. Mañana zarpamos a las ocho.

El Lejía se dio media vuelta y desembarcó.

—¡Tu puta madre! —iba diciendo en voz alta—. ¡Esta me las pagas, pedazo de cabrón!

Se hacía de noche. En la línea horizontal que marcaba el mar —discontinua a causa de los acantilados—, un resplandor entre amarillento y rojizo anunciaba que muy pronto sería difícil verse las caras mientras se transitaba por las calles, llenas de tabernas.

Entró en una de ellas y pidió una pinta de cerveza. Se la bebió de un largo trago y pidió otra. Una vez se terminó la segunda, enfiló la proa hacia la salida, sin la menor intención de pagar, puesto que no llevaba nada de dinero encima.

El camarero se puso a dar voces a un tipo grande y mal encarado que cubría la puerta. Aunque el español no era pequeño, el otro le sacaba una cuarta de estatura y bastantes centímetros de contorno. El de la puerta se colocó delante de él y le dijo algo que no entendió, aunque supuso que se debía referir a que tenía que pagar lo consumido, pues señalaba hacia la barra con cara de pocos o ningún amigo.

Hizo ademán de salir como si no se hubiera percatado de nada, pero el grande se interpuso. Insistió y el tipo le propinó un fuerte empujón que lo dejó sentado en el suelo del establecimiento.

—¡La madre que os parió a todos! ¡Solo entendéis por las malas! —dijo el español mientras se sacaba una pistola del bolsillo de la chaqueta. El otro dio un paso atrás. No se esperaba aquella reacción —. ¡Venga, acércate, a ver si tienes huevos de empujarme otra vez!

El hombretón se echó a un lado sin perder de vista la pistola y el Lejía salió con toda tranquilidad, dando pasos hacia atrás y sin dejar de apuntar al otro. El que podía ser descrito como «un armario irlandés», lo seguía con la mirada, indeciso. En cuanto pisó la calle, el español corrió todo lo que pudo.

—¡Qué cabrones! Me querían hacer pagar. Con una pistola en la mano, no hay quien me eche huevos —dijo en voz alta.

El altercado lo había puesto más deseoso de desahogarse con una mujer que antes. Ya era noche cerrada y eso le venía bien.

«Tengo que hacer algo —pensó—. Si me cruzara con algún

borracho solitario, podría enseñarle la herramienta y probar a ver si, con suerte, lleva algo en la cartera».

Tomó una bocacalle perpendicular a la que daba al puerto. Los colores chillones de las casas parecían un tanto apagados. «No se ve un carajo —pensó—. Buen momento para agenciarme lo suficiente para echar un buen polvo».

Llevaba andados más de cien metros por la calle cuando observó cómo un tipo joven salía de una casa. Estaban a punto de cruzarse en el momento en que aparecieron otros dos, que se unieron al candidato a víctima y siguieron su marcha a lo largo de la calle, hablando en voz alta. «Demasiado personal transitando —pensó—. Habrá que esperar».

Al pasar por delante de la casa de la cual había salido el tipo, vio, a través de la ventana, a una mujer. Cortaba verduras, como para preparar algún guiso. Era muy joven y atractiva.

«El marido, o lo que sea, acaba de salir de aquí —pensó el Lejía—. Seguro que va a tomarse unas cervezas con los otros y tarda un rato. La tía está buena de cojones. El problema sería que hubiese alguien más dentro. Siempre puedo llamar y probar a ver si hay suerte y me deja entrar».

Había llovido y ahora comenzaban a sonar truenos.

«El ruido de la tormenta me viene de cojones», pensó.

Llamó con insistencia.

Notó que alguien observaba por la mirilla desde el interior. Pero nadie abría.

Iba a darse la vuelta y seguir su ronda en busca de un borracho despistado, justo cuando se abrió la ventana. Era la chica joven. Antes de que la mujer dijera nada, le preguntó, con su raquítico inglés:

—*A glass of water, please?*

Ella pareció no entenderlo. Al cabo de unos segundos, le respondió.

—*You like some water, don´t you?*

No la entendió muy bien.

—*Yes, yes.* Dijo el español con cara de niño que no ha roto un plato.

La mujer se fue a por un vaso y lo llenó de agua del grifo. Cometió un gravísimo error, el mayor de su vida, al abrir la puerta para darle al hombre el vaso de agua.

Él lo cogió con una sonrisa que trataba de ser agradable y agradecida, se bebió la mitad del contenido y tendió el recipiente hacia la mujer como para devolvérselo.

Cuando ella alargó el brazo, él pegó un fortísimo empujón a la puerta y entró. Ella se cayó al suelo. Su asombro inicial le impedía gritar. No terminaba de procesar lo que ocurría.

El hombre sacó la pistola y apuntó hacia ella. Con el índice de la mano libre sobre los labios, le indicó que no abriera la boca.

Ella asintió, aterrorizada.

—Tranquila, que esto va a durar poco —dijo él—. Bien pensado, te voy a coger prestado un cuchillo de la cocina. Tampoco es cosa de hacer ruido. —Se guardó la pistola en el bolsillo de la chaqueta y cogió un cuchillo—. No te va a pasar nada. Eso sí, como se te ocurra gritar, te pego un tiro. Bueno, supongo que no entiendes cristiano. Es igual, mejor empezar y ya verás qué bien nos lo vamos a pasar.

Se acercó a ella y comenzó a sobarle los pechos. La mujer sabía desde el principio qué pretendía el tipo de la pistola. Él le señaló el interior de la casa y ella fue retrocediendo poco a poco, hasta el dormitorio cercano, forzada por la presión del cuchillo contra su vientre.

—¡Te voy a echar un polvo que te vas a enterar!

Al llegar a la habitación, le indicó con gestos que se desnudara. Ella estaba rígida y no era capaz de mover un músculo, así que la arrojó contra la cama, le quitó las bragas y, después de ponerle la punta del cuchillo sobre el cuello, comenzó a penetrarla.

—¿Te gusta? —comenzó a susurrar—. ¿Te gusta, pedazo de puta? —terminó gritando una y otra vez mientras empujaba con violencia.

La cosa duró poco. Muy poco.

—Demasiado tiempo a palo seco —se excusó a sí mismo, echado sobre el cuerpo rígido de la mujer—. Pero esto no se queda así. Tenemos tiempo de echar otro, ¿no te parece, putón?

Justo en ese momento, se oyó cómo alguien abría la puerta de la casa. Un hombre llamó a voces.

—No se te ocurra gritar —dijo Paco mientras tapaba la boca a la mujer y le ponía de nuevo la punta del cuchillo en la garganta.

Ella pareció entender que hacer ruido le podía costar la vida. La desesperación y el terror se le salían por los ojos.

Una silueta se recortó en el vano de la puerta del dormitorio.

El hombre que acababa de entrar lanzó una exclamación y se arrojó contra el violador. Este no tuvo más que girarse para que el hombre, al caer sobre él, se clavara el cuchillo en el pecho. Se lo quitó de encima de un empujón al tiempo que soltaba el cuchillo y se lo dejaba alojado en el pecho. Bocarriba el recién llegado echaba borbotones de sangre por la boca. Se moría sin remedio.

La mujer empezó a gritar despavorida.

—¡Hija de puta! ¡Te dije que no chistaras! —gritó el español mientras le propinaba un fuerte puñetazo, que le hizo perder el conocimiento—. ¡Joder! ¡Con lo bien que nos lo estábamos pasando

tenía que venir el cabrón de tu marido a cagarla! Te echaría un segundo polvo, ganas no me faltan, pero si no me largo ahora mismo me agarran tus paisanos.

El herido se encontraba inmóvil con los ojos abiertos y la boca dejando ver un hilo de sangre que iba a parar a un gran charco en el suelo.

—Este cabrón está más seco que una mojama —dijo en voz alta—. La culpa ha sido suya. ¡A quién se le ocurre echarse sobre mí cuando tengo empuñado un cuchillo!

Buscó cuerdas en la casa y no las encontró. Así que, se valió de varias sábanas echas girones para amordazar y atar con fuerza a la mujer, que aún seguía desmayada.

Abrió la puerta de la calle, miró hacia ambos lados y salió andando con toda tranquilidad.

Ya era noche cerrada y, tras dar la vuelta a una esquina, apresuró el paso. Empezaba a llover con fuerza.

«¡Menudo polvo! —iba pensando—. ¡Cómo estaba la hija de puta! Lo malo ha sido el cabronazo del marido. Si no hubiera llegado tan pronto, me habría corrido una juerga de dos pares de cojones. Y sin pagar. Me ha obligado a matarlo el cornudo de los huevos. En realidad, yo no he sido el que lo ha matado: ha sido él al echarse sobre mí. De todas maneras, he demostrado que soy un tío legal; un caballero español: le dije a la mujer que no le pasaría nada y lo cumplí. ¡Con dos cojones!».

Se metió en el barco y se fue al camarote que compartía con otros cuatro marineros. No se encontraban allí. Con toda seguridad, seguían en alguna de las muchas tabernas próximas.

«Bueno, ahora a dormir un poco, que mañana nos vamos para Bilbao. Cuando me paguen, me voy a cepillar a todas las putas desde Santurce a Bilbao, como dice la copla esa. Mientras tanto, si puedo, le voy a ajustar las cuentas al capitán. Aunque, bien mirado, después de lo ocurrido esta noche, no me conviene regresar a Dingle en toda mi vida. Así que, si me echan de esta mierda de trabajo, mejor que mejor».

Tres días después, desembarcaban en Bilbao. El capitán no había cruzado una sola palabra con él hasta que estuvieron en tierra.

—Lejía, que sepas que mantengo mi palabra y voy a proponer que te echen a la puta calle. Y ya sabes que lo que yo diga a los jefes de la compañía sobre mi tripulación va a misa. Así que date por jodido. Pásate mañana o pasado por las oficinas para recoger el finiquito.

—¡Vete a la mierda, Arrieta! Por el finiquito va a ir tu puta madre. Di a los jefes que se lo metan por el culo. Y tú, ándate con ojo. ¡Nunca

se sabe qué nos puede pasar! ¡A ver si al final el jodido vas a ser tú!

—¿Qué pasa, Lejía? ¿Me amenazas?

—Pues, ¿quién sabe?, a lo mejor es eso. Tú ten cuidado, no vaya a ser que algún día tengas un disgusto y no sepas ni por donde te ha venido.

Atraco

Paco sabía dónde vivía el capitán Arrieta. Había estado en su casa, situada en la zona del monte Artxanda, en alguna ocasión, para tomar unas cervezas. Cosas que pasan, podían haber sido buenos amigos, pero, en opinión del capitán, el antiguo legionario era demasiado golfo durante los días en que esperaba un nuevo embarque y demasiado poco cumplidor cuando estaba a bordo del pesquero.

Artxanda se encuentra conectado a la ciudad de Bilbao por medio de un funicular. La misma noche que atracó el *Neptuno*, Paco merodeaba por los jardines que se encontraban a la llegada del teleférico. Había visto a Arrieta tomando chacolís en una taberna y subió antes que él para esperarlo.

Hacía frío y Paco comenzaba a impacientarse. En el cielo no se veía ni una estrella, pues, como no, caía un incansable chirimiri, que lo obligó a abrir el paraguas.

Vio subir el funicular y se apostó tras un árbol algo alejado. No era el primero que llegaba sin que saliera de él el capitán.

Esperó varios minutos hasta, que, por fin, oyó el topetazo metálico que indicaba que la máquina había finalizado su recorrido ascendente.

«¡Joder!, espero que venga poca gente. Si no se acerca solo va a ser más difícil», pensó.

Minutos después, vislumbró entre la lluvia a dos tipos que se acercaban y hablaban en voz muy alta. Debían estar bebidos. Era muy difícil, casi imposible, averiguar si uno de ellos era Arrieta.

Esperó, más inquieto que nervioso.

Los dos pasaron a unos diez metros. Por la voz supo que el de la derecha, según avanzaban, era su objetivo.

«¡Mamón, te tengo! Espero que tu amigo de borrachera te deje antes de que llegues a tu casa, porque si no es así le va a tocar recibir sin haberlo comido ni bebido».

Bajaron una pendiente entre hierba y helechos y dieron con un camino de tierra ancho. Se oía ruido de agua. Al fondo se veía, y se oía, un avión mientras aterrizaba en el aeropuerto. El acompañante de Arrieta se despidió en una bifurcación y tiró hacia la derecha.

—Hasta más ver, Arrieta.

—Agur.

«A este no lo ves más», pensó Paco. Siguió a paso rápido unos doscientos metros, cada vez más cerca de su objetivo. Sabía que la casa del capitán, entre pequeños huertos, quedaba a unos cinco minutos. Tenía que ser ya.

—¡Hombre, capitán, qué casualidad!

El otro se volvió y vio un bulto oscuro a unos tres metros de distancia.

—¿Quién eres? —preguntó.

—¡Qué pronto te olvidas de la gente, mamón! Tengo dos respuestas. La primera que soy el Lejía; la segunda que soy el que te va a matar. Te lo tienes bien ganado. Tenías que haber tenido más cuidado conmigo. No me dirás que no te avisé.

—¿Qué quier…?

No tuvo tiempo de terminar la pregunta. Recibió un tiro en el pecho que resonó con gran estruendo en medio de la noche. El capitán Arrieta cayó de espaldas y Paco, en vez de desandar el camino, corrió hacia delante. No quería encontrarse con el compañero de Arrieta y matarlo. Al fin y al cabo, no tenía nada contra él.

Bajó una cuesta empinada y llegó a una carretera ancha y bien asfaltada.

«¡Joder! ¡Buena caminata me queda hasta llegar a Bilbao! —pensó con una sonrisa en los labios—. Espero haberlo matado. Bueno, si vive, se va a acordar de mí durante una buena temporada».

Estaba sin una peseta. Una situación que arregló de inmediato.

Había pensado en coger un tren en Bilbao para marcharse a Madrid. Después ya vería qué hacía. Cuando se dirigía a la estación, vio a un hombre salir de un coche casi nuevo. Al hacer el ademán de meterse las llaves en el bolsillo, estas se le cayeron al suelo sin que se diera cuenta. No lo dudó un segundo: se acercó por detrás, las cogió y se quedó con ellas en la mano mientras el hombre se alejaba sin advertir lo sucedido. Esperó a que el hombre se encontrara más alejado para abrir el maletero y echar dentro el equipaje. Se metió dentro del coche y, al girar la llave, comprobó que el vehículo tenía el depósito casi lleno de combustible. Metió la primera velocidad y salió en dirección contraria a la del dueño.

—¡A tomar por culo! —se dijo en voz alta—. Mejor en coche que en tren.

Antes de salir de Bilbao, pasó al lado de un establecimiento bancario y tomó una decisión. Detuvo el coche y, sin apagar el motor, entró en el establecimiento, después de sacar de la maleta una pistola más sucia que sus intenciones. El establecimiento estaba sin un cliente y tan solo había un empleado tras el mostrador.

—Amigo, dame todo lo que tengas en billetes y no te pasará nada —dijo con toda tranquilidad mientras apuntaba con la pistola al cajero.

—Ahora mismo —respondió el hombre, nervioso y dubitativo.

—¡Abrevia, que no tengo todo el día!

El empleado abrió la caja, sacó unos cuantos billetes y se los puso sobre el mostrador.

—Esto es lo que tengo.

—¿Me has tomado por gilipollas? Te he dicho que me des todo lo que tengas en la caja. ¡No me cabrees!

El cajero dudaba. Tenía una pistola en una repisa bajo el mostrador. Sacarla era un riesgo, pero no hacerlo suponía exponerse a que lo echaran del trabajo y dejar a sus tres hijos sin pan para echarse a la boca. Y eso le parecía peor que cualquier otra cosa.

Tomó la opción más peligrosa, porque cuando Paco vio asomar la mano del pobre hombre con un arma, le disparó en la frente.

—La culpa ha sido tuya —le dijo Paco, aunque ya el hombre no lo podía oír—. ¿Quién te manda arriesgarte para proteger un dinero que no es tuyo? ¡Hay que ser gilipollas!

Miró hacía la puerta de salida. Tras comprobar que no aparecía nadie, entró por detrás del mostrador y se puso a rebuscar, seguro de que había más dinero. Abrió la caja y comprobó que había varios fajos de mil pesetas. Vio varias sacas pequeñas medio vacías bajo el mostrador. Cogió una, echó dentro todos los billetes de la caja y se dirigió hacia la salida.

Por fortuna, durante el trayecto hacia la puerta, no apareció nadie. De haber ocurrido, el que se hubiera cruzado con él habría corrido la misma suerte que el cajero.

Se sentía eufórico. Se acordó de aquel día en Sidi-Ifni, cuando mató a tantos bereberes que nunca fue capaz de averiguar el número exacto.

Se dirigió al coche con la saca de dinero. Algunos curiosos observaban desde la otra acera sin saber exactamente qué había sucedido y sin decidirse a hacer nada. Nadie hizo el menor ademán de acercarse.

Arrancó y salió a toda velocidad. Pasó por la Plaza de Zabálburu y giró hacia la derecha por la calle Juan de Garay. En unos minutos iba camino de Burgos.

Más tarde, una vez contó el dinero, supo que se había llevado más de quinientas mil pesetas.

«El *hijoputa* del cajero no tenía que haber sacado la pistola: me ha obligado a dispararle —pensaba mientras salía de Bilbao—. En fin,

que se joda. Si hubiera colaborado no le habría pasado nada. El coche lo han visto, aunque dudo que hayan tomado la matrícula. De todas maneras, tendré que deshacerme de él en cuanto pueda y robar otro. De momento, lo que me interesa es hacer kilómetros y alejarme lo más posible».

Ahora, ya por la carretera nacional cuarta, cerca de Aranjuez y camino de Andalucía, solo pensaba en dar el cambiazo al coche lo antes posible. No se fiaba: mantenerlo podía llevar a su detención. El tiempo que había pasado en la cárcel le había servido para decidir que prefería que lo matasen antes de volver a repetir la experiencia.

Vio unas luces chillonas y parpadeantes y se decidió a parar. Aquel podía ser un buen lugar para dejar el coche y coger otro. Por otro lado, pensó que no era cosa de perder la ocasión de desfogar un poco.

Entró y lo observó todo con detenimiento y una mueca de aprobación.

«No se ve un carajo —pensó mientras se sentaba ante una mesa—, pero está claro que el sitio tiene clase. No hay más que echar un vistazo al mobiliario. Esto huele de puta madre, a perfume del bueno. Y esas dos gachís de la barra están para mojar pan».

Un club de carretera

Los dos amigos iban a tomar una decisión de la que se acordarían toda la vida. Habían cerrado el último bar de Aranjuez, en la provincia de Madrid, y llevaban en el cuerpo más alcohol de la cuenta, pero aún tenían ganas de rematar. Sobre todo uno de ellos.

—Oye, ¿y si nos damos una vuelta por el Edén?

—¿Te refieres al club ese que está en la carretera nacional en dirección a Madrid? No sé…, son ya casi las dos de la mañana.

—¿Y qué más da? ¡Joder, que es sábado y mañana podemos dormir todo lo que queramos hasta que vayamos a ver a las novias!

—Ya sabes que no me gustan esos puticlubs.

—¡Venga ya, hombre! Lo que pasa es que eres más corto que un fandango. ¿A quién no le va a gustar meter mano a unas tías buenas? Y las de allí, que yo recuerde, son buenas de cojones.

—Sí, claro. A quién no le va a gustar coger un *sifilazo* o unas ladillas de cojones, y nunca mejor dicho.

—Bueno, hombre. Si te vas a poner así de delicado… No hace falta que te tires a una puta de esas, si no quieres. Nos tomamos un copazo, vemos el personal y nos volvemos.

—Bueno, pues vale: nos tomamos la espuela en el Edén y a casa. Una copa y nada más, ¿eh?

—¡Que sí, hombre! Aunque, si cae algo más que la espuela, por ejemplo, montar en yegua, tampoco vamos a decir que no. Que no sé a ti, pero a mí la novia me tiene a dos velas.

—¡Otra vez! ¡Anda y que te den! Siempre estás pensando en lo mismo.

—¿Y en qué quieres que piense? Venga, tranquilo. Un copazo y nos largamos para casa.

Cogieron el coche y tomaron la carretera nacional cuarta en dirección a Madrid. En poco más de veinte minutos aparcaban frente al club de carretera, iluminado con luces intermitentes de diversos colores.

En la fachada, un cartel con luces chillonas e intermitentes anunciaba la entrada en «El Edén». Al lado del letrero, una serie de luces rojas pergeñaba una silueta femenina complementada con una sonrisa equívoca, situada en vertical sobre un lugar que no

correspondía. Los detalles demostraban un manifiesto mal gusto por parte del que diseñó aquello.

Eso sí, cualquiera que contemplara por un instante el parpadeante reclamo sabía lo que se iba a encontrar tras la puerta.

En la entrada, un hombre sentado en el porche ante una mesa con una copa de champán, bien acicalado y con ademanes que trataban de resultar finos y elegantes, los recibió con entusiasmo: —Pasen, caballeros. El Edén los espera. Disfruten de los frutos del paraíso, antes de que lleguen otros y se los birlen.

Los dos hombres entraron sin hacer mucho caso al recibimiento. La que llevaban encima no les permitía prestar excesiva atención a nada.

—Vamos, tío. Esto parece que está vacío —dijo el más decidido y más borracho, además de ser el que conducía.

Entraron. Tres mujeres charlaban con aburrimiento en la barra mientras un camarero limpiaba copas con aire concentrado.

—El puticlub este ya no es el de antes —dijo el más reacio a la visita—. Cada vez hay menos putas y pasa menos personal por aquí.

—¿No quedamos en que no te gustaban los puticlubs?

—No me gustan, pero me pasé por aquí hace un par de años y ahora está muy cambiado. A peor.

—Pues habrá menos putas, pero las pocas que hay están buenas de cojones. Eso te lo puedo asegurar. Estuve el mes pasado con el Eusebio y no veas qué gachís. Para mojar pan. Fíjate en la rubia.

—No te digo que no. Bueno, nos tomamos una y nos largamos.

—Que sí. Una o dos y para casa. ¡Qué pesadito te pones!

El más borracho y decidido se dirigió a la barra.

—¿Qué le pongo al señor?

—Al Señor le pones un par de velas y le rezas un Padrenuestro; a mí y a mi amigo nos vas a poner unas ginebras con tónica. Bien cargaditas, ¿eh?

—¡Muy gracioso el caballero! Aunque le advierto que ese chiste está ya muy quemado. Ahora mismo le pongo las bebidas. No se preocupen, que se las llevo yo a la mesa.

—De puta madre, tío. Y perdona por lo de las velas, pero es que me lo has puesto a huevo.

Nada más sentarse, una de las que estaban en la barra se les acercó.

—Hola, guapos. Vuestra carita me suena.

—Sí. Bueno, tal vez te suene más la mía. He estado por aquí algunas veces. Mi amigo no tanto.

—¿No me vais a invitar?

—Sí…, claro…, pídete lo que quieras.

La mujer se acercó a la barra y regresó con una copa, que, por la forma y el color del líquido, pretendía contener champán francés o poco menos.

—¿Y no os apetece nada más, aparte de beber? —dijo ella mientras daba un sorbo al líquido amarillo y espumoso y se pasaba la copa por el pecho, como si tratara de aliviarse de un calor repentino.

—Por ahora nos vamos a tomar esto y luego ya veremos, dijo el que llevaba la voz cantante.

—Ay, perdón, no me he presentado —dijo ella—. Soy Paca.

—Yo, Manolo, y este, Antonio.

—Pues encantada, guapos. ¡Ah, una cosita! Hago rebajas a las parejas, que lo sepáis.

—Ya veremos. Mi amigo viene hoy en plan puritano. Así que…

Estaban pidiendo una segunda copa, cuando entró un tipo más bien alto y bastante musculado y se sentó en una mesa.

Se encontraban ya demasiado borrachos. En otro caso, habrían notado que el hombre estaba más acostumbrado que ellos a pasarse por lugares como aquel.

Una de las dos que quedaban libres, la rubia, se acercó a él y se puso a hablar.

Paca se impacientaba. Después de un buen rato de risas tontas y comentarios picantes, ya sabía que ninguno de los dos amigos iba a subir a su habitación. Y ahora llegaba uno y se iba a ir con otra. El porcentaje que se percibía por la bebida era una miseria comparado con las ganancias que se obtenían por lo otro.

Los dos borrachos estuvieron a punto de tener un altercado con el recién llegado por culpa de una canción de la sinfonola. Se comportaba como un matón, aunque ellos casi no se enteraron.

El hombre subía las escaleras con una de las mujeres cuando el más borracho tuvo un momento de lucidez y decidió que ya estaba bien la cosa y lo que tocaba era marcharse.

—Nos vamos a tomar la última y nos vamos, Paca —dijo—. Otro día vendremos a darte un repaso, pero hoy no está el horno para bollos —Sí, hijo, sí. Otro día —respondió Paca—. Aunque querrás decir que no están los bollos para el horno. Porque, al menos lo que es hoy, no daríais pie con bola.

Parecía que no iban a terminar de hablar incoherencias, entre risotadas innecesarias, en una despedida que a Paca le parecía iba camino de hacerse interminable, cuando se oyó un sonido inconfundible.

—¡Mi madre! —gritó ella—. ¡Eso ha sido un disparo!

—¡Me cago en la leche! —exclamó uno de los beodos—. Nos

vamos de aquí cagando virutas.

Antes de que terminaran de levantarse, sonó un segundo disparo.

No hizo falta nada más: soltaron los vasos sobre la mesa, corrieron hacia la puerta y casi se chocan con el atildado del porche, que entraba con cara de preocupación.

El que conducía arrancó casi sin dar tiempo al otro a meterse en su asiento.

—¡Yo no quería venir! ¿¡Qué se nos ha perdido aquí!? ¡Y, encima, por poco me dejas en tierra, mamón!

Los efectos del alcohol parecían haber desaparecido de repente en ambos.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Manolo, el que conducía.

—¿Qué quieres que hagamos? Tirar para Aranjuez y si te he visto no me acuerdo.

—Ahí han matado a alguien. Habrá que dar parte a la Guardia Civil o algo, ¿no?

—No sé… Ya verás tú cómo al final se van a enterar las novias de que hemos estado en un puticlub. Esto nos va a salir caro.

—¡Joder! No podemos irnos así, sin más. Lo mismo los del puticlub necesitan auxilio.

—¿Pero tú quien te crees que eres? ¿Tarzán, el de los monos? ¿Qué auxilio vamos a prestar nosotros?

—Tío, no podemos dejarlo así. Nos tenemos que volver, a ver qué se puede hacer. De acuerdo, no soy Tarzán. Soy un gilipollas y tú otro. El asunto es que ahí han disparado a alguien y supongo que el que lo ha hecho se habrá largado. Lo mismo hay gente herida. Tenemos que regresar. Una cosa es ser unos puteros borrachos y otra abandonar a gente que puede necesitarte.

—Lo de borracho te lo admito, pero lo de putero te lo apuntas para ti. De acuerdo, llevas razón. Tenemos que volver.

Al girar el vehículo para dar la vuelta, casi se les viene encima otro coche.

—¡Me cago en diez! ¡No nos la hemos pegado de milagro! ¡Cómo va el cabrón!

—¿No es ese el mismo coche que estaba aparcado al lado del nuestro en el puticlub?

—¿Qué? ¡Yo qué sé! ¡Como para fijarme en coches iba yo!

—Pues yo creo que sí lo es. Un Simca 1200.

—¡Joder! ¡Como que no hay Simcas de esos! Será o no será…

—Pues te digo yo que nos acabamos de cruzar con el que ha hecho los disparos.

—Si tú lo dices…

—Si estoy en lo cierto, podemos volver al puticlub con toda tranquilidad.

—¿Tranquilidad? ¡Los cojones!

Regresaron.

Todo estaba en completo silencio.

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí?

—¡Joder, aquí no está vivo ni el gato!

—Pues no hay más remedio que echarle huevos y entrar.

—Como el del Simca no sea el que ha hecho los disparos y siga el asesino dentro, nos va a freír a tiros. ¡Venga, vamos allá y que sea lo que Dios quiera!

Nada más traspasar el umbral, se les llenaron los ojos de terror ante el espectáculo de muerte que descubrieron.

Una misión para el inspector Ventura

La Puerta del Sol de Madrid estaba casi vacía. Dos borrachos hablaban fuerte, un mendigo rebuscaba entre las papeleras y tres gatos armaban gresca. Eso era todo el movimiento que se podía apreciar en la plaza.

Desde la calle Mayor, apareció un tipo elegante y bien vestido. Se veía a la legua que era joven y distinguido. Llevaba un traje gris y un abrigo del mismo color, sombrero de buena confección, unos brillantes y negros zapatos y un pitillo encendido entre los dedos. El hombre andaba a buen paso por la acera donde se encontraba el edificio principal de la plaza, sede de la Dirección General de Seguridad, cuando la plaza comenzó a llenarse de personas que salían de la boca del metro y se desperdigaban con prisa en todas las direcciones.

Dos policías uniformados, situados a ambos flancos de la entrada, lo saludaron; él alzó la mano y se llevó dos dedos al ala del sombrero, como si ejecutase un saludo militar con aparente desgana.

Algo chocaba en el personaje: iba demasiado bien vestido como para ser un funcionario, y parecía muy joven como para ocupar un cargo acorde con la indumentaria.

Subió unas escaleras amplias y entró en un despacho.

Había varias mesas, pero sus ocupantes aún no habían llegado. No resultaba extraño, pues el reloj del edificio no había dado aún las siete y media, y hasta las ocho no comenzaba la jornada habitual de trabajo.

El hombre se quitó el sombrero y se sentó ante una mesa llena de papeles y carpetas.

Sacó de un cajón una cajetilla metálica, de color rojo y con la imagen de un gato negro, sacó un cigarrillo y se metió a continuación la cajetilla en el bolsillo de la chaqueta, de donde extrajo un mechero con toda la pinta de ser de oro o al menos tener un baño de dicho metal. Encendió el pitillo con parsimonia, dio una calada profunda y se puso a releer unos documentos. En algún reloj de pared daban las siete y cuarenta y cinco de la mañana.

Justo en esos momentos, en el piso superior, dos hombres llevaban un buen rato conversando sobre cuestiones que afectaban a la Dirección General de Seguridad.

—La cosa está complicada, coronel —decía el que ocupaba el lado

de la mesa correspondiente al que obedece.

El «coronel» no era otro que director general de seguridad, Eduardo Blanco Rodríguez, antiguo alférez provisional, combatiente en la División Azul y, con el tiempo, coronel en la Legión Española hasta que fue designado para ocupar el puesto actual de Director General de Seguridad, en el que destacó como principal actor de la represión franquista. Muy pronto, el 1 de febrero, sería destituido de su cargo y sustituido por el también militar Francisco Dueñas Gavilán. Meses más tarde, el 22 de abril del mismo año 1974, sería designado Director General de Promoción del Sahara, con la misión de anular la actividad del Frente Polisario.

—¡Y que lo digas, Eutimio! El asesinato de Carrero puede desestabilizar el régimen si no se toman las medidas adecuadas. En estos momentos tenemos que dedicar todos nuestros esfuerzos a encontrar a los asesinos de ETA que han perpetrado ese crimen. Todo lo demás, es *pecata minuta*.

—Está claro, coronel.

—Este atentado terrorista nos ha jodido a base de bien, Eutimio. Cualquier día de estos recibo una carta de arriba en la que me dicen que me mandan a casa. Ya lo verás.

—Usted no tiene la culpa de que unos desalmados hayan cometido esa barbaridad.

—Soy el responsable directo de la seguridad del Estado, Eutimio. El último eslabón y por tanto el más débil. Además, entre nosotros y sin que salga de este despacho, debo reconocer que se ha dado una grave descoordinación entre los servicios secretos y la policía y esto ha resultado nefasto en el caso de este horrible atentado. En fin, que sea lo que tenga que ser. El asunto está en manos de la *Social*[2]. Así que supongo que, como responsable de la Brigada de Investigación Criminal[3], vendrás a hablarme de algún asunto importante. No es habitual que subas a mi despacho sin que te haya llamado.

—No se le escapa una. Así es. Varios asesinatos, mi coronel. El primero ayer a mediodía en un banco de Bilbao; luego, esta madrugada unos cuantos muertos en un tiroteo, aquí al lado, en Aranjuez. Pudiera tratarse del mismo autor.

—¿Y eso?

—En Bilbao, algunos testigos dieron la marca del coche que salió a toda velocidad tras el atraco. Y mire por dónde.los que avisaron a la Guardia Civil de Aranjuez, declararon que el vehículo del que hizo los disparos era de la misma marca y color.

—Lo mismo es casualidad.

—Pues sí, lo mismo, mi coronel, pero es una posibilidad que se

trate del mismo asesino.

—En cualquier caso, esta es una cuestión de la que ya te encargarás. Lo que está claro es que si tenemos un asesino que se aficiona a ir dejando un reguero de muertos a donde quiera que vaya, tenemos un asunto importante entre manos.

—Hay que mandar a alguien a Aranjuez, a ver si averigua algo, mi coronel.

—Desde luego. Y tiene que ser alguien de aquí. Esto no es un tema que afecta a una comisaría, sino algo más gordo.

—La cuestión es a quién mandar, mi coronel.

—Al que creas conveniente, Eutimio. Estoy demasiado ocupado y confío en tu criterio, ya lo sabes.

—En estos momentos, con críticas desde la prensa que podríamos llamar aperturista, necesitamos un hombre que sea considerado como un policía ejemplar. Supongo que conoce a Horacio Ventura. Yo creo que es el más idóneo, por varias razones. No es un policía de los que usan métodos que la prensa recrimine como autoritarios y demás. Por otro lado, Ventura, a pesar de su juventud y del poco tiempo que lleva como inspector, ha conseguido resolver casos bien complicados valiéndose de su talento como investigador y basándose tan solo en pruebas objetivas. La prensa y los elementos que no paran de criticarlo todo no podrán afirmar que no hemos evolucionado. No sé si me explico.

—Te explicas como el Catón. Me consta que Ventura es uno de los mejores policías que tenemos aquí. Sin embargo, le falta experiencia y no encaja con los compañeros, aunque nadie pueda negar que sea un policía brillante.

—Así es, director. Pero lo importante es que un policía como él nos puede resultar inmejorable para dar buena imagen ante la prensa. Sobre todo en estos momentos.

—De acuerdo, vamos a mandar a Ventura. Ponte en contacto con el agente Juan Pérez. Que lo acompañe.

—No sé… Me consta que es amigo de usted y que lo aprecia, director, pero creo que, en ciertos aspectos, Pérez es justo el polo opuesto de Ventura.

—¡Exacto! Le sobra la mala leche que le falta a Ventura. Si es necesario dar un par de hostias no se para en contemplaciones. Por otro lado, aunque no es ninguna lumbrera, tira de pistola como la madre que lo parió. Y le sobra la experiencia que le falta a Ventura. En resumen, se complementarán a las mil maravillas. Y si se pasa un poco, Ventura lo frenará.

—Como siempre, seguro que tiene razón.

—Pérez está ya cansado de tanta oficina y necesita aire libre. Le vendrá bien. Lo conozco.

—De acuerdo, director. Ahora mismo hablo con los dos y que se encarguen lo antes posible del caso.

—Lo dejo en tus manos, Eutimio. A partir de ahora, no me entretengas con el asunto, que bastante tengo con lo de Carrero.

—No se preocupe, coronel. Me pongo al tajo.

Diez minutos más tarde, un agente de policía avisaba al inspector Ventura para que fuese a ver al comisario principal Sánchez.

El inspector recorrió un largo pasillo hasta llegar al fondo. Al lado de la puerta, un cartel rezaba:

COMISARIO PRINCIPAL
D. EUTIMIO SÁNCHEZ PÉREZ

Dio tres golpes en la puerta con los nudillos y entró sin más preámbulos.

—Buenos días. ¿Qué pasa, jefe? —saludó el recién llegado mientras se quitaba el cigarrillo de los labios.

—Ventura, tenemos trabajo.

—Ya me imagino. ¿De qué se trata esta vez? ¿Robo con homicidio o un marido engañado que le ha pegado cuatro tiros a la parienta?

—Te vas de viaje. A Aranjuez, de momento.

—¿Y eso?

—Un tío se ha cargado hace unas horas a unos cuantos en un club de esos de alterne que hay en la carretera nacional de Andalucía, antes de llegar a Aranjuez. El coronel quiere que te encargues.

—¿Qué quiere decir con «unos cuantos», jefe?

—La cosa ha sucedido esta madrugada. A eso de las tres y media o las cuatro, dos tipos han entrado en el club y se han encontrado con la papeleta. Tres putas y dos hombres tiroteados. Estos últimos están muertos y también una de las mujeres, que, además de un disparo, tiene un corte en la garganta, al parecer mortal de necesidad.

—Entonces, quedan dos mujeres con vida, ¿no?

—Exacto. Una de ellas se encuentra en muy malas condiciones y no se le ha podido interrogar por ahora. La Guardia Civil de Aranjuez ha interrogado a la otra y su declaración ha sido bastante vaga. Al parecer, no recuerda los rasgos del asesino. De hecho, asegura que no se acuerda de casi nada.

—Pues parece que, sin testigos fiables, el asunto va a estar complicado.

—Respecto a la que te digo que se encuentra mejor, es posible que

termine por recordar algún detalle. Sobre la otra, supongo que todo depende de que se recupere. Ahora mismo no puede hablar, lo cual es normal si se tiene en cuenta que ha recibido un disparo en la cara.

—Pues es cuestión de ir a toda pastilla para el hospital en el que estén ingresadas las dos mujeres y tener la suerte de que nos puedan dar algún dato que nos ayude.

—¡Exacto! Se encuentran en el hospital de San Carlos, en Aranjuez. Los tres fallecidos también. Pendientes de que el juez ordene la autopsia y que acudan los familiares que se puedan localizar para el sepelio.

—Para ser sincero, me temo que las posibilidades de encontrar al autor son escasas. Salvo que alguna de las dos mujeres heridas nos dé en breve alguna pista firme, que parece que no va a ser así.

—Está claro que va a ser difícil de cojones, Ventura. Le he dicho al coronel que te vas a encargar tú. No llevas mucho en el cuerpo y ya has dado pruebas sobradas de ser de lo más eficiente que tenemos a mano.

—Si usted lo dice… Pero milagros, de momento, creo que no hago. Si las dos mujeres siguen, una sin recordar al asesino y la otra sin posibilidades de ser interrogada, no va a haber quién le eche el guante a ese sujeto. Porque el tiempo corre a su favor.

—O en contra nuestra, que es lo mismo.

—Muy agudo, jefe.

—Huellas dactilares no creo que se puedan encontrar en el club. Mejor dicho, en un lugar así debe haber tantas que todo lo que se haga en ese sentido va a ser trabajar en balde.

—Eso está claro, jefe. De todas formas, después de ver a las supervivientes en el hospital, me pasaré por allí.

—Me parece bien. El inspector de guardia que recibió el parte de la Guardia Civil de Aranjuez, a eso de las cinco de la madrugada, ordenó, con muy buen criterio, que se precinte el lugar y no entre nadie hasta que se ordene. La Guardia Civil ya había recogido varios casquillos de bala del lugar.

—Pues habrá que buscar la forma de que nos los manden. Si encuentro al asesino y su arma, podría servir de prueba.

—Desde luego. Ya me encargo.

—Me temo que los guardias habrán entrado en el club como un elefante en una cacharrería, pero algo sacaré cuando me pase por allí. Al menos eso espero.

—Seguro. Conociéndote… En el hospital se ha quedado un guardia civil, con orden de esperar a que lleguéis.

—Entendido.

—El agente Juan Pérez tiene orden de ponerse a tu disposición desde ahora mismo. El coronel dice que no es ningún lince pero que tiene una puntería del diablo, lo cual te vendrá bien si hay tiros.

—Pues si no es ningún lince, como usted dice, ¿a qué viene que lo hayan puesto a mis órdenes?

—Entre tú y yo, Ventura, resulta que Pérez estuvo en la División Azul con el coronel, no sé si en la misma sección de la que nuestro jefe era teniente por aquel entonces, o algo así. Al parecer, el hombre tiene malas pulgas y pocas entendederas, pero es de lo mejor que tenemos en la Brigada de Investigación Criminal con un arma en la mano, según afirma el coronel. Parece que el asesino realizó uno de los disparos a buena distancia. Y acertó. Así que…

—Visto. A ver si lo he entendido: me largo ahora mismo para Aranjuez, trato de sacar algo en claro a las dos mujeres heridas y me voy en busca del asesino en caso de que logre alguna pista. ¿No es eso?

—¡Lo has clavado, Ventura!

—Pues me ratifico: voy a necesitar un milagro. Además, sigo sin entender bien por qué soy yo el elegido. Aquí hay policías con mucha más experiencia.

—A nadie se le escapa que eres de lo mejorcito que tenemos. Ya has resuelto algunos casos que lo demuestran.

—No sé, jefe. Llevará razón, pero me huelo que algo más debe haber, para designar a un policía con poca experiencia para un caso que tal vez tenga repercusión en todo el país.

—Te voy a ser sincero. En estos momentos necesitamos un policía que de una cara, no sé cómo decirte, de hombre moderno. Lo de coger o no al asesino es importante, aunque no lo principal, no sé si me explico. De todos modos, confío en que lo conseguirás.

—Se agradece esa confianza, jefe. ¿Cuándo salgo?

—Lo antes posible. El habilitado te dará un anticipo para gastos de comida hoteles y demás. Lo hemos llamado para que te atienda en el tema económico.

—Por eso no hay problema. Ya traeré las facturas al regresar.

—El club donde han ocurrido los hechos se llama «El Edén». Está unos ocho kilómetros antes de llegar a Aranjuez, a la derecha según bajas para Andalucía. De todas formas, pienso que lo primero es que te acerques por el hospital de San Carlos.

—Está claro.

—¿Te ponemos un coche?

—No, ya llevo el mío. Es más rápido. Ya sabe, mi apartamento está aquí al lado. Me voy ahora mismo, echo cuatro cosas en la maleta y

salgo pitando para Aranjuez.

—Vale. Te daremos unos vales de gasolina y…

—Ya ajustamos cuentas a la vuelta. Prefiero pagar de mi bolsillo; por si es necesario pasar desapercibido.

—De acuerdo. Voy a llamar por teléfono a la Guardia Civil de Aranjuez, para avisar de que vas para allá.

—Muy bien, jefe.

—Aquí tienes copia escrita del informe que ha redactado el puesto de Aranjuez y nos ha enviado por fax. Le he echado una ojeada por encima. Contiene unos planos con la situación de los cadáveres y heridos, así como sus nombres y apellidos. Una de las supervivientes, Francisca González, estaba detrás del mostrador; la otra, una tal Laura Kobler, fue encontrada en una habitación junto a la fallecida, que además del disparo recibió un buen corte en el cuello.

—Eso del corte ya me lo ha dicho antes, jefe.

—Ah, vale.

—Se han movido con rapidez.

—¿Quién?

—La Guardia Civil de allí, quiero decir.

—Pues sí. En el informe hay algunos detalles más de cierta importancia. Por ejemplo, el cálculo aproximado de las distancias a las que tuvieron lugar los disparos, aunque eso lo confirmarán en nada los forenses con más precisión.

—Lo leeré con detenimiento, jefe.

—Por otra parte, unas horas antes se cometió un atraco con asesinato en Bilbao. Parece que hay testigos que identifican el mismo vehículo en los dos emplazamientos, o sea, en el lugar del atraco y en el club de alterne.

—Visto, jefe.

—Cualquier cosa que necesites, me llamas a mi teléfono oficial. Y si es urgente y no son horas de trabajo, me llamas a casa. Ya sabes mi número de teléfono, ¿no?

—Sí. ¿Sabe, jefe? Al principio me ha fastidiado con la misión; pero ahora que lo pienso, no me vendrá mal un viaje de turismo por la nacional cuarta. Hace tiempo que no bajo a Andalucía. Solo espero que el amigo Pérez no sea un lastre más que una ayuda y no me importune más de la cuenta.

—Ya verás que no, hombre. Tenemos buenas referencias de él. Aunque eso sí, no esperes un lumbreras.

—Pues si me avisa a Pérez, me voy a casa con él, cojo el coche del garaje y en media hora estamos en marcha. Le llamaré una vez esté en el hospital.

—De acuerdo. ¡Suerte!

—La vamos a necesitar. ¡Y mucha!

Horacio Ventura disponía de suficiente fortuna como para vivir donde le apeteciera y tener casi todo lo que deseara.

Su padre era presidente y propietario de uno de los más reputados bufetes de abogados de Madrid. Por si eso no fuera suficiente, tenía acciones en empresas de importancia, tales como la marítima Transmediterránea o la fábrica de camiones ENASA.

Eso sin contar con su condición de heredero único de una fortuna inmensa, tanto en dinero contante como en bienes raíces e inmuebles, repartidos por toda la península.

El padre de Horacio creyó ver cumplidas sus aspiraciones respecto a su hijo cuando este aceptó cursar la carrera de Derecho, que culminó, además, con premio extraordinario de licenciatura. El chico era muy inteligente y, en opinión del padre, su digno sucesor al frente del bufete.

Lo que nunca pudo imaginar el hombre es lo que su hijo único le comunicaría después de finalizar sus estudios.

—Hijo, ha llegado el momento de que te pases por el bufete y te vayas enterando de cómo funciona todo —le dijo el padre, durante una comida, con su esposa al quite—. Algún día te tendrás que hacer cargo. Ya sabes que una cosa es la teoría y otra la práctica.

—Sé que no os va a gustar lo que os voy a decir, pero no tengo intención de ir al bufete. Al menos por ahora. Papá, tú aún eres joven y te quedan muchos años al frente de todo. No soy necesario allí y tengo otros proyectos.

—¿Qué dices, hijo? ¿Para qué has estudiado derecho, sino para hacerte cargo del bufete? —intervino la madre.

—Lo he hecho porque vosotros deseabais que lo hiciera y no quería desilusionaros. Además de que me gusta todo lo relacionado con el Derecho, no os lo voy a negar. No obstante, lo que de verdad quiero ser es policía. Al menos por ahora. Voy a preparar oposiciones para inspector.

—A ver, hijo mío, el día que yo no pueda con el bufete, ¿quién me va a reemplazar?

—Ya me encargaré antes de que llegue ese momento, padre; pero, mientras tanto, quiero ser policía. Te propongo un trato: seré policía hasta que sea necesario que me haga cargo del bufete porque tú no puedas. ¿Os parece bien?

—Con una condición. Te pongo desde ahora en la nomina del bufete y te paso todos los meses una cantidad suficiente para que no pases necesidades.

—No me parece justo cobrar un dinero por no hacer nada.

—Bueno, técnicamente, cobrarás porque te habrás comprometido a hacerte cargo de los negocios de la familia en el momento en que yo esté hecho un anciano. O cuando falte, que nadie es eterno.

—De acuerdo. Mientras no llegue ese momento, seré policía y no presionaréis más, que os conozco.

—Creo que no hay nada que objetar, hijo. Te apoyaremos en todo —dijo la madre—. ¿Verdad, Pedro?

—Verdad —respondió el padre—. ¡Qué le vamos a hacer! ¡A la fuerza ahorcan!

Una vez apruebe las oposiciones, me gustaría independizarme.

—Ay, hijo mío, ¡qué mayor te haces! —exclamó la madre—.Pero si ni siquiera tienes novia… Ya tendrás tiempo de irte de casa.

—Yo por mi parte, no tengo inconveniente, hijo —aceptó el padre —. Con la condición de que aceptes que ponga a tu nombre el apartamento de la plaza Mayor. No quiero que te veas obligado a vivir en una casucha cuando la familia tiene tantas en Madrid. Y en esto no aceptaré una negativa por tu parte.

—Bueno, padre, acepto. Pero lo mismo me destinan lejos de Madrid.

Pocos meses después, sin haber cumplido los veintitrés años, Horacio ya era un flamante inspector destinado en la Dirección General de Seguridad.

En dos años, su inteligencia y buen hacer hacían pensar a los principales miembros de la cúpula de la Dirección General de Seguridad que, sin lugar a dudas, Horacio Ventura estaba destinado a llegar a ocupar, en no mucho tiempo, un puesto de primer orden en el organigrama de la Brigada de Investigación Criminal.

Sin embargo, Ventura ya había tenido tiempo de darse cuenta de que no iba a seguir como policía durante mucho tiempo más. Ya desde el principio, había desechado pertenecer a la «Social» —como se conocía de modo coloquial a la Brigada de Investigación Social—, porque estaba al tanto de sus métodos y no comulgaba en absoluto con ellos.

Además, lo que a él le atraía era la investigación criminal. Pero lo cierto es que en dos años había visto demasiados bofetones y puñetazos y demasiados cabezas de turco que entraban en prisión sin una investigación decente.

Aunque no se lo había dicho a nadie, Horacio Ventura, se encontraba en esos momentos en los que te planteas si merece la pena continuar con tu ocupación o ha llegado la hora de dejarlo y hacer algo diferente. Era un idealista empedernido y se había topado con

una realidad que no le gustaba. Una realidad que ya casi le resultaba intolerable.

Cuando abandonó el despacho del comisario principal, era consciente de que el caso que lo iba a tener ocupado durante los próximos días podía ser fundamental a la hora de decidir si continuaba durante un tiempo en la policía o lo dejaba definitivamente.

El agente Juan Pérez

Horacio Ventura salió del edificio de la Dirección General de Seguridad acompañado por el agente Juan Pérez. Un tipo de estatura media, algo de tripa, sonrisa afable y calva de esas que llegan hasta la nuca y dejan un poblado cabello a los lados.

—Soy el agente Pérez a su servicio, señor inspector. Encantado de conocerlo —le dijo el agente a modo de presentación mientras bajaban las escaleras, a punto de abandonar el edificio.

Ventura notó algo en Pérez que le hizo pensar que este no se encontraba cómodo. Tal vez le fastidiaba estar a las órdenes de alguien a quien probablemente doblaba en edad.

—Igualmente, Pérez. Vamos a acercarnos a mi casa para recoger algo de equipaje y mi coche. Está aquí al lado. Luego vamos a la suya y hacemos lo mismo. Cuanto menos tardemos, mejor.

—Por mí no se preocupe. Suelo llevar dinero encima y el habilitado me acaba de entregar un adelanto para dietas y gastos imprevistos. Además, siempre tengo en la taquilla alguna ropa de repuesto. En esta mochila llevo todo lo que necesito.

—De acuerdo. Veo que es usted precavido.

—Costumbres de cuando estaba en el Ejército.

—Pues no son malas esas costumbres.

Mientras andaban hacia la Plaza Mayor, el agente aprovechó para poner a Ventura en antecedentes sobre la opinión que tenían los compañeros acerca de él. Por su manera de hablar, no debía diferir mucho de la suya propia.

—Por cierto, señor inspector, no me lo esperaba tan joven. De hecho, cualquiera que lo viera por la calle pensaría que es usted más un *pollo pera* que un policía, lo digo sin intención de ofender. Conste que a mí ni me va ni me viene. Pero la opinión que tienen los compañeros es que usted es un presumido que maneja perras y se ha hecho policía para pasar el rato. Yo no me meto, pero pienso que cuando el río suena agua lleva. De todos modos, a quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. Aparte de que cada palo tiene que aguantar su vela y que cada *quisque* hace lo que le viene en gana. ¡Faltaría más! Yo opino que…

—Pérez, ya tendremos tiempo para expresar nuestras opiniones —

cortó Ventura, que acababa de averiguar que entre las virtudes y defectos del agente, el comisario principal se había olvidado de mencionarle la excesiva locuacidad y la mala leche.

—Claro… Usted perdone, señor inspector. Era por romper el hielo.

—No se preocupe. Solo que en este momento, preferiría que nos centrásemos en el caso.

—Por supuesto, señor inspector. Ya me he enterado de que las dos supervivientes están en el hospital de Aranjuez y de que vamos para allá.

—Así es, Pérez. Tenemos entre manos un caso difícil.

—Otra cosa, con que me llame «inspector» es más que suficiente. Lo de «señor» no es necesario, ¿le parece?

—De acuerdo, inspector.

Llegaron a la casa de Ventura. Era un ático de proporciones sobradas para que viviera toda una familia numerosa con desahogo, así que para el inspector era más que grande.

—¡Menuda casa tiene usted! No sabía que el sueldo de inspector diera para tanto.

—Ventura notó la ironía.

—¡Qué va! Con el sueldo no me daría más que para pagar los gastos de la casa y justito para comer. Es de mi padre, que me la ha cedido, junto con un dinero mensual, con la esperanza de que deje la policía y me vaya a trabajar con él.

—Ah, ya me parecía. O sea, que es cierto lo que se comenta acerca de que es usted un pudiente, o sea, que está podrido de dinero.

—Pues, sí, no lo puedo negar ni tengo motivos para hacerlo. Aunque me gusta depender de mí mismo y no de lo que me da mi padre, estoy acostumbrado a consumir más de lo que necesito, lo reconozco. En eso pienso que me educaron mal.

—¡Hombre! No sé… Yo, si mis padres hubieran tenido pasta de sobra, no iba a vivir como un ermitaño.

—Pues eso es lo que pasa, Pérez. Bueno, me voy a poner ropa más cómoda. Siéntese en ese sofá. Serán cinco minutos. Si no le importa, aprovecho para poner el tocadiscos. Me anima bastante oír buena música mientras hago otras cosas.

Ya había un disco grande de vinilo situado en su lugar y Ventura solo tuvo que pulsar un botón para que la aguja se colocara sobre el disco y comenzara a sonar la música. La habitación se llenó con lo que para el inspector, por la cara de satisfacción, era poco menos que un sonido celestial y para Pérez un descubrimiento desagradable. Tras una entrada con acordes inverosímiles de una guitarra eléctrica, que al agente le sonó a mil demonios, una voz en falsete[4], comenzó a

cantar en inglés:

In the white room with black curtains near the station.
Black-roof country, no gold pavements, tired starlings.
Silver horses run down moonbeams in your dark eyes.
Dawn-light smiles on you leaving, my contentment…

—Espere un momento. Enseguida vuelvo. Disfrute de la música, Pérez.

Ventura salió en dirección al dormitorio. Cuando regresó, Pérez se revolvía, incomodo, en su asiento. Ahora, la misma voz de antes, cantaba *Sitting on top of the world*.

—¡Joder, qué pedazo de Blues! —exclamó Ventura; llevaba unos pantalones de pana, un jersey de cuello vuelto y una chaqueta con coderas. Para él aquello era vestir de lo más informal—. ¡Qué lástima no tener un *pickup* a pilas! Nos lo podríamos llevar en el coche. No tengo el casete de estos fenómenos.

—Será una pena para usted, inspector; para mí es un alivio, perdone que le diga.

—¿Qué dice usted? ¡Si este es el mejor grupo que ha dado la música actual!

—Mire, inspector, Napoleón decía que la música es un ruido agradable al oído.

—Pues eso. Ahí lo tiene usted.

—Pero esto es solo ruido, porque agradable… ¿Qué era eso que suena en el disco y parece el quejido de un gato o un niño llorando a moco tendido?

—Ja, ja, ja. Lo que pasa es que usted tiene el oído mal educado. ¿Qué va a ser? El *wah wah* de la guitara de Eric Clapton.

—No, lo que pasa es que no soporto esos ruidos.

—Pues, si le pongo a Hendrix, le da un soponcio.

—Ni sé quién es ese *Claxon* ni me interesa conocer la música del *Endri*. A mí que no me quiten al Dúo Dinámico y a José Guardiola, y menos a Rafael Farina o a Antonio Molina. Lo demás…

—Usted es de los que yo llamo «castizos» en eso de la música, por lo que veo. Hay que avanzar, Pérez.

—Bastante avancé en el frente del lago Ilmen, inspector. Yo me quedo con lo mío y cada uno con su capa que haga un sayo.

Bueno, Pérez, tiene razón. Apago el tocadiscos y nos vamos a por mi coche. El garaje está aquí al lado de casa.

Muerte en el hospital

Se trababa de un Peugeot 504 de color blanco crema, regalo del padre del inspector cuando terminó los estudios de derecho.

—Póngase el cinturón de seguridad, que salimos, Pérez.

—Ah, sí. Aunque no es obligatorio, ¿no?

—Por ahora no, pero en mi coche no consiento que nadie vaya sin el cinturón puesto.

—Pues nada, me lo pongo, si es que averiguo cómo se hace.

En pocos minutos salían de Madrid. El inspector Ventura no paraba de pensar en los pasos a dar para localizar al asesino, si fuera posible; mientras tanto, el agente Pérez rogaba a todos los santos que el inspector no tirase de radiocasete para poner la música del averno que había oído en su casa. El automóvil rodaba a buena velocidad por la carretera nacional cuarta.

—Por los datos que me ha dado el comisario principal, debemos estar cerca del club donde se produjo el asesinato —comentó Ventura, para romper el silencio.

—¿No deberíamos pasarnos por allí antes de llegarnos por el hospital? —preguntó Pérez—. Ya que nos coge de camino…

—Podría ser interesante echar un vistazo rápido —admitió Ventura —. De todas formas, lo primero es ir al hospital y tratar de sacar algo a las dos mujeres que han sobrevivido. Si nos dan una pista, podemos salir tras el asesino. El tiempo no corre precisamente a nuestro favor.

—Claro, lleva toda la razón.

Antes de las diez de la mañana ya se encontraban en el hospital. Lo primero que hicieron fue entrevistarse con el médico que había atendido a las dos mujeres.

—Soy el doctor Aguirre. Díganme qué necesitan saber.

—Es usted el médico que estaba de guardia esta madrugada, ¿verdad?

—Así es. De hecho, acaban de relevarme hace unos minutos.

—¿Cómo se encuentran las dos?

—Me temo que a una de las dos pacientes no le van a poder sacar nada, inspector. En todo caso, si lo intenta, le ruego que sea muy breve con ella. Se encuentra bastante mal, si bien la herida en sí no ofrece riesgos para la vida.

»El único problema es que si se produjera una infección podría morir a causa de un shock séptico en pocos días. Ojalá no sea así. En cualquier caso, el disparo le ha roto la mandíbula y me temo que se le va a quedar la cara desfigurada para los restos.

—¿Y la otra víctima? —preguntó Ventura.

—Lo de la otra paciente yo lo llamaría un milagro, y eso que no creo en ellos. La bala, dirigida al pecho, le dio en una costilla y ni siquiera se la quebró.

—¿Y eso?

—No soy un experto en armas, como es natural, pero, en mi opinión, la pólvora debía estar en mal estado y eso hizo que el proyectil no saliera con la velocidad habitual. Aparte de una herida superficial y el dolor consiguiente, se puede decir que se encuentra bien. Eso sí, por el chichón que tiene en la cabeza, parece que se dio un buen golpe y eso debe ser el motivo por el que no recuerda casi nada de lo que sucedió.

—Lo de la bala en malas condiciones yo se lo confirmo, doctor —medió Pérez—. Recuerdo que, cuando estaba en la División Azul, me agencié una pistola de un ruso, ya saben…, un soldado bolchevique que había pasado a mejor vida. Pues bien, resulta que, para probar, hice un disparo con la dichosa pistola y la primera bala se quedó atorada en el cañón. Yo le pregunté al teniente qué podía ser y él me…

—Pérez, el doctor tiene mucho trabajo —le cortó de nuevo Ventura —. Aunque estoy seguro de que lo que nos cuenta es fundamental para entender el caso de esta mujer, creo que mejor lo dejamos para otro momento, ¿no le parece?

—Claro, inspector. Discúlpeme. Reconozco que a veces me voy por largo, no sé si me explico. Quiero decir…

—Pérez…

—Joder, esta costumbre de hablar y hablar me la tengo que quitar como sea, señor inspector. Ya le explicaré otro día de dónde pienso que me viene.

—De acuerdo, otro día me lo explica. Ahora, con su permiso, doctor, vamos a proceder a interrogar a las dos mujeres. Si desea estar presente, por mi parte no hay inconveniente.

—Si me da su palabra de que no usará más tiempo que el imprescindible, confiaré en usted, inspector.

—Se la doy, doctor. Por supuesto.

—Están en las habitaciones 6 y 7, custodiadas por un guardia civil.

—Gracias, doctor. Luego lo vemos.

—Como quieran. En realidad desde hace un rato el encargado de

atender a las pacientes es el doctor Rodríguez.

—De acuerdo. Ya preguntaremos por él.

—En cualquier caso, me voy a quedar en el hospital por si me necesitan. Lo normal es que libremos el día siguiente de haber hecho guardia, pero este caso bien merece una excepción.

—Se presenta el guardia Gonzalo, inspector. A sus órdenes.

—Gonzalo, cuénteme la situación.

—El jefe de puesto de Aranjuez me ordenó que me quedase de guardia hasta que llegase usted. Las señoras putas están en estas dos habitaciones. Una de ellas, según los médicos, está viva de milagro, pues, a pesar de recibir un disparo en el pecho, ha resultado casi ilesa; la otra está mucho más jodida, con perdón de la palabra. Le han metido una bala por debajo de la mandíbula y le ha salido por detrás de la oreja. Casi no puede hablar. Eso sí, dicen que vivirá y…

—Muchas gracias, por la información, Gonzalo —cortó Ventura—. Ya conocemos esos detalles por el médico de guardia. ¿Han conseguido ustedes sacarles algo en claro?

—Ni en claro ni en oscuro, inspector. Ni el jefe de puesto ha podido sacarles nada. A la del disparo en la cabeza no se le entiende nada de lo que dice. Le cuesta muchísimo hablar. De momento, no hay nada que hacer con ella. Cuando se le pregunta si recuerda cómo era el hombre que le disparó, cierra los ojos y niega con la cabeza; la otra, parece que ha perdido la memoria. Yo, con franqueza, opino que…

—No es necesario que me dé más detalles —dijo Ventura—. Quiero verlas e interrogarlas sin pérdida de tiempo. Por cierto, ¿ha desayunado?

—No, inspector. Desde que llegamos aquí, a eso de las cinco de la mañana, no me he movido de aquí.

—Pues este es el momento.

—De acuerdo. Enfrente de la entrada del hospital hay un mesón. Me acerco y vuelvo enseguida.

—Tardaremos un rato en el interrogatorio. Cuando terminemos, nos pasamos por ese mesón y usted se viene para acá.

—Visto, inspector. A sus órdenes.

—Francisca Gómez, Paca para todos los conocidos del Edén, llevaba colocada una aparatosa venda que le tapaba casi toda la cabeza, pues dejaba tan solo la boca y la nariz al descubierto.

—Señora, seré breve. Ella afirmó con la cabeza—. Solo quiero que me confirme si había visto usted antes del día de ayer al hombre que le disparó.

Negó con el índice de la mano derecha. Se notaba que le costaba un gran esfuerzo.

—Si se lo encontrara ahora mismo, ¿lo reconocería?

Negó con más vehemencia que la vez anterior.

—¿Está segura?

La mujer enfrentó las palmas de las manos y las alejó poco a poco todo lo que pudo.

—¿Quiere decir que solo lo vio de lejos?

Volvió a afirmar mientras se pasaba las manos por los ojos y agitaba los dedos.

—Estaba oscuro, ¿No?

Ella lo señaló, para que entendiera que había dado en la tecla.

—¿No será que tiene miedo de decir que lo reconoció y que luego le suceda algo a usted por haberlo delatado? Le puedo asegurar que eso no sucedería en ningún caso.

La mujer hizo un gran esfuerzo para pedir al inspector, con la mano, que se acercara. El inspector entendió que quería decirle algo y acercó el oído.

—*E uro a usté e no sé omo era ese hio uta. Se lo uro* —dijo ella en un hilo de voz.

—Entendido. Le voy a hacer solo unas preguntas más. ¿Recuerda qué hora podría ser cuando sucedió… En fin, ya me entiende, supongo. —Ella puso el dedo índice de la mano derecha sobre la muñeca izquierda y a continuación negó con el mismo dedo—. Quiere decir que no tenía reloj, ¿no es así? —Ella afirmó—. Entonces, debo entender que no sabe la hora.

Ella le indicó marcó tres dedos con la palma de la mano extendida. La cerró y extendió cuatro dedos. Luego indicó a Ventura con la mano que se acercase.

—*E amarero ijo a Aura que eran as de las tres.* —dijo con gran esfuerzo.

—El camarero le dijo a Laura que eran más de las tres. ¿Es eso? —dijo Ventura.

La mujer afirmó con la cabeza.

—Solo una pregunta más. Espero que no le moleste, pero desearía saber si era habitual que dos de ustedes tuvieran relaciones al mismo tiempo con un hombre. Lo digo porque a la fallecida en el club y a su compañera, la de la habitación de al lado, se las encontraron en la misma habitación del club.

Abrió los ojos, al parecer extrañada por la pregunta, y se encogió de hombros.

—Se lo voy a decir con más claridad ¿Recuerda haber visto a sus dos compañeras subir a las habitaciones con un hombre poco antes de lo que ocurrió?

Por toda respuesta, volvió a reclamar a Ventura con la mano para que se acercara.

—*Encanni ubió antes con el homme y Aura espués. Ijo e iba a coer algo e su haitación. Aura no hacía eso.*

—Encarni subió antes con el hombre y Laura después. Dijo que iba a coger algo de su habitación. ¿Es eso lo que me ha querido decir?

Ella afirmó.

—¿No dijo que iba para unirse con los otros dos?

De nuevo negó con el dedo índice y le indicó que se acercara.

—*Aura no hacía eso. Ella ola con un homme. ¿Entiende?*

—Sí

—La entiendo. No la molesto más, Francisca. Muchas gracias por el esfuerzo. Ojalá se reponga pronto. —Ella levantó una mano en señal de despedida—. Apago la luz para que descanse.

Laura Kobler, alias la Rubia, se encontraba sentada en un butacón y dormida. Su rostro resultaba atractivo en extremo a pesar de las marcas de dolor, desesperación y hastío, labradas en su cara día a día, durante años.

Ventura era un hombre con muy escasa experiencia en lo que respecta a mujeres. Hasta el momento en que fue admitido en la policía, su tiempo había estado dedicado en su casi totalidad a estudiar; después, el trabajo lo absorbió por completo.

Por otra parte, sentía un profundo desagrado, o tal vez desazón, ante todo lo que se relacionara con la prostitución. Su idealismo no le permitía admitir que una mujer se dedicara a vender su cuerpo, aunque fuese para sobrevivir de alguna manera. En la cuestión relativa a las relaciones de pareja, era lo que algunos denominarían «un romántico», con un concepto muy elevado e idealizado de la mujer.

A pesar de lo anterior, no pudo evitar un extraño estremecimiento al encontrarse de frente con alguien como Laura. Su educación rechazaba a aquella mujer, pero algo en su interior hacía que se sintiera fuertemente atraído hacia ella.

Pérez carraspeó con fuerza y la mujer abrió los ojos. El inspector reaccionó de su pasmo inicial y se decidió a comenzar el interrogatorio.

Los labios sin pintar de Laura no le restaban belleza, si bien denotaban, en cuanto uno se fijaba un poco, desdén y casi odio.

—Buenos días. Usted es Laura Kobler, ¿verdad?

—Sí.

—Por su fisonomía y por su nombre deber ser usted extranjera, ¿no es así?

—¡Qué va! Soy de Jaén. Bueno, de un pueblo de la provincia. Cerca de Despeñaperros. Según dicen, hace muchos años trajeron emigrantes alemanes a aquella zona. Se nos han quedado el color de pelo y ojos y los apellidos, pero en todo lo demás somos tan andaluces como cualquiera.

—Algo he oído hablar de eso. Bien, señora, soy el inspector Horacio Ventura. Lo primero que le quiero decir es que espero que se encuentre lo mejor posible después de lo sucedido.

—¡Vaya! No recuerdo que me hayan llamado «señora» en toda mi vida. —respondió ella con una sonrisa tan atractiva como falsa y profesional; no tenía otra que mostrar—. Ni tampoco haber visto un inspector tan joven. Y le aseguro que he visto a más de uno por el Edén. Eso sí, ninguno venía para interrogarme, sino a otros menesteres. Ya sabe…

—Me imagino, pero, no se ofenda: esas cuestiones no me interesan en absoluto, señora. Solo quiero hacerle algunas preguntas. Le prometo que en unos minutos la dejaré tranquila.

En ese momento, oyeron un ruido procedente de la habitación de al lado.

—¿Ha oído eso, inspector? —preguntó Pérez.

—Sí. Parece que Francisca se queja, lo cual no es de extrañar, con lo que tiene.

Los lamentos, o lo que fueran, dejaron de oírse. Ventura interpretó que, por los pasos, ya habrían acudido a socorrer a la mujer.

—Me han contado lo que ha pasado, pero no sé cómo se encuentra mi compañera —dijo Laura con interés.

—No muy bien. Aunque eso no me corresponde a mí decirlo —respondió Ventura—. Como le decía, solo serán algunas preguntas, señora.

—Pues vengan esas preguntas. Aunque me temo que no le voy a poder ayudar mucho.

—Tal vez sí. ¿Cuántas eran ustedes? Me refiero a las que trabajaban en club de carretera.

—Éramos tres: la Encarni, la Paca y yo. Paca es la que está en la habitación de ahí al lado, ¿sabe usted?

—Sí, claro. Francisca. ¿Solo eran tres?

—Hasta hace poco éramos cinco, pero dos se largaron. El dueño, don Cándido, estaba buscando otras dos o tres para reemplazarlas. El negocio iba mal, ¿sabe? El Edén conoció tiempos mejores. Hace unos años llegamos a ser diez.

—La pregunta se la he hecho por si eran más y había alguna testigo que se hubiese marchado al oír los tiros.

—Pues no.

—Sé que ya ha declarado ante la Guardia Civil y que recuerda pocos detalles de lo sucedido.

—Yo diría más bien que no recuerdo casi nada.

—De todos modos, voy a intentar ayudarla, a ver si hay algo por ahí, escondido en su cabeza, que nos pueda servir de pista. ¿Dónde se encontraba cuando recibió el disparo?

—En la habitación de Encarni. Una compañera. Lo sé porque me lo han dicho.

—O sea, que en la habitación de Encarnación estaban, además de ella, el asesino y usted.

—Así debe ser, aunque no recuerdo lo que sucedió ni por qué estaba yo allí.

—Perdone lo que le voy a decir. Espero que no se moleste. Entiendo que su compañera y usted habían subido al cuarto para… estar las dos juntas con el hombre, ¿no?

Laura Kobler se quedó callada, por un instante, como si no estuviera segura de cómo dar la respuesta más adecuada.

—No sé qué decirle. La verdad es que no lo sé, porque no me acuerdo. El cliente propone y se acepta o no se acepta.

—Y en este caso, se aceptó.

—Supongo. Pero ya le digo que no lo recuerdo.

—Lo que parece claro es que subieron los tres juntos.

—Así debió ser, puesto que me encontraron allí.

—Pues su compañera, la de la habitación de al lado, Francisca, dice que usted nunca se iba con otra mujer a la cama para estar con un hombre.

Laura se turbó y dudó.

—Bueno, todo empieza alguna vez. Hay cosas que no se hacen nunca y al final se terminan por hacer. Lo que le puedo asegurar es que los tres estábamos en el cuarto, pero si subimos los tres juntos o separados, o cómo sucedió, no lo recuerdo.

—Bueno, al menos ya está segura de algo. ¿Ve cómo sí que nos puede ayudar?

—Segura, segura, no estoy de nada. Lo digo porque me han dicho que nos encontraron a las dos en la misma habitación.

—Y después, ¿qué pasó? Entiéndame: no me refiero a ciertos detalles, sino a cómo ocurrió el tiroteo. ¿Hubo alguna discusión? ¿El asesino las amenazó?

—No recuerdo casi nada. Tengo como en sueños la idea de que un hombre me dio un puñetazo en la cara y debí perder el conocimiento. Luego me desperté, supongo que por el ruido del disparo a Encarni. Lo

único que recuerdo con claridad es que alguien me apuntaba con una pistola y me disparaba. A partir de ahí, hasta despertarme en el hospital, no recuerdo nada más.

—Si es tan vivo el recuerdo de alguien apuntándole con una pistola, supongo que tuvo tiempo de ver su rostro. ¿Tenía alguna cicatriz o algo especial que lo diferenciase de otros?

—No se lo puedo decir. Es que lo tengo todo como en una nube, ya le digo.

—¿Recuerda, aunque sea vagamente, si antes de le disparasen estuvo en el bar hablando con la misma persona que lo hizo?

—Recuerdo que estuve hablando con alguien. Con un hombre. Vamos, un cliente. Nos tomamos algo y hablamos, pero no recuerdo la conversación. Él quería acostarse conmigo, pero le tocaba a Encarni, de eso es de lo poco que me acuerdo.

—¿Le dijo su nombre? Tengo entendido que a veces los hombres se vuelven muy comunicativos en esas situaciones.

—¿Usted lo hace? —preguntó ella.

—¿A qué se refiere? —preguntó a su vez Ventura, visiblemente turbado.

—A si se vuelve comunicativo cuando habla con una de nosotras y pretende pasar un buen rato, ya me entiende.

—Señora, aquí soy yo quien pregunta. Sé que, en cierto modo, estoy abusando de usted y de su paciencia, pero no tengo más remedio.

—¿Abusando? Creo que no tiene ni idea de lo que es abusar de una mujer. Perdone, me parece que usted es un crío que puede que tenga alguna experiencia en interrogatorios, pero nula en cosas de mujeres. Y menos en asuntos de mujeres de la vida. ¡Abusando dice! ¡Qué gracia!

Horacio Ventura se ruborizó levemente; sintió que Laura Kobler lo turbaba de nuevo, y eso era poco frecuente en él. Se repuso de inmediato.

—Lleva toda la razón en lo que se refiere a mi falta de experiencia en asuntos de mujeres, sean prostitutas, santas o de medio pelo, y perdone por las expresiones. Pero le puedo asegurar que, si tengo el más mínimo indicio sobre quién les disparó, lo voy a cazar.

—No se lo tome a mal. Creo que me he propasado un poco —dijo ella—. Pregunte lo que desee y yo le diré lo que pueda.

—Seré más preciso. Le dio ese hombre con el que habló su nombre, ¿sí o no?

—No… —Ventura creyó notar que dudaba en la respuesta.

—¿Le dijo dónde trabajaba o adónde se dirigía?

—Tampoco… —Nueva mirada de duda.

—¿Era alto o bajo? ¿Delgado o grueso?

—No recuerdo. Creo que era fuerte, pero no gordo.

—¿Tiene por aquí la ropa que llevaba anoche?

—Sí, la han colocado en ese armario.

—Me gustaría echarle un vistazo.

—Sí, claro. Mire lo que desee —dijo ella con un tono de voz equívoco que perturbó algún lugar interior de Ventura.

El inspector abrió la puerta del armario y observó con detenimiento el traje. Tenía un agujero redondo en la parte superior y varias manchas de sangre.

—¿La hirieron a usted en el costado con alguna arma cortante? Ya sabe, un cuchillo o algo así.

—No. Me han dicho que solo tengo el disparo en el pecho y que no me ha hecho casi nada de milagro.

—¿Tocó usted a su compañera o se acercó a ella?

—No lo recuerdo. Me han dicho que a la pobre le cortaron el cuello. Así que supongo que la sangre del traje será de ella. A ver qué me pongo cuando me den de alta, porque toda la ropa que tengo se ha quedado en el Edén.

—Por eso no se preocupe. Le pediré a alguna enfermera que hable con usted y le compre algo. Me encargo de los gastos.

—Usted no tiene por qué hacer eso.

—No tiene importancia. De todos modos, me voy a quedar este traje para pedirle a los de aquí que analicen el grupo sanguíneo. Así que creo que lo justo es que le compre otro.

—Como quiera. Me da igual qué haga con este. La verdad es que con el agujero y las manchas no me sirve para nada.

—Veo que tiene usted aquí el bolso.

—Sí. Es el que llevo en bandolera en el trabajo.

—¿Me autoriza para ver en su interior?

—Sí, claro. Si busca la documentación, nunca la llevo encima. La dejo en la habitación. Allí se ha quedado casi todo lo que tengo, incluido el dinero que he ido ahorrando.

—No se preocupe. Ya hablaré para que se lo traigan todo o para que pueda recoger sus cosas de alguna manera.

Ventura miró el interior del bolso. Poca cosa: un lápiz de labios, un tarro de perfume de la casa Mirurgia, un monedero con varios billetes, un mechero y nada más.

—Solo una pregunta más y la dejo descansar. ¿Le gustaría que cogiéramos al hombre que ha matado a su compañera y ha desgraciado a la que está en la habitación de al lado para el resto de

su vida?

Laura reaccionó con un ataque de ira que no se esperaba Ventura.

—¿¡Que si me gustaría que cogieran a ese hijo de la gran puta!? ¿¡A usted qué le parece?! ¡¡Pues claro que me gustaría!! ¡¡¡Y matarlo con mis propias manos!!! ¡Hacer lo que ha hecho! —La mujer rompió a llorar.

—Pues la mejor manera de que cojamos a ese hombre, tal vez la única, es que usted recuerde algún detalle que nos ayude. Piense en ello, señora.

Ventura miró la hora. Su reloj no era de los que se vendían en cualquier joyería de poca monta.

—A ver si nos podemos tomar un café, Pérez.

—Lo que usted diga, señor inspector. ¿Le parece bien que vayamos al mesón ese que dijo el guardia?

—Claro. Así lo mandamos para las habitaciones de las dos mujeres mientras desayunamos. Luego, cuando regresemos, lo despedimos y nos hacemos cargo de todo. Invito yo.

Mientras se dirigían hacia el local, Pérez, que no había dicho una palabra durante los interrogatorios, volvió a las andadas.

—Señor inspector, ¿ha visto cómo no hay forma de sacar nada en claro? Estas ni han visto nada ni recuerdan nada. Estamos a cero. Recuerdo yo una vez en la División Azul, que capturamos a un ruso. Buena gente. El ruso, digo. Nosotros le preguntábamos por su unidad y el andoba no entendía ni papa. Luego nos dimos cuenta de que era lo normal, hablando ruso, como lo hablaba a la perfección, y nosotros español. No obstante, lo que le puedo decir al respecto es que esto de ahora se parece. Las putas y nosotros hablamos idiomas diferentes, ¿me entiende?

—La verdad es que no demasiado, aunque quién sabe si no tendrá razón sin saberlo.

—Eso, ¿quién sabe? Dicen que hasta un reloj parado tiene razón dos veces al día.

Ventura se echó a reír de buena gana. Le caía bien aquel hombre, aunque era consciente de que el agente sentía cierto rechazo hacia él y que trataba de disimularlo con un trato correcto en exceso, tal vez no falto de ironía.

—A ver, Pérez, quiero aclarar algunas cosas con usted ahora que acabamos de conocernos. Vamos a pasar algunos días juntos, así que lo mejor será dejar las cosas claras desde el principio.

—Lo que usted diga, señor inspector.

—Para empezar, ya es la segunda vez que le digo que vamos a dejar de lado lo de «señor» y que con llamarme «inspector» va de

sobra.

—¡Es verdad; se me había olvidado! Ya sabe: la costumbre.

Salieron del hospital y cruzaron la calle.

—Hombre, es que calculo que usted me puede doblar la edad. Así que…

—Puede que sí. Yo voy ya para los cincuenta y cinco. No hay más que echar cuentas: nací en el año…

—Vale, vale —cortó Ventura—. Ese era el segundo asunto que quería aclarar.

—¿Cuál? No le entiendo…, inspector.

—El de sus interminables explicaciones.

—Ah, ya.

—Le ruego que no se moleste, pero no es necesario que me lo explique todo y me cuente mil anécdotas para reforzar sus aclaraciones.

—Lleva toda la razón, inspector. Es una mala costumbre que tengo, lo reconozco. Tengo que quitármela como sea. ¿Sabe qué sucede? Me quedé viudo hace años, solo tengo un hijo, que está casado y vive fuera de Madrid. Me siento más solo que la una y cuando estoy con alguien del oficio me pongo dale que te pego a la sin hueso que es un nunca terminar.

—Bueno, tampoco le digo que no hablemos de nuestras cosas de vez en cuando. Pero todo a su tiempo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, inspector.

Entraron en el mesón. Allí se encontraba el guardia civil que los recibió en el hospital, fumándose un cigarrillo. Los dos policías se sentaron en la misma mesa.

—Bueno, Gonzalo, supongo que usted tendrá que esperar a que sus superiores le den orden de finalizar la guardia —comentó Ventura—. En cualquier caso, por nosotros no hay inconveniente. Ya nos hacemos cargo de todo.

—Llamaré al jefe de puesto y le preguntaré —dijo el guardia.

—De todos modos, por ahora, regrese a las habitaciones de las dos mujeres. Luego vamos para allá. Necesitaré el teléfono de su casa cuartel y tal vez algunos datos más.

—Entendido. Me voy para las habitaciones y espero a que ustedes regresen.

Ventura y Pérez pidieron café con leche y tostadas.

—Inspector, me temo que nuestra misión está acabada.

—¿A qué se refiere?

—Está claro que de las dos mujeres no se va a sacar nada. Así que veo muy difícil, por no decir imposible, resolver este caso.

—No se crea, Pérez. No se crea. La segunda testigo sabe más de lo que parece.

—Se nota que es una mujer con temple. Después de lo que ha pasado, debería estar hecha un flan. Pero está claro que no sabe nada que nos pueda ayudar.

—Está en un error, Pérez. Sabe muchas cosas, solo que su memoria está paralizada por el acontecimiento. Yo creo que terminará por recordar cosas que nos van a ayudar.

—Si usted lo dice… Yo soy, según dicen algunos, un tanto zoquete y a veces no me entero de las cosas. Aunque tampoco se lo crea mucho. No soy tonto. Una vez, recuerdo que estaba en una comisaría… —Ventura miró a Pérez con una sonrisa mitad indulgente mitad recriminatoria—. No…, nada, perdone, inspector. Lo dejo. Disculpe.

—No se preocupe, está disculpado, hombre. —dijo Ventura mientras echaba un brazo amistoso sobre el hombro de Pérez—.Vamos a ver si desayunamos algo. Luego llamaré a Madrid para informar de cómo va todo.

Acababan de poner todo sobre la mesa y Pérez probaba el primer sorbo de café, cuando apareció el guardia civil, muy agitado.

—¡Inspector! ¡Acaban de asesinar a una de las dos mujeres!

—¡Qué me dice!

—¡Joder! —exclamó el agente, mitad por la sorpresa mitad por el café que le cayó desde la boca al pantalón.

—Alguien ha entrado en la habitación y ha matado a la que tenía la cara vendada.

—¡Vamos allá!

Coincidencias

La madrugada anterior, pocos kilómetros después de salir del club, Paco el Lejía aparcó bajo unos árboles. Tenía ganas de poner tierra de por medio, pero se encontraba agotado.

Intentó dormir un rato, pero el dolor de la mano no se lo permitía.

El pañuelo estaba teñido de sangre.

Se lo quitó con cuidado y comprobó que la herida sangraba aún. Aunque podía dar lugar a preguntas incomodas, tenía que ir a un hospital.

Se tranquilizó al recapacitar acerca de que no habían quedado testigos: no tenían por qué sospechar de él.

Si alguien le preguntaba cómo se había hecho la herida, diría que lo habían atracado, que paró a un autoestopista y le robó la cartera. Al tratar de apuñalarlo se defendió, pero no pudo impedir que le diese el corte en la mano.

Lo mejor era destruir el Documento Nacional de Identidad y tirar la cartera. El dinero lo metería en un escondite del maletero.

Una vez estuviese en Las Palmas para alistarse, diría lo mismo: que no tenía documentación porque se la habían quitado cuando le robaron.

Él pensaba, erróneamente, que en la Legión no iban a ser muy tiquismiquis con temas referentes a la identidad de los alistados. Había oído de casos de gente perseguida por la justicia que daba un nombre falso y en vez de «acogerse a sagrado», se acogía a la Legión. Se trataba de historias tan románticas y repetidas como falsas.

De todas formas, tenía que estar preparado para todo. Se fue al maletero y, tras rebuscar unos segundos, sacó una caja de munición.

Se volvió a sentar en el coche y cebó el cargador con seis balas. Tiró de la corredera, con lo que se alojó la primera bala en la recámara, y puso el seguro.

Escondió el arma en el suelo, bajo su asiento.

—¡El cuchillo! —dijo en voz alta—. Tengo que deshacerme de él.

Se lo sacó del bolsillo para tirarlo entre el matorral, pero cambió de opinión. Ya lo haría más tarde. Y cuanto más lejos de allí, mejor.

Miró la hora en el reloj. Le extrañó que no hubiera transcurrido ni una hora desde que pasó lo del club. Incluso agitó el reloj por si se

había parado. Le dio cuerda y arrancó.

A pocos kilómetros, se encontró con una gasolinera, situada a la entrada de Aranjuez. Al entrar, se cruzó con un vehículo de la Guardia Civil, que empezó a hacer sonar una sirena con luces.

«Estos van al puticlub —se dijo—. Alguien ha entrado y se ha encontrado con la escabechina».

Paró el coche al lado de un surtidor, se puso la chaqueta y se fue para la casilla donde debía estar el encargado.

Se encontraba débil. Mareado. Pensó que debía haber perdido demasiada sangre.

«Espero que esta gasolinera sea de las que están en servicio las veinticuatro horas».

Dos hombres hablaban mientras tomaban un café.

—¡Eh! —gritó desde fuera; los dos hombres lo miraron y uno de ellos salió con el vaso humeante en la mano.

—Buenas noches —saludó el operario.

—Buenas noches.

—¿Qué va a ser?

—Lleno de gasolina normal.

—Ahora mismo se la echo.

Mientras llenaba el depósito, el operario echó un vistazo al recién llegado.

—¿Ha visto el coche de la Guardia Civil?

—Sí. De refilón. ¿Ha pasado algo?

—Parece que un tío se ha cargado a unas cuantas putas en un club de alterne a unos kilómetros en dirección a Madrid.

—¡Joder! ¡Cómo está la cosa! Justo hace unos minutos un tío me ha robado la cartera. ¡A ver si va a ser el mismo cabrón que ha matado a las putas esas! —improvisó.

—¡No me diga! Ya sería casualidad… —dijo el empleado de la gasolinera

—Las he pasado canutas; creí que me pegaba un navajazo. Me defendí y me ha jodido la mano, el cabrón.

—Con razón lo veo a usted tan blanco como la pared.

—No es nada, pero supongo que todavía no se me ha ido el susto del cuerpo. Menos mal que el dinero lo llevaba guardado en un doble fondo del maletero. Solo me ha quitado la cartera y unos pocos billetes.

—Pues lo mismo ese tío se ha cruzado con el coche de la Guardia Civil y no se han dado ni cuenta.

—Pues sí. Me dijo que no me quitaba el coche porque tenía el suyo en la cuneta. Lo vi: era un Renault *Cuatro Latas* de esos.

—¡Vaya nochecita que llevamos! —dijo el de la gasolinera—. Lo que faltaba ahora es que ese hijo de puta venga por aquí a atracarnos. Pero, bueno, nosotros estamos preparados —las palabras del empleado fueron reforzadas con un golpe en la sobaquera, para señalar que llevaba una pistola.

—Esto está cada día peor —dijo el otro con cara de desaprobación —… Ya no se está seguro en ninguna parte.

—¡Y que usted lo diga! Pues son veinte litros a quince pesetas con cincuenta céntimos —dijo el de la gasolinera tras dejar la manguera en su sitio y coger un cuaderno y lápiz—, total, trescientas diez pesetas.

—¡La leche! ¿Otra vez ha subido la gasolina?

—Ya sabe: el precio del petróleo no para de subir.

—Ya… Una pregunta, ¿hay hospital aquí, en Aranjuez?

—Supongo que lo pregunta por la mano, ¿no?

—Pues sí. Es poca cosa, aunque siempre será mejor que le echen un vistazo. Molesta de cojones, eso sí.

—San Carlos.

—¿El qué?

—El hospital, hombre. Hospital de San Carlos. En Aranjuez. Es el más próximo.

—¿Y eso, dónde queda?

—Se nota que usted no es de por aquí. Más o menos en el centro. Una vez llegue allí, no tiene pérdida. Y si no lo encuentra pregunte.

—A estas horas no habrá mucha gente en la calle a quien preguntar. Vamos, digo yo.

—Ya le digo que no tiene pérdida. Cuando llegue a Aranjuez, esté pendiente de los carteles que ponen «Hospital Municipal».

—Bueno, no les molesto más, que hasta Almería tengo un buen trecho de carretera. Aunque antes creo que me pasaré por el hospital ese.

—Pues buenas noches y buen viaje. Y que no sea nada lo de la mano.

—Gracias, amigo. Buenas noches.

—¡Oiga! —Paco se volvió a medias, temeroso de que el otro hubiese notado algo sospechoso—. Debería haber aprovechado que se cruzaba con los guardias civiles para denunciar lo suyo. Les podría servir para atar cabos y comprobar si el atracador y el asesino de las putas son el mismo fulano.

—¡Es verdad! Debí hacerlo. Pero ¿cómo me iba a imaginar lo del puticlub y menos que el que me ha atracado pudiera tener algo que ver con los asesinatos?

Mientras hablaba, valoraba si debería matar o no al operario. Si volvía a hacerle algún comentario que lo hiciera dudar, entraría en el coche y le dispararía. El otro no había salido del edificio, pero este lo había visto y podía poner a la Guardia Civil tras sus pasos.

—Claro. Lleva usted razón —dijo el de la gasolinera—. Además, debe ser una casualidad y son dos personas distintas.

—En todo caso, cuando vaya al hospital ya lo diré y desde allí denuncio el caso.

—Lo dicho, amigo. Que pase una buena noche y que la cosa no sea nada. ¡Buen viaje!

Nada más salir de la gasolinera, volvió a parar el coche.

Tenía que decidirse.

Sacó un paquete de cigarrillos. Cogió un pitillo y lo encendió con un mechero de yesca.

—¡Qué nochecita! Eso sí, me lo he pasado de puta madre. La rubia estaba buena de cojones —se dijo en voz alta; no sentía el menor remordimiento: al contrario, la excitación aún predominaba en él por encima de cualquier otro sentimiento—. Me voy al hospital ese. Si no me desangro antes.

Se volvió a tentar el pañuelo. Seguía húmedo.

Arrancó, decidido a no perder más tiempo.

A medida que avanzaba, se apoderaba de él una especie de sopor.

Puso la radio y buscó una emisora que lo mantuviera despierto.

—¡Su puta madre! —exclamó con fastidio—. Las que se oyen bien no ponen más que mariconadas en inglés. ¡Que le den por culo a la radio, joder!

Se puso a pensar en lo que haría una vez le curasen la herida. Estaba convencido de que el único lugar donde le quedaban —tal vez— algunos amigos, o en el que al menos se sentiría «como en casa» era la Legión. No iba a cambiar sus planes por unas putas y un par de chulos despachados al otro barrio. Es más, ahora era más necesario que nunca quitarse de en medio, y no había un sitio mejor para hacerlo que largarse al Sahara.

«Desde que me fui del Aaiún, todo ha sido una mierda —pensó—. Aquello puede parecer un infierno, pero no faltan los compañeros, las cartas, las borracheras y las putas. ¿Qué más se puede pedir?»

Sin saber por qué, pasó a rememorar sus años de infancia.

Pensaba en el día en que se largó de su pueblo para siempre, al llegar al hospital. Aparcó y se bajó del coche. Se sentía mareado y débil.

El hospital era antiguo y parecía un poco abandonado. Había un mostrador enfrente de la puerta. Se dirigió hacia él. Un celador

dormitaba sobre un sofá, pero se despabiló de inmediato.

—Buenas noches. ¿Qué desea?

—Buenas noches. Verá…, me han atracado en la carretera, cerca de aquí. He tratado de defenderme y me han hecho un corte en la mano. Creo que es poca cosa. Eso sí, he perdido bastante sangre y estoy algo mareado.

—Enseguida llamo al médico de guardia. ¿Me da, mientras tanto, la documentación?

—No es posible. Es que me la han robado. Ya le digo que me han atracado.

—Esto… —dudó el celador—, deme entonces su nombre y el número del Documento de Identidad, si es que lo recuerda.

Dio un nombre falso y dijo un número de identidad a boleo.

—Creo que ese el número, aunque no estoy seguro —dijo.

—Espere un momento. Mejor se sienta en esa silla. Lo veo un poco pálido.

—Sí.

El celador regresó en unos instantes acompañado por un médico y una enfermera.

—Vamos a ver, pase usted a la sala, que lo vamos a explorar —dijo el doctor.

—Sí, señor.

Entraron en una habitación pequeña, con una camilla, un armario, instrumental médico y poco más.

—¿Dónde ha sido esa herida?

—En la mano.

—A ver cómo está eso. —El médico no necesitó más que echar una ojeada—. ¿Cuánto tiempo hace que se lo hizo?

—Me lo hicieron. Pues yo calculo que un par de horas. Quizás algo más.

—La herida parece poca cosa; lo extraño es que siga sangrando. Es muy probable que tenga usted una hemofilia leve.

—¿Y eso que es?

—Dicho de una manera sencilla, una dificultad para que las hemorragias se corten. ¿Le ha sucedido alguna vez que le hayan puesto alguna inyección o vacuna, o que le hayan extraído alguna muela y haya sangrado más de lo normal?

—Pues ahora que lo dice, siempre he sangrado algo cuando me han puesto vacunas en el Ejército. Pero esta vez me parece demasiado.

—Porque el corte le ha interesado una vena. Está claro que usted tiene ese problema. Su sangre no coagula bien.

—Y eso, ¿qué arreglo tiene?

—Pues le vamos a hacer una transfusión con un plasma especial y con eso recuperara sangre y se le cerrará la herida. Es importante que tenga en cuenta a partir de ahora, si tiene alguna herida, debe acudir de inmediato al hospital y decir que es hemofílico. Es importante. Porque lo que es la enfermedad no tiene cura.

—Visto, doctor.

—Se va a tumbar en la camilla y la enfermera le va a poner un gotero. No es necesario ingresarlo. En unas horas estará terminada la transfusión y la hemorragia desaparecerá.

—Y una vez terminada la transfusión esa, me puedo marchar, ¿no?

—Debería quedarse aquí, en urgencias, hasta que amanezca. Más que nada para asegurarnos de que no vuelve la hemorragia. No es lo normal, pero ocurre a veces.

—De acuerdo, doctor.

—Se le formará una postilla. No se la toque hasta que se caiga por sí misma. Es importante. Lo mejor será que le pongamos una buena venda y la mantenga durante una semana o más. —¿Es usted de por aquí?

—No…, voy para Almería.

Vaya. Pensaba extraerle una muestra de sangre para confirmar que es usted hemofílico. De todas maneras, lo voy a hacer. Dentro de una semana o diez días nos llama al teléfono que le voy a dar y le daré la confirmación.

—De acuerdo.

—Aquí tiene el número de teléfono. Después de salir de aquí no se quite la venda. Dentro de unos días vaya a un hospital y diga que es hemofílico. Mientras tanto, nada de esfuerzos con esa mano. Lo normal es que le quiten la venda sin mayor problema, pero siempre es mejor asegurarse.

—De acuerdo, doctor. ¿Esto es grave?

—Ahora que lo sabe, si tiene la precaución de ir de inmediato al médico si se vuelve a hacer un corte, no será ningún problema serio. Solo le hago la advertencia de que, si no tiene en cuenta lo que le digo, le puede costar la vida.

—Visto.

—Bueno, le dejo con la enfermera. Me ha dicho el celador que esto es producto de un atraco.

—Sí.

—Le aconsejo que denuncie el caso.

—Sí, sí, claro, doctor. Sin falta.

Había transcurrido algo menos de una hora cuando la enfermera regresó.

—Vaya, se ha terminado el gotero. Se lo quito y le repaso el vendaje.

—¿Y ya con eso me puedo ir?

—Tendrá que esperar a que venga el doctor para darle el alta. No será cosa de mucha espera —dijo la enfermera mientras le ponía un nuevo vendaje.

—De acuerdo.

—Esto está listo. Que sepa que la hemorragia se ha cortado y no creo que vuelva. Espere a que venga el doctor.

—Sí, sí. Aquí espero.

Tenía claro que se tenía que marchar lo antes posible del hospital. Así que en cuanto la enfermera se marchó, salió y se fue para el coche, dispuesto a marcharse de inmediato.

Justo cuando se disponía a entrar en el vehículo, oyó la sirena de una ambulancia que llegaba y se quedó a mirar de qué se trataba. Tenía un presentimiento.

Sacaron un par de camillas y se formó un buen alboroto en la puerta, hasta que desaparecieron todos. Regresó.

—¿Qué, un accidente? —preguntó al conductor, que acababa de aparcar mejor la ambulancia.

—¡Qué va! ¡Peor! En un puticlub de la carretera nacional ha habido un tiroteo. Solo se han salvado dos putas. Vienen bien tocadas: una tiene la cara destrozada y no puede hablar; la otra está algo mejor. Además, hay tres muertos.

«¡Me cago en la leche! ¡¿Cómo es posible?! Los dejé a todos bien muertos. O eso me creí. ¡Joder!, a la rubia le dije que iba al Aaiún. Si es de las que están vivas, puedo estar jodido. Es arriesgado, pero tengo que hacer algo e intentar eliminar a estas dos de una vez por todas».

Miró el reloj. Eran algo más de las siete de la mañana. Ahora sí que había transcurrido el tiempo a toda velocidad.

Regresó al interior del hospital y se volvió a sentar en la sala de espera.

Tenía que eliminar a las dos supervivientes. Pero ¿cómo hacerlo sin peligro?

Se quedó dormido por completo.

—A ver, ¿cómo sigue eso? —preguntó el doctor de forma retórica mientras lo zarandeaba para despertarlo.

—¿Vaya! ¡Me he quedado frito!

—Pero frito. Lleva unas horas. No hemos querido despertarlo antes porque he supuesto que debe estar muy cansado.

—Miró el reloj y se sobresaltó al comprobar que eran más de las diez.

—Creo que va bien. La enfermera me ha dicho que ya no sangra.

—Ya veo. Y también que tiene una venda nueva. Recuerde que no se la debe tocar hasta dentro de unos días y, a ser posible, en presencia de un doctor.

—De acuerdo.

—Pues ya se puede marchar cuando lo desee. Bueno, si lo desea, le redactaremos un informe. Podría ser necesario que lo use si se le repite algún episodio de sangrado como l que ha sufrido.

—Ah, pues sí. Se lo agradezco. Mientras tanto, supongo que podría tomar un café en el bar. Porque tienen bar aquí, ¿no?

—Si es para un café o poco más, sí que lo tenemos. Si quiere desayunar bien, enfrente hay uno bastante mejor.

—Muchas gracias. Lo tomaré aquí mismo.

«Ya tengo una excusa para buscar las habitaciones de las dos putas. Si me ve alguien siempre podré decir que estaba buscando el bar y me he perdido», pensó.

—Pues, si quiere, puede acercarse al bar y luego se pasa por aquí para recoger el informe.

—Pues sí. Eso haré. Por cierto, ¿sabe algo de las mujeres que ingresaron mientras yo estaba aquí?

—¿Por qué lo pregunta?

—No, es que me ha contado lo que pasó uno de los conductores de las ambulancias que llegaron de madrugada y me ha impresionado.

—No damos información de otros ingresados, pero le puedo decir que están en buenas manos, y que, como siempre, haremos todo lo posible para salvar sus vidas.

—¿Tienen ustedes muchos ingresados? Lo digo porque el hospital parece más bien pequeño.

—No llega a los diez pacientes, todos en la misma planta. En realidad, esto es más bien un consultorio. Las hospitalizaciones son cada vez más escasas. Cuando hay algo importante, mandamos a los enfermos a Madrid. Pero en este caso, ha cuadrado que han venido aquí.

—Son ustedes unos ángeles de la guarda —se le ocurrió decir—. Seguro que están mejor atendidas que en cualquier otro sitio. Muchas gracias por todo. Me tomo ese café y vuelvo por el informe.

No sabía con exactitud qué iba que a hacer, salvo que, si podía, tenía que eliminar a las dos mujeres. «Si encuentro las habitaciones, es cosa de entrar con sigilo, cerrar la puerta por dentro y estrangularlas; es un riesgo, aunque peor sería que me delatasen».

No le costó encontrar las habitaciones. Algo, que resultó sorpresivo para él, le sirvió de pista inequívoca: un guardia civil estaba sentado

en el pasillo.

«¡Me cago en mi estampa! ¡No hay nada que hacer! Con el de verde ahí, lo mejor es dejarlo estar.

Pasó de largo, mientras encendía un cigarrillo, cuando aparecieron dos hombres trajeados, uno con ropa y porte mucho más elegantes que el otro, y se pusieron a hablar con el guardia civil.

«Estos deber ser policías. No hay nada que hacer».

Se sentó en una silla frente a un consultorio. Los tres hombres estaban muy cerca de él, pero ni se fijaron. Iban a lo suyo.

Al lado del consultorio frente al que se sentó el hombre, había otra habitación con la puerta abierta. Se asomó. No había nadie. En un perchero, había dos batas blancas. Se puso una. La que le pareció más de su talla. Tenía una libreta y un bolígrafo en uno de los bolsillos.

Salió y recorrió el pasillo como si se dirigiera a algún sitio mientras anotaba algo en la libreta.

Casi se choca con el guardia, que se marchaba mientras los otros dos entraron en una de las habitaciones.

«Estos están interrogando a las putas —pensó—. Lo mismo cuando terminen, se largan todos y entonces puedo actuar con entera libertad».

Los dos hombres salieron de la habitación y entraron en la siguiente.

«¿Qué hago? ¿Espero a que se larguen o entro ya en la que habitación que han dejado? Mejor espero a que se larguen. Lo malo es que si aparece el guardia… ¡A tomar por culo! ¡Si me cogen con las manos en la masa y tienen huevos, ya veremos quién sale vivo!».

Entró con sigilo y decisión en la habitación de la que habían salido los dos hombres. Estaba a oscuras.

Se acercó con decisión.

No veía muy bien, aunque sí lo suficiente como para agarrar a la mujer del cuello.

Ella abrió los ojos y pataleó con todas sus fuerzas. Trató de gritar pero no podía. El hombre se dio cuenta enseguida de que no iba a poder estrangularla: no podía forzar la mano izquierda; no era cosa de que le volviera la hemorragia.

Cogió la almohada de un tirón, se la puso sobre la cara y se echó encima. Ella pataleaba y se agitaba en vano.

—Si eres la zorra que me hizo el corte en la mano, me va joder no verte la cara que debes tener al saber que vas a morir a pesar de todo. Y si eres la que estaba abajo, deberías darme las gracias. Las dos deberías hacerlo. ¿Quién va a querer a unas putas como vosotras? —dijo recalcando cada palabra.

La mujer dejó de moverse. Le quitó la almohada de la cara.

Lo último que vieron los desgarrados ojos de Francisca Gómez, un segundo antes de fallecer, fue la cara de crueldad y satisfacción de su asesino.

Se incorporó, sudoroso y satisfecho por su obra. Puso oído a la habitación de al lado. Hablaban en voz baja. Al cabo de poco tiempo, oyó cómo se cerraba la puerta.

«¿Habrán salido los dos policías? Voy a esperar un poco, a ver si se oyen voces, no vaya a ser que entre y me los encuentre cara a cara».

Esperó un buen rato con los oídos pegados a la pared que separaba ambas habitaciones.

«No se oye nada. Se deben haber ido. Voy a por la otra—se dijo—. Cuanto antes acabe con esto, mejor».

Se acercó a la puerta con el mismo sigilo que la vez anterior. Pensó que si estaban los dos policías la bata le serviría para disimular y largarse sin más.

Antes de abrir, miró el reloj: casi las diez y media.

No se decidía. Por fin, abrió la puerta. Solo estaba la mujer y parecía dormida. Iba a entrar cuando miró de nuevo al pasillo. Justo entonces, vio que el guardia civil se acercaba.

—¡Me cago en la leche! —susurró.

Miró con toda tranquilidad el número de la habitación.

—Seis —se dijo en voz alta.

Cerró la puerta y se marchó en dirección contraria al guardia civil, que ya estaba a unos metros.

—¡Oiga, doctor! —grito el guardia civil.

Sacó un cigarrillo y se puso a encenderlo al tiempo que se daba media vuelta.

—¿Sí? —preguntó mientras insistía con el mechero y sin quitarse las manos de las proximidades de la boca.

—¿Cómo están las dos enfermas?

—Bien, bien. Perdone, tengo prisa. Hay tarea por hacer.

Se dio media vuelta y comenzó a caminar con decisión. Iba muy tranquilo, en dirección contraria a la salida. Intuía que el guardia iba a entrar en las habitaciones y no le interesaba volverse a cruzar con él. Llevaba la pistola cogida a los pantalones por la espalda. Nunca había pasado por situaciones como aquella. Comprobó que disfrutaba con el riesgo.

Escondido en una esquina del pasillo, vio como el guardia civil entraba en la habitación de la que había salido. Poco después, entró en la otra. Salió de inmediato hacia la puerta de salida.

El asesino hizo lo mismo. Sabía que no había tiempo que perder.

Se quitó la bata y la tiró por una ventana. Ahora sí que tenía que marcharse a toda velocidad. Mientras avanzaba a grandes pasos, se preguntó si la que había matado era la que le había visto la cara en el club de carretera o si era la otra, la del mostrador.

Le quedó temple para pararse ante la recepcionista de la salida. Tenía que ser muy breve o lo cogían. Fue entonces cuando recordó el nombre de la que lo había visto.

—Buenos días. Policía. ¿En qué habitación está la paciente de nombre Laura? Ya sabe, una de pelo rubio de las dos que estuvieron a punto de ser asesinadas en el club de la carretera, aquí cerca. Es urgente.

—Un momento. —La recepcionista no dudó de que el que le hablaba era policía. Consultó la libreta de admisiones—. A ver…, sí, aquí está: habitación siete.

—Gracias.

Salió hacia la calle.

—Oiga, ¿no iba usted a ver a la paciente? —preguntó la de recepción.

—Luego, luego. Antes tengo que hacer otras cosas —respondió el asesino—. Gracias por la información.

En recepción, con las prisas de la noche anterior, habían equivocado el número de habitación en las que ingresaron las dos mujeres.

De esta manera, el asesino pensó que acababa de matar a la única persona que podía declarar como testigo, en caso de que lo cogieran, cosa que no creía en absoluto.

Salió a la calle, se quitó la bata blanca y avanzó hacia el coche. Se fijó en los dos policías, que cruzaban la calle junto con el guardia civil a unos diez metros de él.

«Estos ni se han enterado», pensó.

Era consciente de que había tenido mucha suerte.

Entró en el coche y arrancó.

—¡La leche! —exclamó, mientras miraba hacia la puerta del edificio—. ¡Esto ha sido la leche!

Una vez salió de Aranjuez, se puso a repasar lo sucedido. No quería dejar un cabo suelto:

«A ver, la rubia está muerta. La otra no me reconoció en el puticlub y, en el fondo me da igual si está viva o no. Me hubiera gustado terminar con ella, pero en realidad no importa. Ahora, lo que tengo que hacer es poner tierra de por medio. Ahora que lo pienso, no sé por qué la rubia llevaba esa venda en la cabeza. Bueno, debe ser por el golpe que se dio contra el suelo cuando le pegué el puñetazo.

Voy a seguir con mi plan. Me voy al banderín de enganche de Las Palmas y me reincorporo a la Legión».

Aquella había sido una de las mejores noches de su vida.

Jamás había supuesto que matar proporcionara un placer tan fuerte.

Siempre había disfrutado al sentirse poderoso sobre otros niños u hombres, en teoría más fuertes que él. Pero aquella noche había descubierto el placer de jugarse la vida al enfrentarse a otros con las pistolas en la mano y, sobre todo, usar a su antojo a personas más débiles e incapaces de defenderse hasta llegar a matarlas.

Aquello era «el no va más».

Pistas

Ventura y Pérez corrieron hacia las habitaciones de las dos mujeres. El médico de guardia los esperaba en la puerta de la número siete. Una vez entraron, Ventura pudo apreciar el terror en los ojos de la pobre mujer.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el inspector.

—Cuando estaba llegando, vi cómo un doctor o enfermero, salía de la habitación —dijo el guardia—. Hablé con él, le pregunté por la enferma y me contestó con mucha tranquilidad que iba evolucionando poco a poco. Todo me pareció normal, pero cuando entré me encontré con esto.

—Supongo que es usted el médico de guardia que ha sustituido al doctor Aguirre —dijo Ventura dirigiéndose al facultativo.

—Exacto. Soy el doctor Rodríguez.

—Aunque parece muy claro que ha sido un asesinato, me gustaría preguntarle si la muerte puede tratarse de un resultado natural de su estado.

—No. Pese a su gravedad, no tenía problemas respiratorios. El color de los labios, me asegura que ha muerto por asfixia. Así que esto ha sido intencionado.

—El supuesto doctor o enfermero que vio salir de la habitación de la que está con vida, ¿cómo era? —preguntó Ventura al guardia.

—Más bien alto y fuerte. En la bata ponía «Doctor Tudela». No le vi el rostro.

—¿Y eso?

—El pasillo estaba algo oscuro. Como ahora. Además el médico encendía un pitillo y se puso a toser con una mano en la boca. Ahora comprendo que lo que hacía para ocultar la cara.

—El menda es listo y le echa huevos —opinó Pérez.

—Quería decir algo: yo, como médico de guardia, soy el único autorizado por el director a atender a las dos mujeres. Además, el doctor Tudela está de vacaciones

—Hay que reconocer que el sujeto que ha hecho esto tiene agallas. Si es el mismo del club, en vez de largarse después de lo ocurrido, ha tenido el valor de seguir a las ambulancias, entrar en el hospital, robar una bata de médico y asesinar a esta mujer.

—¡La madre que me parió! —exclamó Pérez— Hace nada estábamos interrogándola.

—¿Cómo está la que ha sobrevivido? —preguntó Ventura al médico.

—Se encuentra bien. Hemos dejado a un enfermero con ella mientras ustedes llegaban.

—Es posible que el asesino ande todavía por aquí —dijo Pérez.

—¡Lo dudo!

—Este hijo de puta es listo —dijo Pérez—. Inspector, hemos metido la pata. Nos han matado a una testigo casi delante de nuestras narices.

—Bueno, lo cierto es que no parecía haber ningún peligro. ¿Quién iba a pensar que un tipo que asesina a unos cuantos en un club de carretera, en vez de poner tierra de por medio, sigue a las dos supervivientes para asesinarlas?

—Pues parece que es lo que ha sucedido, inspector.

—Está claro que debía haber sido una posibilidad a tener en cuenta. No debimos salir de esta zona hasta que no regresara usted de desayunar —dijo Ventura al guardia civil—. Hay que interrogar a la otra mujer. ¿Le han dicho algo sobre lo ocurrido?

—Ceo que no.

—Bien. Mejor así.

Entraron en la habitación de Laura. Se encontraba sentada en un butacón y hablaba con el enfermero.

—Señora, tengo que hacerle una pregunta. Es muy urgente. ¿Ha entrado algún desconocido en la habitación?

—No se lo puedo asegurar. Estaba dormida cuando ha entrado el guardia civil.

—Pérez, aquí no hay nada que hacer.

—Nada, inspector.

—El asesino se ha largado. Gonzalo, por mi parte, ha terminado su servicio —le dijo al guardia civil—. Usted, Pérez, se va a quedar con Laura. Voy a llamar por teléfono a la Dirección de Seguridad para informar de todo. Me temo que este caso no lo voy a poder resolver. Aunque nunca se sabe.

—Jefe, soy Ventura. Hay novedades.

—Dime, Ventura.

—Malas noticias. Han estrangulado en el hospital a una de las ingresadas, en concreto la que estaba peor. Casi delante de nuestras narices. En mi opinión, está claro que es el mismo que hizo la escabechina en el Edén.

—Tal vez tenías que haber previsto que el asesino iba a seguir a las

dos mujeres hasta el hospital.

—Todo esto es un tanto extraño, jefe. Lo normal es que el asesino se hubiera largado lo más lejos posible después haber cometido los crímenes del club. Esto me hace pensar que las mujeres, o al menos una de ellas, le vieron el careto y él debía saberlo.

—Seguramente ha sido eso.

—En cualquier caso, tengo que reconocer que he cometido un error. En la vida me podía imaginar que iba a suceder esto.

—Bueno, en realidad has actuado como marca la lógica.

—Ya. Lo que pasa es que la lógica falla a menudo y tenía que haber previsto algo así.

—Es muy difícil ponerse dentro de la piel de un asesino, Ventura.

—Pero para eso estamos, jefe.

—Mira, no te machaques con eso. No creo que nadie pudiera haber previsto que a un asesino se le ocurriera hacer lo que ha hecho este.

—Lo mismo es un asunto personal. Tendré que indagarlo con la que ha quedado con vida. Aunque con su pérdida de memoria…

—¿Y cómo es que una se ha salvado y la otra no?

—Cuestión de suerte. Cuando el asesino estaba a punto de entrar en su habitación, llegaba el guardia civil que custodiaba a las dos. Nosotros acabábamos de empezar a desayunar. Ese fue el fallo. Debíamos haber esperado a que regresara él antes de ir nosotros al bar. En fin, ya no tiene arreglo. El tipo se nos ha escurrido como una anguila.

—¿Qué piensas hacer?

—Si llevamos a la que sigue viva al club, tal vez tengamos la posibilidad de que termine por recordar algo. Ya sé que estoy dando palos de ciego, pero no se me ocurre otra cosa por ahora.

—De acuerdo, Ventura. El caso es tuyo y tienes carta blanca, ya lo sabes. ¿Tienes pensado a qué hora ir? Lo digo para avisar al puesto de la Guardia Civil de Aranjuez y enviar a los dos guardias que llegaron al lugar del asesinato y dictaron el informe que te entregué.

—Lo antes posible. Pongamos a la una podemos estar allí de sobra.

—De acuerdo. Llamo al puesto de Aranjuez y te envío a los guardias que estuvieron allí. Llámame cuando tengas algo.

—Por supuesto, jefe. Los del hospital ya se han puesto en contacto con el juzgado y están con los trámites del deceso.

—Me parece bien, Ventura. ¿Sabes algo de los otros fallecidos?

—Si no averiguo algo que me obligue a salir a toda velocidad detrás del asesino, me pasaré en cuanto pueda por el tanatorio. Si no puedo, encárguese de que llame alguien de ahí.

—Lo que tú veas. Ah, ¿qué tal el agente Pérez?

—Habla más que piensa, pero es un buen tipo. Se toma las cosas en serio y siempre está dispuesto. Ya sabe, jefe: a veces hace más quien quiere que quien puede. Y este hombre es de los primeros. Me cae bien.

—Me alegro, Ventura. Bueno, quedo a la espera de tus noticias.

Un antro de mala muerte

A las doce y media ya estaban esperando la llegada de Ventura y Pérez los dos guardias civiles del puesto de Aranjuez que habían acudido a la llamada de aviso cuando ocurrieron los asesinatos. Iban acompañados por los dos testigos que habían denunciado el caso. Los dos policías llegaron algo más tarde, de todos modos antes de la hora concertada.

—Buenos días, inspector. Soy el sargento Muñoz —saludó uno de los guardias civiles—. Mi compañero es el guardia García. Nos han avisado hace un rato para que viniésemos para acá. Estos señores son Manuel López y Antonio Reguera, los que descubrieron el pastel y a punto estuvieron de presenciarlo todo.

Laura se había prestado, después de las lógicas reticencias y temores, tanto por su parte como por la de los facultativos del hospital, a acompañar a los dos policías. Se encontraba muy afectaba desde que supo la muerte de su compañera en la habitación de al lado y todo el aplomo que mostró en el interrogatorio de Ventura había desaparecido por completo.

Por otra parte, el Edén había sido su hogar y su vida durante más de quince años y le costó entrar en el edificio: sentía un extraño temor a reencontrarse con el lugar donde sucedió todo. A pesar de su interés por ayudar en el caso, se encontraba muy turbada y daba muestras de encontrarse en un estado de ansiedad notable.

Llevaba puesto el traje que le habían facilitado dos enfermeras con el dinero que les entregó Ventura, pero los mismos zapatos de tacón alto de la noche fatal. La ropa le quedaba un poco estrecha y dejaba ver una parte del sujetador negro de encaje. Demasiado escote para los dos guardias civiles y sus acompañantes, que trataban de no mirar sin conseguirlo. A Pérez también se le iba la vista, aunque en su caso, con más disimulo y hacia partes más retrasadas y próximas al suelo de la fisonomía de la mujer.

Era atractiva, sin duda, aunque no tratara de parecerlo, que no había sido el caso durante más de la mitad de su vida. Solo Ventura parecía estar más pendiente del rostro de Laura que de lo demás. Tenía interés en comprobar sus reacciones. Además, le interesaba que ella no se sintiera cohibida, aunque en ese aspecto podía estar

tranquilo. Con todo, no le cabía duda de que la mujer estaba pasando un mal rato. No era para menos, teniendo en cuenta que era la única que quedaba viva de las personas que habían convivido, de alguna forma, en aquel antro. Además, se trataba de reconstruir un hecho que con toda seguridad la iba a marcar de por vida.

—Laura, no se preocupe. Tómese su tiempo. Entraremos solo cuando usted esté preparada —dijo el inspector, mientras le ponía su chaqueta sobre los hombros y se quedaba con ambas manos allí durante unos instantes.

El roce suave de las extremidades y el tono de voz del policía hicieron estremecer a Laura, tal vez porque no se lo esperaba.

Ella, tan toqueteada durante años por manos extrañas e insensibles, no entendía lo que le hizo sentir aquel roce, y sobre todo aquel tono de voz inusualmente dulce para un varón. Todo era resultado de una permanente falta de cariño y calor humano que había recorrido su vida desde muy niña hasta aquel mismo día.

Odiaba con todas sus fuerzas a los hombres. Al menos, era lo que se repetía cada día. Sin embargo, aquel tenía algo que parecía hacerlo diferente al resto. Tal vez era demasiado inocente para la edad que tenía.

—Sí, vamos a pasar —dijo ella, con dos lágrimas en los ojos.

La impresión que se llevó Ventura sobre el lugar fue muy negativa. Aquello era un antro apestoso. A pesar de la hora, tuvieron que encender las luces. Nada más atravesar la puerta, el inspector notó el olor a pachuli del malo, mezclado con algo rancio e indefinible, casi asqueroso, que tal vez tendría entre sus componentes buena parte de sudor y suciedad. Las mesas mostraban una pátina negra y brillante de años y el mostrador daba claras muestras de no haber tenido más trato con la limpieza que el de algún trapo sucio y maloliente.

—Señores —dijo Ventura a los guardias civiles—, veo que han marcado los lugares donde cayeron las víctimas, ¿no es así?

—Sí, inspector. Nosotros mismos lo hicimos con una tiza.

—Aparte de ustedes, ¿quién más ha entrado aquí desde anoche?

—Que yo sepa, el alguacil que vino en nombre del juez de instrucción y dos sanitarios que se encargaron de transportar primero a las dos personas heridas y luego regresaron para llevarse a los cadáveres al tanatorio del hospital.

—Bien. Esperen todos aquí un momento. Voy a dar una vuelta por el piso de arriba y ahora vuelvo.

Ventura llevaba un maletín de cuero. Subió y recorrió todas las habitaciones. Algunas de ellas mostraban llevar tiempo sin que nadie hubiese entrado.

Entró en la habitación donde había sido asesinada Encarnación y Laura no murió casi de milagro.

Observó las manchas de sangre con detenimiento. Sacó del maletín un cuaderno y un bolígrafo, de la marca Parker, y tomó unas notas.

Luego, volvió a abrir el maletín y cogió una máquina fotográfica de pequeño tamaño, de la marca Kodak. Hizo varias fotos del suelo desde distintas distancias y posiciones.

Sacó luego una cinta métrica de las que se usan en sastrería y midió algo, que anotó en el cuaderno.

Antes de salir, se detuvo y prestó atención, en el suelo, a algo que se le había pasado por alto. A continuación, bajó las escaleras y se detuvo en cada escalón sin dejar de tomar anotaciones en el cuaderno, apoyado sobre el maletín.

Los guardias se miraban, extrañados.

Luego, se detuvo en los lugares señalados para los cadáveres del dueño del local y el camarero, y volvió a tomar notas.

—¿Y la otra mujer?

—¿Cómo dice? —preguntó el sargento, que no se esperaba la pregunta.

—Que dónde está la marca que corresponde a ella.

—¡Ah, ya! Detrás del mostrador.

—Ventura entró en el estrecho tramo que separaba el mostrador de las estanterías repletas de botellas y volvió a tomar notas,

—¡Listo por ahora! Bien. Ahora les voy a hacer unas preguntas. ¿Usted, cómo se llama?

—Manuel. Manuel López —respondió uno de los dos que se habían pasado por el local aquella noche.

—Muy bien, Manuel. En vez de hacerle las preguntas que ya me podrán contestar estos señores guardias civiles, le voy a hacer unas pocas muy breves.

—Sí, señor. Diga usted, que yo responderé lo mejor que sepa. —El hombre lo estaba pasando mal.

—¿Vio usted en algún momento al asesino?

—Mire usted, nosotros estábamos ahí sentados tomando unos pelotazos de ginebra con tónica, y el tío estaba en esa mesa. Tuvimos un encontronazo por culpa de una canción de la sinfonola, pero no lo vi de cerca ni podría reconocerlo ahora mismo. Eso se lo puedo jurar.

—No hace falta, hombre. Tranquilo, que ustedes no están aquí más que para ver si pueden ayudar. Entonces usted —dijo Ventura mientras miraba al otro— es Antonio, ¿no?

—Sí, señor. Antonio Reguera, para servirle.

—A ver, Antonio le hago la misma pregunta. ¿Vio usted de cerca al

asesino?

—No, señor. La verdad es que habíamos bebido más de la cuenta. Además esto, como puede comprobar, está algo oscuro hasta con las luces encendidas. Pero creo que sé la marca del coche que llevaba.

—Puede ser un dato importante. A cuestión es que ya tenía alguna información sobre el tema del vehículo. ¿Cómo sabe la marca y que se trataba del coche del asesino?

—Pues, verá usted, nosotros estábamos aquí, como dice Manuel, tomándonos algo con una de las chicas. Bastante tocados por cierto, no sé si me entiende. Bueno, pues oímos los disparos y salimos a toda leche. A pesar de las prisas, me dio tiempo de ver que, al lado del coche de Manolo, estaba aparcado un Simca 1200.

—Podría ser del dueño del local o de otra persona, ¿no?

—Seguro no estoy, pero creo que ese coche era el del asesino. Lo digo porque cuando decidimos que debíamos regresar para ver si podíamos echar una mano, nos cruzamos con el mismo coche. Por poco nos chocamos con él.

—Podría ser otro de la misma marca.

—Sería mucha casualidad. No se lo he dicho a nadie hasta ahora, pero, pensando en casa, yo aseguraría que las dos veces vi la matrícula de Bilbao. Ya me entiende: la «B» y la «I».

—¿Y el color? ¿Lo recuerda?

—Oscuro. Yo creo que era azul marino. Ya sabe…

—Un momento. Nosotros, al venir para acá, en una gasolinera de la nacional, cerca de Aranjuez, nos cruzamos con un Simca 1200 —dijo el Sargento—. ¿Verdad, García?

—Sí, mi sargento. Un Simca 1200 de color azul.

—Pues ya tenemos algo. —Ventura anotó en la libreta: «Simca 1200 azul, matrícula de Bilbao. Preguntar en la gasolinera. ¿Seguirá en manos del asesino o se habrá deshecho de él?»—. Pues me tienen que llevar a esa gasolinera para hacerles algunas preguntas a los de allí.

—Por supuesto, inspector —dijo el sargento.

—Una cosa, sargento —dijo Ventura—, ¿llevan el mismo calzado que cuando vinieron anoche?

El sargento y el guardia se miraron extrañados.

—Yo sí, dijo el sargento.

—Yo también.

—¿Me las pueden enseñar? Es que quiero hacerles unas fotografías.

—Sí…, claro.

Los dos hombres se subieron los pantalones, con cara de cierto asombro.

—No me he explicado bien —se excusó Ventura como si fuera responsable de algún malentendido—. Me refiero a las suelas.

Tras el esfuerzo de los dos guardias por mostrar las suelas de sus zapatos y varias fotografías, Ventura se explicó.

—Todavía tienen en los zapatos sangre del cuarto de arriba.

—Verá estaba algo oscuro y…

—No se preocupe, sargento, no pasa nada. Lo importante es que hay otras huellas de alguien que pisó también la sangre. Si tenemos en cuenta que son de zapatos de hombre, no pueden ser otras que las del asesino.

—Vaya, no caímos en ese detalle —se excusó el sargento.

—Normal. Ustedes fueron a lo principal, que fue avisar al hospital y al juez. Para los detalles ya estoy yo. Y ahora sé que el asesino calza un cuarenta y dos. No es casi nada, pero una cosa por aquí otra por allá… Además, el zapato que dejó la huella tiene una marca como de un corte. Si sigue con los mismos zapatos, será una prueba. Aunque para todo eso tendríamos que encontrar al tipo.

Los dos guardias se miraron como si se preguntaran de dónde había salido aquel tipo.

El inspector se dirigió a la mujer.

—A ver, Laura, pongamos que nos vamos dos noches atrás. ¿Qué es lo último que recuerda de aquí?

—Yo estaba apoyada en la barra del bar. Hablaba con Encarni. Paca estaba en esa mesa con estos dos señores, que me perdonarán si digo que iban más borrachos que una cuba.

—¿Había alguien más?

—Bueno, estaba Pepe, el camarero, detrás de la barra, y don Cándido, sentado en el porche.

—El dueño del local, ¿no?

—Sí, el dueño.

—Entonces, alguien entró…

—Sí…

—¿Qué hizo el hombre?

—Se sentó en esta mesa y nos hizo señas a Encarni y a mí. Vine y me pidió un cubalibre.

—Y luego, ¿hablaron de algo?

—No recuerdo… Espere… Sé que le dije que no podía subir con él a la habitación porque le tocaba a Encarni. Creo que él no estaba de acuerdo, pero terminó por aceptar.

—Al final subieron los tres, ¿no?

—No… Creo que no… Subieron la Encarni y él. Yo me quedé sentada aquí.

—En el hospital me dijo que sí.

—Ya… Ahora recuerdo que subieron ellos y yo me quedé aquí, sentada.

—Con permiso, señor inspector, eso no puede ser —dijo el sargento de la Guardia Civil—. A esta chica la encontramos en la misma habitación que a la fallecida. Solo que la otra estaba desnuda y ella solo a medias.

—Entonces, ¿No recuerda haber subido al cuarto de su compañera Encarnación? —preguntó Ventura— Tal vez se quedó sentada y luego subió.

—No… Espere... Es verdad. Sí que subí, pero poco después de hacerlo ellos. Fui a por tabaco.

—Entonces, tal vez oyó algún ruido y por eso llamó a la puerta de su compañera. O tal vez el asesino se la encontró a usted arriba y la metió en el cuarto.

—No lo sé. De verdad, que no lo recuerdo. Espere…, vi a Encarni que se desangraba. Sí. Estaba en su dormitorio. Y el hombre tenía un cuchillo en la mano.

—Vamos a repetir toda la escena de lo que sucedió. Tal vez le ayude a terminar de recordar —dijo Ventura.

—De acuerdo.

—Bien. Ahora suben Encarni y el asesino. ¿Lo recuerda?

—Sí. Él iba detrás de ella, tocándole el culo. Yo me quedé mirándolos y me terminé el vaso. No era cubalibre, sino Coca Cola sin nada más.

—Bien. ¿Y después?

—Me fui a Pepe, el camarero, y le dije que subía a por tabaco. Él me dijo que no eran horas y que don Cándido se podía molestar. Paca también me puso pegas, porque estaba harta de estos dos, que ya he dicho que llevaban una buena borrachera encima.

—Bien. Y entonces, usted subió a por ese tabaco.

—Subí a mi habitación, sí.

—De acuerdo. Vamos los dos arriba.

Subieron y entraron en la habitación de Laura.

—¿Y ahora? ¿Qué pasó? ¿Oyó algún ruido? ¿Hubo algo que le llamara la atención en la habitación donde se encontraban Encarnación y el asesino?

—No sé…No puedo recordarlo.

—¿Entró usted en la habitación por algún motivo o fue el asesino el que salió y se la encontró? Piénselo.

—Creo que fui yo la que entró, pero no estoy segura.

—Bien, vamos a la habitación de Encarnación.

Cuando Ventura abrió la puerta, Laura dio dos pasos atrás y lanzó un grito aterrador.

—¡Le ruego por Dios que no entremos! —dijo Laura, angustiada en extremo.

—Tranquilícese. No entraremos. Pero dígame que le sucede.

—He recordado algo y se lo contaré, pero no puedo soportar entrar ahí —dijo Laura muy excitada.

—De acuerdo, señora.

—¡No me vuelva a llamar señora! ¡Estoy harta de sus tonterías! —Laura parecía otra persona; una extrema ansiedad parecía hacerse apoderado de ella— ¡A ver! ¡Que no soy una señora, ¿se entera?! ¡Soy una puta! ¡Sí, señor! Eso es lo que soy. Y ya está bien de cachondeo con lo de «señora» para acá y «señora» para allá.

—Yo no pretendo…

—Usted es un hombre y ya me imagino que, antes o después, pretenderá lo mismo que pretenden todos. ¡Así que váyase al cuerno!

—Se equivoca. Solo quiero ser amable. Al fin y al cabo, me da igual que se dedique a una cosa o a otra. Es una mujer y se merece un respeto. Como cualquier persona.

—O es usted un imbécil o es más inocente de lo que me pueda imaginar. Ya verá cómo terminará siendo uno más. Todos los hombres quieren lo mismo. ¡Si lo sabré yo!

—Bueno, no voy a discutir ahora con usted por eso. Vamos para abajo y ya me contará lo que ha recordado cuando se tranquilice.

Cuando llegaron abajo, el agente Pérez se dirigió a Laura con cara de muy pocos amigos.

—Oye, tú, que lo he oído todo. Como para no oírlo con esas voces. A ver si tenemos más respeto por la autoridad ¿Qué te has creído? El inspector es todo un caballero y no tienes el menor derecho a hablarle así. Cualquiera te hubiera pegado dos hostias por esas palabras. ¡Pues claro que eres una puta! ¡Y qué! ¿Eso significa que el inspector tenga que ser un borde contigo? Si me llegas a hablar así a mí te pego dos hostias que te enteras. Y eso que en mi vida he tocado a una mujer.

—Déjelo, Pérez. La señora está muy excitada por toda la situación y no creo que haya que darle más importancia al asunto.

Al oír de nuevo la palabra «señora», Laura se abalanzó, gritando, sobre Ventura.

Sin mediar palabra, Pérez se fue hacia ella con el puño en alto.

—¡Te voy a dar un bofetón que te vas a enterar! —exclamó.

No llegó a hacerlo, por dos motivos. El primero, porque Ventura le agarró el brazo con fuerza. El segundo porque la mujer depuso su actitud de inmediato, se sentó en la silla más próxima y se puso a

llorar con un lamento prolongado y agudo. Su cuerpo temblaba y la respiración era agitada.

Ventura se acercó para ver si podía hacer algo por ella.

Le rechinaban los dientes y las piernas le temblaban. El inspector pensó que le había dado un ataque a causa del golpe en la cabeza de la noche anterior. No sabía con seguridad si estaba consciente, porque tenía los ojos abiertos, pero la mirada perdida.

La sujetó por las muñecas; ella, en lugar de tranquilizarse, forcejeó con rabia para separar de sí las manos del inspector. Ventura le soltó las manos y sacó un pañuelo del bolsillo y trato de dárselo a la mujer. Ella ni lo miró. Seguía dando muestras de agitación extrema. El llanto no cesaba.

—Venga, tranquilícese, mujer. Desahóguese.

El inspector se agachó y puso su rostro a la altura del de ella. Ambos se miraron el uno al otro. De repente, impelido por un impulso desconocido que tardaría tiempo en asimilar, el inspector volvió a coger las manos de Laura, la levantó y, sin decir una palabra, la abrazó.

Ella no hizo el menor gesto por rechazarlo o romper el abrazo. Al contrario, dejo caer la cabeza sobre el pecho del policía y se quedó ahí, quieta.

Fue un abrazo largo.

Íntimo.

Tierno.

Como si se conocieran desde siempre.

Los dos testigos estaban pasmados y contemplaban la escena con tanto estupor como curiosidad.

Los guardias no sabían qué hacer ni a dónde mirar.

El agente Pérez, observaba, atónito, la escena.

Ella se había calmado de repente; Ventura le acariciaba el cabello.

Así transcurrieron unos minutos interminables.

Poco a poco, casi con desgana, la mujer deshizo el abrazo y se volvió a sentar.

—Un vaso de agua —pidió ventura; el sargento fue al mostrador y lo trajo—. ¿Se encuentra mejor, Laura? —preguntó mientras ella comenzaba a beber unos sorbos—. Tranquila, ya ha pasado. —Ella no respondió; solo afirmó con la cabeza.

—Bien, vamos al hospital a que la atiendan —dijo Ventura.

—Creo que no hace falta. Estoy bien. Supongo que han sido los nervios —dijo la mujer.

—De todos modos, la tendrán que dar de alta en el hospital. Así que vamos para allá.

—¿Y nosotros, qué hacemos, inspector? —preguntó el sargento.

—Pueden marcharse. Solo me gustaría que me indicasen dónde encontrar la gasolinera donde se cruzaron con el supuesto vehículo del asesino. Respecto a ustedes dos —dijo a los testigos—, tampoco los voy a necesitar.

—Bien, inspector, pues nos vamos para el puesto e informamos a la comandancia de todo. A sus órdenes.

—De acuerdo, señores. Ha sido un placer.

—Antes de irnos, inspector, y si no le incomoda, tengo que decirle que me temo que no va a dar con el tipo que ha cometido esta brutalidad —dijo el sargento.

—Todo depende de lo que recuerde la… —Ventura prefirió no repetir la palabra «señora».

—Testigo —zanjó Pérez.

—Exacto, la testigo —repitió Ventura—. Voy a subir a su habitación y recogeré sus cosas. No creo que le convenga volver por aquí.

—No es mucho —dijo Laura—, pero le agradecería que coja una caja de cartón que tengo en un cajón de la mesita de noche. Ahí tengo todo el dinero que he podido ahorrar durante años y algunas joyas. Lo demás no es importante y me da igual si se queda ahí para siempre. De todos modos hay una maleta vacía, por si quiere meter en ella lo que vea.

—No se preocupe, bajaré todo lo que pueda y especialmente esa caja.

Antes de que se subieran al coche de Ventura para regresar al hospital, este recriminó con dureza a Pérez su actitud con Laura.

—Se lo voy a decir bien claro. ¡Que sea la última vez que intenta darle una bofetada a una mujer delante de mí! Mejor dicho, ni a una mujer ni a nadie. ¡¿Entendido?!

—Hombre, inspector, esta mujer se le iba a echar encima y no parecía tener buenas intenciones…

—Me da igual. No se lo diré una sola vez más. Si vuelve a mostrarse violento con alguien, sea con quien sea, se larga a Madrid y deja el caso.

—Hombre, fue un pronto… Además, somos policías, inspector. ¿Quién no ha tenido que repartir un par de bofetones alguna vez?

—Yo, por ejemplo.

—Pues permítale que le diga que es usted un policía muy raro. No voy a contradecirle, pero, con la gente de mala vida, donde se ponen dos hostias bien dadas no se pone ningún razonamiento.

—Pues si quiere seguir conmigo en este caso, tendrá que aceptar

mis normas. Además, a las mujeres se las respeta siempre. ¡Y a todos, por Dios! Para castigar están los jueces. Nosotros lo que tenemos que hacer es averiguar la verdad y nada más. ¿Acepta o no acepta?

—Sí, claro. Pero ya aprenderá con el tiempo que a veces hay que actuar con contundencia.

Durante el viaje de retorno al hospital, Ventura prefirió no interrogar a Laura. Estaba deseoso de averiguar qué había recordado y sobre todo si aquello que recordaba podía servir para localizar de alguna forma al asesino.

Llegaron a la gasolinera y averiguaron que el tipo que conducía el Simca 1200 y repostó gasolina la noche anterior, llevaba una herida en la mano y preguntó por el hospital más cercano.

Laura seguía como adormilada y se quejaba de un fuerte dolor de cabeza.

En el trayecto de la gasolinera al hospital, Ventura comentó a Pérez sus impresiones.

—Vamos a ver, tenemos a un tipo que conduce un Simca 1200 de color azul oscuro. Se ha herido en una mano, posiblemente al forcejear con Encarnación. Pregunta por un hospital y resulta con que se encuentra por casualidad con que dos de las que creía muertas están ingresadas. Ahora me cuadra la cosa.

—El de la gasolinera dijo que iba para Almería.

—A falta de otra cosa, podemos considerar que es el punto al que tenemos que acudir para encontrar a ese hombre. ¡Mas difícil que lo de la aguja y el pajar!

—También tenemos lo del zapato, inspector. Usted lo dijo. Un cuarenta y dos con una señal en la suela.

—Sí. Y es muy probable que tengamos el calibre de la pistola. Pero todo esto no es suficiente. Necesitamos algo más.

Llegaron al Hospital. Ventura llevó a Laura a ver al médico de guardia.

—Doctor, la…, quiero decir que Laura se encuentra mal.

—¿Qué le sucede, señora? —Laura ni se inmutó.

—Acaba de tener un ataque y no sé si podría ser algo importante —respondió Ventura.

—¿Cuando ha sucedido y dónde?

—Hace algo más de media hora. En el club de alterne donde trabajaba. Tratábamos de reconstruir los hechos cuando entró en un estado de excitación y comenzó a sufrir como tirones musculares acompañados de gritos.

—¿Cuánto le duró? —preguntó el doctor Rodríguez a Laura.

—Calculo que no llegó a los diez minutos —respondió Ventura.

—Bien. ¿Puede usted hablar? —pregunto el doctor a Laura.

—Sí…

—¿Le ha sucedido eso mismo alguna vez?

—No.

—¿Ha perdido el conocimiento durante la crisis?

—Creo que no…

—¿Tiene pérdidas de memoria?

—No entiendo a qué se refiere usted.

—Bueno, al parecer no recuerda casi nada de lo sucedido. Tal vez sea debido al trauma del momento o tal vez se trate de otra cosa.

—Bueno, al encontrarme en el club con el inspector he recordado algunas cosas, aunque, ahora que lo dice, a veces tengo lagunas de memoria.

—Hay cosas que sabe que han sucedido pero no recuerda bien, ¿no es eso?

—Bueno…, no estoy segura. No recuerdo muy bien cosas de cuando era pequeña, pero supongo que se debe a que ya hace mucho tiempo.

—Bien. En principio, no es posible saber si el episodio ha sido debido al golpe que recibió usted en la cabeza o a la tensión sufrida al revivir los acontecimientos. Vamos a hacerle unas radiografías de la cabeza. Si no sale nada, es posible se trate de un accidente puntual o simplemente un ataque de ansiedad. No sé si me ha entendido…

—Creo que sí. Que no se sabe por qué me dio el ataque, que me van a hacer radiografías y que puede que no se repita, aunque puede que sí.

—Pues sí, parece que lo ha entendido. Bueno, vamos a bajar a la zona de rayos y le vamos a hacer esas radiografías. Después vamos a ver al doctor Méndez. Es siquiatra y puede servirle de ayuda.

—Una pregunta —dijo Ventura—: ¿podría avisar al doctor Aguirre? El que estuvo anoche de guardia.

—Libramos al día siguiente de haber hecho guardia, así que supongo que se habrá marchado a su casa.

—Me dijo que se quedaría por aquí por si lo necesitábamos.

—En ese caso, ahora mismo mando a alguien a avisarlo. Supongo que estará en su despacho o, tal vez en la cafetería.

—Gracias. Yo mismo acompaño a la persona que lo busque y hablo con él. Pérez, quédese con Laura mientras le hacen esas radiografías.

—De acuerdo, inspector.

El doctor Aguirre tomaba un café en el bar del hospital.

—Querría saber si ayer atendió a alguna persona con un corte de arma blanca en urgencias.

—Pues sí.

—¿Llegó antes o después que las dos mujeres del club?

—Déjeme que recuerde… Antes, llegó antes.

—Ajá. ¿Y queda constancia del nombre del paciente?

—Sí, claro... En condiciones normales, todo esto es confidencial, aunque en este caso no creo que haya problemas en que usted tome notas de los datos. Si me acompaña a urgencias, lo podemos ver en el libro de recepciones.

Llegaron a urgencias y el doctor cogió el libro. Lo abrió y se lo entregó a Ventura.

—Ahí lo tiene, inspector. Es este. Ahí puede ver el nombre y apellidos y el número del Documento Nacional de Identidad.

Ventura sacó el cuaderno y el bolígrafo y tomó nota de los datos.

—¿Dónde tenía la herida?

—En el dorso de la mano izquierda.

—¿Era grave?

—No. En absoluto. Un corte de poca importancia, si no fuera porque no paraba de sangrar. El paciente es hemofílico. Le tuvimos que hacer una transfusión de plasma preparado al efecto.

—Un dato interesante. Verá tengo el traje de una de las pacientes que ingresaron procedentes del club de alterne de la carretera nacional. En concreto de la que se ha salvado de ser asesinada. Laura Kobler. Tiene manchas de sangre y creo que son del asesino. ¿Es posible cotejar esas manchas con las del paciente de urgencias? Si se puede averiguar que es la misma sangre, ya tenemos una prueba de que atacó a esta mujer en el club de la carretera nacional.

—Entiendo por lo que me dice, que el paciente de urgencias es sospechoso de los crímenes —dijo el doctor Rodríguez.

—Así es.

—¡No me diga! Entonces, ¿el asesino de la mujer ingresada fue el que yo atendí anoche?

—Es más que probable. Es lo que trato de demostrar con su ayuda. Si es posible hacer lo que le pido respecto a las manchas de sangre del traje.

—Claro que sí. Tengo muestras de sangre del individuo y se pueden cotejar con las manchas. Tardará algo de tiempo. El grupo sanguíneo puede ser poco reseñable, pero hemofílicos no hay muchos.

—¿Podría enviar los resultados por correo a la Dirección General de Seguridad y adelantarlos al teléfono que yo le dé?

—Por supuesto.

—Bien. Si llama por teléfono, pregunte por el Comisario Eutimio Sánchez.

—Tomo nota, inspector. En cuanto tenga los resultados, hago esa llamada.

—Bien. ¿Me puede describir al hombre que vino con la herida en la mano?

—¿Al paciente? Sí, claro. Más bien alto, sobre uno ochenta o algo menos, fuerte, piel curtida, como de alguien que trabaja al aire libre, ojos pequeños, azules, siempre con una sonrisa en los labios, eso sí una sonrisa extraña, no sé cómo decirle…, desagradable. Dientes pequeños y cariados, aunque no le falta ninguno a simple vista…

—¿Alguna marca?

—Ahora que lo dice, cuando la enfermera le subió la manga del jersey, vi que tenía un tatuaje. Solo lo vi en parte. A mí me pareció que era el símbolo de la Legión Española, pero lo mismo me equivoco. Lo que es seguro es que en el brazo izquierdo tiene un tatuaje.

—No dejan de ser muy buenos datos el que sea hemofílico y lo del tatuaje. Pero lo fundamental es que tenemos su nombre y el número de su Documento Nacional de Identidad.

—Pues, francamente, inspector, en mi opinión, los datos de ese individuo no le van a servir. Me refiero al nombre y al documento de identidad.

—¿Y eso?

—Dijo que le habían robado y que no tenía el Documento Nacional de Identidad. Así que, es muy probable que diera datos falsos.

—Buen apunte, doctor. Perdone la expresión, pero me temo que la cosa está jodida.

—Ojalá tengan suerte y lo cojan.

Gracias, doctor. No le molesto más.

Mientras Ventura hablaba con urgencias, Laura terminó con el trámite de las radiografías. Cuando el inspector fue a reunirse con Pérez y Laura ella estaba en la consulta del siquiatra.

Laura salió acompañado por el doctor y Ventura le pidió hablar con él en presencia de Laura, a lo que el siquiatra accedió. Pérez entró con ellos.

—Verá, como le acabo de comentar, soy el inspector que lleva el caso de los asesinatos del club el Edén. Para mí es importante saber el estado de Laura, pues se trata de la única testigo viva del caso.

—Entiendo. Las radiografías no muestran ninguna anomalía. Yo me inclino a pensar que lo que le ha sucedido en su última visita al club ha sido una crisis de ansiedad sin la menor importancia. El doctor Rodríguez coincide conmigo en esta apreciación. No obstante, cabe la posibilidad, aunque remota, de que se trate de una crisis epiléptica.

—Ajá. ¿Y qué se puede hacer al respecto?

—Ya le he prescrito a la señora un medicamento que le voy a recetar, para que se lo administren de inmediato si ocurriera un nuevo ataque y este se prolongara durante más de cinco minutos. Le he recomendado que lo ponga a disposición de alguien que esté al tanto del posible problema. Es por vía rectal. Como si fuera un supositorio, para que me entienda. Aunque la administración es un poco diferente. Si lee las instrucciones del prospecto, no tendrá ningún problema la persona que se lo administre.

—Como le he dicho, doctor, en este momento no tengo a nadie que se pueda encargar de eso —dijo Laura.

—De momento, yo me hago cargo de comprarlo y de llevarlo encima —se ofreció Ventura.

Laura no dijo nada y Ventura se lo tomó como un «sí».

—Lo que más me interesa, como policía, es saber acerca de la pérdida de memoria de Laura.

—Como consecuencia de lo ocurrido en el club, podría ser que la señora tuviera lo que los siquiatras llamamos una «amnesia disociativa». Para estar seguros deberíamos mantener varias sesiones.

—¿En qué consiste ese trastorno?

—Básicamente, la persona que lo sufre se olvida de acontecimientos traumáticos que le pueden causar fuertes impresiones. Es como un mecanismo de defensa del cerebro.

—¿Y puede desaparecer o es permanente?

—Pues lo mismo lo uno que lo otro. Igual lo recuerda todo de repente que no lo vuelve a recordar nunca más en su vida.

—En ese sentido —dijo Ventura—, creo que ha recordado algunos detalles cuando estuvo en el club, ¿verdad, Laura?

—Sí… —dijo ella—. Aunque solo eso: algunos detalles. Ya le he comentado al doctor antes que mis compañeras me recordaban a menudo situaciones que yo había olvidado. No sé cómo explicarlo.

—Pero el hecho de que haya recordado algo de lo que sucedió en el club la noche pasada puede ser un síntoma de que lo puede recordar todo, ¿no es así, doctor? —preguntó Ventura.

—Así es. Pero también es posible que los recuerdos que afloren en los primeros momentos no se correspondan con la realidad. La cuestión es que me han bastado unas cuantas preguntas para averiguar que hay recuerdos de la niñez de Laura que están bloqueados en su cerebro. Y fíjese el tiempo que ha pasado.

—Doctor, como le dije no recuerdo cosas de mi niñez. Pero lo de anoche sí que lo he recordado. Bueno, no todo, como he dicho, pero sí algunos detalles.

—Inspector, tengo la obligación de advertirle que debe ser cauto.

Esta señora puede creer que recuerda cosas y pudiera ser que dichos recuerdos no se correspondan con la realidad. Ojala no sea así, pero…

—Le agradezco la información, doctor.

—Por mi parte, eso es todo, señores. Salvo que tengan algo más que preguntarme.

Los dos policías y Laura se despidieron del doctor salieron de la consulta.

—Me alegro de que se encuentre mejor, Laura —dijo Ventura. Tenía la sensación y el pequeño cargo de conciencia de haber contribuido a aumentar el estado de ansiedad de la mujer y de que eso había colaborado en su ataque.

—Gracias —dijo ella, lacónicamente; parecía sentirse aún un tanto desorientada.

—Bueno, solo nos resta que nos cuente lo que ha recordado. No quiero presionarla. Solo le digo que si sabe algo importante, cuanto antes nos lo comunique, más posibilidades tenemos de encontrar a ese hombre.

—Sí. Creo que puede ser importante. Le advierto que solo se lo diré si me acepta dos condiciones.

—Bueno, eso depende de qué condiciones sean las que me pone. En principio supongo que no habrá problema.

—Se lo voy a decir con claridad: sé a dónde se dirige el asesino. Solo se lo diré si acepta que los acompañe. Quiero ver cómo detienen a ese desgraciado.

—¿Cuál es la otra condición?

—Qué me dejen hablar con él cuando lo cojan.

—Supongo que quiere decirle cuatro cosas sobre lo que ocurrió. De todos modos, saber a dónde se dirige el asesino es una buena pista, aunque me temo que no será suficiente para encontrarlo.

—Además, me acuerdo de su rostro como si lo tuviera delante y puedo identificarlo.

—Eso es otra cosa. Ojalá no sean falsos recuerdos, como dijo el siquiatra.

—Estoy segura.

—Aun así, que usted nos acompañe es un poco irregular. Yo pensaba que nos despedíamos en cuanto le comprase la medicina para la epilepsia y la dejásemos con sus familiares o donde nos dijera.

—¿Mis familiares? ¡No sé si reír o llorar!

—Perdone. A lo mejor he metido la pata. ¿No tiene familia?

—¡Peor! La tengo, pero es como si no la tuviera. Se puede decir que mis padres han sido en gran parte los culpables de la vida que he llevado. Es una historia larga. Pero lo último que haría en esta vida

sería recurrir a mi familia. Para mí es como si no existieran. Estoy sola, y ahora más que nunca.

Los ojos de Laura mostraban odio y desesperanza a partes iguales.

—Entonces, ¿qué piensa hacer?

—No lo sé. Lo de pedir limosna por los pueblos y aceptar que un cabrón haga de mí lo que desee a cambio de llevarme en su coche o pagarme un menú en una venta, ya lo conozco. Así que lo único que me queda es buscar otro club y seguir haciendo lo que he estado haciendo durante más de la mitad de lo que llevo de vida. Pero la verdad es que ahora mismo, no sé si quiero seguir con lo mismo. Me asquea solo pensarlo. Por eso prefiero seguir con ustedes hasta que localicen a ese malnacido.

—De acuerdo: acepto las condiciones, si me promete contarme todo lo que vaya recordando. Nos acompañará hasta que encontremos al asesino. Si es que lo encontramos.

—De acuerdo.

—Otra cosa, pase lo que pase, cuando volvamos a Madrid, si quiere se viene conmigo a casa mientras decide qué hacer. No la voy a dejar sola después de lo que acaba de contar.

—¿No pretenderá retirarme y tenerme a su servicio personal? —dijo ella con una expresión equívoca y una sonrisa burlona, que parecía decir «Ya sabía yo que eras igual que todos».

Ventura enrojeció.

—No me he explicado bien. Quería decir que siempre podría contratarla para limpiar mi apartamento y tener todo en orden. Tengo una casa demasiado grande y demasiado desordenada. Pero en mi petición no entra ninguna clase de favores especiales, no sé si me explico.

—Bueno, de momento haré como que me creo que su ofrecimiento es inocente. Lo importante ahora es que tenemos un acuerdo. Así que ya le puedo decir que el asesino me dijo que tenía la intención de ir a El Aaiún. Se va a alistar a la Legión, en Las Palmas. Creo que su nombre es Francisco. Me dijo que lo llaman Paco el Lejía.

—Pues parecen buenas pistas. Solo que cabe la posibilidad de que le haya mentido o que, después de los asesinatos, haya cambiado de opinión. No obstante, es lo único que tenemos. Así que nos vamos para Cádiz, cogemos uno de los barcos de Transmediterránea que van a Canarias y preguntamos en el banderín de enganche de Las Palmas.

—Lo mismo es un viaje para nada, inspector —dijo Pérez—. Recuerde que el siquiatra ha dicho que los recuerdos pueden ser falsos o algo así.

—Voy a confiar. No tenemos nada más a lo que agarrarnos, Así que

ya estamos tardando en coger el coche —dijo Ventura—. ¡Vamos a encontrar a ese sujeto y lo vamos a detener!

Encuentro casual

El ruido del motor y el ritmo, machacón y constante de las rayas blancas de la carretera provocaban sobre Ventura un efecto casi hipnótico. Estaba cansado y luchaba por sobreponerse al sopor que lo invadía. Recorrían los últimos kilómetros de La Mancha, ya cerca del paso de Despeñaperros.

Laura se encontraba echada en el asiento de atrás, dormida. Habían sido demasiadas emociones y estaba agotada. Su ánimo había decaído de nuevo y no era algo de extrañar después de todo lo ocurrido.

Habían hecho una breve parada en Valdepeñas para echar combustible, así como para adquirir en una farmacia el medicamento recetado por si ella sufría un nuevo ataque.

Pérez iba medio dormido, al lado del inspector.

Ventura decidió intentar que el agente hablase algo para mantenerse despierto.

—¿Qué pasa, Pérez? Lo veo muy callado —dijo.

—Estoy medio *sobao*, inspector. Además, usted me dijo que no hablara tanto. Y como en boca cerrada no entran moscas… Pero, si me da permiso, y ya que ahora me pide hablar, me gustaría hacerle algunas preguntas. Lo digo porque hay varias cosas que me tienen intrigado.

—No se incomode conmigo, hombre. Ya le dije que habría tiempo para hablar de todo.

—No, si no me molesto. Lo que me ha jodido un poco es la bronca que me echó cuando le quise endiñar un par de bofetadas a esta mujer. Solo trataba de defenderlo, inspector. Con gente de cierta ralea no hay mejor jarabe que el de palo, y usted debería saberlo.

—Ya se lo dije entonces, Pérez, y se lo repito ahora. No consiento que se pegue a nadie. Y menos a mujeres. Somos policías y no torturadores. Y, con franqueza, estoy harto de esos compañeros que solo saben dar hostias para sacer información.

—Perdone que le diga, pero creo que se nota que usted no ha estado en la social. Yo sí, y le puedo asegurar…

—Mire, Pérez, me he pasado por los sótanos de la Dirección General de Seguridad más veces de las que hubiera deseado. Un sitio

lóbrego y apestoso donde los haya. He visto allí torturas y cosas mucho peores contra personas cuyos delitos eran tan supuestos como poco importantes. No me haga hablar… He visto actuaciones más propias de sádicos que de policías.

—Usted dirá lo que quiera, pero yo tengo muy claro que, mientras no se demuestre lo contrario, a determinados tipejos solo se les sacan las confesiones a hostias —dijo Pérez, a todas luces molesto con las apreciaciones de Ventura.

—No voy a discutir de nuevo sobre este asunto. Solo le recordaré por última vez que a la menor señal de violencia lo mando para Madrid. Y me importa un rábano que el director sea amigo suyo.

—No quiero indisponerme con usted, inspector. La verdad es que me cae bien, aunque no puedo dejar de decirle que está muy equivocado y es demasiado ingenuo para ser policía. Supongo que ya aprenderá.

—Antes de aprender a torturar o a maltratar personas, me salgo de la policía, eso seguro.

—Yo hago lo que he visto en la brigada desde que entré, y ya son unos cuantos años. Además, estoy convencido de que sin usar los puños poco se puede hacer para persuadir a la mala gente. Ya verá cómo con el tiempo lo entiende. Al final te acostumbras. Ya sabe: «donde fueres, haz lo que vieres».

—No tengo nada que entender. Los violentos son los delincuentes, nosotros somos policías y tenemos que dar ejemplo. Algún día esa conducta estará castigada, Pérez.

—Espero que no le moleste lo que le voy a decir, inspector. A usted lo tengo calado. Es un idealista que se cree que repartiendo caramelos los malos de la película se van a regenerar. Y eso no es así.

—En lo que respecta a opiniones, no me molesta ninguna, Pérez. Puede opinar sobre mí lo que le venga en gana. Pero en lo de la violencia, soy intransigente. Así que ya sabe: o acepta mis condiciones o se vuelve a Madrid.

—Pues ya que acepta las opiniones le diré que la mía es que usted es un pardillo sin experiencia. Yo no seré muy listo, pero usted se las da de listo, que es peor. —Pérez estaba rojo de rabia—. De todos modos, como es el que dirige el caso y soy un hombre disciplinado, acepto sus condiciones.

—No me las doy de nada —puntualizó Ventura—. De todos modos, por mi parte, el asunto está zanjado.

—De acuerdo, inspector.

—Pues no se hable más. ¿Esas eran las preguntas que me quería hacer, o hay algo más?

—Antes de entrar en el rifirrafe de si hay que dar hostias a los criminales o regalarle caramelitos, le iba a preguntar sobre algunos detalles del caso, pero ahora mismo no tengo muchas ganas de hablar.

—Pues no hable.

—Pues eso, no hablaré.

—Es usted un poco terco, ¿no? Ande, quítese esa cara de pocos amigos, que tampoco ha sido para tanto.

Pérez interrumpió con un codazo a Ventura. Estaban pasando a la altura del mirador de Despeñaperros e iban a muy poca velocidad debido a la niebla y a las innumerables curvas del lugar

—¿Ha visto? —dijo Pérez subiendo la voz de modo ostensible.

—¿Qué pasa? ¿A qué se refiere?

—¡Un Simca 1200 azul, aparcado al lado del mirador!

—¿Cómo? ¿Está seguro? Bueno, debe haber cientos de Simcas azules.

—Ya. Pero ¿y si fuera?

—¡Joder! Ya no podemos dar marcha atrás. Se notaría y despertaría sospechas. Y aparcar en el arcén es difícil, por no decir casi imposible. —En ese momento, Ventura miró por el retrovisor interior y vio a Laura sentada—. ¿Lleva mucho tiempo despierta? —preguntó.

—Me acabo de despertar. He oído unas voces y…

—Ya. Aquí el agente Pérez. Al parecer, hay una posibilidad, aunque remota, de que hayamos pasado por delante del choche del asesino.

—Sería para mear y no echar gota —aclaró Pérez—. Pero a veces se dan casualidades.

—Hombre, Pérez, ya podía buscarse otro ejemplo. Ese no viene muy a cuento.

—Bueno, yo suelo usar mucho esa frase de mear y no echar gota. Es una forma de hablar.

El coche continuó avanzando. Una niebla espesa amenazaba con no dejarles ver las rayas de la carretera. Las curvas se sucedían con insistencia. Todos guardaban silencio.

—Mire, Pérez, ahí hay un hueco donde detener el coche —comentó Ventura—. Tarde o temprano, el coche que ha visto tendrá que pasar por aquí, así que vamos a aparcar y a esperarlo.

Pasaron los minutos. Ventura sacó su caja roja de cigarrillos y ofreció a Pérez y Laura.

—No sé si fuma rubio, Laura. Tal vez prefiera fumar del suyo. En la maleta le metí un cartón de Ducados. Aunque, ahora que recuerdo, usted me dijo que subió anoche a por tabaco, así que supongo que

tendrá en el bolso.

Ella rebuscó en el bolso.

—Pues no, no tengo.

—¡Vaya, qué extraño! Si ayer por la noche subió a su habitación a por tabaco, lo normal es que…

—¡Inspector, el Simca de los cojones! —El coche pasó a pocos metros de su posición—. ¡Para mear y no echar gota! ¿Se ha fijado? ¡Matrícula de Bilbao!

Ventura se quedó con el cigarrillo sin encender.

—Vamos a seguirlo —dijo—. Laura, mejor se echa en el asiento, no vayamos a tener tiros.

—Si voy con ustedes, no voy a estar escondiéndome. Me quedo sentada.

—Usted verá. Lo digo por su seguridad.

Pérez abrió la guantera y sacó su pistola, una Astra de nueve milímetros largo.

—Hay que estar preparados, inspector, por si ese cabrón se da cuenta de que lo seguimos. Por cierto, ¿por qué no lo adelantamos y lo obligamos a parar?

—Mejor lo seguimos a ver dónde para. Prefiero no montar un tiroteo en medio de la carretera. No vaya a escaparse una bala perdida y tengamos un disgusto con algún inocente.

Recorrieron unos diez kilómetros. A veces, dejaban que se intercalara algún vehículo para no levantar sospechas.

—¡Me cago en la leche, inspector! No aguanto los nervios. Casi lo tenemos. Al final la cosa va a salir mucho mejor de lo esperado.

—A ver si es verdad. Miré, está entrando en esa venta. ¡Lo tenemos!

En efecto, el coche se desvió hacia un edificio coronado por un ave de las que se solían cazar por la zona: una codorniz. El aparcamiento era amplio y no había más que otros dos coches.

—Laura. Quédese en el coche. En unos minutos puede estar zanjado este asunto. No se le ocurra salir, oiga lo que oiga. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

A Ventura le sorprendió el temple de Pérez. Todo lo que parecía tener de desmañado en sus conversaciones y de vehemente en ciertas ocasiones, quedaba empañado por la templanza, soltura y confianza con la que parecía mostrarse pistola en mano.

—Inspector, usted entra primero y detiene al hijo puta ese —dijo en voz baja antes de atravesar el umbral del bar—. Yo le cubro. No se preocupe, que a la más mínima le descerrajo un tiro en toda la chorla.

Ese no se nos escapa.

—Bueno, espero que con la sorpresa no se resista. No se precipite. Creo que no hará falta pasar a mayores.

—Por si lo hiciera, usted tranquilo, que aquí estoy yo.

—¡Vamos!

Ventura entró. Un hombre estaba hablando con el que se encontraba detrás de la barra. Parecía que se conocían. No podía ser otro que el conductor del Simca, puesto que en el salón solo estaban ellos dos.

—Buenas tardes —dijo el camarero; el del Simca giró la cabeza para ver quién entraba—. ¿Qué se les ofrece a los caballeros? ¿Un café?

—Échese a un lado —dijo Ventura con frialdad—. Y usted no haga ni un solo movimiento; mi compañero me está cubriendo con su pistola.

—Tranquilo, amigo —dijo el camarero—. Tengo poco dinero en la caja, pero es todo suyo. Por favor, no vaya a hacer ninguna tontería.

—¡Qué dice, hombre! Soy policía— dijo Ventura mientras se sacaba la placa del bolsillo y se la enseñaba al camarero—. Y este hombre es un asesino.

—¿Quién, yo? —preguntó el otro con cara de no haber roto un plato en su vida y los brazos en jarras—. ¡Qué asesino ni qué gaitas! Usted está equivocado.

—¡No le toques los cojones a mi jefe o te pego un par de tiros! —dijo Pérez desde atrás, mostrando la pistola y encañonando al hombre.

El del Simca palideció.

—Miren ustedes, de verdad que esto es un error. Yo no he matado una mosca en mi vida.

—¡Al suelo, coño! —gritó Pérez—. ¡Y las manos sobre la nuca! Te tenemos bien cogido, Paco.

El hombre se quedó dudando, con expresión de no saber cómo explicarse. Pérez avanzó hacia él y le dio un empellón, que resultó suficiente para que se echara al suelo de inmediato y obedeciera en lo que se refería a la posición de las manos.

—Con todos mis respetos, me parece que están metiendo la pata —dijo el camarero—. Este hombre no se llama Paco, sino Fulgencio. Y será lo que sea, pero un asesino…

—A ver, que no somos tontos —dijo Pérez—. Llevas un Simca 1200 con matrícula de Bilbao. El conductor de ese vehículo, o sea tú, mató anoche a varias personas en un club de alterne cerca de Aranjuez. Así que vamos a esposarte y te llevamos detenido. Confiesa o te pego una somanta de hostias.

—Pérez, ¿qué pasa? ¿Otra vez erre que erre con lo de las bofetadas y puñetazos? ¿Para qué hemos estado hablando no hace ni media hora?

—Perdón, inspector, yo lo hacía sin intención de llegar a mayores y, mayormente, por acelerar la confesión de este individuo. Lo retiro.

Ventura levantó la mano como disculpando o pidiendo que se callara al agente.

—Un momento, Pérez. Aquí hay algo que no encaja.

—¿Cómo dice?

—A ver, ¿no nota algún detalle extraño?

—¿El qué? No entiendo…

—La mano.

—¿La mano? ¿Qué pasa con la mano?

—¿Dónde está la venda?

—Pues…, yo qué sé… se la habrá quitado.

—Un momento.

Ventura se acercó al hombre y le repasó las manos una y otra vez.

—Este hombre no es el que buscamos, Pérez.

—¿Cómo no va a ser? El Simca…, la matrícula…

—A ver, remángate las dos mangas de la camisa —pidió Ventura.

—Ahora mismo —dijo el hombre con el miedo metido en el cuerpo.

—¿Lo ve, Pérez? No hay tatuaje.

—Se lo habrá quitado, inspector. Yo qué sé…

—Sí, claro. En el viaje de Aranjuez hasta aquí, ha ido aprovechando las curvas para quitarse un tatuaje de la Legión.

—¿El asesino tiene un tatuaje? ¿Y eso cómo lo sabe?

—Me lo dijo el médico de guardia que lo atendió en Aranjuez.

—Lo mismo el médico se equivocó —repuso Pérez con escaso convencimiento.

—Miren ustedes —intervino el camarero—, no es por meterme, pero Fulgencio trabaja aquí. No se ofendan por la pregunta, ¿me podrían decir a qué hora fueron los crímenes esos?

—Sobre las doce o la una de la madrugada. Tal vez un poco más tarde.

—Pues yo declararé ante el *sursum corda* si es necesario que Fulgencio estuvo aquí conmigo toda la tarde de ayer y que se quedó limpiando el bar hasta algo más de las dos de la madrugada.

—¡Vaya, inspector, tenemos cómplice! —exclamó Pérez. Pues se vienen los dos detenidos.

—¡Que no, Pérez! Si este hombre no lleva un tatuaje en el brazo y, sobre todo, si no tiene ni un rasguño en la mano, no puede ser el

asesino. Dejemos que se expliquen. ¿Está usted seguro de que este hombre estaba aquí a las doce de la madrugada de ayer? —preguntó Ventura al camarero.

—Segurísimo.

—Podría estar mintiendo, inspector —Ventura le echó una mirada fulminante al agente—. Bueno, he dicho que podría. No se moleste. Solo trato de ayudar.

—Esperen un momento. —El camarero cogió un teléfono y llamó —. Es mi señora. Somos dueños del establecimiento. Al otro lado de la carretera tenemos un pequeño hotel y ella se encarga.

—¿Y eso qué demuestra? —dijo Pérez.

—Deje que este hombre se explique.

—Inspector, yo solo…, no, nada.

—Ven al restaurante. Es importante. —dijo el dueño del local—. Como habrán comprobado, solo le he dicho que venga. No digan nada cuando entre. Dejen que hable yo con ella primero.

—De acuerdo.

La mujer entró y dio un respingo al ver a Pérez con la pistola y a Fulgencio en el suelo bocabajo.

—¡Mi madre! ¡Un atraco! ¡Felipe, dale lo que tengas, por Dios.

—No es eso, mujer. No te preocupes. Solo quiero que me respondas a una pregunta. ¿Quién estuvo con nosotros limpiando esto, desde las seis de la tarde, más o menos, hasta después de las dos de la madrugada?

—¿Cómo? ¿Con nosotros? ¿Quién va a ser? El Fulgencio.

—¿Y quién es el Fulgencio?

—¿Qué pasa, te has vuelto tonto? Lo digo con perdón de los atracadores.

—Que no son atracadores… ¿Me puedes contestar? Es para deshacer un malentendido.

—¿Pues quien va a ser el Fulgencio? El que está ahí tirado en el suelo.

—¿Se fue Fulgencio un rato y luego volvió? ¿O estuvo aquí todo ese tiempo?

—Estuvo todo el tiempo, ya lo sabes.

Pérez miró confuso a Ventura.

—Ande, Pérez, guarde esa pistola. Y usted, levántese. Le pedimos disculpas, pero tiene que darnos algunas explicaciones. Ahora vuelvo.

Ventura regresó enseguida con Laura. Por el camino, había preparado a la mujer, procurando tranquilizarla por si resultara que Fulgencio sí era el asesino, cosa que ya sabía era muy improbable.

—A ver, reconoce a este hombre como el que entró anoche en el

Edén, mató a varias personas y le disparó a usted.

—No. Este no es.

—¿Está segura?

—Por completo. El asesino es más alto y más fuerte y tiene los ojos más pequeños. Vamos, que no es.

—A ver, Fulgencio, no cabe duda de que nos hemos equivocado con usted. Comprendo que debe haber muchos coches de la misma marca y modelo que el suyo, con matrícula de Bilbao y color oscuro. La casualidad de encontrar el vehículo cuando íbamos buscando otro con semejantes características nos ha llevado al error. ¿Desde cuándo tiene el coche?

—Desde hace unas cuatro horas

—¿Cómo dice? En ese caso no es descartable que sea el vehículo que buscamos. Quién se lo vendió

—Verá, un tipo fuerte y con cara de pocos amigos entró en el restaurante y pidió un bocadillo. Me dijo que si quedaba muy lejos la estación de Santa Elena, que estaba harto del coche y prefería coger el tren de Madrid para Cádiz.

—Y usted se quedó el coche.

—Sí. Me dijo que si lo llevaba a la estación, era mío.

—Le advierto que comprar un coche así es ilegal.

—Él me firmó un papel en el que decía que, como dueño del vehículo me lo había vendido y me dijo que con ese documento podría ir a la Jefatura Provincial de Tráfico y ponerlo todo en regla.

—Pues le mintió, porque el coche no era suyo. Tendrá que entregarlo.

—¡Maldita sea mi estampa! Creía que había hecho un buen negocio. Solo me cobró cinco mil pesetas.

—Pues me temo que tiene que dar por perdidos el dinero y el coche. Debe entregarlo a la Guardia Civil.

—¡Joder! ¡La he cagado! Tenía que haberme dado cuenta que un coche casi nuevo no podía tener un precio tan económico.

—Entonces, el tipo le dijo que pensaba llegar hasta Cádiz en tren, ¿no?

—Sí. Me dijo que estaba muy cansado y que iba en dirección a Cádiz, porque iba a coger un barco a Canarias para alistarse a la Legión.

—¿Seguro que le dijo eso exactamente?

—Bueno, exactamente no sé. Pero, más o menos, eso fue. Yo le comenté que en una hora larga, pasaría el tren Rápido que va de Madrid a Cádiz. Y fue entonces cuando me dijo que me vendía el coche con la condición de que antes lo llevara a la estación.

—Fulgencio, le tengo que decir que hay cosas de su historia que no me cuadran. Vamos, que las veo faltas de toda lógica —dijo Ventura—. Espero que me las aclare.

—Lo único que le puedo decir es que le estoy diciendo la verdad.

—A ver, si el tipo lo que quería era ir a la estación de Santa Elena para coger un tren con dirección a Cádiz, lo lógico hubiera sido que se hubiera ido hasta allí directamente y en los mismos alrededores de la estación hubiera dejado abandonado el coche, ¿no le parece?

—No sé… Ustedes son los que entienden de eso. Supongo que le vendría bien sacarse un dinero.

—¿A usted le parece lógico, que un asesino que va huyendo con un coche, probablemente robado, lo venda así como así? Porque a mí no.

—Así, como lo dice usted, pues la verdad es que no. No parece lógico. Bueno, me ha faltado decirle que el tipo se había tomado unos cuantos güisquis antes venderme el coche. Verá usted, empezó comiéndose un bocadillo y una botella de vino peleón de Valdepeñas. Luego me pidió un güisqui, y al final cayeron unos pocos. Estaba más borracho que los de las bodas de Canaán. Así que, de buenas a primeras, me dijo que si lo llevaba a la estación, me regalaba el coche, que ya no lo necesitaba y que tampoco se veía como para conducirlo. Vamos, que estaba bastante tocado.

—Pues es probable que ahí esté la clave —dijo Pérez—. Me consta que con cuatro pelotazos de güisqui se pueden hacer algunas tonterías. Y parece que el asesino las ha cometido al comentarle sus planes.

—A mí también me convence ahora su historia, Fulgencio. Usted se aprovechó de un borracho.

—Yo lo vi todo legal.

—Una cosa, ¿qué cojones hacía usted con el coche en Despeñaperros? Preguntó Pérez.

—Pues cuando regresé al restaurante, después de dejar al tipo en la estación, le pedí permiso a don Felipe para ver cómo iba el coche. Él me lo dio y me fui al mirador de Despeñaperros. Estuve allí un rato y regresé.

—Doy fe de que es cierto todo lo que ha dicho mi empleado —dijo el dueño—. Estuve presente en la conversación con el tipo del Simca. Resulta que tengo un kiosco en Despeñaperros —aclaró Felipe, el dueño—. El que lo lleva se queda a dormir y todo. Yo me paso algunas veces con mi coche para hacer la recaudación y ver cómo va todo. Fulgencio se ofreció esta vez a ir para probar cómo iba el coche. Lo que no me podía imaginar…

—Y va de maravilla. Como verán ustedes, está casi nuevo.

—Visto. Fulgencio, no voy a insistirle sobre la inmoralidad de

comprar un coche por mucho menos de lo que vale, viniendo de alguien ebrio, pero le reitero que lo tiene que entregar a la Guardia Civil. Primero, porque habrá que devolverlo a su verdadero dueño; y segundo porque hay que revisarlo a conciencia por si aparece alguna prueba de los delitos cometidos.

—De acuerdo, inspector. Yo solo quería decir que…

—Es igual; déjelo.

—Inspector, a lo mejor lo podemos pillar todavía —apuntó Pérez—. Todos sabemos que los trenes suelen llevar retraso.

—¿Cuánto hace que lo dejó en la estación, Fulgencio? —preguntó Ventura.

—Unas tres horas y media.

—Sería demasiado retraso, pero podemos intentarlo. ¿Tienen ustedes el teléfono de la estación?

—Sí. Yo mismo llamo —dijo el dueño del restaurante.

La llamada resultó infructuosa, pues el tren había pasado hacía un par de horas.

—Era difícil que llevase tanto retraso. En fin, lo hemos intentado —dijo Ventura—. Una cosa, ¿vieron ustedes si el hombre llevaba una mano vendada?

—Sí, señor. La mano izquierda —confirmó Fulgencio.

—preguntó Ventura.

—Disculpe. ¿Puedo usar el teléfono? —preguntó Ventura al dueño del local.

—¿Cómo no?

—Es conferencia. Le abonaré lo que corresponda.

—¡Ni hablar! Si es para colaborar con la policía, aquí no se cobrea ni un duro. ¡Faltaría más!

Ventura marcó el número del Comisario Principal Eutimio Sánchez en la Dirección General de Seguridad. El comisario se puso enseguida.

—Jefe, estamos en Santa Elena. Ya sabe, cerca de Despeñaperros. Me interesa saber a qué hora llega el tren Rápido de Madrid a Cádiz. Y también cuándo sale el primer barco desde allí para Canarias.

—Un momento, Ventura. Le paso las preguntas a alguien de aquí mientras seguimos hablando. ¿Y cómo es que estáis ahí?

—Cabe la posibilidad de que el asesino se dirija al Sahara. En concreto a El Aaiún. Parece que se va a alistar a la Legión, por lo que se dirigiría al banderín de enganche de Las Palmas. Además, sabemos que lleva la mano vendada por un corte y que es hemofílico. Por otra parte, llevo conmigo a la mujer que ha sobrevivido. Asegura que puede identificarlo.

—Eso es muy buena noticia. Avisaremos a la Legión. El Director

General, como antiguo legionario, tiene contactos. Intentaremos que detengan a todo aquel que intente alistarse.

—¡Buena idea, jefe! Es más sencillo. Parece ser que el tipo ha perdido la documentación o al menos no la presenta para que no se le identifique. Así que si alguien quiere alistarse en Las Palmas y dice no tener documentación por haberla perdido o porque le han robado, es muy probable que sea el asesino.

—¡Visto! ¿Hablaste con los médicos forenses sobre los fallecidos?

—No me dio tiempo. Cuando me enteré de la posibilidad de alcanzar al asesino, salimos a toda pastilla hacia Cádiz. Se supone que cogerá allí el barco para Las Palmas. En todo caso, nosotros vamos hacia las Canarias, a ver si hay suerte y lo cazamos.

—Me parece que está todo cogido por los pelos, Ventura.

—Lleva toda la razón, pero, si tenemos en cuenta que no teníamos nada, la cosa va mejor de lo que se podía esperar. También sabemos que el asesino conducía un Simca 1200 y se lo ha vendido que tenemos aquí, así que el coche está en nuestro poder.

—Esa es una buena noticia.

—En cuanto cuelgue, vamos a echarle un vistazo al coche por si se ha dejado algo olvidado que nos pueda dar una pista. Por otro lado, sabemos que ha cogido el Tren Rápido que llega a Cádiz en la estación de Santa Elena.

—Bueno, no es mucho pero tampoco está mal. A ver, dame un número de teléfono y te llamo lo antes posible. También me interesa la matricula del Simca, para ver quién es su titular.

—Ahora que lo dice, voy a ver los papeles. Aunque estoy por asegurar que el coche es robado. Sería demasiada suerte que estuviera a su nombre.

—¡Quién sabe, Ventura! A lo mejor no es tan listo.

—Otra cosa, jefe. Míreme los horarios de los barcos de Cádiz a Canarias. Si tenemos tiempo para cogerlo esta noche, no paro ni a comer, pero si no es así, nos vamos a quedar aquí a descansar.

—De momento, id comiendo que yo te llamo enseguida.

—De acuerdo, jefe. La verdad es que no he comido casi nada desde anoche. Un sorbo de café y un bocado de tostada. Y de dormir, cero. Ah, otra cosa. He dado su teléfono al hospital de Aranjuez para que le comuniquen el grupo sanguíneo de la sangre encontrada en el traje de la superviviente y si se trata de sangre de un hemofílico. Es muy posible que esa sangre sea del asesino.

—O de la asesinada si se tocaron ambas mujeres en algún momento del crimen.

—Desde luego, también podría haber sangre de la fallecida si el

asesino iba manchado y luego tocó a la superviviente, Laura Kobler. Lo importante es comprobar si hay sangre de un hemofílico, porque no es una enfermedad frecuente y parece que el asesino la padece.

—Lo que te digo: todo cogido por los pelos, Ventura.

—Bueno, en el hospital cogieron una muestra de sangre del asesino. Podrán saber es la misma que la que tiene el vestido de Laura.

—¿Y qué conseguimos con todo eso, Ventura?

—Reconstruir los hechos, jefe.

—Todo eso está muy, Ventura. Lo que hace falta es coger a ese tipejo.

—A ver, jefe, son pruebas... Atando cabos…

—La mejor prueba será coger al asesino y hacerle cantar, Ventura. Y si encima llevas contigo a una testigo, todo lo demás sobra.

—No, sí llevará razón, jefe, pero ya sabe que soy partidario de usar las pistas y pruebas para facilitar que los asesinos declaren. No me gustan los interrogatorios a base de coaccionar al delincuente u otras cosas peores, ya me entiende

—Lo sé, Ventura. Haz tu trabajo como mejor se te acomode. Venga, dame el número de ahí.

—Un momento, jefe.

Ventura colgó después de dar a su superior el número de teléfono del establecimiento.

—Felipe, nos quedamos a comer. Si es posible, claro.

—¿Cómo no va a ser posible? Lo que quieran. Para eso estamos.

El comisario principal Eutimio Sánchez llamó a Ventura diez minutos después. Lo cogió dando cuenta de una perdiz con zanahorias y una copa de tinto Estola Reserva, en un reservado del restaurante.

—Ventura, soy yo. En primer lugar, de momento, no tenemos notificación del grupo sanguíneo de la sangre encontrada en el traje de Laura Kobler, ni han podido averiguar si la sangre corresponde a un hemofílico o si coincide con la muestra recogida en urgencias al que sabemos es el asesino. Hemos llamado al hospital de Aranjuez y están en ello. Ya sabes que estas cosas llevan su tiempo. Lo han enviado todo a un laboratorio externo y en menos de una semana no tendrán la respuesta.

—Visto, jefe. Lo del tiempo que tardará ya me lo habían adelantado. Era por si acaso.

—El tren Rápido llega sobre las ocho de la tarde a Cádiz. A las diez menos cuarto, sale el *Plus Ultra*, un barco de Transmediterránea, para Canarias. Salvo que el asesino tenga interés en hacer tiempo, es seguro que lo puede coger. Mañana sale otro barco de pasajeros, el *Ciudad de Cádiz*, también a las diez menos cuarto.

Ventura miró su reloj: casi las seis y media de la tarde.

—Ni aunque volemos nos da tiempo de llegar para coger el *Plus Ultra*, jefe. Nos vamos a quedar aquí y mañana cogemos el próximo barco. Yo me encargo de los billetes. Como sabe, mi padre tiene mano en la compañía naviera. Lo llamo ahora y que me reserve tres camarotes para mañana.

—Muy bien. Otra cosa, el coche que llevaba el asesino está a nombre de un tal Florencio Arteta. Ha sido visto en un atraco a un banco de las provincias Vascongadas. En concreto, la Caja Postal de Ahorros de Bilbao.

—O sea, que, aparte de un asesino, estamos persiguiendo a un atracador.

—Exacto. Y en el atraco el tipo se llevó por delante al cajero. Vamos, que es un elemento muy peligroso.

—No me extraña que se haya deshecho del coche, jefe.

—Lo raro es que no lo haya hecho antes.

—Quién sabe…, a lo mejor paró en el club de alterne para dar el cambiazo y luego la cosa se complicó. Cosas del destino.

—Pues lo mismo fue eso. Bueno, ¿necesitas algo más?

—Nada. Ya lo llamaré desde Cádiz, antes de embarcar, si me hace falta algo.

—De acuerdo. Buena caza y mucho cuidado, Ventura.

Santa Elena

Después de comer, Ventura pensó que lo mejor que podían hacer era echarse a descansar un rato.

—¿Tiene habitaciones disponibles? —preguntó al dueño.

—Tengo una doble y otra sencilla que les vendrá muy bien.

—¿Y no tiene tres individuales?

—Desde luego, aunque a mí me gustaría ofrecerles las que están en mejor estado.

—No importa. Si podemos usar las tres, mejor.

—Pues no se diga más. Voy a llamar a mi mujer para que se las prepare. Mientras tanto, les invitó a un cafetito o a una copa.

—Yo no puedo con mi alma —dijo Laura—. Me marcho a dormir.

A Ventura le asaltó el pensamiento de qué podría suceder si se ofrecía a acompañarla. Lo rechazó con energía mientras sentía cierto cosquilleo indeseado.

—Por supuesto, señora, yo la acompaño —dijo Felipe, el dueño.

—Gracias. —Laura, con sus zapatos de tacón alto, se acercó a Felipe; su rítmico contoneo no pasó inadvertido a nadie.

—Fulgencio, ponga a los caballeros lo que deseen mientras acompaño a la señora.

—Ahora mismo.

—Ventura fue incapaz de evitar que el pensamiento anterior lo asaltase de nuevo y se sorprendió a sí mismo al pronunciar palabras que salían por su boca sin que pudiera detenerlas.

—Laura, descanse tranquila. Aunque, ahora que lo pienso, no sé si resulta conveniente que duerma sola. Me preocupa que le vuelva a suceder lo del Edén estando sola.

Ella malinterpretó el ofrecimiento. Al fin y al cabo, no había recibido en muchos años ni una sola oferta de un hombre que no estuviera relacionada con la intención de recibir sus servicios. Su reacción automática fue mostrar una sonrisa cautivadora y ofrecerse.

—Por supuesto, inspector. Si quiere quedarse un rato en la habitación, estaré muchísimo más tranquila, se lo aseguro.

Él se dio cuenta de que Laura no había entendido su proposición y rectificó como pudo.

—Bueno, en todo caso estaremos en un dormitorio próximo. Si se

siente mal, no dude en avisar. Felipe, ¿su señora duerme en el hostal?

—Sí, señor.

—Pues, si puede, dígale que esté pendiente de Laura. Ha tenido recientemente un ataque. No sabemos si se trata de epilepsia o tan solo ansiedad, pero no me gustaría que le pillase otro estando sola. Aunque espero que no sea así.

—No se preocupe, inspector, hablaré con mi mujer.

—Gracias. Laura, mañana nos vemos aquí a las ocho, si le parece bien. Tenemos todo el día para llegar a Cádiz y coger el barco de Canarias. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió ella; en el fondo, se sentía ofendida por el rechazo del hombre.

«Todos los hombres son iguales —pensó—: si este me ha rechazado ha sido por no quedar mal ante los demás. Se debe tener muy creído que es un inspector intachable, pero seguro que si tiene la oportunidad de verse a solas conmigo sin que nadie lo sepa, sería otra cosa. Todos son iguales».

—Bueno, pues ustedes dirán —dijo Fulgencio cuando se marchó Laura con Felipe— ¿Qué desean tomar?

—A mí me va a poner usted un café cortadito y una copita de Fundador —pidió Pérez.

—A mí lo mismo, dijo Ventura. Aunque, sí lo tienen, preferiría que el coñac fuera Cardenal Mendoza.

—Hace usted muy bien —dijo Fulgencio—. Le pondré lo mismo a los dos.

Cuando Pérez probó el brandy que había pedido Ventura, se quedó asombrado.

—Inspector, en la vida me pude imaginar que hubiera un coñac así. Yo pensaba que la cosa estaba reñida entre Fundador y Centenario.

—Ja, ja, ja. Pues ya ve. Y los hay mejores. Yo, la verdad, bebo poco, así que, para una vez que bebo, prefiero escoger lo mejor.

—No, si a mí también me gusta eso. Pero seguro que no tengo para pagar una botella de estas con el sueldo de una semana. Y, la verdad, no entiendo cómo usted sí puede.

—Le confieso que si no fuera por mis padres no me podría permitir ciertos lujos. Y que conste que tampoco soy hombre de excesos, no se vaya a creer.

—O sea, que usted es un tipo raro, que tiene pasta para dar y regalar y no se le ocurre otra cosa que meterse a policía para pasar el rato.

—Ha dado en el clavo en casi todo, Pérez. Lo único que no se

corresponde con la realidad es lo último que ha dicho. No me he metido a policía para pasar el rato, sino porque creía que era mi vocación.

—¿Creía? ¿Ya no?

—Cada vez menos. Y sigo amando lo que estamos haciendo ahora: me refiero a eso de perseguir a un asesino y conseguir cazarlo para que pague por sus delitos; o a investigar sobre un caso difícil y averiguar quién es culpable y quién no. Pero…

Ventura bebió un sorbo de coñac, sacó dos pitillos y le ofreció uno a Pérez. Luego cogió su mechero de oro y encendió los dos, dando una calada profunda al suyo y mirando a lo lejos como si buscara la explicación de por qué cada vez deseaba menos continuar de policía.

—Hay un «pero», por lo que veo —dijo Pérez.

—Sí… No sé cómo llamarlo. Tal vez la palabra sea desencanto. No quiero volver a la discusión de antes, pero he presenciado demasiadas bofetadas y, lo que es peor, he visto a más de uno entrar en la cárcel para que la policía cubriese el expediente y a otros tantos salvarse de ser condenados gracias a amistades o a influencias. Y eso termina por decepcionar bastante.

—Se lo dije. Usted es un idealista, inspector. Claro está que, con pasta, es fácil serlo. A mí no es que me gusten ciertas cosas, lo que pasa es que, cuando tienes que ganarte el pan y si no trabajas no comes, se mira para otro lado y si algo no te gusta te lo callas para ti.

—No le digo yo que no, Pérez. Lo cierto es que las ilusiones se me están acabando a toda mecha. ¡Quién sabe! A lo mejor este caso me anima un poco.

—Ojalá. Porque en mi opinión usted puede ser un gran policía, a pesar de que a veces lo veo un poco inocentón en otras lides que no tienen nada que ver con el trabajo. Espero que no se ofenda.

—No, si yo reconozco que no estoy muy baqueteado en las cosas de la vida. Lo mío ha sido estudiar y estudiar. Supongo que aprenderé.

—Seguro que sí. Lo mismo que admito que soy un zoquete redomado, sé identificar a alguien que es inteligente por encima de la gran mayoría.

—Bueno, ni yo soy tanto ni usted tan poco, Pérez.

—Inspector, ya que estamos sincerándonos, ¿me permite que le dé un consejo? No se ofenda, ¿eh?

—Venga ese consejo.

—Tenga cuidado con Laura.

—No entiendo. ¿A qué se refiere?

—Le ha ofrecido que se quede a no sé qué de limpiar su casa o algo así. Tenga usted en cuenta que ella, como…, no sé cómo decirlo, como

mujer pública, ya sabe, puede pensar que pretende retirarla. Usted tiene una posición social que no tiene nada que ver con ella y todo esto puede perjudicarlo.

—Mis intenciones no son más que ayudarla mientras encuentra algo. Me dijo que no tenía a nadie ni a dónde ir.

—¿Lo ve? Es usted un inocentón, y perdone que se lo diga. Estas pobres mujeres no tienen ningún porvenir. Su única opción de salir de la prostitución es encontrar a alguien que las retire, ya me entiende. Y ella le da mil vueltas en cosas de la vida, eso seguro.

—Si ni siquiera me gusta… Es todo por, digamos, caridad.

—No me haga hablar, inspector. ¿Que no le gusta?

—Pues no…

—Entonces, ¿por qué la abrazó cuando el ataque de epilepsia o de lo que fuera?

—Algo tenía que hacer para que se tranquilizara.

—No sé, no sé. Usted procura que no se le note, pero Laura le atrae.

—Hombre, como mujer, Laura atrae a cualquiera. Pero de ahí a pensar otra cosa…

—Yo ya se lo he dicho: ándese con cuidado.

—Le agradezco el consejo, Pérez, aunque no tiene por qué preocuparse. Además, Laura nos odia. No me refiero a usted o a mí. Me refiero a todos los hombres. Salta a la vista.

—Ahí le doy la razón. Debe haber pasado lo suyo. Pero eso no quita de que trate de embaucarlo y busque la manera de engatusarlo. Perdone si le he ofendido.

—Ya verá cómo no pasa nada de lo que dice. Creo que me voy a retirar a dormir, Pérez, estoy reventado.

—Y yo, inspector. Son casi las ocho, pero no he echado más que una cabezada en el coche desde anoche.

—Pues yo ni eso. Voy llamar a mi padre para que me consiga tres billetes para el barco de mañana.

Salieron al salón principal. Felipe y Fulgencio servían bocadillos y bebidas a cuatro personas sentadas en una mesa.

—¿Sería tan amable de dejarme el teléfono? Será solo un momento.

—Por supuesto. Todo suyo. —Ventura marcó; Pérez prefirió esperar a su jefe para acompañarlo al hotelito.

—¿Mamá?

—…

—No, es que estoy de servicio fuera de Madrid. En cuanto regrese, iré a verte. Por favor, que se ponga papá.

—…

—Que sí, que no te preocupes. Todo va bien. Un trabajo de rutina. Solo que hemos tenido que viajar.

—…

—Que sí...

—…

—Venga, un beso, mamá. De verdad, todo rutina. No hay ningún peligro.

—…

—¿Papá?

—…

—Todo bien, no te preocupes.

—…

—Verás, mañana por la tarde, o ya de noche, hay un barco de Transmediterránea que sale de Cádiz para Las Palmas. ¿Podríamos gestionarme tres billetes?

—…

—Sí, vamos a Canarias. Ah, sí, el coche también lo quiero llevar en el barco.

—…

—Sí, claro, el Peugeot.

—…

—De acuerdo. Dile a mamá que es un trabajo de rutina, que no se preocupe. Venga, nos vemos pronto. Un abrazo, y un beso a mamá.

Ventura colgó.

—Gracias, Felipe, nos vamos a dormir. Si nos da las llaves de las habitaciones, ya las localizaremos.

—Ni hablar. A ver si se van a liar. Fulgencio los acompaña. Esto está tranquilo.

Mientras se dirigían al hotelito, Ventura habló con Fulgencio.

—Mañana tenemos que hacerle algunas preguntas. Si es posible, sería a las ocho. En el bar. No es nada por lo que tenga que preocuparse.

—Lo que usted mande, inspector. Para eso estamos.

Un hallazgo interesante

—¿Me puede traer los papeles del coche?

—Sí, señor. Ahora mismo.

Ventura les echó una ojeada. El permiso de circulación demostraba que los datos del comisario principal eran correctos: el permiso de circulación estaba a nombre de un tal Florencio Arteta.

—¿Cuánto pagó por el coche?

—Una ganga. Cinco mil pesetas. En su estado y con lo nuevo que es veinte mil sería barato.

—Pues no se crea: no tiene nada de ganga, porque este coche es robado y lo tiene que devolver.

—¡¿Qué me dice?! ¡Me cago en mi mala suerte! El dueño me dio un papel con su firma en el que dice que todo está en regla y que solo tengo que ir a la Jefatura de Tráfico a poner los papeles a mi nombre.

—Enséñeme ese papel. Pero ya le digo que no vale nada. El que le ha cedido el coche no era el dueño sino el que lo robó.

Fulgencio se fue murmurando y volvió en nada con el papel.

—Aquí lo tiene. Yo lo vi claro.

—Vamos a ver, hombre: ¿usted se cree que un fulano que va de buena fe le va a vender un coche que no debe tener más de un año por cinco mil pesetas? —dijo Pérez.

—Hombre, yo…

—Va a ir al cuartel de la Guardia Civil y va a entregar el coche. Ellos se encargarán de avisar al dueño, para que, de alguna manera, recupere lo que es suyo.

—¿Y mis cinco mil pesetas?

—Está claro: perdidas como el barco del arroz —respondió Pérez.

—¡Ay, Dios, con lo que cuesta juntar cinco billetes verdes! Esto me pasa por inocente.

—Bueno, usted sabía que aceptaba un precio demasiado bajo. De alguna manera, se quiso aprovechar del otro. Y fue el otro el que se la dio con queso —concluyó Pérez.

—Me ha caído usted bien, Fulgencio. Ya que ayer le dimos el disgusto de tenerlo encañonado y hacerlo pasar por asesino, le voy a dar esas cinco mil pesetas —dijo Ventura.

—Usted no tiene por qué hacer eso.

—No. No lo tengo. Pero lo voy a hacer. Con la condición de que procure ser más cauto la próxima vez.

—Es usted un santo, inspector.

Laura daba cuenta de su tostada con mantequilla y su café con leche con una expresión de aparente indiferencia. Desde que estuvo a punto de morir no se sentía la misma. No paraba de pensar en su futuro. O más bien en lo incierto que veía su futuro.

—Bueno, no es para tanto. Simplemente, quiero compensarle por el mal rato de ayer.

—Pues se lo agradezco.

—¿Dónde tiene el coche?

—Ahí fuera, aparcado.

—Pérez, ¿ha terminado de desayunar?

—Sí, inspector.

—Vamos a echarle un vistazo al coche. Fulgencio, déjeme la llave.

Cuando Ventura abrió el coche, vio de inmediato algo que ya se esperaba.

—¿Ha visto? Manchas de sangre en la izquierda del sillón del conductor. Era de esperar.

—Este Fulgencio debía saber que la procedencia del coche no era normal. Él también debe haber visto esas manchas.

—Pues sí. No es ningún santo, pero tampoco podemos decir que sea mal tipo. Él vio una ganga y cerró los ojos.

—Supongo que vería las manchas después de haberse quedado con el coche.

Ventura echó una ojeada debajo del asiento.

—¡Vaya! ¡¿Qué cree que tenemos aquí?!¿Nada menos que un cuchillo manchado de sangre.

—Pues cójalo, inspector, que no pica.

—¡Ni hablar! Hay que buscar una bolsa de plástico limpia o algo así y guardarlo con mucho cuidado. Las huellas dactilares, si las hay, nos pueden servir de ayuda.

—Ya, pero para cuando tengamos la respuesta sobre a quién pertenecen esas huellas, habrán pasado bastantes días o semanas. Y para entonces puede que ya tengamos detenido al asesino.

—O no. Claro está que si este hombre no ha sido fichado por la justicia, no nos servirá de nada. En todo caso, vamos a buscar algo donde guardarlo y a ver de qué forma lo hacemos llegar al comisario principal. Él se encargará de que revisen las posibles huellas.

—Tengo una idea, jefe. Envolvemos el cuchillo en un pañuelo a algo parecido y encargamos a Fulgencio que vaya con el Simca a la Dirección General de Seguridad. Así entrega el coche y al mismo

tiempo el cuchillo. Creo que sería lo más rápido.

—No quiero meterlo en ese lío. Al fin y al cabo el no debe hacerse responsable del cuchillo. Lo que vamos a hacer es ir con él al puesto de la Guardia Civil de Santa Elena. Nosotros en mi coche y él en el Simca. Allí hablaré con el jefe de puesto para que no lo hagan responsable de nada y les encargo que alguien lleve el cuchillo a Madrid.

—Lleva razón, inspector. Siempre la lleva.

Durante el trayecto hasta el cuartel de la Guardia Civil de Santa Elena, Ventura demostró que su fama de buen detective estaba más que justificada. Miró por el retrovisor interior y lo giró hasta poder ver la cara de Laura.

—¿Cómo se encuentra, Laura?

—Bien…

—No la conozco mucho, pero la veo como cansada. Tal vez deberíamos ir a ver a algún doctor, aunque lo cierto es que tenemos cierta prisa. Esta tarde debemos estar en Cádiz.

—No, de verdad que me encuentro bien. Solo que todavía no me he repuesto del todo de lo sucedido. No es solo el haber visto cómo las personas con las que he convivido durante años han muerto a manos de ese malnacido; es sentir que no tengo a nadie y que no sé qué hacer con mi vida. En fin, cosas mías.

—La entiendo. Supongo que, además, no se ha repuesto del todo del golpe en la cabeza y que se debe sentir temerosa de que se le repita el ataque que le dio en el club. Luego está el haber perdido la memoria, aunque, según dijo el siquiatra de Aranjuez, puede ir recuperando recuerdos poco a poco.

—Pues no. No me acuerdo más que de lo que ya le he dicho.

—Pues no sé…, pensaba que tal vez hubiera algo y no habría tenido tiempo de contármelo.

—Pues ahora mismo no caigo en nada de eso.

—Por si acaso, vamos a repasar algunas cosas. En primer lugar, ayer, cuando la interrogué en el hospital, le pregunté si había tocado a Encarnación al verla herida. Me dijo que no lo recordaba. ¿Lo recuerda ahora?

—Creo que no la toqué. No tuve tiempo.

—Bien. No la tocó. Más tarde, en el club, me dijo que había subido a por tabaco y que lo había hecho después de que subieran Encarnación y el asesino. ¿Fue así?

—Sí.

—También me aseguró que vio a Encarnación desangrándose en su habitación y que el asesino tenía un cuchillo en la mano, ¿verdad?

—Sí…

Ventura observaba por el retrovisor la cara de la mujer. Sus ojos le confirmaban lo que sospechaba.

—Le ruego que no se altere. Sé que debe tener sus razones para hacerlo, pero tengo que decirle que, en mi opinión, miente.

Laura se puso encarnada.

—¿Cómo se atreve a decir eso? ¿Trato de ayudar y me viene con esas? Le he dicho la verdad. O mejor dicho, todo lo que recuerdo.

—Mire, Laura, tenemos el cuchillo que utilizó el asesino. Lo hemos encontrado en el coche que llevaba ese hombre.

—Yo no sé más que lo que le he contado. A ver, que estoy nerviosa y tal vez haya algún detalle que se me escape. Pero usted no tiene derecho a decir que soy una mentirosa. ¡No se lo consiento!

—Laura, no digo que sea una mentirosa. Sin embargo, todos mentimos a veces, por necesidad o por lo que sea. No pasa nada. Piénselo bien y cuénteme la verdad.

—Ya le he contado todo lo que sé. Y si recuerdo algo más se lo diré también. Es usted como todos los hombres: se cree muy listo y piensa que presionándome me va a obligar a decir lo que no es cierto.

—Le aseguro que se equivoca respecto a mí. El problema va a ser que, si no me dice la verdad y cuando se analicen las huellas dactilares del cuchillo aparezcan las suyas, se va a ver metida en un problema.

—No entiendo —murmuró Laura, muy nerviosa.

—Muy sencillo: al llegar al cuartel de la Guardia Civil, le vamos a tomar las huellas dactilares. Si aparecen huellas como la suya en el mango del cuchillo y no hay huellas de Encarnación, va a resultar que eso probará que era usted la que llevaba el cuchillo, amenazó al hombre y forcejeó con él. Todo eso la puede complicar en algo de lo que, con toda probabilidad, no es culpable. Y que conste que eso es lo último que desearía. Aquí no hay más que un culpable y es el hombre que estamos buscando.

Laura se retorcía las manos.

—¿Por qué iba yo a amenazar a ese canalla con un cuchillo?

—Eso tendría que explicármelo usted. Pero le queda poco tiempo. Una vez le tomemos las huellas y entreguemos el cuchillo a la Guardia Civil, no habrá marcha atrás.

—De acuerdo, le diré la verdad. —aceptó Laura muy alterada.

—Adelante, la escucho.

—Oí ruidos extraños en la habitación de Encarni. Parecía que el hombre estaba violento. Pensé que mi compañera corría peligro y cogí un cuchillo de mi cuarto. Llamé a la puerta, él abrió y forcejeamos.

Me quitó el cuchillo y me dio un puñetazo que me hizo perder el conocimiento.

Pérez miraba con asombro a Ventura. Jamás se había podido imaginar que fuese Laura la que había comenzado a atacar al asesino.

—Eso está mejor. Pero no me quedo del todo conforme. En fin, ya lo hablaremos en otro momento. No tengo prisa y no quiero presionarla más por ahora.

—¿Por qué dice que no está conforme?

—Porque creo que también me ha mentido cuando me ha dicho que el motivo de haber subido a su habitación era el de coger tabaco.

—¿Y por qué iba a mentir en eso?

—Me puedo equivocar, aunque creo que está claro que si escondió el motivo por el que subió es porque ese motivo no la deja en buen lugar. Lo mismo subió porque ya tenía la idea de atacar al hombre.

—¿Pero cómo se le ocurre pensar eso? Yo solo subí a por tabaco.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué no había tabaco en su bolso cuando lo registré en el hospital? Ni un solo cigarrillo. Ni ahora tampoco; me lo ha dicho usted misma cuando veníamos para acá.

Laura se mostraba muy confusa y dubitativa; a Ventura le pareció obvio que se había quedado paralizada en busca de una respuesta. De otro modo, no habría tardado tanto en responder.

—No sé…, tal vez me lo quitaron del bolso los guardias o los enfermeros que me recogieron para llevarme al hospital. O a lo mejor en la misma habitación donde me ingresaron.

—Podría ser… No obstante, hay algo que no le quiero ocultar. Llámelo intuición o llámelo práctica, pero sé reconocer cuando alguien miente. Cuando usted me ha hablado de su pérdida de memoria, me ha parecido que esta no es tan grave como quiere aparentar, de manera que solo me dice lo que le interesa y no me cuenta toda la verdad. Vamos, que me oculta algo.

—¿Qué voy a tener que ocultar?

—Pues eso es lo que trato de averiguar. A ver, si usted no subió a por tabaco y recordaba que había entrado en la habitación de su compañera con un cuchillo en la mano, ¿por qué me lo ha ocultado?

—Yo no soy culpable de nada. Se equivoca —dijo Laura muy nerviosa.

—¡Por supuesto! —Aquí no hay más que un culpable y no es usted. Pero el hecho de que haya tratado de ocultar que llevaba el cuchillo podría llevar a dudar de su versión acerca de que oyó ruidos o voces y por eso entró. Cualquiera puede deducir que tal vez tenía algo en contra de ese hombre y fue a buscarlo. No quiero presionarla más. Una vez se crea capaz, me cuenta el resto.

—¡Qué resto ni resto!¡Ya le he dicho todo lo que pasó! ¡Joder! ¿Qué quiere, que me dé otro ataque? ¿O también piensa que eso es un fingimiento mío?

—Tranquilícese. El resto que me falta por tener seguro es el verdadero motivo por el que entró en la habitación. Si no hubiera algo oculto no veo por qué tuvo que mentir hasta ahora.

—¡Está tratando de liarme! ¡Es usted un cabronazo! Ya le he dicho toda la verdad y no me va a hacer cambiar.

—Tampoco hace falta que me insulte. Tiene usted que entender que mi obligación es presionarla por si tiene algo más que decirme. La creo. Y no se hable más. Tenía que hacer esto y obligarla a declarar porque tenía el presentimiento de que había algo más de lo que nos había contado.

—¡Váyase a la mierda!

—Si lo piensa bien, lo he hecho para protegerla. Si hubiésemos entregado el cuchillo, al salir las huellas, usted habría sido sospechosa de algo más que ser una víctima. De esta manera, una vez yo explique que están sus huellas y usted lo ha confirmado, no tendrá problemas. Créame si le digo que lo he hecho por su bien.

—¿¡Será hijo de puta!? ¿Por mi bien? Poco más y me acusa de haber sido yo la que le cortó el cuello a mi compañera. Ganas me entran de bajarme del coche. Y si quieren encontrar al asesino, se las apañan como puedan.

—¡Cálmese o le doy un par de hostias! —exclamó Pérez, que se había estado aguantando con dificultad—. O es usted imbécil o no tiene sentido común. ¿No ve que este hombre solo cumple con su obligación y la está tratando con respeto? ¡Valiente furcia de los cojones!

Laura se calló, no sin antes mirar con un odio profundo a Pérez. Ventura, aparcó en coche en el arcén.

—¡Hasta aquí hemos llegado! —dijo Ventura con una firmeza que no había usado hasta entonces—. Pérez, se baja ahora mismo del coche y se larga para Madrid. ¡Me tiene más que harto!

—Hombre, inspector…

—Ni hombre ni nada, ya son demasiadas advertencias. Y usted, Laura, si lo que quiere es bajarse del coche, ahí tiene la puerta. Ya me arreglaré yo solo para encontrar a ese hombre. Y si no lo encuentro, pues nada, que siga matando a gente inocente hasta que alguien lo pare. Pero si decide quedarse no me vuelva a insultar. ¿Lo ha entendido?

—Me voy —dijo Laura; se bajó del coche y dio un portazo.

—Espere —dijo Ventura—. No se vaya a dejar su equipaje.

Ventura bajó y se fue al maletero.

Ella avanzó con rabia hacia él para coger la maleta, tropezó y cayó sobre el suelo. Sin duda, se hizo daño, pues el golpe fue fuerte y no tuvo tiempo a poner las manos para amortiguar la caída.

Ventura se apresuró a recogerla, pero ella le dio un manotazo. Se levantó a duras penas porque la estrechez del traje le impedía hacerlo de otra manera.

Una vez incorporada, se dio media vuelta, se volvió a meter en el coche y dio otro portazo. Ventura metió la maleta de nuevo en su lugar y se sentó en su asiento.

—¡¡Bueno, me quedo por ahora!!! —gritó ella con rabia.

—Espero que no se haya lastimado.

—No me he lastimado. Y si me he hecho daño, para lo que le pueda importar…

—Y usted, ¿a qué espera para bajarse del coche? —preguntó Ventura a Pérez.

—Inspector, yo le prometo que no volverá a ocurrir. No me deje fuera del caso, se lo suplico.

—Piénselo, Pérez, No habrá una nueva oportunidad. Si no está de acuerdo con mis métodos, lo mejor es que lo deje ahora. Mire, no me importa, lo dejo en el cuartel de la Guardia Civil, tampoco está bien que lo deje tirado en mitad de la carretera.

—No quiero dejarlo. Le juro que no volveré a meter la pata. Cumpliré.

—Usted decide, Pérez. De aquí al cuartel tiene tiempo de pensárselo bien. Y usted, Laura, igual. O colabora con lealtad o se marcha a donde quiera. No voy a retenerla.

Siguieron en dirección al cuartel de la Guardia Civil. Poco antes de llegar, Ventura echó una ojeada al asiento trasero y vio a Laura, demacrada.

—Mujer, ¿a dónde pensaba ir? Cuando eso se arregle podrá decidir lo que quiera hacer, pero ahora…

—Una equivocación: pensaba ir a ver a mis padres. Vivo en un lugar no muy alejado de aquí. Bueno, vivía. Se me ocurrió de pronto. No era por verlos de nuevo o por saber cómo les va. Solo quería pedirles cuentas por todo lo que me hicieron. Ya le digo, una equivocación. No estoy preparada para enfrentarme a eso.

La mujer rompió a llorar mientras Ventura paraba el coche delante del guardia de servicio en la puerta principal.

Camino de Cádiz

A las doce del mediodía ya se encontraban de nuevo los tres en la carretera nacional de Andalucía.

Antes de salir, Ventura había llamado al comisario principal Eutimio Sánchez para informarle de que le iba a enviar un cuchillo en el cual podía haber huellas de la superviviente y muy probablemente del asesino, por si este estaba fichado y podían averiguar de quién se trataba.

Era cuestión de suerte, porque localizar y comparar miles de huellas no era tarea fácil, además de poder requerir mucho tiempo.

También llamó a su padre, quien le confirmó que los billetes ya estaban comprados y lo esperaban en el *Ciudad de Cádiz*, que zarpaba a las diez de la noche.

En la reanudación del viaje, Laura iba callada, ensimismada, pensando en qué iba a ser de ella. Pérez tampoco mostraba interés en hablar. No había supuesto que el joven inspector, tan respetuoso en exceso, pudiera tener un carácter tan firme.

Fue Ventura el que se decidió a hablar, con la intención de animar a los dos.

—Laura, espero que no se moleste, pero esos zapatos con los tacones tan altos, le van a dar un disgusto. Antes se dio un buen batacazo. Ya sé que en el equipaje no tiene otros, así que debería de comprarse unos más cómodos.

Ella no contestó.

—¿Qué pasa, Pérez? Espero que no me guarde rencor por haber estado a punto de apartarlo del caso. Tiene que entender que soy el responsable del mismo y debe aceptar mis normas. Nada más.

—Ya, ya —respondió Pérez mientras se rascaba la calva sin saber qué contestar.

—No tengo nada contra usted. Al contrario, me cae bien y creo que podemos ser amigos.

—Ya —Pérez estaba un tanto bloqueado.

Continuaron callados durante un buen tramo del trayecto, hasta que Pérez rompió el silencio señalando un cartel situado en el borde de la carretera.

—¿Ha visto, inspector? Un cartel con lo de los veinticinco años de

paz. ¡Manda huevos! Los años que debe llevar puesto ahí.

—Hombre, es como un anuncio publicitario. En este caso propaganda oficial. Por otro lado, a mí me da igual que lo pongan o lo quiten. No me molesta y supongo que a usted tampoco, si se tiene en cuenta que, como divisionario, debe ser un «camisa vieja» o al menos un falangista de pro.

—No he pillado muy bien a qué se refiere, inspector. Lo que le puedo decir es que no todos los que fuimos a la División Azul éramos falangistas.

—A ver, que a mí me parece bien que sea usted del Movimiento Nacional. Vivió otros tiempos y entiendo que había que estar en un bando o en otro. Y usted estuvo en el correcto, sin duda.

—¿Se está cachondeando o algo, inspector?

—No…

—Pues será que me quiere tirar de la lengua. ¿Quién cojones le ha dicho a usted que todos los divisionarios éramos falangistas?

—Bueno, es lo que se dice.

—Pues se dice mal. A ver yo, por ejemplo, en el año cuarenta y uno era un chaval que estaba a punto de entrar en el servicio Militar. Mi padre había estado en el bando republicano durante la guerra civil. Que no lo apruebo, ¿eh?, pero así ocurrió.

—¡Vaya! No me habría imaginado eso.

—Yo habría estado fichado en todos los trabajos como un elemento poco digno de confianza, como hijo de quien era, y creo que mi padre habría pasado más años en la cárcel si no me hubiera alistado a la División Azul. Y que conste que estoy muy orgulloso de haber luchado contra los comunistas rusos. Pero de ahí a ser falangista o simpatizante del Movimiento va un trecho largo.

—Pérez.

—¿Qué?

—Que en los tiempos que corren, aunque ya no es lo mismo que años atrás, hay que tener cuidado con lo que se habla. Usted debería saberlo.

—¡Y tanto que lo sé! He pasado varios años en la Brigada Social y tenemos oídos por todos lados. Pero eso no tiene nada que ver. No le voy a negar que me rechinan sus métodos, incluso me joden si le soy sincero, pero me inspira confianza. Usted no es de los que van comentando lo que piensan los demás.

—Pues, mire, creo que lleva razón.

—¿Me permite opinar o tampoco?

—Pérez, ya le he dicho alguna vez que puede opinar lo que quiera sin problemas. Una cosa es actuar de manera que me parezca

inadecuada y otra pensar u opinar.

—Como decía mi padre: «Si dicen que digan, mientras no hagan…».

—Ja, ja, ja, más o menos.

—Bien, pues le digo que a usted no hay más que conocerlo un par de días para saber que es una persona legal. Bastante inocentón y un poco creído con sus lujos y demás, pero legal al máximo.

—No sé si darle las gracias u ofenderme —dijo Ventura entre risas—, pero reconozco que lleva razón. No suelo ocultar en exceso mis posibilidades económicas, aunque le puedo asegurar que lo hago por costumbre y sin ánimo de mostrarme superior en nada.

—De acuerdo, retiro lo de creído, pero lo de inocentón lo mantengo.

—En todo caso, espero que sea algo que se cure con la edad —dijo Ventura.

—¿Y usted qué piensa del régimen, inspector? Ya que me ha tirado de la lengua, supongo que tengo derecho a preguntarle.

—Yo prefiero no hablar de política, y menos aún siendo policía. Pero si no sale de aquí le diré que, en mi opinión, España se tiene que poner en consonancia con los tiempos que corren. La gente debe tener más derechos. No hay más que echar una ojeada a Europa para darse cuenta de que nos estamos quedando atrás, y no hablo de economía o de industria, sino de libertades. Con lo dicho, me planto y no digo más, que luego va usted y se lo cuenta a su amigo el director.

—¿Cómo? Quiero pensar que eso lo dice en broma, inspector. Si usted me ha pedido que no salga de aquí puede estar seguro de que no saldrá.

—Digamos que esto ha sido una charla informal, Pérez. No se preocupe, confío en su discreción.

—Vamos, que tampoco me ha dicho usted nada que se pueda criticar, inspector.

—No sé…, por poco más he visto algunas palizas en los sótanos de la Dirección.

—Y yo. No sé si le he dicho que antes de estar en la Brigada de lo Criminal, pasé varios años en la Social.

—Lo sé, me lo ha dicho hace nada. No se ofenda, pero de ahí le debe venir la costumbre de atender a las bofetadas antes que a las pruebas

Se quedaron un rato callados. Hasta que Pérez se dirigió a Laura.

—Y usted, Laura, ¿opina igual que yo que el inspector es un inocentón?

Ella no respondió.

—¿Lo ve, inspector? Calla, luego otorga.

Se produjo otro largo silencio.

—A ver, Laura, ¿cómo se encuentra? —preguntó el inspector.

—Mal…

—Si es por lo que hablamos antes de llegar al cuartel de la Guardia Civil y lo del cuchillo, le pido disculpas. Supongo que fui algo duro, pero le aseguro que no era mi intención.

—No, es que llevo dándole vueltas a todo desde la noche en que sucedió lo que sucedió. Son muchas cosas. Por una parte me alegro de haber dejado aquel lugar y por otra me siento rara sin estar allí. Son tantos años…

—Claro. Además, supongo que todavía no se ha repuesto del hecho de ver que todos los que estaban allí menos usted han muerto.

—Don Cándido, el dueño del club, podía ser el cabrón más grande de la tierra. Nos explotaba y se llevaba la mayor parte del dinero. Sin embargo, si no hubiera sido por él, habría acabado peor.

—¿Por qué dice eso?

—Es una larga historia. Tuve un hijo con catorce años. El padre se quitó de en medio y mis padres se quedaron con el bebé y me echaron a la calle. Conseguí entrar en una casa como criada. Dormía allí y todo. Hasta que un día me tuve que ir porque el dueño de la casa trató de abusar de mí. No quería volver a entrar a trabajar en ninguna casa. Así que pedí limosna y pasé hambre hasta que terminé por prostituirme en la carretera para poder sobrevivir.

—Siento oír eso, Laura. Por lo que veo, es una historia dura la suya. Muy dura

—Pues sí. Un día me encontró don Cándido y me ofreció trabajo en el Edén. Era un malnacido, pero gracias a él he sobrevivido. Y al menos nunca me maltrató.

—¿Y no sabe nada de su hijo?

—Nada. Creo recordar que mis padres me dijeron que para mí, como si mi hijo hubiera nacido muerto. Y respecto a ellos, que me hiciera a la idea de que no tenía padres.

—Pues me perdonará si le digo que sus padres son unos cabrones —dijo Pérez—. Lo que tenían que haber hecho es apoyarla.

—En los pueblos la gente y la opinión pesa más que cualquier otra cosa. Yo era una deshonra para mis padres.

—Unos padres no pueden echar de su casa a una menor —dijo Ventura—. De todas formas, pienso que para unos padres así, es mejor no tenerlos. Así que por eso no sufra.

—No, si yo no quiero ver a mis padres ni en pintura... Lo que me duele es no conocer a mi hijo. Les puedo perdonar la vida que he

llevado, pero que me dejaran sin mi hijo…

—¿Sabe una cosa? Abandonar a una menor echándola de casa es un delito. Usted no cometió ninguno teniendo un hijo; sus padres sí.

—¿De qué me sirve eso?

—Pues le sirve en el sentido de que si se puede demostrar lo que hicieron, podría obligar a sus padres a que le entregasen a su hijo.

—Ya, pero mi hijo no me conoce y estará acostumbrado a estar con sus abuelos.

—¿Qué edad tiene su hijo ahora?

—Unos quince años.

—Su hijo es menor y no puede elegir. Como madre, tiene derecho a que esté con usted. Por otra parte, se le puede proponer que pruebe y luego elija con quién quiere estar. Aunque el derecho lo tiene usted, Laura.

—Para todo eso, supongo que haría falta un abogado, ¿no? Porque yo no entiendo de nada de esas cosas.

—¿Sabe?, mi padre es uno de los abogados más prestigiosos de Madrid. Y yo, aunque no ejerzo, también soy abogado. Le propongo una cosa: si todo sale bien, me encargo personalmente de arreglar el tema de su hijo. ¿Qué le parece?

En aquel preciso momento, Laura, vio un sentido nuevo a su vida: recuperar a su hijo desconocido y no volver a venderse por dinero nunca más.

Abrió la ventanilla y respiró profundamente. El aire fresco recorrió su organismo y animó su espíritu.

—¿De verdad haría eso?

—Claro. ¿Qué cosa mejor puede haber que arreglar una injusticia?

—¿Y si no sale bien? —preguntó temerosa.

—Saldrá bien. Tenemos todas las de ganar.

—No sé qué contestarle. Tengo que pensarlo.

Acababan de entrar en Córdoba. Antes de cruzar el Guadalquivir por el puente romano, en una avenida plagada en su lado izquierdo de vegetación que acompañaba la margen del río, Ventura vio varios restaurantes.

—¿Paramos a comer algo? —preguntó una vez aparcó al lado de la acera, junto a una terraza llena de sombrillas.

Pérez y Laura no respondieron. Se bajaron del coche sin más. Ventura estaba a punto de sentarse en la terraza cuando se dio cuenta de que había una zapatería abierta justo al lado. Miró su reloj.

—¡Vaya! Las tres menos cinco. Lo mismo la zapatería está a punto de cerrar. ¡Vamos allá! —No esperó a que los otros dos dijeran nada y entró en la zapatería sin mirar hacia atrás—. Buenas tardes, desearía

unos zapatos para la señora. Los que ella elija, pero que no tengan el tacón muy alto.

—Por supuesto. Señora, siéntese que le traigo unos cuantos pares. ¿Cómo los prefiere?

—No sé…, de los que se lleven ahora. De color negro o marrón. O a lo mejor beige clarito.

—¿Qué talla? La treinta y ocho, ¿no?

—Sí.

—Ahora mismo le traigo unos cuantos.

Pérez seguía, embobado, los movimientos del cuerpo de Laura mientras se probaba los zapatos. «Qué mujer, por Dios —pensaba—. Si yo tuviera veinte años menos…».

Ventura, procuraba convencerse —sin demasiado éxito— de que estaba pendiente de los zapatos y que no le alteraba en absoluto la visión de Laura, con la cabeza agachada, el cabello cayéndole hacia la cara y las piernas cruzadas para poderse probar los zapatos con más facilidad.

—Creo que estos me quedan muy bien. ¿Le gustan?

—A mí me gustan mucho —contestó Pérez—. Le vienen muy bien con…, esto…, con… ¡Vamos, que le vienen muy bien! —zanjó con muestras de turbación.

—Me gustan, —dijo Ventura—. Ya que la idea ha sido mía, me va a permitir que los pague yo.

—¡Ni hablar! Tengo dinero y puedo pagarlos yo.

—Insisto.

—Si se piensa que me va a caer mejor por comprarme unos zapatos y un traje, va apañado. —«Una de dos, o este hombre es una excepción o es tonto de remate», pensaba mientras hablaba—. ¿Sabe? He decidido valerme por mí misma y no depender del dinero de ningún hombre. En ningún caso, ¿me entiende? No me voy a vender nunca más.

—Me parece estupendo, Laura, pero no se trata de eso. Yo he sido el que he sugerido que cambie de zapatos y no es justo que ahora los pague usted. Le juro que no le voy a pedir nada a cambio, ni siquiera que haga un esfuerzo para que le caiga un poco mejor.

—Pero…

—Mire, estoy de acuerdo. Páguelo usted, Laura. Eso le servirá para afianzarse en sus propósitos. Eso sí, las comidas y los gastos de viaje corren por cuenta de la policía y ahí, como testigo que es, no admito que pague nada, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Laura pagó los zapatos y salió con ellos puestos. Pérez la miraba de

soslayo y se confirmaba en la idea de que, aunque llevara zapatillas de andar por casa, aquella mujer podía marear a cualquiera que la observara mientras andaba.

Se sentaron en una mesa amplia de madera, flanqueada por sillas de enea. El camarero no tardó en llegar, pues no había apenas clientes.

—¿Qué desean los señores? —preguntó.

—¿Qué es lo típico de aquí? —preguntó a su vez Ventura.

—Hombre, caballero, haber, hay de casi todo. Yo no me iría de Córdoba sin probar el salmorejo y los flamenquines. Si acaso, le traigo la carta.

—Si los señores lo desean, me parece bien, pero a mí me va a poner ese salmorejo y esos flamenquines. Y de beber, un Rioja —pidió Ventura.

—¿Le viene bien un Paternina banda azul?

—Sí, pero mejor que sea banda roja. Una copa, ¿eh? Tampoco me voy a beber ahora una botella, salvo que los señores quieran probarlo.

—Por mí que sea la botella, inspector —dijo Pérez—. Después de lo del Cardenal Cisneros me apunto a lo que usted pida.

—Mendoza, Pérez.

—¿El qué?

—Que es Cardenal Mendoza, no Cisneros.

—Pues eso…, Mendoza. Tanto monta, monta tanto. A la postre los dos son cardenales, ¿no?

—Y usted, Laura, ¿qué desea para beber?

—Yo prefiero una Coca Cola, aunque probaré ese vino. Y de comer lo mismo que usted, inspector.

—Mujer, puede pedir lo que quiera.

—No le haga caso —dijo Pérez con una sonrisa—. Pida lo mismo que él, que en esto de comidas y bebidas sabe más que nosotros. Yo, desde luego, me apunto al salmorejo y los flamenquines.

—Pues yo igual, dijo Laura con una sonrisa que por primera vez en muchos años no era fingida.

Estaban a punto de terminar de comer y el inspector quiso averiguar algo más sobre la vida de Laura. Ventura había pedido un café con leche y Pérez una copita de amontillado, por sugerencia del camarero. Laura no quiso nada de postre, pues se sentía más que llena.

—Perdone la indiscreción, Laura. ¿Ha sabido algo del padre de su hijo?

Ella enrojeció; la ira apareció en una mueca crispada y unos ojos que despedían un enorme desprecio. Ventura supo enseguida que odiaba a aquel hombre con todas sus fuerzas.

—¡Ni sé nada de él ni quiero saberlo!

—Supongo que era su novio. No me extraña su reacción. Perdone por la pregunta.

—Durante muchos años, he pensado que si él hubiera asumido su responsabilidad y se hubiera casado conmigo tal vez mi vida habría sido distinta. Pero hace tiempo que sé que las cosas pasaron como tuvieron que pasar e intento no pensar.

—Bueno, ahora ha decidido cambiarlo todo y eso es lo importante —dijo Ventura—. Somos lo que hacemos, y siempre se puede cambiar.

—Por cierto, —intervino Pérez—. Estoy un poco avergonzado con usted, Laura. Quiero pedirle disculpas por mis palabras cuando íbamos al cuartel de Santa Elena. Me dejé llevar del mal genio que me asalta a veces.

—No se preocupe. Está disculpado.

—Laura, si quiere cambiar de vida, yo podría ayudarla —sugirió Ventura. Si usted quiere, claro.

—Ya veremos —¿«Qué clase de hombre es este? ¿Dice estas cosas en serio?», pensó Laura—. Si le digo la verdad, ahora mismo no quiero ninguna ayuda de ningún hombre. No se ofenda, pero no me fío.

—Tranquila que no me ofendo. La entiendo. La verdad es que tengo poca o nula experiencia en cosas de mujeres. Solo sé que si alguien necesita la ayuda de otros hay que ofrecérsela. Es la mejor enseñanza que me inculcaron mis padres desde pequeño.

—Hablando de mujeres —terció Pérez—, ¿tiene usted novia o esposa, inspector?

Laura no pudo evitar mostrarse interesada por la respuesta.

—Ni lo uno ni lo otro.

—Pues ya tiene edad. ¿No será usted, lo digo con perdón, «de la acera de enfrente»? Vamos, lo que se dice de los «de la cascara amarga». Bueno, mejor lo dejo, que creo estoy metiendo la pata una vez más.

—No, no, pregunte, Pérez. Bastantes preguntas he hecho yo. Ahora me toca a mí sufrir los interrogatorios que procedan.

—No, era solo saber si tiene novia o no. Vamos, si está comprometido y demás.

—Pues ya le he contestado. Ahora bien, en lo de la cáscara amarga, ya le digo que tampoco. Que si lo fuera, no pasaría nada, salvo que tal vez no estaría en la policía o, en todo caso, habría recibido muchas bofetadas y advertencias. Y conste que no entiendo por qué hay que perseguir a ciertas personas que no tienen culpa de ser como son.

—No se ofenda, inspector, no iba en serio.

—No se preocupe. Sé que las preguntas no me las ha hecho de

mala fe.

—Es que me resulta raro que con su edad y su buena planta no haya tenido al menos alguna novia.

—No la tengo, aunque la he tenido. Supongo que se hartó de verme todo el día estudiando y me mandó a la porra, como quien dice.

—Pues hay que ser tonta para dejarlo a usted —dijo Laura en un arranque de sinceridad que dio paso a un intenso rubor; no había terminado de decirlo y ya estaba arrepentida.

—Le agradezco el cumplido, Laura. De todos modos, ella llevaba razón e hizo bien en dejarme. No estaba preparado para atenderla como es debido. Por eso, mientras no me estabilice en la policía o me decida a trabajar con mi padre como abogado, prefiero no pensar en novias y no buscarlas.

—Inspector, eso no se busca. Te lo encuentras sin esperarlo —dijo Pérez.

—De momento, no me lo he encontrado. Así que…

Laura miró a Ventura con intensidad disimulada. Cada vez veía más claro que había estado equivocada durante muchos años y que había hombres muy distintos a los que se pasaban por el club.

Ventura notó su mirada y se turbó. Intentó hacer como que estaba dándole vueltas al caso y en los próximos pasos a dar. No pudo evitar el pensamiento de que, si hubieran estado solos en aquellos momentos, la podría haber cogido de la cintura para abrazarla y tal vez darle un beso. Desechó la idea haciendo un gesto inconsciente con la cara. Se preguntaba qué era lo que la atraía de aquella mujer. No había que engañarse, era una prostituta, una mujer que había conocido sexualmente a cientos de hombres, una mujer de esas que lo único que puede traer a un hombre como él eran problemas de todo tipo, incluidos los sociales. Pero había algo en ella, por debajo de la capa más exterior, que lo atraía con fuerza.

—Bueno, si os parece bien, pago y nos vamos —dijo—. Laura, si quiere ir al aseo…

—Sí, no tardo.

El instinto le decía a Laura que aquel hombre se sentía atraído por ella. Si hubiera aparecido en su vida antes de todo lo que había tenido que pasar… Pero eso era un imposible. La razón le aseguraba que debía mantenerse a distancia de él para no causarle problemas.

Mientras iba al baño, iba pensando: «Hay que ser tonta. Debo dejar de imaginarme, ni por un instante, que un hombre como ese pueda ser mío. Aunque lo consiguiera usando mis armas, le haría mucho daño y le complicaría la vida. La familia le afearía su equivocación y yo terminaría por convertirlo en un desgraciado».

Cambio de ruta

Estaban a punto de salir del restaurante para coger el coche, cuando Ventura se dio cuenta de que se le había pasado un detalle crucial.

—Vámonos. Ya mismo estamos en Sevilla y desde allí a Cádiz no hay nada —dijo.

—Inspector, podemos cortar por Marchena y Utrera. Nos ahorramos unos cuantos kilómetros. Aunque, como usted dice, Sevilla está cerca.

—¡Joder!, acabo de caer en la cuenta: Si cogemos un avión en Sevilla, tal vez lleguemos a Las Palmas que el asesino.

—Pues es verdad, inspector. ¿Cómo no lo hemos pensado antes?

—¡Un momento! Voy a pedirles a los del restaurante que me dejen el teléfono.

La conversación fue rápida.

—Jefe, cambio de planes. Necesito saber a qué hora llega al *Plus Ultra* a Las Palmas. Ya sabe, el buque en el que suponemos que se ha embarcado el asesino.

—Un momento, Ventura. Pongo a los míos a trabajar mientras seguimos hablando.

—De acuerdo. Otra cosa, necesito tres billetes para el primer avión que salga para Las Palmas. Si llega antes que el barco, podemos estar esperándolo en el puerto de Las Palmas y detenerlo en cuanto lo veamos.

—¡Es verdad, Ventura! ¡Cómo no hemos caído antes! Espera, que me traen una nota. ¿A ver?... El *Plus Ultra* llega a Las Palmas mañana a eso de las diez o diez y media de la mañana.

—¿Cuándo sale el primer avión de Sevilla para Las Palmas?

—Un momento. Estoy esperando a qué me traigan la información. Cuéntame algo mientras.

—¿Qué le voy a contar? Bueno, si puede llame a mi padre para que anule los billetes del *Ciudad de Cádiz* —Le pasó el número de teléfono.

—Visto, Ventura. A ver, ya tengo lo del avión. Sale uno a las nueve de la noche. ¿Dónde estás?

—En Córdoba

—Pues tienes tiempo de sobra.

—Me voy para allá ahora mismo.

—Ventura, vamos a hacer una cosa. Me encargo de tramitar tus billetes. Entrad en la sala de autoridades y dejas tu coche allí. De esa manera, todo será más rápido y cómodo. Ah, llamaré a Las Palmas para que te esperen policías de allí y te apoyen en la detención.

—¿Podría gestionarme la reserva de habitaciones en algún hotel que se encuentre en las proximidades del puerto marítimo? Vamos a llegar a medianoche, más o menos.

—Sin problemas. Les digo a los de allí que se encarguen.

—Ah, otra cosa, hay que telegrafiar al *Plus Ultra* para que nos podamos entrevistar con el capitán antes de que salgan los pasajeros.

—Sin problema. Eso lo hacemos en cuanto cuelgue.

—De acuerdo, jefe. Creo que lo tenemos. ¡Si todo sale bien, no se nos escapa!

—Eso espero. Oye, Ventura, ¿será capaz esa mujer de reconocer al asesino? Porque si no es así, estamos apañados.

—Laura asegura que sí, y yo confío en ella.

—Pues no se hable más. Tira para el aeropuerto de San Pablo. No tiene pérdida, se encuentra entrando en Sevilla por la carretera nacional, a la izquierda. Me dan una nota aquí que pone que la sala de autoridades está unos metros antes de llegar a la zona de salida del aeropuerto, a la derecha.

—Perfecto, jefe. Ya lo llamo desde Canarias. Espero que con la noticia de que hemos cazado a ese cabronazo.

—¡Eso espero yo también! ¡Buen viaje y buena caza!

Llegaron al aeropuerto de San Pablo con tiempo de sobra. Pararon ante la sala de autoridades y una voz por interfono los recibió justo al lado de la entrada.

—Buenas tardes. Dígame.

—Inspector Ventura, de la Dirección General de Seguridad.

—A sus órdenes. Le abro.

Subió la barrera y entraron en un aparcamiento no muy grande, aunque suficiente para ocho o diez vehículos.

Una pareja de la guardia civil y una azafata de tierra los esperaban en la puerta.

—Por favor, saquen sus equipajes, un vehículo está esperando para llevarlos al avión. Faltan casi tres horas para la salida. Aquí tienen sus billetes —dijo la funcionaria del aeropuerto—. Mientras esperan en esta salita, pueden tomar café o consultar la prensa. Yo les atiendo en lo que necesiten.

Se sentaron en unos sillones cómodos. Laura se mostraba nerviosa.

—Supongo que está preocupada por el momento en que nos encontremos con el asesino, ¿no?

—No es eso…

—Solo tendrá que decirnos quién es cuando lo vea salir del barco. No tiene que enfrentarse a él ni nada por el estilo.

—Ya le digo que no es eso. Es que nunca he viajado en avión.

—Si es por eso, ya somos dos —dijo Pérez—. Y no se crea, también estoy un poco acojonado si le digo la verdad.

—Ya verá como en cuanto despeguemos se le quita todo el miedo —dijo Ventura—. Es como si fuésemos en autobús, pero sin baches.

—Trataré de tranquilizarme y descansar un poco. Estoy agotada.

—Claro. Nosotros nos vamos a pedir un café, ¿no, Pérez?

—Venga, inspector, me apunto.

Mientras tomaban el café y Laura dormitaba, Ventura se interesó por las historias que Pérez siempre trataba de contar y él había cortado más de una vez por no ser el momento oportuno.

—Venga, Pérez, ahora tenemos una buena ocasión para que se explaye. Le dejo que me cuente lo que quiera. Por ejemplo, cómo conoció al Director General.

—¿De verdad no le va a molestar?

—¡Que no, hombre! De verdad que no.

—Pues le cuento. Yo era un guripa. En Rusia nos llamaban así a los voluntarios que ni siquiera habíamos hecho el servicio militar. Bueno, y a los novatos en general.

—Sé lo que es un guripa, yo hice las milicias universitarias y cuando estábamos en la primera fase de formación los mandos y profesores nos solían llamar así.

—¡Ajá! Pues nada, que yo estaba en la compañía del célebre capitán Ordás. El entonces teniente Blanco estaba en el cuartel general. Me refiero a don Eduardo Blanco Rodríguez, que de alférez provisional en la guerra civil llegaría con el tiempo a coronel de la Legión y Director General de Seguridad, como usted bien sabe, Y no lo digo por…

—Ya, ya. Siga con la historia Pérez, que solo tenemos tres horas.

—Si empezamos con el cachondeo lo dejo, ¿eh?

—Que no, hombre, que es solo una broma. Cuénteme, que me parece que va a ser una historia interesante.

—Pues resulta que, un día, ya en enero del año cuarenta y dos, mi regimiento se encontraba a la defensiva en las orillas del lago Ilmen. Una división alemana se encontraba copada, casi masacrada, al otro lado del lago. Solo quedaban quinientos hombres de dicha división, aunque eso nosotros no lo sabíamos. Resistían en un pueblo muy cercano al lago y estaban incomunicados. Se recibió la orden de que enviásemos una unidad de enlace que mostrara el camino a los

copados para regresar a las filas.

»Se preparó una unidad española de esquiadores, acompañada por guías letones, y se puso al frente de dicha unidad al capitán Ordás. O sea, que me tocó la china, como quien dice. Éramos doscientos seis hombres y yo me encontraba entre ellos. La temperatura era para morirse. Luego he sabido que llegamos a los cincuenta y seis grados bajo cero.

»Salimos en trineos tirados por caballos. Para mantener las comunicaciones, llevábamos radios, cuyas baterías se cargaban a pedales, como si eso fuera posible con el frío que hacía. La cuestión es que logramos cruzar el lago, aunque luego supimos que más de cien hombres se tuvieron que retirar o se quedaron en el lago, congelados para siempre.

»Aún así, continuamos avanzando para cumplir nuestra misión. La pareció que todo iba a torcerse cuando nos topamos con una unidad de carros de combate T-26 contra la que nos tuvimos que enfrentar. Conseguimos detener a aquellos tanques, solo Dios sabe cómo, porque ya le digo yo que enfrentarse con un fusil y unas cuantas granadas de mano a una unidad de carros de combate y salir airosos parece más milagro que otra cosa. Luego llegaron unidades de infantería enemiga y no había forma de continuar el avance.

»Entonces, el capitán dio orden al teniente Otero de Arce para que avanzara con su sección, poco más de treinta hombres, hasta el pueblo donde se encontraban los alemanes mientras el resto de los españoles continuábamos deteniendo el ataque ruso. Yo iba en la sección de ese teniente.

»No me pregunte cómo consiguió la sección del teniente Otero llegar hasta los alemanes y traerlos hacia retaguardia. Recibieron disparos por todos lados, pero llegaron al pueblo y los evacuaron hacia nuestra posición. Los que nos habíamos quedado para fijar a la infantería rusa recibimos muchos tiros y matamos a muchos rusos. Parecía que nunca se acababan, cuantos más matábamos más aparecían. No había más alternativa que matar o morir.

»Conseguimos cumplir nuestra misión, pero solo regresamos doce hombres intactos de los doscientos seis que salieron a cruzar el lago. Volvieron más, eso sí, heridos o con congelaciones graves que obligaron a realizar muchas amputaciones.

»Pocos días después, fuimos al cuartel general de la División y el general Muñoz Grandes, junto con unos oficiales alemanes, nos concedieron varias cruces de hierro. A mí me entregaron una de segunda clase.

—No era para menos —indicó Ventura

A Pérez se le quebró la voz. Miró a su alrededor y vio que todos, Laura, los guardias civiles, la azafata y Ventura, lo miraban con admiración.

—Mis jefes alabaron mi puntería ante los mandos del cuartel general. No es por presumir, pero hice una buena siega entre los rusos que se nos acercaban fusil y bayoneta en mano. Allí, en el cuartel general, conocí al teniente Blanco, el actual Director General de Seguridad, que me propuso que me quedara con él de ordenanza mientras durase el resto de la campaña.

»No voy a decir que fuimos amigos, porque entre mandos y subordinados lo único que cabe es la disciplina y el respeto; lo que sí puedo afirmar es que, en el fondo, nuestra relación fue con el tiempo lo más parecido a una gran amistad.

—¡Joder!, Pérez, me ha dejado de piedra. ¿Qué le movió para hacer todo aquello? Porque hay que echarle mucho valor.

—A decir verdad, fui a la División Azul por motivos personales y familiares que ya le he contado. Si hubiésemos tenido que luchar en otro país con otra ideología oficial creo que hubiera hecho lo mismo.

—Ya, pero yo me refiero a verse en medio de un lago congelado a esas temperaturas, rodeados de enemigos, y tirar para adelante.

—En realidad, cuando te mandan a una misión como aquella y ves aparecer tanques y rusos armados por todos lados, con temperaturas que no son para resistirlas un ser humano, lo primero que piensas es que ya estás muerto y que no tienes nada que perder, porque ya está todo perdido.

»A partir de ese momento, todo se hace de forma automática, supongo que por sentido del deber y compañerismo. Tienes que cumplir las órdenes y sabes que lo vas a intentar hasta el último aliento, y también sabes que tu compañero te está protegiendo y tú tienes que protegerlo a él. No piensas en nada más que en matar para no morir.

Todos mantenían un silencio, que fue roto por la azafata.

—Señores, los demás pasajeros ya se encuentran en el avión y este está a punto de despegar. Síganme.

Se subieron a una furgoneta que los llevó hasta las escalerillas del avión.

—Inspector, de parte del capitán, sean bienvenidos a bordo —dijo una azafata de vuelo mientras les recogía las maletas para colocarlas en su lugar.

—Muchas gracias.

Laura estaba muy nerviosa y miraba hacia todas partes. Cuando el avión comenzó a moverse, no pudo evitar agarrarse al brazo del

inspector. Fue un impulso repentino y enseguida se soltó, pero miró angustiada a Ventura y este le cogió las manos.

El aparato comenzó a tomar altura y Laura se sintió morir. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza en el hombro de Ventura.

—Ya pasó —dijo el inspector una vez se estabilizó el vuelo—. Ya verá cómo todo va bien a partir de ahora.

Ella se incorporó y se soltó de las manos de Ventura con cierta brusquedad.

—Perdone por el espectáculo. No he pasado más miedo en mi vida.

—¡Qué va! He visto a gente gritar como locos al despegar el avión. Lo suyo no ha sido nada.

Pérez iba al lado de la ventanilla.

—No se preocupe. El miedo es libre. Quiero decir que todos podemos tenerlo y no pasa nada.

Una noche en Las Palmas

En el aeropuerto de Las Palmas, los estaban esperando un inspector de policía con dos miembros de la Policía Armada.

—Inspector Noriega. Encantado de conocerlos.

—Lo mismo le digo. Esta es la señora Laura Kobler, que nos acompaña en calidad de testigo de unos asesinatos, y este es el agente Juan Pérez. Yo soy el inspector Horacio Ventura, de la Dirección General de Seguridad.

—De usted he oído hablar mucho y bueno, inspector —dijo Noriega con una sonrisa—. Les reitero: un placer. Ya tienen reservadas tres habitaciones en el hotel. Pueden cenar allí mismo. Si no es molestia, los acompaño y así me entero de qué va todo esto. Tengo orden de prestarles auxilio en lo que necesiten.

—De acuerdo, inspector —dijo Ventura.

Nada más llegar al hotel, dejaron las maletas y bajaron a cenar con el inspector Noriega. Durante la cena concretaron los detalles de la detención.

Aunque dijo encontrarse muy cansado, Pérez propuso dar una vuelta por los alrededores. No había estado en Las Palmas y no quería desaprovechar la oportunidad de conocer al menos lo más próximo.

—Yo me abstengo de paseos —dijo Ventura—. No puedo con mi alma. Y mañana hay que estar bien despiertos para lo que pueda suceder.

—Yo también me quedo —dijo Laura.

—Pues yo me despido aquí —dijo Noriega—. Mañana a las ocho estoy en la puerta como un clavo, con los dos vehículos que hemos acordado.

Pues me voy, inspector —dijo Pérez—. No creo que tarde mucho. Aprovecharé para pasarme por el puerto y echar un vistazo.

—Buena idea, Pérez.

Laura y Ventura se quedaron solos. Parecía que se habían quedado pegados a la mesa. Se miraban y no sabían qué decir.

—Bueno, Laura, la acompaño si quiere.

Ella ya estaba acostumbrada a la forma de ser y actuar de Ventura y no se le ocurrió que él escondiera ninguna intención oscura en aquel ofrecimiento.

—Sí, claro…

Ninguno de los dos se levantó.

—Esto… ¿Le apetece un café, antes de que nos vayamos a la cama?

—Esto habría sonado un poco raro si no fuera usted, inspector.

—Yo quería decir… —Ventura se puso rojo.

—No se preocupe, que ya sé lo que quería decir, inspector. De todos modos, un café antes de dormir y con el día que tendremos mañana…

—Bueno, quien dice un café dice una infusión o una Coca Cola.

—Pues, mire, a eso último no le digo que no.

—Yo me tomaré un café de todos modos. No me hacen mucho efecto en eso de no dormir.

—Ventura pidió las bebidas y sacó la pitillera. Estaba un poco nervioso. Quería hablar con Laura, no sabía de qué, y, sobre todo, estar con ella a solas aunque fuera por un rato, observando aquellas mejillas sonrosadas, aquellos ojos casi transparentes, aquella expresión que trataba de negar una amargura e incertidumbre constantes, aquel rostro bello y maltratado por sinsabores y desengaños.

—Laura, mañana va a ser un día duro para usted. Va a enfrentarse al hombre que estuvo a punto de matarla y que mató a sus compañeras.

—Más duro de lo que se imagina, inspector. Mucho más.

—De todos modos, solo tiene que identificarlo. Lo demás corre de nuestra cuenta.

—No. Quiero hablar con él. Le tengo que decir unas cuantas cosas. En el momento en que lo haga entenderá mis motivos.

—De acuerdo, podrá decirle lo que quiera. Por supuesto. Se lo ha ganado. —Ventura observó las manos de Laura, blancas, nervudas, con dedos finos. Luego volvió a mirarla. Sintió un pellizco en el estómago—. También quería hablarle de otra cosa.

—¿Sí?

—Esto se acaba. Si encontramos al asesino bajando del barco, como espero, no queda más que identificarlo por su parte; si no fuera así, le habremos perdido la pista y la cosa irá para largo. En cualquier caso, yo regresaré a Madrid y usted tendrá que comenzar a plantearme cómo vivir o qué hacer. Creo que me dijo que quería cambiar cosas. Mi ofrecimiento de que se venga conmigo a Madrid sigue en pie. Pero me gustaría que me lo confirmase.

Laura observaba con interés a Ventura.

—No se moleste por lo que le voy a decir, inspector, pero esto parece una invitación en toda regla a retirarme de mi oficio.

—¡No es eso! ¡Se lo juro! ¿Cómo iba yo a pretender tenerla de…

querida?

—No se crea, a veces he soñado con que algún día llegaría un hombre tan colado por mí que se mataría por retirarme y tenerme solo para él. La verdad es que ahora mismo no me apetece ser una mantenida. Ya sabe: usted con su novia o esposa y yo en un apartamento. Ni hablar.

Horacio Ventura se mostraba algo nervioso, aunque trataba de disimularlo.

—La entiendo. Solo puedo decirle que no tengo la menor intención de hacer eso que dice. Es más, me ofende el hecho de que suponga que yo pretendo aprovecharme de su situación y tenerla como amante.

—Tal vez no se da cuenta ahora, pero estoy segura de que terminará por pretender algo a cambio de ayudarme. La vida es así, se lo digo por experiencia.

—Se lo diré con toda claridad, Laura. No soporto la idea de pensar que no voy a volver a verla. Es solo eso. No me pregunte por qué me siento así. No es que usted me necesite; es que yo necesito ayudarla y tenerla cerca. Si quiere, le juro que jamás intentaré aprovecharme de usted ni tenerla de amante.

En ese momento, Laura supo que Horacio Ventura la amaba, con toda probabilidad más de lo que él mismo aceptaba en su fuero interno.

Ella había mentido más veces de las que era capaz de recordar a hombres que le resultaban repulsivos, confesándoles con una sonrisa voluptuosa lo atractivos que le resultaban y los deseos irrefrenables que sentía por sentirse poseída o utilizada.

Y ahora, sin embargo, se sentía extraña al reconocer que tenía que hacer justo lo contrario con Ventura. Tenía que hacerlo. Si lo rechazaba, él terminaría por alejarse de ella y ello le evitaría mil problemas, no solo con ella, sino también con su familia y con aquellos que formaban parte de su entorno social.

El inspector no se merecía una mujer como ella. Laura sentía un fuerte impulso de contarle que era imposible no amar a un hombre como él, inteligente, generoso, respetuoso y lleno de tacto. ¡Pero no podía ser! Tenía que mantenerlo alejado, aunque esto le causara dolor tanto a ella como a él. No deseaba hacerle daño, pero no debía darle la menor esperanza.

—He visto cómo me mira a veces y estoy convencida de que se está engañando a sí mismo. Los hombres son como son y todos buscan lo mismo. Unos siguen un camino y otros lo hacen de otra manera, pero el final es lo mismo

—En todo caso, suponiendo que yo buscase algo que no le agrade,

con no aceptar estaría solventado. Yo solo le ofrezco ayuda como amigo. Y no le pido más que eso.

—Se nota que es usted muy joven.

—Bueno, tampoco tanto, ¿eh?

—¿Ah, no? ¿Cuántos tiene? —Laura mostraba una sonrisa que Ventura no supo interpretar.

—Pues ya tengo casi los veinticinco.

—Le saco cuatro años. Para mí es usted un crío. No quiero que se meta en un lío.

—¿Y por ser un crío no puedo ser su amigo?

Laura dejó escapar una sonrisa triste.

—Inspector, los hombres nunca son amigos de las mujeres. Siempre buscan lo que buscan.

La visión idealizada de Ventura hacia las relaciones con el sexo contrario le hacían ver virtudes de Laura que ella misma no habría reconocido; pero por otro lado, su razón no dejaba de recordarle que ella no podía ser una mujer recomendable. Un dilema penoso para alguien que está enamorado.

—Si le soy sincero, tengo que decirle que su vida, lo que ha tenido que hacer durante tantos años, ya me entiende, me provoca algo así como un sentimiento de rechazo. No se ofenda, pero no me veo haciendo el amor con una mujer que ha pasado por lo que usted. Y, sin embargo, la deseo. No sé explicarlo. Además, no puedo pensar ni por un solo instante en no volver a verla. Eso no puedo aceptarlo

—Entiendo el rechazo; lo que no entiendo es que vaya acompañado por ese deseo y esa necesidad de tenerme cerca.

—Ni yo tampoco. Simplemente, es así.

—Tiene que entender que no le convengo —dijo ella—. Y no es solo por lo que he sido, o mejor será decir por lo que soy. No se puede imaginar la suciedad que hay en mí, la cantidad de indeseables con los que he hecho de todo para conseguir el puto dinero que tenía que pagar a don Cándido por la habitación, la comida y lo que decía que era su comisión. Se llevaba la mayor parte de lo que ganábamos.

—Sé que no es de mi incumbencia, pero ¿por qué no dejó aquello?

—Es complicado de explicar. Lo último que quería después de entrar en el club era salir de nuevo a la calle sin dinero donde caerme muerta. Y nunca parece que tengas suficiente dinero. Por otra parte, don Cándido tenía una forma de retenernos, aunque conmigo no le funcionó. Se las apañaba para suministrar a las compañeras cocaína y hacer que les resultara imprescindible. Todo lo que les sobraba se lo gastaban en la droga que les suministraba. Y luego don Cándido decía que éramos libres de marcharnos cuando quisiéramos.

—Si no cayó en la droga, ¿por qué no se marchó antes?

—Si te vas con el dinero justo, no tardas en volver. Ya lo comprobé con algunas compañeras. Además, te acomodas a esa vida. Fuera de aquellas paredes no tenía nada.

—Lo que cuenta es muy duro, pero yo solo veo ante mí a un ser humano. Lo demás, supongo que es secundario.

—Tengo mucho odio acumulado, inspector, mucha rabia. No solo hacia los hombres, sino también hacia mí misma.

—¿También siente ese odio hacia mí?

—Sí y no. No sé cómo explicárselo. Siento hacia usted, como hombre, el mismo rechazo que hacia los demás, pero como persona…, es distinto. Además, perdone que se lo diga con toda claridad, usted no es un hombre que me interese. Ni es mi tipo ni me atrae —Laura se sorprendió por la facilidad con que le había mentido.

Ventura se mostró confundido ante las palabras de Laura. Se quedó, de momento, sin respuesta. Siguieron mirándose en silencio hasta que se dieron cuenta de que Pérez se encontraba de pie, al lado de la mesa. El agente no dijo nada. Tan solo saludó y se sentó.

—Buenas noches. Supongo que no les molestará que pida un café.

—Claro que no, Pérez —dijo Ventura.

El inspector echó mano a la chaqueta para sacar tres cigarrillos, que repartió tras encender el de Laura.

Ella aspiró el humo profundamente y lo miró con intensidad.

—Me temo que he interrumpido algo —dijo Pérez—. Si eso, ya me tomo el café en otra mesa —dijo Pérez.

—No interrumpe nada. Tan solo ofrecía a Laura que se viniera a Madrid. Como amigos que somos…

—Ya, ya. Entiendo.

—Bueno, Laura, no me importa decírselo delante de Pérez. Después de la conversación que hemos tenido, le reitero mi ofrecimiento de que se venga conmigo a Madrid, no como hombre sino como persona. No vivirá conmigo ni seremos amantes. No pretenderé nada más que seamos amigos y no la dejaré mientras usted no lo quiera.

Laura se preguntó si era posible ser tan solo amiga de aquel hombre y supo que eso exigiría un esfuerzo colosal, pues cada vez sentía más atracción hacia él. Confió en no equivocarse y le dio la única respuesta que podía darle en aquel momento.

—La oferta es muy tentadora, inspector. Le prometo que lo pensaré y le daré respuesta en cuanto se acabe todo esto.

—De acuerdo.

—Me voy a dormir —dijo Laura.

—A las siete y media la llamaré a la habitación. ¿La acompaño? —pidió Ventura.

—No se preocupe —dijo Laura, con la duda y el deseo atravesando todo su cuerpo—. Buenas noches.

Los dos hombres respondieron al saludo. Cuando ella desapareció, Pérez le dio dos palmaditas en el hombro a Ventura.

—Inspector, usted está colado por esa mujer. Está más claro que el agua.

—No lo sé, Pérez. Por un lado, pienso que jamás sería capaz de irme a la cama o ni siquiera convivir con una mujer que…, ya sabe…

—Ya, ya… ¿Y por el otro lado?

—Que no soporto la idea de separarme de ella y no volver a verla nunca más.

—Lo que le digo: está más claro que el agua. Usted está enamorado de Laura.

—Hombre, no sé…

—Lo que yo le diga. Además, o mucho me equivoco o ella también está colada por usted. No hay más que verla.

—No creo… Me lo ha dejado bien claro. No le intereso como hombre.

—Lo mismo es más sensata que usted y trata de desengañarlo. No creo que esta mujer haya visto en su desgraciada vida a alguien como usted.

—¿Y cómo soy yo, si puede saberse?

—¡Joder, inspector! Un hombre educado, respetuoso, amable, inteligente, y encima bien parecido y con dinero. ¡Coño!, que parece que el que se está declarando soy yo. —Los dos hombres rieron a carcajadas—. Solo le digo una cosa, inspector. Tenga cuidado porque se puede meter en un berenjenal de los gordos. En realidad, me parece que ya se ha metido.

—Ya…

—Lo mejor sería que cada uno siga su camino y sanseacabó. Ya sabe a qué me refiero: que cada palo aguante su vela. Ella tiene una vida y usted otra.

—Y no son muy compatibles, lo entiendo. Pero, no sé…

—El pasado de ella no lo puede cambiar ni usted ni Dios. Si quiere tenerla a su lado, solo podrá tener en cuenta su presente. No sé quién dijo que el pasado siempre vuelve. Así que me temo que usted lo va a pasar muy mal.

—No sé qué hacer, Pérez. Le juro que no sé qué hacer. Tiene mucha ira acumulada contra los hombres, y no le faltan razones. Lo único que tengo claro es que no deseo separarme de ella y que voy a

hacer todo lo posible para que se venga conmigo a Madrid.

—Pues que Dios lo coja confesado, inspector.

—Bueno, creo que es hora de acostarse. Mañana habrá que madrugar para esperar la llegada del *Plus Ultra*.

—Pues sí, inspector. Si le apetece, le invito a un copazo.

—Gracias, Pérez, prefiero acostarme ya. No se preocupe, tómeselo usted.

—Pues hasta mañana, inspector. No tardaré mucho en tirar para la piltra.

—Buenas noches.

Al subir, Ventura pasó por delante de la habitación de Laura. Oyó un sonido que le pareció como de llanto. Estuvo a punto de llamar a la puerta, pero se quedó con los nudillos a unos centímetros de la madera.

Dentro, sentada sobre su cama, Laura creyó oír unos pasos de alguien que se paraba justo delante de la puerta. Se levantó y se acercó a la puerta. Se enjugó la lágrimas, expectante. «¡Mira que si fuera él! —pensó—. ¡Qué tontería!, esto es cosa de mi imaginación».

Ventura, en el otro lado de la puerta, se giró, indeciso, y continuó el camino hacia su habitación, situada dos puertas más allá. Pero, no había dado cuatro pasos cuando se dio media vuelta y se volvió a situar frente a la puerta de la habitación de Laura. Aguzó el oído y no oyó nada. Negó con la cabeza y se fue definitivamente a su habitación.

Laura con los ojos húmedos y los labios temblorosos, murmuraba en voz baja:

—¡Qué desgraciada eres: nunca tendrás un hombre así!

Detenido

Ventura, Pérez y Laura se encontraban a las nueve de la mañana tomando el desayuno en un bar frente al muelle del puerto de la Luz, en Las Palmas, justo a la altura del lugar donde iba a atracar el *Plus Ultra*.

Dos policías de la localidad, a cargo de una furgoneta con la parte trasera habilitada para transporte de presos, tomaban café con ellos. La comisaría de Las Palmas les había cedido, además, un vehículo con sirena.

—Inspector, estaría bueno que no viniera el tiparraco ese en el barco —comentó Pérez.

—Si no le mintió a Fulgencio, debe venir. Aunque también puede haberse quedado en Cádiz y coger otro barco. En ese caso, vamos a tener que esperar a todos los que lleguen en los próximos días.

—A mí me insistió en que venía a Las Palmas para alistarse a la Legión —dijo Laura.

—Y eso es lo que esperamos. Aunque, si se tiene en cuenta la clase de tipo con el que nos hemos encontrado, no se puede descartar que mintiera —dijo Ventura—. Todo es posible, pero me da el pálpito de que en este caso dijo la verdad.

—También cabe la posibilidad de que haya cogido también un avión y estemos haciendo el imbécil —opinó Pérez—, pero no me parece muy probable.

—En algo más de una hora saldremos de dudas.

Ventura y sus dos acompañantes subieron al barco en cuanto este atracó y la pasarela fue bajada. Un oficial los esperaba y los condujo al puente de mando, donde se encontraba el capitán.

—Buenos días, señores. Bienvenidos al *Plus Ultra*. He sido informado de la situación y, por descontado, estoy a su disposición —saludó el Capitán mientras estrechaba las manos a los tres—. Solo les pediría, si fuera posible, que no se produzcan alteraciones entre los pasajeros y que la detención tenga lugar fuera del buque.

—Por eso no se tiene que preocupar. En cualquier caso, nosotros esperaremos a nuestro hombre en tierra.

—Muy bien. Eso me tranquiliza.

—¿Me podría indicar el número de pasajeros?

—En este momento van trescientos diez. De ellos, ciento veinte tienen pasaje hasta aquí y son los que, en teoría, tienen que bajar a tierra. El resto, junto con los que embarquen, en dos horas, continuará hasta Santa Cruz de Tenerife.

—¿Por qué dice eso de «en teoría»?

—Supongo que no se le habrá escapado la posibilidad de que el hombre que buscan, al ver revuelo, decida esconderse y continuar el viaje hacia Santa Cruz.

—Lleva toda la razón. Tendremos que ser cautos y conseguir que no se note que estamos a la caza de ese hombre. Lo digo tanto por usted y su tripulación como por nosotros.

—Desde luego que sí. Bien, en principio, saldrán ochenta y dos pasajeros por la escalinata y el resto, es decir, treinta y ocho, en su vehículo desde la rampa correspondiente.

—¡Ajá! Pues este es el plan. Vamos a bajar y nos vamos a situar en un lugar desde el cual no se nos vea. Daré orden de que retiren los dos vehículos policiales que están ahí cerca. Cuando les haga una señal, van a dar salida a los que han de bajar por la escalinata.

—De acuerdo.

—No ordene bajar la rampa para desembarque de los vehículos hasta que hayan salido todos los de la pasarela y yo les avise, en caso de que no encontremos a nuestro hombre entre ellos.

—Entendido.

—Por si no nos vemos luego, ha sido un placer, capitán.

—Lo mismo les digo.

Los pasajeros bajaban en hilera debido a la estrechez de la escalinata de desembarco. Esto facilitaba la tarea de identificarlos.

Laura, miraba con ansiedad la fila de pasajeros.

Pérez contaba en voz baja a medida que empezaban a bajar:

—Uno, dos, tres...

Ventura estaba más pendiente de la expresión de Laura que de la escalinata.

—Cuarenta y uno, cuarenta y dos… —Pérez, de vez en cuando, se tocaba de forma automática la sobaquera para comprobar que la pistola seguía en su sitio.

Laura sentía en las sienes el latido, cada vez más veloz, de su corazón.

—Sesenta y cinco, sesenta y seis, sesenta y siete…

La mujer negaba con la cabeza cada vez que Pérez cantaba un número.

Ventura mostraba signos de impaciencia y, sobre todo, de duda.

—Ochenta, ochenta y uno…

—¿Nada? —preguntó Ventura a Laura.

—Nada —contestó ella.

—¡Me cago en la leche! ¡¿Cómo puede ser esto?! —exclamó Pérez — No venía en coche. Tenía que haber bajado por aquí.

—Vamos a ver si sale por la rampa de vehículos. Lo mismo ha robado uno. Aunque el dueño ya lo habría avisado.

—O va en el coche y no ha podido denunciarlo —dijo Pérez.

—Ojalá sea eso. Porque esto ya me escama.

—Pérez, suba al barco y controle que no salga nadie de la bodega donde se encuentran los coches. A ver si hay suerte y se ha metido en uno. Nosotros nos vamos a la zona donde se abrirá la rampa. Antes, avise al capitán de que en cinco minutos puede mandar abrir la rampa.

—De acuerdo, inspector. Allá voy.

Media hora antes, Paco se encontraba en la segunda cubierta y observaba la ciudad mientras el barco se acercaba al puerto.

Estaba deseoso de llegar, para dirigirse al banderín de enganche. Cuanto antes se largara para el Sahara, mejor. De todas formas, se sentía seguro. Pensaba que al haberse deshecho del coche con el que había salido de Bilbao después del atraco había borrado cualquier huella que lo pudiera identificar.

Se miró la mano. Aquello no había sido nada. Le había quedado una marca aún no cicatrizada, pero al quitarse la venda, no resurgió la hemorragia.

Ya se veía en El Aaiún, con su uniforme de legionario y gastándose en prostitutas y anís seco el dinero que había guardado en un forro de la maleta.

«Con esto tengo para dos o tres años de buena vida; después ya se verá», pensaba.

El barco estaba ya muy próximo al muelle y Paco observó con sorpresa los dos coches de policía. También había uno de la Guardia Civil, pero eso no le resultó anormal.

«¡Qué raro! —pensó—. La Guardia Civil suele estar en el puerto por las cosas del contrabando; me escaman esos coches de policía. Será una casualidad. No puede estar relacionado conmigo».

Se fue para el camarote y recogió su maleta. No quería entretenerse en colas. En la salida solo había una docena de pasajeros delante. Le extrañó que salieran de forma más espaciada de lo que pensaba debía ser habitual.

—Oiga, jefe, ¿pasa algo? —preguntó a uno de la tripulación que se encontraba cerca de la fila—. Esto va despacio y tengo algo de prisa.

—Parece que están a la busca de alguien. No sé más que eso. Algún

fugitivo o algo así.

—¿Qué me dice?

El hombre abandonó la fila, cosa que extrañó al marinero.

—Hombre, no se preocupe, que está todo controlado.

—No, es que se me ha olvidado algo en el camarote. Enseguida vuelvo.

El hombre se dirigió a la puerta que bajaba a las cubiertas inferiores. Antes de bajar, abrió la maleta y sacó una pistola.

Se la metió en el bolsillo. Llegó a la cubierta donde estaban los vehículos que no eran de carga y se fue hacia el coche que estaba más adelantado respecto a la rampa de salida. Un señor algo mayor se encontraba al volante. El vehículo, como todos los demás, estaba arrancado. Paco sacó la pistola con disimulo y le indicó al de dentro que abriese la ventanilla. Cuando este lo hizo, introdujo la pistola en el coche y se la puso sobre el brazo.

—Amigo, no tengo nada contra usted. Si se porta bien y me hace caso, no le ocurrirá nada. Abra la puerta trasera.

El conductor se estiró y quitó el seguro de la puerta trasera derecha.

El de la pistola se sentó y le indicó al otro con la punta de la pistola que volviera a ocupar su lugar.

—Una vez abran esa rampa y yo le avise va a acelerar y va a salir de aquí a toda leche. ¿Entendido?

—Entendido. Tenga en cuenta que no soy un conductor muy experto.

—Me da igual que sea experto o que sea un «dominguero». Usted hágame caso y saldrá ganando.

—Lo que usted diga… ¿Está usted seguro de que lo mejor es salir a toda velocidad?

—Hombre, vamos a ver…, también podemos hacer lo siguiente: si lo paran al salir, dice que soy un pasajero que venía sin coche y que ha quedado en llevarme a un hotel. Yo le estaré apuntando, como es natural, sin que ellos lo vean. Eso sí, a la más mínima que le diga, sale a toda velocidad. ¿De acuerdo?

—¿Qué quiere que le diga? ¡A la fuerza ahorcan!

—Pues no se hable más.

Ventura llamó a los policías que habían aparcado los coches en un lugar más discreto y les indicó que le acompañaran hacia la popa, junto a la rampa de salida de vehículos.

—Bien. Vamos a resolver esto. Uno de ustedes dos tiene que parar a los coches al salir y pedir la documentación a los conductores. El otro estará separado y con el arma preparada para cubrirlo. Mientras

tanto, Laura y yo nos meteremos en el coche para la posible identificación.

—De acuerdo, inspector. ¿Cómo sabremos si es el hombre que buscamos?

—Si lo identificamos, me bajaré del coche. Esa será la señal. Entonces, uno de ustedes le pide al tipo que abra al maletero y yo me acercó para ayudar en la detención.

—¡Visto, inspector!

—Laura, vamos al coche y observamos desde allí. No nos conviene que el tipo sepa de antemano que lo hemos identificado y que usted está aquí.

—Vale. Voy y me siento detrás, ¿no?

—Eso es. Si hay suerte y lo detenemos, el irá en la furgoneta, así que no la verá hasta que llegue el momento de que lo identifique en la comisaría.

La rampa se abrió. Tardó unos minutos que a los de tierra les parecieron eternos.

El primer coche salió despacio, según indicaba el policía encargado de hablar con los conductores.

—Buenos días. Documentación, por favor.

—Sí, señor.

El conductor enseñó su documentación

El policía miró a Ventura y vio que este se bajaba del coche. Laura había identificado al acompañante.

—¿Y este señor? —preguntó al policía mientras desenfundaba su pistola.

—Es un pasajero que…

Fue todo lo que tuvo tiempo de decir el conductor, porque el hombre lo interrumpió.

—¡¡A toda pastilla, dale caña!!

Tal como gritaba Paco, disparó al que había comenzado a realizar las identificaciones. El hombre retrocedió, aunque se salvó porque llevaba puesto un chaleco antibalas.

El otro policía disparó varias veces, sin éxito, hacia el coche cuando este aceleraba a toda velocidad.

Ventura se apeó del coche donde se encontraba con Laura y disparó también varias veces a las ruedas. El coche estaba a punto de terminar una larga recta para girar a la izquierda, pero al llegar a la curva siguió avanzando en línea recta y se estampó contra una pared.

Paco miró al conductor. En apariencia, estaba muerto. Su cabeza se había estampado contra el cristal, teñido con un reguero de sangre.

Salió del coche cojeando ligeramente e intentó correr hacia la

salida del puerto. Pero se detuvo cuando el guardia civil que estaba allí para controlar la salida y entrada del puerto, levantó la mano en señal de alto y le apuntó con un subfusil.

—En unos instantes, llegó el inspector con su coche. Se bajó con la pistola en la mano.

—¡Inspector de policía Horacio Ventura! ¡Alto o disparo! ¡Está detenido!

Paco parecía muy tranquilo y apuntaba con su pistola a Ventura.

—Eso será si no disparo yo antes.

—Pues lo tiene difícil conmigo de frente y ese guardia a sus espaldas.

—Puede que tenga razón, pero las cosas a veces son distintas de lo que parece. A lo mejor soy cien veces más bueno que ustedes con una pistola en la mano. De todos modos, ¿se puede saber por qué me detienen?

—¿Le parece poco la que ha liado?

—¿Yo? ¿Cuándo?

—¿Cuándo va a ser? Ahora mismo. Ha salido huyendo y me está encañonando con una pistola.

—El conductor del coche quedó en llevarme a un hotel. Ustedes lo han parado y ha salido a toda velocidad. Yo no tengo nada que ver con eso.

—¿¡Ah, no!? Y, entonces, ¿por qué me apunta con esa pistola?

—Ustedes se han puesto a disparar y he pensado que nos iban a matar. Tengo derecho a defenderme, ¿no?

—Vale, todo eso se verá en comisaría. Ahora suelte la pistola en el suelo con mucho cuidado y no le ocurrirá nada.

—¡Los cojones voy a soltar! No me fío.

En ese momento, llegó Pérez corriendo, casi sin resuello. Sin pensárselo dos veces, sobrepasó a Ventura, se acercó al hombre y apuntó con su pistola.

—Mira, no te lo voy a decir dos veces. O sueltas la pistola o te meto un tiro en la frente.

—¡No creo que tengas huevos ni puntería para eso! Pero es igual. ¿Sabes qué te digo? ¡No me vais a detener, coño! Como te muevas un solo paso, yo mismo me voy a pegar ese tiro. Y conste que la culpa será vuestra. ¡¡A la mierda todo!!

Paco se puso el cañón de la pistola sobre la sien.

Lo que pasó a continuación fue incluido en el posterior informe de Ventura y sería objeto de comentarios en la Brigada de Investigación Criminal durante meses.

—Pérez disparó en décimas de segundo. La de Paco desapareció de

su mano ante el asombro de todos.

—Paco se quedó quieto, paralizado, tratando de entender qué había sucedido.

—¡Joder, por poco me vuelas la cabeza! ¡Que era un farol, hombre! —acertó a decir.

—Pues antes de echar faroles, te lo piensas.

—De verdad que no entiendo por qué me hacen esto. ¿Se me acusa de algo?

—De momento de obstrucción a la justicia y de amenazas con un arma de fuego —dijo Ventura, que no salía del asombro que le causó el certero disparo de Pérez.

—Bueno, todo sea por colaborar con la justicia. Aunque no entiendo cómo se puede atropellar de esta manera a un ciudadano que no ha hecho nada de nada —dijo Paco mientras Pérez le ponía las esposas.

—Amigo, ese tiro ha sido de chamba, ¿verdad?

—Te voy a dejar con la duda. Y no soy tu amigo.

Llegó la furgoneta y el hombre, entró en ella con cara sonriente y triunfal.

—Laura, sé que pasará un mal rato, pero tendremos que enfrentarla con ese hombre para que declare conocerlo y eso le obligue a confesar —dijo Ventura, una vez en la comisaría.

—¿Ahora? —Laura se mostraba nerviosa.

—No. Primero vamos a interrogarlo nosotros. No hay prisa.

—Si puede ser, me gustaría ir a arreglarme el pelo y comprar algo de ropa. Le agradezco el traje que me compró, pero me queda algo estrecho.

—Haremos una cosa. Esta mañana nos dedicamos nosotros a interrogarlo. Nos vemos en el hotel a la hora de la comida y por la tarde se viene con nosotros para el interrogatorio.

—De acuerdo. Antes de las dos estaré en el hotel.

El detenido fue llevado a una sala de interrogatorios.

—¿Se puede saber por qué me detienen? —preguntó con aire chulesco.

—De momento, ha salido corriendo con un coche, ha sido la causa de que el conductor esté grave en el hospital y se ha enfrentado a la policía con una pistola. ¿Le parece poco?

—¿Y qué quieren que hiciera? Ese hombre se prestó a llevarme en su coche a un hotel. Cuando ustedes lo pararon y le pidieron la documentación, salió a toda velocidad. Algo habrá hecho. A mí no me echen la culpa.

—¿Y lo de la pistola?

—Me asusté. Cuando los vi pistola en mano y el dueño del coche se pegó el porrazo, pensé: «estos me matan sin preguntar».

—Su historia no cuadra, amigo. A ver, ¿por qué se prestó el conductor del vehículo a llevarlo? Si era un tipo que tenía algo que ocultar, ¿para qué complicarse la vida llevando a un desconocido a un hotel?

—Yo qué sé… Ahora que lo pienso, lo mismo era un bujarrón y me la quería colar.

—Lo que no cuela es lo que usted dice. Le estamos dando la oportunidad de decir la verdad.

—Ustedes quieren joderme y no entiendo por qué. Antes de seguir hablando, exijo un abogado —respondió el hombre—. De esos que se ponen a los acusados que no tienen dinero.

—De momento no está acusado de nada. Por tanto, no necesita un abogado.

—Pues contestaré sus preguntas desde el momento en que me acusen de algo concreto y me permitan tener un abogado.

—De acuerdo, pero debe tener en cuenta una cosa: si confiesa ahora y responde nuestras preguntas, tal vez se libre de una pena mayor por colaborar.

—No tengo nada que confesar porque nada he hecho.

—Pues me parece que se equivoca al no responder a nuestras preguntas. Por ejemplo, ¿de dónde ha sacado todo el dinero que lleva en su maleta?

El hombre se quedó sin saber qué decir por un instante.

—Una herencia. Pero no creo que ustedes estén autorizados a registrar mi maleta, y menos si no he hecho nada.

—Mira ya nos estás tocando los cojones —intervino por primera vez Pérez—. Nosotros revisamos lo que nos da la gana. Lo Sabemos todo y te estamos dando la oportunidad de confesar.

—¡Qué carajo van a saber! Me han detenido y no me dicen por qué.

—¡Habla bien, que como te descuides te doy un par de hostias! —dijo Pérez.

—Le vamos a tomar las huellas dactilares y las vamos a enviar a Madrid —dijo Ventura—. Tenemos el cuchillo con el que mató a Encarnación. Será cuestión de esperar, pero al final saldrá que las huellas coinciden y será condenado a muerte por no haber colaborado y confesado de forma espontánea.

El hombre se echó las manos a la cara. Ahora sí sabía que lo tenían cogido.

—No me tomarán ninguna huella mientras no tenga un abogado.

—Le repito que todavía no le hemos acusado de nada —dijo Ventura—. Tenemos tres días para intentar salvarle la vida. Si confiesa, todo podría quedar en treinta años. Y al final, ya sabe, por buena conducta y demás, quien sabe si no estaría en la calle en menos de veinte años. Vamos a darle una hora para que se lo piense. Para que vea que sabemos más de lo que se piensa, le diré que sus amigos le conocen como Paco el Lejía.

—¿Qué te parece mamón? ¿Sabemos o no sabemos? —dijo Pérez.

—Ah, se me olvidaba un detalle —dijo Ventura—. Muéstreme las suelas de los zapatos.

—¿Cómo dice?

—Que me muestre la suela de los zapatos. Quiero verificar una cosa.

—Le voy a decir lo mismo que con las huellas dactilares. No pienso colaborar en nada mientras no tenga un abogado.

—Me parece muy bien. Voy a tomar nota de que se ha negado a hacerlo.

—¿Y qué puede pasar? Tengo derecho a negarme, ¿no?

—Sí, claro —aceptó Ventura—. Pero si luego resulta que sus zapatos prueban algo, será una agravante por obstrucción a la justicia.

—No sé qué mierda de prueba van a sacar por mis zapatos, pero no me sale de los cojones enseñárselos y ya está.

Pérez hizo ademán de abofetear a Paco, pero el inspector se lo impidió con la mirada.

—Hemos terminado por ahora. Piense en lo que le conviene.

Salieron de la sala.

—Ese fulano está a punto de confesar, inspector. Lo tenemos cogido por los huevos

—No lo veo tan claro. Pero su cara lo confirma: es el asesino.

—¡Seguro!

—De todos modos, lo de las huellas dactilares ha sido en parte un farol. Es posible que se hayan borrado del mango del cuchillo. Y, en todo caso, cotejar las huellas puede llevar más tiempo de lo que pensamos. Cuando lo pongamos frente a Laura y vea que tenemos una testigo, va a cantar como un pajarito. Y si no lo hace, peor para él. Con la declaración de Laura, lo podemos poner a disposición judicial.

Una vez llegaron al hotel, preguntaron por Laura. No había llegado aún.

—Estará en la peluquería todavía. O haciendo esas compras que decía —dijo Pérez—. Inspector, le invito a una cerveza. Por una vez, deje que pague yo.

—De acuerdo. Nos la tenemos más que merecida, Pérez.

Se sentaron y pidieron dos cervezas.

—Inspector, no se moleste, creo que al tener a la mujer como testigo nos podíamos haber ahorrado el intento de que ese hombre confesara.

—Mire, Pérez, mis padres me han inculcado la idea de que todos tenemos derecho a reconocer nuestros errores. Yo le he querido dar la oportunidad. Si él no la aprovecha, es asunto suyo.

—Pero es que no se trata de un error cualquiera, sino de haber asesinado a varias personas.

—Lo mismo lleva toda la razón, solo que esa es mi forma de actuar. No niego que lo más probable es que ese tipo no tenga solución y siempre sea un peligro para la sociedad. No obstante, yo le he dado la oportunidad de reconocer sus delitos y confesar la verdad.

—Bueno, usted es el jefe y lo que haya decidido bien hecho está.

En ese momento apareció Laura en el bar. Los dos hombres no la reconocieron en un principio. Se había cortado el pelo y se lo había dejado a media melena. El corte y la falda y una camisa de manga larga que se acababa de comprar la hacían parecer una persona diferente.

—¿Les gusta el cambio? —dijo ella, incapaz de ocultar su coquetería momentánea.

—Está claro que usted es guapa de todas formas y se ponga lo que se ponga —dijo Pérez.

Ventura no dijo nada; se limitó a aprobar con la cabeza.

—El pelo me lo he cortado porque es como lo tenía antes de…, de salir de mi pueblo —dijo ella—. Supongo que es como intentar volver a ser la de antes.

—Laura, ¿está preparada para ir esta tarde a comisaría y enfrentarse con el asesino?

—La verdad es que me pongo muy nerviosa al pensar en ese momento.

—Tranquila. Todo saldrá bien, ya lo verá.

—Es que tengo algo que decirles y no sé ni cómo empezar. Después de lo bien que se han portado, creo que se merecen que les cuente toda la verdad.

—¿No nos dirá ahora que en realidad no está segura de si ese es el hombre? —preguntó Pérez.

—No, eso lo tengo claro. Son cosas de mi pasado relacionadas con ese hombre.

—¿Quiere tomar algo?

—Mejor una tila.

Una vez tomó los primeros sorbos, Laura contó a los dos policías

una historia que jamás hubiesen imaginado.

—No sé las consecuencias que va a tener lo que les voy a contar, pero se merecen que les diga toda la verdad. Yo entré en la habitación de Encarni, no porque hubiera oído alboroto o gritos, sino porque quería matar a ese hombre. Aunque no sabía si sería capaz, deseaba con toda mi alma hacerlo.

—¿Por qué? ¿Le dijo algo que la molestó? —preguntó Ventura—. No logro entender el motivo que pudiera tener para querer matar a un hombre que acababa de conocer.

—Esa es la cosa. No lo acababa de conocer. Conozco a ese hombre desde hace mucho tiempo. Es el padre de mi hijo.

—¡¿Cómo?!

—Lo conocí en cuanto entró en el club. Bueno, en realidad tuve dudas. Está muy cambiado, como todos, aunque los detalles de su cara no se me habían borrado en todos estos años.

—Hasta cierto punto, la comprendo. Este hombre la abandonó y no se hizo cargo de sus responsabilidades. Y todo eso debe haber pesado en su vida de usted como una losa. Usted lo reconoció en el club y decidió darle un escarmiento.

—Sí…, pero hay algo más..., yo me quedé embarazada porque él me violó. La verdad es que no lo recuerdo con exactitud, es más bien como un sentimiento. Hay cosas que sé a medias. Creo que yo no quería tener relaciones con él. Me debió decir mil cosas para convencerme, entre ellas que se casaría conmigo y que no me dejaría nunca.

—Y él terminó por forzarla.

—Ya le digo que es más un sentimiento que un recuerdo claro. Sé que sucedió, pero no recuerdo los detalles.

—¡Valiente cabronazo! No me extraña que quisiera matarlo, aunque eso nunca arregla nada.

—Es lo que he querido hacer todos estos años y es lo que quise desde el momento en que lo reconocí en el club.

—Entiendo.

—En el club, cuando Encarni estaba sangrando también se debió aprovechar de que yo estaba sin conocimiento. Al despertarme, estaba sobre mí, gritando como un animal. No se merece vivir. Es una mala bestia.

—Entonces, cuando decidió que me quería acompañar para ver cómo lo deteníamos su única intención era matarlo.

—Sí. Pensé que si tenía la oportunidad, le clavaría un cuchillo en la barriga, ya que no pude hacerlo hace unos días. Después, todo me daría igual. Pero hay algo más.

—¿Más que lo que nos ha contado?

—Sí. No sé explicarlo muy bien. Quiero hablar con él porque creo que me puede ayudar a recuperar cosas que no recuerdo. Es difícil de explicar, sé que hay algo que tengo guardado en algún rincón de la cabeza que él me puede aclarar. Ese fue el principal motivo de querer venir con ustedes. Más todavía que el de matarlo. Eso fue al principio, pero ahora lo único que deseo es que me ayude a recuperar el pasado perdido. Lo necesito, para poder mirar hacia delante.

—No sé, Laura. A veces puede ser mejor dejar los recuerdos enterrados. Si le va a hacer daño…

—Necesito saber cosas. Es como si quisiera recuperar huellas del pasado que parecen borradas. Tal vez si entiendo qué me ocurrió, todo me sirva para empezar desde cero.

—Tal vez. Por otra parte, usted tiene un hijo —dijo Ventura—. Y vamos a ir a recogerlo. Se lo dije.

—Le agradezco la buena intención, pero eso será muy difícil, por no decir imposible. No me conoce de nada. ¿Por qué iba a querer venirse conmigo?

—No sé…, hay que intentarlo. Además, si sus padres son capaces de echar a su hija de casa, no me extrañaría que el nieto esté harto de ellos y deseando cambiar de vida.

—Ya… Pero mi padre hará todo lo posible para impedir que me lleve a mi hijo

—Estamos acostumbrados a tratar con canallas. Y su padre lo es. Así que…

—Me lo pensaré, inspector.

—Solo una pregunta, ¿por qué nos lo ha contado ahora?

—Porque he pensado que ustedes no se merecen que les falte a la confianza que han mostrado hacia mí. Ya no quiero matarlo. Me conformo con decirle a la cara quién soy y que no lo he matado porque no he querido mancharme las manos. Y sobre todo con que me cuente cosas de mi familia que me ayuden a recordar qué fue realmente lo que pasó.

—Ojalá sea una buena decisión. No me gustaría verla sufrir. De todas formas, estaremos a su lado, ¿verdad, Pérez?

—Por supuesto, inspector.

—Tengo esperanzas de que mi reencuentro con ese hombre me ayude a cambiar mi vida.

—Esperemos que sea así.

—Ustedes, sin saberlo, me han ayudado a intentar un cambio. Yo pensaba que todos los hombres eran iguales y ahora sé que hay de todo en esta vida.

Prueba testifical

Paco no se inmutó al ver entrar a Laura con los dos policías en la sala de interrogatorios. Al momento, no la reconoció como la prostituta que había intentado matar sin conseguirlo.

Se sentaron los tres delante del hombre y este los miró con suficiencia.

—¿Qué? ¿Me traen una mujer guapa para ablandarme o tal vez para ofrecerme pasar un buen rato con ella a cambio de que les cuente no sé qué cosa? ¡Qué detalle de la policía! De todas maneras, si me dejan un cuarto de hora con ella, confieso que yo fui el que mató a Manolete

Pérez se abalanzó sobre Paco y lo cogió del cuello.

—¡¿Es que no se puede gastar ni una broma?! ¡Joder, qué poco sentido del humor! —dijo Paco medio atragantado.

—¡La última bromita que te permito, mamón! A la próxima te doy una ensalada de hostias que te vas a acordar de mi toda tu vida.

—Déjelo, Pérez, no se manche las manos con esta basura —dijo Ventura. Pérez soltó al hombre, que hacía esfuerzos por recobrar el aliento—. Veo que no ha cambiado su actitud chulesca. Bien, a partir de ahora, sepa que si no colabora vamos a aportar a nuestro informe al juez su resistencia a confesar por propia iniciativa y su falta de arrepentimiento.

—No me voy a arrepentir de lo que no he hecho, vamos, digo yo…

—Mírame a la cara —dijo Laura con una decisión que sorprendió a los dos policías—. ¡No me digas que no me reconoces!

—Pues no…

—¡¡Mírame!!

—Por más que me grites, no sé quién eres.

—¿A no? ¿No te acuerdas de la rubia del club?

—¿De qué club?

—Del Edén. En Aranjuez. ¿Sabes una cosa? Da igual lo que digas, lo importante es que yo sí te reconozco.

—No sé de qué me hablas. —Paco se dio cuenta de quién era ella, pero se resistía a admitirlo, porque significaría que aceptaba ser el asesino del club.

—Me da lo mismo. Yo sí sé de qué hablo y declararé donde haga

falta que mataste a todos los del Edén y que me violaste antes de intentar matarme, así que date por condenado.

—Por cierto, le advierto que la condena más probable por lo que ha hecho será la de muerte —dijo Ventura—. Aunque todavía le queda una oportunidad para decir toda la verdad y conseguir que le rebajen la condena. Ahora sí lo vamos a acusar y podrá pedir un abogado. Si en su declaración con el abogado, o mejor ahora, lo declara todo, todavía podría ser que tuviese una oportunidad.

Paco se rascaba la cabeza y se daba palmadas en la frente. Estaba perdido, lo sabía. La cosa es que reconocía a la mujer, más por la figura que por el rostro, pero tenía dudas.

«¿Y si no es? —pensaba—. ¿Y si es una tipa cualquiera que han puesto para confundirme? Si acepto conocerla habré caído en la trampa».

—Ahora me va a enseñar las suelas de los zapatos —dijo Ventura —. Empiece por el izquierdo.

—¿A qué viene eso?

—Usted me las enseña y ya le explicaré.

Paco obedeció, un tanto confundido. Primero mostró la suela de su zapato izquierdo. Ventura sonrío afirmando con la cabeza. Sacó la máquina de hacer fotos y tomó varias.

—Mire qué casualidad, el asesino del club el Edén llevaba unas suelas que resultaron ser iguales a la suya y con una raja idéntica.

—Eso será porque usted lo dice.

—No. Eso es así porque tengo fotos de las huellas que dejaron sus zapatos sobre la sangre del suelo.

Paco supo que era inútil seguir negando.

—Remánguese.

—¿Y eso, por qué?

—Porque lo dice el inspector —respondió Pérez—. ¡Que te remangues, coño!

Paco se subió las mangas de la camisa mirando, retador, a Pérez.

—¡Vaya! —exclamó Ventura—. Un símbolo de la Legión. Como el que le reconocieron al asesino cuando fue a urgencias del hospital de Aranjuez.

—¡Joder! Sí, he estado en la Legión y llevo tatuado su escudo. ¿Eso me convierte en un criminal?

—No, pero es un indicio más de que no nos equivocamos. Ya llegarán otras pruebas, como por ejemplo las huellas dactilares que se habrá dejado en el cuchillo. Porque debe saber que el cuchillo lo recuperamos en Santa Elena. Ya sabe, el amigo al que le vendió el coche a cambio de que lo llevara a la estación.

—Lo de las huellas en el cuchillo… —Paco no supo cómo seguir.

—Cuando lleguen los resultados, jugará en su contra no haber declarado la verdad desde el principio.

—De acuerdo, diré toda la verdad. Sé muy bien que unas veces se gana y otras se pierde. A veces me han salido oros en la vida y ahora tocan bastos. No hay más que apechugar. De todos modos, ¿me pueden dar media hora para pensarlo?

—Quince minutos. Te damos quince minutos. Salimos, pero un policía se quedará en la sala, no vayas a hacer alguna tontería.

Salieron de la sala. Laura estaba muy tranquila.

—Laura, ese hombre no parece haberla reconocido, más que como la que se salvó de ser asesinada por él.

—¿Me dejará que le recuerde lo que me hizo hace años cuando volvamos a entrar?

—No forma parte del caso, pero sí que la dejaré. Es más, le dejo que le diga todo lo que le parezca. Desahóguese todo lo que desee.

Paco decide confesar

—Si confieso, ¿me serviría para rebajar la pena? —preguntó Paco cuando regresaron los dos policías y Laura.

—No puedo garantizarle nada, pero lo normal es que el juez tenga en cuenta su confesión espontánea. —dijo Ventura—. Yo, por mi parte, estoy dispuesto a declarar que usted colaboró en todo momento, y eso puede tener un peso a la hora de rebajarle la pena.

—De acuerdo —dijo Paco—, lo confesaré todo. Pero, a cambio, les voy a poner un par de condiciones.

—¡Los cojones vas a poner! —dijo Pérez—. Estás cogido por los huevos, así que confiesa de una vez y déjate de monsergas.

—Déjelo, Pérez. ¿Cuáles son esas condiciones?

—La primera que me traigan una botellita de anís seco Machaquito. Y la segunda que tendrán que oír algunas cosas de la historia de mi vida que explican mucho.

—Lo de la botella no va a poder ser —denegó Ventura—. Me temo que si se la traemos no va a ser capaz de terminar confesión. Lo de contar todo lo que quiera, me parece bien, siempre que no omita lo importante.

——Bueno, al menos no me negará un buen copazo y un purito, ¿no?

—No hay problema.

—Pero no quiero interrupciones. Cuando termine me podrán preguntar todo lo que quieran.

—De acuerdo. Pérez, si no le importa, dígale a alguno de aquí que se agencie esa copa de anís y un cigarro puro. Y que traigan al taquígrafo.

—Allá voy, inspector.

En cinco minutos estaba todo listo.

—Ya puede empezar —invitó Ventura.

Paco comenzó su relato. Tenías ganas de hablar. Creía que explicando cómo había sido su vida, iban a entender lo que había hecho.

Lo contó todo: su niñez en el pueblo, su carácter violento y vengativo con los compañeros de colegio que se habían reído de él, su salida hacia Madrid con dieciséis años, sus andanzas en Sidi-Ifni, las

vicisitudes en el barco de pesca hasta que mató al irlandés, su atraco al banco en Bilbao y el disparo al cajero.

—Así que mató a un hombre en Irlanda, disparó en Bilbao al capitán del pesquero y se confiesa autor del robo reciente en un banco de Bilbao, así como del asesinato del cajero —interrumpió Ventura; se produjo un largo silencio.

—Claro, inspector. Lo acabo de contar.

—Ya suponíamos que el dinero que lleva en la maleta procedía de ese atraco de Bilbao —dijo Ventura.

—Y usted, continúe —dijo Ventura a Paco.

—Pues no entiendo cómo podían sospechar de mí.

—El mismo coche tanto en Bilbao como en Aranjuez.

—¡Vaya! Debí cambiarlo mucho antes. En fin… Después del atraco, me tiré todo el día conduciendo, crucé Madrid y cogí la carretera nacional cuarta. Las dos veces que vi a una pareja de la Guardia Civil de Tráfico, empuñé la pistola, dispuesto a disparar si me paraban. Pero hubo suerte.

»Cuando iba llegando a Aranjuez, vi un club de alterne y no pude resistirme a entrar. Estaba agotado, pero tenía que darle el cambiazo al coche. Además, necesitaba echar un polvo y tomarme unos cuantos cubatas. Bajé del coche y me dirigí al establecimiento. Luego, pasó lo que pasó. Fue una noche de locos.

—Era el Edén.

—Así se llamaba el puticlub, sí señor. Oiga inspector, tengo la boca seca y creo que ahora viene la parte principal de mi confesión. Yo creo que una copita más no me va a hacer daño.

—De acuerdo, la última. Por favor —dijo al taquígrafo—, mire a ver si queda anís por ahí.

—Voy, inspector.

El nombre no tardó ni un minuto en regresar con una copa llena.

—Como decía, fue una noche de cojones, se lo aseguro —prosiguió Paco tras beber un sorbo con fruición—. Les voy a contar todo lo que hice. No me voy a dejar ni un solo detalle. Oiga, inspector, el aguardiente está de puta madre.

—Prosiga.

Paco se sentía dueño de la situación. «¡Joder, tengo aquí a varios policías pendientes de mi vida! ¡La que he liado! Es que soy un tío importante», pensaba.

—¿Me da un cigarrillo? El purito se ha terminado.

—Tome uno de estos —ofreció Ventura.

—¡Vaya! ¡Rubio de los buenos! ¡Como se cuida, inspector! Ventura le dio fuego y Paco aspiró con fruición. Bueno, vamos al lío. Les

cuento.

Paco prosiguió con su relato.

Había varios coches en el aparcamiento y le eché un ojo a uno para cambiarlo por el mío. Tenía las llaves puestas y todo. Estaba cansado y tenía prisa por continuar mi viaje, pero no iba a desperdiciar la ocasión de pasar un buen rato con una *gachí* en condiciones.

Me dirigí a la puerta del local. En el porche, se encontraba un tipo bien vestido con un vaso de algo fuerte con hielo sobre la mesa.

—Buenas noches, amigo —me saludó el del vaso—. Bienvenido al paraíso. Si su intención es conocer una buena hembra, ha dado con el lugar ideal. De lo mejor desde Madrid hasta Ciudad Real, se lo aseguró.

—Buenas noches —respondí—. Supongo que usted es de aquí. Lo digo por la zambomba del recibimiento.

—No se equivoca: soy el dueño. Pase y luego me dirá si llevo o no llevo razón.

No dije ni una palabra más. Crucé el umbral sin vacilar. Tenía ganas y dinero. Así que solo era cuestión de encontrar algo apetecible.

El local estaba casi vacío. Dos tipos, con señales de haber bebido más de lo necesario para pasar a mayores con una hembra, hablaban con una mujer, que reía más de la cuenta.

Una sinfonola, con toda seguridad lo más nuevo y reluciente del salón, reproducía una canción de esas que no se entienden un carajo porque están en inglés o en la madre que las parió.

Había dos *gachís* apoyadas en el mostrador, que me observaban y me hacían muecas sin disimulo. Hablaban entre sí, supongo que decidían cuál me iba a atender, ya me entienden.

Al final, fue la rubia, aquí presente, la que se me acercó, aunque luego las cosas salieron de otra manera.

Cuando la muerte llegó al Edén

Laura vio llegado el momento de hablar.

—Inspector, a partir de aquí, puedo contar algunos detalles que este hombre desconoce o, al menos, exponer mi punto de vista —intervino, muy tranquila en apariencia—. Me gustaría dar mi versión sobre lo que ocurrió, si le parece.

—Claro. Hable, Laura.

—Quedamos en que yo les contaría la historia completa —se quejó Paco.

—Pueden hablar los dos, ¿no le parece? Nosotros no les interrumpiremos hasta que terminen de hablar.

—Si me da el paquete ese de rubio, otra copita de anís y se me permite interrumpir cuando me salga de los cojones, estoy de acuerdo.

Pérez estuvo a punto de levantarse y propinar un puñetazo a Paco, pero Ventura lo detuvo con el brazo y le indicó con un dedo que fuese a llenar la copa.

—De acuerdo. Empiece hablando usted —le dijo a Laura.

—Estábamos en la barra y apareció este hombre. Yo le vi la cara y me dio un vuelco el corazón. Me parecía recordarlo de algo, pero no estaba segura. Era como si surgiera de un rincón de mi cabeza que se encontrara entre sombras.

—Voy a atender al que ha entrado —me dijo Encarni—. A ver qué quiere de beber o si le apetece algo más. Que por la cara de salido que tiene, pienso que sí.

No podía dejar de mirar al recién llegado. Lo conocía, aunque no recordaba de qué. En mi cabeza rondaba la idea de que este hombre tenía que ver algo muy importante conmigo. O, más bien, muy grave. Pero ¿qué era? Tenía que averiguarlo.

—Espera, Encarni, que ya voy yo —le dije a mi compañera.

—De eso nada, Rubi. Me toca a mí —me respondió ella—. No vayamos a empezar.

—¡Vete a la mierda! No te voy a quitar el turno —le dije—. Solo quiero hablar un poco con ese. Le ofrezco la bebida y si quiere algo más te lo mando.

—Vale. Pero no me seas cabrona, Rubi, que estoy tiesa y necesito sacar algo esta noche.

—Te lo repito: hablo con él, le ofrezco una bebida y luego es todo para ti.

—¿Qué pasa? ¿Te ha gustado ese o qué?

—No es eso. Es que creo que lo conozco de hace mucho tiempo. Ya te contaré.

Encarni aceptó. Me acerqué a este hombre y me senté sin preguntar. Saqué un pitillo y me lo puse en los labios.

Él se tocó los bolsillos de la chaqueta e hizo ademán de apresurarse a encontrar un mechero, pero yo me adelanté, saqué el mío, encendí el cigarrillo y me quedé observando aquellos ojos diminutos durante un buen rato. El hombre no parecía decidirse.

Entre el humo del cigarrillo, me entretuve haciéndole muecas y posturas tentadoras mientras él me lo decía todo con una sonrisa boba y signos de aprobación.

—Bueno, guapo —le dije—, ¿qué desea tomar el caballero? Aquí tenemos de todo lo que se te antoje.

—¿De todo? —me preguntó con una sonrisa que mostró unos dientes pequeños e irregulares que me hicieron sobresaltar: aquella boca la conocía de hacía mucho tiempo.

—De todito —le dije yo mientras movía los hombros y dejando que mis dos…, ya saben…, se movieran a uno y otro lado.

—Ya veo —me dijo este—. Pues mira, vengo seco. De beber me refiero, no de lo otro. Así que, para empezar, me vas a poner un *cubata* bien cargadito. Luego ya te diré lo que quiero de postre. ¿Te parece bien?

—Me parece genial, guapo —le dije—. Espera, que te traigo la bebida y luego te cuento el menú de los postres. Tenemos de lo más variado que te puedas imaginar.

—De acuerdo. No tardes, que estoy hambriento. Ya me entiendes… ¡Ah!, y pídete algo para ti.

En un minuto, regresé con dos vasos de lo mismo, solo que uno cargado de alcohol y el otro sin nada más que Coca Cola. Este hombre me agarró con una mano el vaso que le ofrecí mientras con la otra me daba un cachete en el culo.

—Anda, siéntate, *buenorra*, que estás para hacerte un favor.

Me senté, crucé las piernas y cogí con las dos manos su vaso, llevándomelo a la boca. Lo típico en similares ocasiones.

—Tienes unos ojos preciosos. Pequeños, pero bonitos —le dije mientras lo observaba; todo lo que hacía iba dirigido a averiguar quién era este hombre y qué representaba en mi vida anterior.

—No me toques las pelotas, rubia —me dijo él—. Tengo los ojos como un chino. ¡Si lo sabré yo! Lo que sí tengo bonitos son mis

cojones. —Este hombre comenzó a reír a carcajadas; me quedé helada: conocía aquella risa—. ¡Ojos bonitos, dices! ¡Es que me parto! Anda, termínate el cubalibre, o lo que sea, que te voy a dar lo tuyo. ¡Me estás poniendo bueno con el jueguecito del vaso!

—Eso no va a poder ser.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Le toca a mi amiga Encarni. No te preocupes, que está hecha toda una artista. Te lo vas a pasar mejor que bien con ella.

—¡No me jodas! Es que a mí se me ha antojado hacerlo contigo. Y el que paga elige, ¿o no?

—Pues va a ser que no. Ya te he dicho que le toca a ella. Aquí tenemos que respetarnos entre nosotras, ya que no nos respetáis vosotros. Creía que eras un caballero, pero me haces dudar.

—¿Caballero, yo? Bueno…, bien mirado, has acertado: soy legionario. O sea, que sí: soy caballero… legionario.

—¡No me digas! ¿No eres un poco mayor para ser legionario?

—Depende. Soy cabo primero de la Legión y aún no he cumplido los treinta y dos años.

—¡Anda!, ¡Si tenemos aquí nada más y menos que un mando de la Legión!

—Bueno…, tanto como mando…

—¿Y dónde estás destinado?

—En El Aaiún.

—Y eso, ¿dónde queda?

—En el Sahara Español.

—Un poco lejos, ¿no?

—Yo que sé… El Sahara está en su sitio. O sea, donde tiene que estar. ¡Vamos, digo yo!

—¿Y cómo andas por aquí? ¿De permiso?

—Bueno, en verdad ahora voy a alistarme al banderín de enganche de Las Palmas, para pedir que me manden al Sahara. Estuve en la Legión hace unos años y quiero volver.

—¡Vaya, hombre! Así que me estás vacilando. Me parece que eres un poco mentiroso. Ahora resulta que no eres legionario y lo que pasa es que te la quieres dar de machito conmigo.

—¡No me jodas! Ya te he dicho que he sido cabo primero de la Legión durante años. Lo que pasa es que lo dejé por un tiempo y ahora voy a listarme de nuevo. Ser legionario es como ser torero, ¿me entiendes? Cuando has estado en la Legión ya eres legionario de por vida.

—Vale, guapo, lo que tú digas. Si quieres que me crea que vas al Sahara para alistarte de nuevo en la Legión, pues nada, me lo creo y

ya está.

—Es la verdad.

—Que sí. Que te creo. Por cierto, me llamo Laura —lo miré fijamente para ver si reaccionaba—. ¿Y cómo te llamas?

—¡Joder! Me parece cojonudo que te llames Laura ¿Vas a estar preguntándome tonterías toda la noche? Yo vengo aquí a lo que vengo.

—Oye, que si no me quieres decir tu nombre, lo entiendo. Aquí vienen muchos a dárselas de muy hombres y luego resulta que se achantan cuando piensan que la mujer o la novia se pueden enterar de sus aficiones. Tranquilo, que si por algo nos destacamos las putas, es por olvidarnos de los nombres de los que pasan por aquí.

—¿¡Qué miedo ni qué cojones!? ¿¡Es que se va a tener que enseñar hasta el Carnet de Identidad para echar un polvo!? Yo no tengo nada que ocultar a nadie. Mi nombre te importa tres carajos, pero te lo voy a decir. Me llamo Francisco García Menacho. Los que me conocen me suelen llamar Paco el Legionario. O el Lejía a secas. Así que elije el mote que te guste más.

¡Paco! ¡Era Paco! ¡Francisco García Menacho! ¡¡El novio de mi pueblo, de cuando tenía catorce años!! ¡¡El que me dejó preñada y se fue del pueblo!! ¿¿Por su culpa era una prostituta!! Ahora estaba segura por completo.

Le sonreí, aunque mis ojos debían echar fuego. Lo odiaba con todas mis fuerzas: era el hombre que me había arruinado la vida.

Al oír las últimas frases de Laura, Paco no pudo evitar palidecer. De repente, cayó en la cuenta.

—¡¡No puede ser!! ¿¡Tú eres Laura!? ¿¡La del pueblo!?

—Sí. Fuimos novios, o eso pensaba yo. Abusaste de mí, me dejaste embarazada y te largaste del pueblo.

—¿Cómo? ¡¡Joder!! ¡Eso no fue así!

—Mis padres me echaron de casa después de haber tenido al niño y al final terminé en el club donde tú entraste no hace nada. Además, te olvidas de que me violaste y me dejaste embarazada.

Paco se echó a reír.

—Ahora va a resultar que eres tú la que tienes poca memoria. ¿Yo te violé en el pueblo y te dejé embarazada?

—No entiendo a qué te refieres.

—A que eso no es cierto. Bueno, admito que te eché un polvo mientras estabas desmayada en el club, aunque lo cierto es que yo entré allí para lo que entre y tenía derecho. Así que yo a eso no lo llamaría una violación. Lo que sí te digo es que eso de que te violé y te dejé embarazada cuando éramos novios lo debes haber soñado. Es

mentira.

—¡Hay que ser cínico! Entonces, ¿qué fue, según tú lo que pasó?

—Mejor terminas de contar lo del club, o lo terminamos entre los dos, y luego te cuento la verdad sobre tu vida en el pueblo. Parece que no te acuerdas o no quieres acordarte.

Laura continuó su relato; en su interior, una inquietud extraña se iba apoderando de ella.

Como iba diciendo, cuando me dio su nombre supe que era él con toda seguridad. Tenía delante de mí al cabrón que se quitó de en medio y me dejó en el pueblo hasta que tuve al niño y mis padres me echaron de casa. En mi cabeza iba tomando cuerpo una idea que habría sido un gran error de haberla llevado adelante: matar a este malnacido.

—Bueno, te llamaré Lejía, porque lo de Legionario no lo tengo claro —le dije.

—¡Yo no he venido aquí a que me toquen los cojones! —me contestó él.

—¿Ah, no? ¿Entonces a qué has venido?

—Bueno, ya me entiendes… ¡Joder!, ya me cansa toda esta cháchara.

—Anda, no te enfades, guapo, y tómate otra —le dije; pensé que cuanto más borracho estuviera, sería más fácil matarlo.

En ese momento, comenzó a sonar por tercera o cuarta vez en la sinfonola el mismo tema que habían puesto los dos borrachos que estaban con Paca.

—Espera un momento —me dijo—, que ya me están tocando los huevos con la cancioncita de los cojones.

Se dirigió al aparato, sin soltar el vaso, y lo agitó con fuerza. El disco sonó como rayado y la música se cortó de golpe. Se hurgó en un bolsillo del pantalón y sacó una moneda. La echó en la ranura de la máquina y eligió un tema muy famoso de Manolo Escobar.

—¡Ole ahí; con dos cojones! —dijo mientras bailaba con el vaso en la mano a ritmo de pasodoble—. Esto es música y no esas mariconadas inglesas

—¡Eh, que me has quitado mi canción! —gritó uno de los dos borrachos desde su mesa.

—¡Ya está bien de oír mariconadas! —dijo este—. Ahora me toca a mí. ¿Alguna pega?

—No…, ninguna —respondió uno de los borrachos.

—¡Pues entonces a callarse y a oír música como es debido!

Regresó a la mesa.

—¿De dónde eres, guapo? —le pregunté—. Estaba segura de que

era él, pero quise confirmarlo aún más.

—¡Joder, con el interrogatorio! No quieres nada conmigo y no paras de hacerme preguntas —me dijo.

—Bueno, hombre, no te molestes. Te lo pregunto por el acento. Apuesto que eres de Jaén. Es que yo soy de por allí.

—Pues sí, has acertado: soy de un pueblo de Jaén.

De cerca de Despeñaperros, ¿a que sí?

—¡Joder, que sí!

—¿Lo ves? Dijo ella con una sonrisa enigmática y atrayente. ¡Lo sabía!

—¡Joder, rubia, no quiero cabrearme contigo! Te juro que me gustaría echarte un buen polvo —me dijo— ¿No se puede cambiar el turno ese de los cojones? Aquí no entra ni el Tato y ya estoy hasta los huevos de tonterías.

—Vamos a hacer una cosa, legionario. —El apodo se lo dije en tono de burla y supongo que él se dio cuenta; se me acababa de ocurrir una idea para matarlo—. Vete al mostrador a ver a la Encarni, llega a un trato con ella y yo me incorporo enseguida ¿Te parece bien?

—¿De verdad? ¡Joder! Me parece cojonudo, aunque supongo que tendré que pagar el doble.

—Llega a un acuerdo con ella y yo subo después. Conmigo te va a salir gratis la fiesta. Ya te he dicho que me has gustado.

—¿Ah, sí? Pues no me había enterado.

—Los hombres no os enteráis nunca de nada.

—¡De puta madre! Pago la consumición y hablo con la Encarni. ¡No tardes!

—Eso, ve que te está esperando —le dije.

Mientras Paco subía con Encarnación las escaleras, yo me decía entre dientes: «No os enteráis de nada; y tú te enteras menos que nadie, cabrón. Pero antes de matarte te lo voy a contar todo, para que sepas por qué te mato».

Ventura interrumpió a Laura.

—Laura, creo que ha cambiado el cariz de las cosas. Debo interrogarla para conocer algunos detalles acerca de su actuación.

—Pregunte, inspector.

—En primer lugar, ¿qué hizo usted cuando subió Francisco a la habitación con Encarnación?

—Me fui al camarero y le dije que iba a subir a mi habitación a coger tabaco. Paca, la que estaba con los dos borrachos, se enteró y me dijo: «No te escaquees, rubia, que estos dos me tienen más que harta».

»El camarero me dijo que eran casi las doce y me recordó a don

Cándido no le gustaba que abandonáramos el salón si no era con un hombre del brazo en dirección a las habitaciones.

»Yo le dije que regresaba enseguida y subí.

—¿Entró en el cuarto de Encarnación cuando subió? —preguntó Ventura.

—No. Me fui a mi cuarto y cogí un cuchillo. Y después me fui con él a la habitación de Encarnación. Llamé y abrió este asesino. Iba desnudo. Le puse el cuchillo en la barriga y entré. Iba a decirle quién era yo y recordarle lo que me había hecho años atrás, cuando me agarró e intentó quitarme el cuchillo. Lo consiguió y me dio un puñetazo. Debí perder el conocimiento, porque lo siguiente que recuerdo fue verlo encima de mí. ¡Eres un criminal asqueroso!

Esta vez fue Paco quien interrumpió.

—¡Eh! ¡Sin insultar! Si esta mujer me insulta, no cuento nada más. ¡Encima me querías matar por algo que no es cierto! ¡Manda cojones con la puta del carajo!

Ventura se levantó, lleno de rabia, tras dar un puñetazo sobre la mesa; parecía fuera de sí.

—¡Como no respete a Laura, no respondo de mí! ¿Me ha entendido?

—¡Tranquilo, hombre! Lo que tiene que hacer es decirle a ella que no me insulte.

—Le ha dicho que es usted un criminal asqueroso, cosa en la que estoy de acuerdo.

—Y yo le he dicho que es una puta, cosa en la que también estará de acuerdo, ¿no?

Ventura hizo ademán de irse hacia Paco, y lo más probable es que lo hubiera hecho si Pérez no lo detiene.

—Déjelo, inspector, no merece la pena —le dijo mientras lo sujetaba por un brazo.

Laura parecía tranquila, aunque su mirada era preocupante. Si los ojos mataran, Paco ya no estaría en este mundo.

—Laura, continúe. Y usted tenga más cuidado con sus palabras —indicó Ventura, algo más tranquilo.

—Quería matarte sí, aunque no pude —siguió Laura—. Ojalá hubiera tenido más fuerza para conseguirlo. Los demás estarían vivos y tú estarías en el infierno que te mereces.

—¡Joder, las cosas tienen su explicación! ¡No todo es tan sencillo! —dijo Paco—. Si me dejan que siga, se entenderá que no quería matar a nadie. Solo quería echar un polvo. Es más, la culpa la tuvo esta mujer. Si no hubiera entrado con un cuchillo en el dormitorio de la otra, no habría ocurrido nada.

—Pues siga contando y tenga cuidado con lo que dice a esta mujer.

—Pues allá voy —dijo Paco, mientras trasegaba una buena porción de la copa y carraspeaba para aclararse la voz.

Paco continuó explicando su punto de vista sobre lo ocurrido ante los ojos atónitos de los demás. No se esperaban tanta maldad y cinismo concentrados en un ser humano.

Le pregunté a esta mujer por qué me amenazaba. Reconozco que me llenó de rabia que me interrumpiera el polvo con la otra. Ya ni me acordaba de que me había dicho que iba a subir; solo quería terminar, salir de allí, cambiar el coche y largarme para Cádiz.

Forcejeé con ella y conseguí quitarle el cuchillo. Le di un puñetazo con todas mis fuerzas y sentí cómo la cabeza golpeaba el suelo. Estaba sin sentido. Enseguida vi que me corría un hilo de sangre por la mano: me había cortado en el forcejeo.

Me puse de rodillas, apreté con ellas su costado con ambas piernas y levanté el cuchillo, con la intención de clavárselo en el pecho.

Pero la otra, sin esperármelo yo, saltó sobre mi espalda y me agarró el brazo por detrás para evitar que apuñalase a su compañera.

Le di un manotazo instintivo con la mano que sostenía el cuchillo. No pensaba en hacerle daño; solo quería quitármela de encima. La cosa es que le produje una herida en el cuello. La mujer se arrodilló y se dejó caer hacia un lado mientras trataba, en vano, de cortar la hemorragia agarrándose el cuello con ambas manos. Aquello era un desastre: la mujer me salpicó un poco de sangre, ¡joder!

Me levanté y solté el cuchillo sin llegar a clavárselo a esta mujer, vamos a Laura. ¡Joder, a mi antigua novia a la que no había reconocido! ¡Manda cojones! ¡Qué historia!

Me lavé las manos y me vestí. Me peiné con los dedos y miré a las dos mujeres. La de la puñalada se retorcía y se agarraba el cuello inútilmente: la sangre le salía a chorros; estaba claro que estaba a punto de morir. Laura continuaba sin sentido.

Me miré la mano izquierda y el constante goteo me llenó, aún más, de rabia. Iba a salir del cuarto cuando me lo pensé mejor.

«Tengo que acabar con la rubia —pensé—. Me ha visto la cara y le he contado a dónde voy. Pero antes, por mis cojones que voy a rematar lo que he venido a hacer».

Me he comprometido a decir toda la verdad y lo voy a hacer al completo. Así que no se molesten, o al menos no me den otra somanta de hostias por lo que les voy a decir. Les confieso que en el momento de ocurrir todo aquello no era consciente, pero luego, cuando lo pensé con tranquilidad, supe con toda seguridad que ver cómo la pobre moribunda se agitaba mientras se le iba la vida me puso en una

situación de excitación que desconocía hasta entonces: follarme a esta mujer mientras a la otra desgraciada se le iba la vida fue lo máximo.

Me quité los pantalones y le subí el traje. Luego le corté las bragas con el cuchillo y le puse la punta sobre el cuello. Pensaba que se despertaría nada más lo sintiera sobre ella, y acerté: abrió los ojos con sorpresa y comenzó a forcejear.

—¡Cómo te resistas te rajo como a la otra! —la amenacé.

Se quedó quieta, con los ojos muy abiertos, supongo que por el por el pavor y la rabia a partes iguales.

Yo terminé, entre gritos e insultos, lo que había venido a hacer a aquel lugar y me subí los pantalones. Me gusta insultar a las zorras cuando me las follo, ¿para qué les voy a decir otra cosa?

Esta mujer, mi novia de hace tantos años a la que no reconocí, intentaba incorporarse, pero no podía, supongo que a causa del dolor por el forcejeo o por lo que vino después, ya saben.

—¿Sabes qué? —le dije—: me lo he pasado de puta madre contigo, pero te voy a tener que matar.

—¿Por qué? —me preguntó ella en un susurro.

—Porque me apetece darte un escarmiento. ¡¿A qué cojones ha venido que entres aquí y me amenaces con un cuchillo?! —Me miré la mano ensangrentada, con fastidio, y me decidí — ¡A la mierda! —le dije— ¡Te voy a dar matarile!

Les juro que a la otra la había rajado casi por accidente. En ningún momento tuve la intención de matarla. Luego, después de lo acontecido, sentía un deseo irrefrenable de matar.

Sabía que esta mujer, Laura, me podía delatar, pero no era solo eso: deseaba disfrutar la experiencia que se me había presentado sin habérmelo propuesto de antemano. Ella estaba aterrorizada.

—Mira, te voy a hacer un favor —le dije—. No te voy a rajar como a tu compañera. Te voy a pegar un tiro. Si me oyen los de abajo, peor para ellos. Lo siento, puta, pero no voy a dejar un testigo.

Me metí el cuchillo en un bolsillo de la chaqueta, saqué la pistola y le disparé en el pecho. Pensaba que me la había cargado. No sé si ahora me alegro o no de que esté viva. Supongo que sí.

Luego me giré hacía la otra, que seguía viva, con los ojos aterrorizados y la respiración entrecortada.

—A ti te voy a ahorrar la agonía —le dije—. Tómatelo como mi buena obra del día.

Les prometo que lo hice por ahorrarle la agonía. Bueno, por eso y porque tenía ganas de usar el arma, ¡qué cojones!

Ella levantó las manos para protegerse; yo apunté y le disparé. La bala atravesó una de sus manos y se alojó en el pecho. Sin soltar la

pistola de la mano, registré la mesita de noche. Encontré varios fajos de billetes de mil, de quinientas y de cien pesetas. No me hacían falta, pero podría venir bien que se pensara que todo había sido por un robo. Me los guardé en el pantalón y abandoné con toda tranquilidad el cuarto, no sin antes echar un último vistazo a las dos mujeres.

Mientras bajaba, el camarero se acercaba con una pistola en la mano y el tipo que me había recibido en el porche se quedaba un poco atrás, cubriendo las espaldas al otro.

No lo dudé ni un segundo: nada más ver al camarero con el arma en la mano, apunté y disparé. La verdad es que tengo buena puntería, ¿eh?: le acerté en toda la frente y rodó escaleras abajo como una pelota.

Entonces sentí un silbido cerca del oído y vi que el que me había saludado en el porche al entrar me acababa de disparar desde abajo.

Me pitaban los oídos. Sin moverme de la escalera, apunté y disparé dos veces. La primera bala se alojó en el estómago del tipo; la segunda en la cabeza. Terminé de bajar al salón, dispuesto a largarme a toda velocidad de allí.

—¡A tomar por culo! —dije en voz alta—. ¿Dónde están la puta y los dos borrachos de antes? Espero que estéis en una habitación y no me hayáis visto el careto, porque, como os encuentre escondidos en este puto salón, os aseguro que os voy a dar lo vuestro.

Reconozco que estaba disfrutando con la situación. Si no me hubiera llevado a alguien más por delante no me habría quedado a gusto del todo, la verdad. Tenía ganas de rematar la faena.

La mujer que había estado aguantando a los dos borrachos salió, temblorosa, de detrás del mostrador.

—Los dos hombres se han ido corriendo al oír los primeros disparos. Yo no le he visto a usted de cerca. ¡No dispare, por favor! —me dijo la mujer, consciente de que la podía matar por ser testigo de todo—. Por mucho que me interrogue la policía, no sabría darle pistas sobre su cara ¡Se lo juro!

Dudé durante unos instantes.

—Mira —le dije con un sonrisa—, estoy casi seguro de que no me has visto el careto. Pero solo «casi». Además, ya puestos en faena, me apetece hacer ejercicios de tiro. Si no he contado mal, me queda una bala en el cargador. Si tienes suerte y fallo, te salvas; si no, te jodes. Aunque ya te aviso de que estoy en racha y no creo que vaya a fallar.

Disparé y le acerté en la cara antes de que ella pudiera reaccionar.

Luego abandoné el lugar aquel y me dirigí al Simca. Iba tan entusiasmado con lo acontecido que ni me acordé de mi intención de cambiarlo por otro. Arranqué y salí a toda velocidad hacia la carretera

nacional.
Ventura y Pérez estaban asombrados e indignados por el crudo relato; Laura mostraba el mismo terror que debía haber sentido en aquellos terribles momentos Paco, sin embargo, parecía disfrutar con su relato y con la situación.

—Como habrán comprobado, yo no quería matar a nadie. Si esta mujer no hubiera entrado en la habitación de la otra con un cuchillo en la mano y no me hubiera amenazado, habría terminado lo que había ido a hacer a aquel club de zorras y todo habría quedado ahí. Yo solo quería echar un polvo —explicó Paco a los estupefactos oyentes —. Bueno, y también cambiar el coche.

—El único culpable de todas esas barbaridades que estás contando eres tú —dijo Laura—.Yo habría sido culpable de matarte a ti. Ahora me alegro de no haberlo hecho, porque morir no es suficiente para pagar las canalladas que has hecho.

—¡Qué no! ¡No soy un canalla! ¡Son las circunstancias! A tu compañera le di el navajazo por accidente. Luego me calenté y ya está. Eso sí, ya que estoy diciendo toda la verdad, fue una noche de cojones. Me lo pasé de puta madre, sí señor. A los de abajo los tuve que matar. Venían con pistolas. Y la que quedaba abajo… En fin, que no era cosa de dejar testigos.

—Aquí casi termina su confesión; solo falta que nos corrobore que mató a Paca en el Hospital de Aranjuez. —dijo Ventura, cuyo rostro mostraba una mezcla de indignación y rabia mal contenidas.

—Sí, luego vino lo del hospital. A estas alturas, ya saben que quien mató a esa mujer en el hospital fui yo. En todo caso, si hubiera dudas, confieso que lo hice. Salí del club y diez minutos después, aparqué en un descampado. La oscuridad era casi completa. Me fui al maletero y saqué de la maleta un par pañuelos. Me miré la mano y comprobé que seguía igual. »Me anudé un pañuelo lo mejor que pude. Al principio, pareció que la hemorragia iba a menos, pero el pañuelo se tiñó de rojo en poco tiempo. Esto no es nada —me dije a mí mismo—. Me largo a toda máquina para el sur; cuanta más tierra ponga por medio mejor. Pero fue a arrancar el coche y me sentí agotado. No podía con mi alma.

—Pero no lo hizo.

—¿El qué?

—Lo de largarse enseguida hacia el sur.

—Pues no. Pensé que lo mejor era echar antes una cabezada. Al final, no pude dormir por el dolor y, sobre todo, por la preocupación al ver que la mano no dejaba de sangrar. Así que decidí buscar un hospital. Pura casualidad.

—Ya veo.

—En el hospital vi llegar la ambulancia que traía a las dos mujeres heridas y de esa manera fue como rematé la jugada en el hospital. Bueno, casi la rematé. Porque está claro que dejé un cabo suelto: Laura Kobler, mi antigua novia, aquí presente.

La terrible verdad

—De acuerdo, Francisco. Ahora solo queda que firme esa confesión.

—Por supuesto que lo haré. Con mucho gusto. Supongo que no habrán encontrado en toda su vida de policías una historia como la mía. Me reconocerán que soy la leche, ¿no?

—Prefiero no opinar sobre usted. Firme y acabemos con esto. Vaya haciéndose a la idea de que si no lo condenan a muerte, le va a caer una buena condena. Así que ya tendrá tiempo en la cárcel de pensar en las maravillas que ha hecho en su puñetera vida.

—A ver, traigan esos papelotes. ¿Dónde hay que firmar?

Paco empezó a firmar cada hoja de la declaración, pero lo interrumpieron las palabras de Laura.

—Quiero decir algo —comentó Laura—. Inspector, usted y el agente Pérez han venido tras este hombre porque tenían que cortar el rastro mortal que ha ido dejando; yo, sin embargo, tenía otros motivos para pedirle que me dejaran acompañarlos.

—Servir como testigo, ya que lo conoce y vio gran parte de lo que hizo en el club —dijo Ventura.

—En el fondo eso era secundario. Lo que yo deseaba con todas mis fuerzas era volverlo a ver para que me recordara cosas de mi pasado. Paco, sé que me violaste, me dejaste embarazada y me abandonaste. La verdad es que lo tengo todo como en medio de una niebla en la que solo veo sombras, pero nada está claro. Ahora, al decir que nada de eso es cierto, quiero que me digas todo lo que sabes sobre mi pasado. Ta vez consiga recordar.

—Antes se me pidió la verdad y aquí la tenéis escrita, ¿no? Pues ahora la vas a tener tú. No te voy a negar que, por aquel entonces —igual que ahora, en realidad— mi mayor deseo era darme un buen revolcón con todo lo que llevase faldas. Bueno, que llevase faldas y a ser posible tuviese menos de veinte años. No había manera: cada vez que me acercaba a una chica, esta me rechazaba. Parecía que todas se sabían de memoria lo que yo quería. Las muy zorras tendrían ganas de pasárselo bien conmigo, pero sus familiares las tenían bien avisadas.

—Entonces, ¿Por qué acepté yo, si se puede saber? ¿Cuál es tu versión?

—Tú aceptaste que saliera contigo y al principio no entendí el porqué. Pero pronto me di cuenta de que lo que querías era salir del pueblo y quitarte a tu padre de encima. Lo supe un día que él me cogió solo en la calle. Me contó lo que hacíais tú y tu padre.

Laura se quedó blanca, con los ojos muy abiertos en una expresión de horror y desagrado extremos.

Paco mostraba una sonrisa terrible. Disfrutaba con la situación.

Ventura y Pérez se sentían muy incómodos.

—No entiendo nada. ¿A qué te refieres con eso de «lo que hacíais tú y tu padre»? —preguntó ella, turbada.

—Me extraña que no lo recuerdes. Si quieres lo digo, pero te advierto de que es algo muy duro. Hasta a mí me da grima recordar la conversación que tuve con tu padre. Porque si yo soy un *hijoputa*, él es el rey de los *hijoputas*, no sé si me explico.

—Laura, si lo desea, hago callar a este tipo. Se trata de que usted le diga lo que desee, no de que él la martirice con recuerdos que no le harán ningún bien.

Laura se encontraba en un estado tal de turbación que parecía petrificada. Pero negaba con la cabeza.

—Pues lo voy a decir todo. ¡Al carajo! Si no me dejan contar la historia esta de mierda, no termino de firmar la confesión de antes —dijo Paco con una sonrisa cruel.

—Y si no firmas, le parto la cara —dijo Pérez—. Así que…

—Pues empieza ya con tus bofetadas. Porque no voy a firmar nada si no termino esta charla con Laura. Ella quiera decirme cosas. Pues tendrá que esperar a que yo le diga la verdad. ¿No es eso lo que me han pedido desde el principio: que diga toda la verdad?

—Habla de un vez —dijo Laura.

—Aquel día, tu padre me dijo que no consentía que un macho tocara a su hija. Así como lo cuento. Que tú eras de él y que habíais sido muy felices en la familia hasta entonces. Yo entendí enseguida a qué se refería.

—¡¿Qué patrañas son esas?! —dijo Laura visiblemente excitada.

—Le pregunté cómo era posible que un padre hiciera eso con su hija y él se justificó con que la niña —o sea tú— se le insinuaba constantemente, que desde pequeña lo miraba con un desparpajo que no daba lugar a dudas y que se contoneaba delante de él para hacerlo sufrir. Que él la quería con locura, pero era una puta.

—Paco hablaba muy despacio. Se recreaba en cada frase y en el efecto terrible que producía su relato en Laura.

—¡¡¿Qué dices?!! —exclamó la mujer— ¡¡¡Eso es mentira!!! Si fuera cierto, lo sabría.

—Entonces comprendí por qué salías conmigo cuando todas las chicas del pueblo me rehuían: querías irte del pueblo conmigo para librarte de tu padre.

Laura rompió a llorar, en silencio. Un ligero temblor en los labios y la mirada perdida preocuparon a Ventura.

—Mentira, mentira, mentira… —repetía una u otra vez, en voz baja.

—Mire, déjelo ya. Ya ha quedado claro que el padre de esta mujer era un indeseable —dijo Ventura—. No es necesario que continúe.

—Bueno, termino. No quiero abusar de ustedes. Lo que quiero es que quede claro que a quien debería querer matar esta mujer es a sus padres y no a mí.

—Todo es mentira —seguía murmurando Laura.

—Juro que lo que digo es toda la verdad. La cosa es que el padre me dijo que, desde hacía poco, tenía sospechas de que su hija había quedado embarazada. Por supuesto, de él. Me amenazó y me ofreció cinco mil pesetas a cambio de que me largase del pueblo, no sin antes comentar a todos los que pudiera que había sido yo la que la había dejado en estado.

—Todo eso es mentira. ¿Cómo puedes decir esas cosas?

—De eso nada. Es la verdad. Tu padre me dijo que, últimamente, le habías amenazado varias veces con un cuchillo y te negabas a que se acostara contigo. Yo tenía que largarme y así dejaba a salvo su honra con lo del embarazo.

—Mentira, mentira, mentira… —Laura continuaba su retahíla mientras mecía el cuerpo hacia delante y hacia atrás.

—¡Verdad! —continuó Paco—.Yo le pregunté si la madre había permitido todo aquello. Ya saben ustedes que una madre, cuando se trata de defender a un hijo, es capaz de todo. ¿Saben qué me dijo? Que la madre estaba al corriente de todo, que estaba celosa de la niña y que la consideraba una puta por haber pervertido a padre.

Laura dejó caer la cabeza hacia abajo y se quedó en silencio. Parecía haber perdido el sentido por completo.

Ventura se acordó de la medicina. La llevaba en el bolsillo.

—¡¡Que alguien traiga un vaso de agua!! —gritó.

Pérez apareció en nada con el vaso, pero Laura se negó a tomársela, pues tenía como una pelota en la garganta y sabía que no le entraría nada.

Paco, sonreía satisfecho. Más que el hecho de mostrarse como el menos culpable de la situación de Laura o de su mala vida de años, lo que le hacía sentirse bien era ver el daño que le estaba infringiendo a la que había intentado clavarle el cuchillo.

—Bueno, con esto ya tenemos bastante. Termine de firmar la confesión.

—De acuerdo. No diré nada más. Solo añadiré que nunca la toqué mientras fuimos novios. Y si lo hice en el club, sin saber que era ella, lo doy por bien empleado, porque, bien visto, me lo debía.

Pérez se fue para Paco y le propinó un puñetazo en la boca que lo tiró de la silla. Se subió encima de él y empezó a abofetearlo con todas sus fuerzas.

—¡Pérez, déjelo ya, que lo va a matar y le va a evitar que pase el resto de su vida en prisión, lamentándose de ser tan cabronazo y malnacido! Además, ahora lo importante es atender a Laura.

Pérez se levantó, sudoroso.

—Lleva razón, inspector. Lo siento.

—¡Coño!, me piden que diga toda la verdad, lo hago y me pegan unos *hostiazos* de cojones. ¡Si lo llego a saber no digo nada! —Paco era muy fuerte y encajó bien los golpes, aunque la cara la tenía echa un desastre; además, la satisfacción de haber causado dolor a Laura y comprobar su estado superaban al dolor de los puñetazos recibidos y lo compensaban con creces: estaba satisfecho.

—No recuerdo haber visto una mierda de individuo como este en mi vida.

—Ni yo. Ande, saque de aquí a Laura. Esto se ha terminado. Voy a llamar al comisario principal para comunicarle que el caso está resuelto y que le indique al juez que corresponda para que se haga cargo del asunto y metan a este hombre en prisión hasta que llegue el juicio.

Cuando Laura salió con Pérez, Ventura le hizo una última pregunta a Paco.

—Hay algo que no he entendido bien. Dijiste que la intención de Laura al hacerse novia tuya era que la dejases embarazada y la sacases del pueblo, pero luego has afirmado que nunca la llegaste a tocar. Alguna de las dos cosas no es cierta.

—Lo son las dos. Ella quería que nos casásemos y nos largásemos de allí; por otro lado, me decía que hasta que no le prometiese que accedía a casarnos no me dejaría que me la beneficiara, ya me entiende. Yo entonces era muy inocente y no me parecía bien prometerle algo que no iba a cumplir. Bien visto, me comporté como un gilipollas. Ya sabe el dicho: «Prometer hasta joder, y, una vez jodido, nada de lo prometido».

—Es usted una alimaña.

—Encima de que he colaborado en todo y de los guantazos que me ha dado su compañero, ahora tengo que aguantar sus insultos. En fin,

ya tienen mi confesión. He matado a un hombre por accidente en Irlanda, he robado la Caja de Ahorros de Bilbao y matado al cajero, cosa que él solito se buscó y no fue culpa mía, y he estado en ese club de la nacional cuarta y maté a varias personas, también por accidente.

—Eso ya se lo explicará al juez cuando toque. Pero ya le adelanto que no se lo cree ni usted.

—Pues yo creo que ha quedado claro que tuve mis motivos. El irlandés se abalanzó sobre mí y se puede decir que fue él quien se clavó el cuchillo que yo tenía en la mano. Por otro lado, si el cajero no hubiera sacado una pistola, estaría ahora con su familia y todos tan contentos.

—¿Y el capitán del pesquero?

—Ese era un hijo de puta que se merecía un escarmiento. Aunque va a tener que preguntar a sus jefes. Lo digo porque es probable que no lo haya matado.

—¿Y a los cuatro que mató en el Edén? ¿Qué excusas tiene para eso?

—Pues está muy clarito, inspector. Lo he repetido no sé cuántas veces. Si esta mujer no hubiera entrado con un cuchillo, en la habitación donde yo estaba con la otra, no habría forcejeado con ella y no habría matado a su compañera y todo lo que sucedió después. No podía dejar testigos, como usted comprenderá.

—Mire, si hubiera degollado a Encarnación por accidente, no había necesidad de rematarla luego con un disparo. Así que no tiene excusas. ¿Acaso intentó cortar la hemorragia o ayudar a la mujer? No, lo que hizo fue rematarla y luego acabar con todos. Solo que ha tenido mala suerte: Laura está viva y lo vio. Además, ¿usted se cree que matar a alguien para que no sirva de testigo en su contra es justificable?

—¡Hombre, no lo será para usted, pero para mí sí! De todos modos, admito que me equivoqué. Aunque sigo sin entender por qué tuvo que entrar Laura en la habitación con la intención de matarme.

—Bien, creo que podemos dar por finalizado el interrogatorio.

Unos minutos más tarde, Ventura informaba al comisario principal Sánchez:

—Jefe, lo llamo desde la comisaría de Las Palmas. El tipo ha confesado. Si se retracta cuando tenga un abogado, yo me presentaré como testigo.

—¡Hombre, Ventura, enhorabuena! ¡Buen trabajo! ¡Parecía imposible!

—Pues sí, jefe. Sin la testigo, lo habría sido.

—Bueno, pues ya te puedes venir para Madrid. Ya sabes, nunca

faltan crímenes por resolver.

—Verá, jefe, de momento, no voy a regresar.

—Sin problema. Si quieres pasar unos días en las islas me parece bien. Te lo tienes bien merecido.

—No es eso. Quiero pedir unos meses de licencia por asuntos propios y luego ya veré si pido una excedencia. Quiero ayudar a esta mujer y necesito tiempo.

—Joder, Horacio, aunque te necesitamos aquí, no te puedo negar lo que me pides, entre otras cosas, porque tienes derecho a hacerlo. En todo caso, espero que no perdamos el contacto.

—Claro que no. Una cosa son los jefes y otra que estos sean amigos.

A un paso de morir

Continuaron su estancia en Las Palmas durante unos días. Lo primero, para descansar de las tensiones anteriores y dormir algo de lo que llevaban atrasado; lo segundo por si el comisario de policía de la ciudad los necesitaba.

Después de las terribles declaraciones de Francisco García Menacho, Laura parecía tranquila. Tal vez demasiado ensimismada. Ventura estaba preocupado porque se temía que la noticia relativa a los abusos que había sufrido por parte de su padre la podía afectar a corto plazo. No sabía si hablar con ella o dejarlo correr. Una vez finalizado el caso, Ventura tenía más interés que nunca en ayudarla y en convencerla para que se fuera con él a Madrid.

Una mañana, mientras desayunaban, después de que Pérez se despidiera de ellos para dar un paseo por el puerto, Ventura intentó tantear el estado de la mujer y sus intenciones.

—Laura, esto se ha terminado. El caso está resuelto. Espero que le haya servido de algo habernos acompañado —dijo el inspector.

—Bueno, está terminado para ustedes. Para mí, me temo que todavía me queda enfrentarme con cosas muy desagradables. Yo quería reencontrarme con mi pasado y comprender algunas cosas. Pero la verdad es que estoy hecha un lío. Hay algo que me dice que ese hombre ha dicho la verdad, pero no consigo encajarlo en mi cabeza. Supongo que lo importante es que el asesino va a estar entre rejas durante muchos años.

—Eso seguro. Si no lo condenan a muerte. Aunque el hecho de haber confesado juega a su favor en ese sentido.

—Ya…

—Mi preocupación ahora es saber si le ha servido de algo encontrarse con el asesino. Vamos…, con su antiguo novio del pueblo.

—Vera, inspector…

—Perdón por la interrupción, pero le quiero decir una cosa antes de que siga. El caso ya está terminado y ya no somos «el inspector y la testigo», sino dos amigos. Preferiría que me llamase Horacio. O Ventura, como prefiera. Si a usted no le importa considerarse mi amiga, claro.

—Claro que no me importa. ¿Cómo no le voy a considerar un

amigo después de todo lo que ha hecho por mí? De acuerdo, le llamaré Horacio.

—Perfecto.

—Bueno, sobre lo que me pregunta, no sé qué decirle. Yo tenía en la cabeza desde que salí de mi casa que todo lo que me pasó después tenía un culpable y ese culpable era mi antiguo novio. Le juro que lo que yo recuerdo es que me dejó embarazada y que luego se largó del pueblo. Y de que, por ese motivo, mis padres me echaron de casa meses después, cuando tuve al niño.

—Si ve que la incomodo no sigo, pero no puedo evitar preguntarle si recuerda que haya algo de cierto en lo que dijo ese malnacido acerca de su padre y usted.

—Nada. No recuerdo nada de eso. Por una parte, quiero pensar que Paco ha mentido para hacerme sufrir; por otra tengo la convicción de que ha dicho la verdad. De todos modos, me inquieta solo pensarlo y preferiría que no me vuelva a tocar ese tema por ahora.

—Por supuesto, Laura. Yo creo que ahora lo principal es que vaya a un especialista. Ya sabe, un sicólogo o un siquiatra. No cabe duda de que ha sufrido mucho y eso la puede ayudar a recuperar la memoria de una vez.

—¡Es que no sé si quiero! Me uní a ustedes porque quería recuperar las huellas de un pasado que tengo escondido en alguna parte de la cabeza, y ahora que intuyo lo que ocurrió pienso que lo mejor es que todo siga como está.

—La entiendo. Sin embargo, creo que lo mejor es que un especialista esté al tanto para ayudarla.

—Será como usted dice, Horacio, pero no quiero saber nada de todo aquello. De verdad, le ruego que no me insista. Solo quiero tener un margen para pensarlo y luego decido.

—De acuerdo, Laura. Por ahora, asunto zanjado. Quería hacerle una pregunta. ¿Se ha decidido respecto a la oferta que le hice acerca de acompañarme a Madrid y quedarse al menos un tiempo en mi casa? Bueno…, o mejor en la de mis padres, si no ve bien lo anterior.

—No tengo a dónde ir y no quiero caer en lo de antes. Por otra parte, no quiero ser una carga. Además, perdóneme, pero, como hombre que es, desconfío de su ofrecimiento.

—Laura, no todos los hombres somos iguales. Además, ¿es que un hombre no puede ser un amigo de una mujer?

—Que yo sepa, y por la experiencia que tengo, no.

—Pues se equivoca…

—Horacio, yo sé lo que usted siente por mí. Y al final, todo termina de la misma manera. Yo no le convengo, ni por posición

social ni por mi vida.

—Eso son paparruchas, Laura. ¡A ver si voy a tener que disfrazarme de mujer para que aceptes mi ofrecimiento!

Los dos rieron juntos por primera vez desde que se conocieron.

—Tampoco te pido tanto, hombre…

Ventura acarició de modo instintivo el cabello de Laura.

—¿Tú me quieres?

—¿Qué?

—Me has oído muy bien. Te lo pregunto de otra manera. ¿Me quieres, aunque sea un poco?

—¡Por Dios, qué pregunta! Es muy difícil no querer a alguien como tú. Con todos los palos que me han dado en la vida, ¿cómo no te voy a querer? Solo que creo que no te convengo. Al final te sentirías defraudado. Además, con tu posición, no habría nadie que entendiera que terminases emparejado con una…

—¡No sigas! Bueno, algo es algo. Vamos a ver, no te voy a pedir nunca jamás nada. Te vienes a casa de mis padres, te sometes a un tratamiento, si no para recordar, al menos para ayudarte a sentirte mejor, y cuando pasen un par de meses, si decides marcharte, te vas y punto. ¿Aceptas?

—No tengo a dónde ir y eres una buena persona. Así que no te puedo decir que no.

—¡Trato hecho! Ahora mismo llamo por teléfono al aeropuerto, pregunto por los horarios y reservo tres billetes.

—Voy a subir a ducharme y a echarme un rato. Esta noche no he dormido muy bien. Tengo que pensar, estoy hecho un lío.

—Después de todo lo ocurrido, es normal que te haya costado dormir. Luego nos vemos, Laura. Si te parece bien, a las dos.

—De acuerdo. Hasta las dos.

La amnesia es un trastorno difícil de entender. Algunas personas nunca logran romper las barreras que les impiden reconstruir su pasado perdido. Otras veces, los recuerdos vuelven. En otros casos, como el de Laura, el olvido persiste durante un largo período de tiempo, y los recuerdos traumáticos reaparecen de repente, y con ellos conflictos que el cerebro escondió.

Llegó la hora de comer y Laura no bajaba al comedor del hotel. Ventura llamó a la habitación varias veces, pero no lo cogía.

—Se debe haber quedado dormida —comentó Pérez—. Después de los últimos acontecimientos, debe estar agotada.

—Eso debe ser. Pero me parece raro. Nunca llega tarde cuando quedamos a una hora.

—Podemos acercarnos por la habitación y llamar a la puerta, ¿no?

—Me parece bien, Pérez. Vamos allá.

Llamaron repetidas veces y no obtuvieron respuesta del interior.

—Esto me empieza a preocupar —comentó Ventura—. Creo que deberíamos pedir a conserjería que alguien nos abriese la puerta. No será nada, pero…

Laura se encontraba en el baño, el agua estaba teñida de sangre y parecía dormida. O muerta. Si se había practicado los cortes en las muñecas nada más subir, había tiempo más que de sobra para que no le quedase ni una gota de sangre en el cuerpo.

—¡No la tenía que haber dejado sola! —dijo Ventura—. ¡¡Pérez, llama a una ambulancia de inmediato!!

—Ahora mismo, inspector.

Ventura sacó a Laura de la bañera y la depositó sobre la cama. Luego le tapó el cuerpo desnudo con las sábanas. Miró sus muñecas. Por suerte, los cortes que se había efectuado no eran muy profundos.

—Señor, traigo vendas ahora mismo —dijo el mozo que había abierto la puerta.

—Sí. ¡¡Dese prisa, por Dios!!

Cuando se quedaron solos, se puso a besar la cara lívida de Laura.

—No te tenía que haber dejado sola —susurró.

Laura llevaba dos días en el hospital y se encontraba, en el aspecto físico, muy recuperada. Tanto Ventura como Pérez resultaron tener sangre del grupo «0» y se prestaron desde el principio a donar sangre para ella.

Otra cosa era el lado moral y anímico: Laura estaba destrozada. En la habitación del hotel, después de haberse dado una ducha y haberse acostado para descansar un poco, de repente, lo vio todo como si acabara de suceder. Su padre había abusado de ella una y otra vez desde que era muy pequeña.

Cuando supo que se había quedado embarazada, se negó a aceptar que lo intentara y lo amenazó en varias ocasiones con un cuchillo de cocina. Aquello había sido la razón por la que la echó de casa. Todo lo que había dicho Paco era cierto.

Se quedó tan hundida que ni siquiera tuvo fuerzas para escribir una nota.

En el último momento, cuando se estaba quedando dormida y ya nada le importaba, tuvo un pensamiento para Ventura:

«¡Qué lástima no haberlo conocido antes».

—Bueno, ¿cómo está la chica más guapa de este hospital? —preguntó Pérez con un ramo de flores en la mano y tratando de mostrarse afable y feliz.

—Casi bien, Pérez. Si quitamos que ahora sé que toda mi vida ha

sido una mierda, que sigo deseando morirme y que no tengo ni un apoyo al que asirme…, podría decir que estoy bien.

—Lo del apoyo no te lo consiento, Laura. —dijo Ventura—. Nos tienes a nosotros. Y lo sabes.

—Ya…, pero vosotros no deberíais estar cerca de mí. Si continuáis intentando lo imposible os haréis daño. O yo os lo haré. Soy una prostituta desde que mi padre no me enseñó otra cosa que a hacerle todo tipo de marranadas. Recuerdo que el día de mi primera comunión y muchos después no pude dormir al pensar una y otra vez que estaba condenada al infierno por haber tomado la hostia en pecado.

—¿Qué pecado? Eras una niña —dijo Ventura—. El despojo humano lo es tu padre, Laura. Tú no podías hacer nada.

—Dicen que siempre se puede hacer algo. Podría haberme negado o habérselo dicho a alguien.

—No es cierto. No deseo que hables más de todo esto porque solo te hace daño. En cuanto te den el alta, tenemos que ir a un siquiatra y a un sicólogo para que te ayuden a superar esto.

—Nunca lo superaré. Estoy destrozada.

—Pero ¿qué quieres?, ¿hacernos daño también a nosotros?

—Yo qué sé… No… No me gustaría. Bastante daño he hecho ya.

—¿Tú? ¿A quién le has hecho daño, tú? Te lo han hecho a ti.

—Si no hubiera intentado matar a mi antiguo novio en el club, los demás estarían vivos, ¿te parece poco daño? Encarni y Paca eran lo único que tenía en este mundo. Discutíamos, nos peleábamos a veces, pero éramos como hermanas.

—Pues ahora nos tienes a nosotros.

Laura aceptó una sesión con el siquiatra del hospital, antes de que le diesen el alta médica. No era lo habitual, pero puso como condición que la acompañara Ventura, y el siquiatra aceptó.

Durante las dos horas largas que duró aquella sesión, la mujer no soltó las manos de Ventura nada más que en aquellas ocasiones en las que cogía un pañuelo para secarse las lágrimas.

El doctor le indicó que necesitaba un apoyo personal de alguien que no la dejase sola hasta que se encontrara mejor. Le aseguró que era imprescindible que se sometiera a sesiones frecuentes con un siquiatra de confianza, que la derivaría a un sicólogo cuando llegase el momento.

Sería largo y doloroso, pero no había otra opción que tomar cierta medicación, tal vez sesiones de hipnosis y una larga temporada de sicoterapia.

Todo sería muy difícil si no contaba con un respaldo de alguien

querido.

Por otro lado, lo más probable es que se tuviera que enfrentar en persona a su familia si quería despejar todas las dudas. Era probable que todavía guardase algún recuerdo escondido y necesitase rememorarlo para que le sirviese en su recuperación definitiva.

—No tengo a nadie, doctor. Estoy sola.

—Bueno, Laura, por lo que veo no es así, el señor Ventura parece dispuesto a no dejarla bajo ninguna circunstancia, ¿no es así?

—Por supuesto, doctor. Ella puede contar conmigo. No la dejaré hasta que se harte de mí por encontrarse bien del todo.

El mismo día que le dieron el alta médica, a las cinco de la tarde, Laura y los dos policías tomaron un avión con destino a Sevilla.

Durante el viaje, en voz baja, Horacio y Laura hablaron del futuro inmediato.

—Lo tenía como dormido, Horacio. Era algo que estaba ahí, como un secreto que me guardase a mí misma. No sé si me explico.

—Claro que te explicas. Supongo que es natural. Yo tenía pensado ir a recuperar a tu hijo, pero ahora creo que lo más indicado es que esperemos un tiempo a que te recuperes antes de iniciar nada para recuperar al chico.

—Me gustaría tener valor para enfrentarme a mis padres y echarles en cara todo el daño que me han hecho. Pero ahora no puedo. Quiero a mi hijo conmigo, aunque lo mismo él no lo desea. Es todo tan complicado…

—Claro. Primero tienes que ponerte bien. Y eso tardará un tiempo. Luego, iremos a hacer una visita a ese monstruo que figura como tu padre y nos traeremos a tu hijo.

—No sé si lo mejor para mi hijo será estar conmigo.

—Lo que no debe ser bueno es que esté con ese degenerado. Yo creo que no debes renunciar a recuperar a tu hijo. Sin embargo, antes te tienes que ocupar de restañar esas heridas que tienes en tu interior. Ahora lo que tienes que hacer es vivir sin agobios.

—Supongo que sí.

—Mira, Laura, tienes que someterte a terapia. Después, cuando te restablezcas del todo, pase el tiempo que pase, iremos a ver a ese monstruo

—Esa terapia debe ser cara.

—A mí me sobra el dinero, y para algo están los amigos.

—No te ofendas, no quiero ayudas de un hombre.

—¿Otra vez con lo mismo? No soy «un hombre», sino un amigo.

—Laura, me ofrezco a ir a tu pueblo, darle una somanta de palos a tu padre y traerme a tu hijo —intervino Pérez.

Laura y Ventura rieron de buena gana.

—¡Tú y tus métodos, Juan! —exclamó Ventura, tratando de mostrarse serio. Ya va siendo hora de que cambies.

—Bueno, inspector, en esta ocasión, creo que tampoco me he pasado demasiado. Ese hombre se merece un buen escarmiento. Yo me despacharía a gusto con él y ya luego estaría dispuesto a probar con sus procedimientos.

Después de recoger el coche en la sala de autoridades del aeropuerto de San Pablo, Ventura llevó a Pérez hasta su casa de Madrid, donde se despidieron.

—Mañana nos vemos a las ocho en mi despacho. Quiero que informemos los dos juntos. Luego iré a tramitar un permiso por asuntos propios. Lo necesito para ayudar a Laura. Ha sido un placer para mí conocer a un héroe de la División Azul, Pérez.

—¿Está de cachondeo? Querrá decir a un viejo charlatán, inspector.

—Bueno, te acepto lo de charlatán, pero me ratifico en lo de héroe. A partir de ahora que sepas que tienes un amigo en la Dirección General de Seguridad. Aparte del director, claro. Ya tienes el teléfono de mi casa y también el de mis padres. Cualquier cosa que necesites, ya sabes. Y no me tutees más, ¡joder!

—Lo mismo te digo, inspector. No me refiero al tuteo, que ya te lo has tomado por tu cuenta, si no a que tienes un amigo.

Se dieron un fuerte abrazo y luego Pérez se volvió hacia Laura, haciendo aspavientos con los brazos. Le daba cierta vergüenza abrazarla, pero deseaba hacerlo. Al fin, fue ella la que le dio dos besos, que lo llenaron de rubor.

—Laura, hágale caso al inspector. Ya sé que es un inocentón y que usted le da cien vueltas, pero también sé que es la mejor persona que he conocido en muchos años y que usted, conociéndolo, será incapaz de aprovecharse de él. Así que, si él quiere ayudarla, no se lo niegue.

Ella afirmó con la cabeza.

—¡Eres la leche, Pérez! Me vas a emocionar y todo —dijo Ventura.

—Inspector, yo seré muy parlero, pero digo siempre lo que pienso con la mayor sinceridad. Y no me suelo equivocar con las personas.

Lo peor estaba por llegar

Horacio Ventura se presentó en casa de sus padres acompañado de Laura.

—Hijo mío, qué alegría me da verte! Estás hecho todo un descastado —dijo la madre mientras se lo comía a besos—. Anda, dame todos abrazos que me debes, que son muchos, y preséntanos a esta chica tan guapa.

—Esta es Laura Kobler, una amiga.

—Vaya, hijo, tengo que admitir que tienes buen gusto —dijo el padre—Encantado de conocerla, señorita. Ya era hora de que te echaras novia, Horacio.

—Os he dicho que es una amiga, papá.

—Ya, ya. Pues es la primera vez que traes una amiga a casa. En fin, lo veo bien —dijo el padre—. Hay que ir despacio. Luego, ya se verá.

—Espero que os quedéis a comer —añadió la madre.

—Claro que sí, mamá, nos quedamos. De hecho, voy a estar por casa bastante a menudo. Voy a pedir dos meses de licencia por asuntos propios —dijo Ventura mientras abrazaba a su madre de nuevo y la besaba tras cada palabra—, así que me vais a ver por casa todos los días, al menos durante una temporada.

—Estupendo, hijo. En cuanto tu madre te haga unos cuantos guisos de esos que te gustan, pides la excedencia y te vuelves a vivir a casa.

—Pues no te creas, que lo estoy pensando. Me refiero a lo de la excedencia, no a lo de vivir en casa. Me apetece probar con el trabajo de abogado, padre. Me gustaría dedicarme a temas relacionados con ayuda a mujeres maltratadas y cosas de ese tipo.

—Hijo, en esta España que tenemos, dedicarse a eso sería una ruina. Ya sabes que nosotros no nos metemos en política y que eso es lo mejor que se puede hacer. A nadie se le escapa que el régimen defiende que las mujeres deben ocupar su lugar en la sociedad, como madres y amas de casa, y su principal obligación es aceptar sin excusas la autoridad del marido. Así que, cuando alguna se lleva un bofetón o cosas peores, se calla la boca y no recurre a abogados.

—Pues habrá que ir cambiando eso, ¿no?

—Mientras no cambie el régimen…

—Bueno, algo habrá que hacer.

—Mejor no seguimos hablando del tema. Mientras nos dure el caudillo, no hay nada que hacer.

—Bueno, papá, ¿aceptarías que trabajase para el gabinete para dedicarme a defender a mujeres que sufran abusos y personas con pocas posibilidades económicas que sufran injusticias. ¿Sí o no?

—Claro que acepta, hijo —dijo la madre—. ¿Cómo no va a aceptar, si la ilusión de toda su vida es que heredes el gabinete?

—De acuerdo. Ni puedo contigo ni puedo con tu madre. Acepto con la condición de que también lleves otros casos más lucrativos para compensar las pérdidas o ganancias casi nulas de los otros que me propones.

—De acuerdo. En ese caso, cuando termine la licencia pido un año de excedencia y me incorporo ya mismo al gabinete.

—¡Esto hay que celebrarlo, hijo! —dijo la madre.

—Claro. Mañana nos vamos a comer a un buen restaurante.

—Yo me encargo de reservar —dijo el padre—. Para cuatro. Porque Laura vendrá, ¿no?

—Sí, claro. Aparte de lo anterior, tengo que pediros algo que es muy importante para mí.

—Lo que quieras, hijo.

—Laura es mi amiga, como ya os he dicho. Y los Ventura no abandonamos a los amigos, ¿no es así, padre?

—Amiga. Ya. ¡Por supuesto! —dijo el padre—. ¡La duda ofende!

—Necesita un techo y no estaría bien visto que se viniera a mi casa.

—Ya sé por dónde vas, hijo —dijo el padre—. Tenemos varias casas vacías aquí, en Madrid. No hay problema. Escoge la que quieras.

—No. Tiene que ser aquí. Laura no debe estar sola de momento. Ya os contaré los detalles, pero esto es muy importante. Ha pasado muy malos momentos recientemente y ha llevado una vida muy dura durante años. Yo no la voy a dejar, pero vosotros me tenéis que ayudar en eso. Considerad que es como una hermana para mí.

—Entonces, lo que quieres es que se quede aquí, con nosotros, ¿no es eso? —dijo la madre.

—Sí. Al menos, de momento.

—Hijo, confiamos en ti, como es natural —dijo el padre—, pero no la conocemos de nada.

—Le he repetido muchas veces que no tiene por qué hacerlo —explicó Laura—. Y ustedes menos todavía. Horacio ya me ha ayudado mucho más de lo que lo haría cualquiera. Su hijo es muy terco.

—¡A mí me lo vas a decir! —comentó el padre—. Más que una mula.

—Si mi hijo confía en usted y nos pide que la acojamos en casa lo vamos a hacer, ¿verdad, Pedro?

—Esto…, claro que sí…

—Mañana mismo estamos de compras. Vamos a mirar unos trajes y unos zapatos —dijo la madre.

—Mamá, eso es lo de menos. Ahora lo importante es que os vayáis conociendo.

—¿Lo de menos? ¡De eso nada! No hay mejor manera de conocerse que salir a dar un paseo y hacer algunas compras, ¿verdad, Laura?

—Como a usted le parezca, señora.

—¡Vamos mal! Aquí sobran los cumplidos, ¿eh? Con que me llames María ya va la cosa que chuta, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

El padre de Ventura puso cara de circunstancias, como el que da el veredicto final, cuando había sido su mujer la que lo había decidido todo y sentenció:

—No se hable más. ¡Asunto zanjado! María, enséñale la casa a Laura.

—De acuerdo, y luego me pongo con la comida. Eso sí, espero vuestra ayuda. Aquí cocinamos todos.

—Por supuesto —dijo el padre—. Mira, mientras veis la casa nos vamos a la cocina y vamos cortando las verduras.

Las dos mujeres salieron del salón, y Ventura se fue con su padre a la cocina. Mientras cortaban unas cebollas, el padre miró a Ventura con un ojo guiñado y gesto de aprobación.

—Es guapa la chica, Horacio. A ver, hijo, a mí no me la cuelas, esa mujer es para ti algo más que una amiga. Y si a mí no se me ha pasado por alto, imagínate a tu madre.

—Bueno, papá, de momento somos amigos y nada más. Ni ella quiere otra cosa ni yo sé qué sucederá en un futuro. Pero ahora mismo somos solo eso.

—Solo eso. Ya. A ver dónde están esos ajos.

Los padres de Ventura acogieron a Laura como si se tratara de una más de su corta familia. Ella se negó desde el principio a vivir en la casa sin colaborar. No era necesario, pues había varios criados, pero Laura ayudaba en todo. Por otra parte, se apuntó a unos cursos de mecanografía y empezó a estudiar administración en una academia privada.

Las sesiones con un sicólogo de renombre habían comenzado. Después de unas pocas sesiones, el sicólogo le indicó a Laura la conveniencia de que se enfrentara a su familia cuando se sintiese preparada.

Algo más de tres meses después de haber llegado a Madrid, Laura se decidió.

—Horacio, creo que no avanzo. A veces pienso que estoy muy bien, pero luego me viene de nuevo la tristeza y el desaliento. El sicólogo me insiste en que tengo que enfrentarme a mi pasado y a las personas que formaron parte de él. Tengo que ver a mi hijo. Eso último se está convirtiendo en una obsesión.

—Cuando quieras hacerlo, yo te acompañaré, Laura.

Laura aún no sabía que lo peor estaba por llegar.

Y allí estaban, en una casa a menos de un kilómetro de uno de los cinco núcleos de población que forman parte del municipio de La Carolina, delante de la puerta de la casa que vio nacer a Laura Kobler y había abandonado tantos años atrás. Había un pozo con una carrucha y una soga, un par de perros, una parra de grandes proporciones y campos de cultivo alrededor. Sobre todo olivos.

La mujer que abrió no era tan mayor como se había esperado Ventura. Tal vez rondara los cincuenta. Aunque la tristeza de sus ojos la envejecían, la tersura de la piel de su cara decían lo contrario.

La mujer se quedó con la boca abierta, como si una frase de bienvenida se hubiera quedado paralizada en su boca.

—¿Madre? —preguntó Laura, indecisa.

—¡Hija mía! ¡Tú aquí! —Se llevó las manos a la boca y se quedó ahí, quieta, paralizada, temblorosa.

—Sí. He vuelto. Quiero conocer a mi hijo.

La mujer seguía con las manos, temblorosas, sobre la boca.

—Señora, ¿podemos pasar un momento? —preguntó Ventura.

—¿Qué? —La mujer retrocedió un par de pasos sin quitarse las manos del rostro. Esto…, sí, claro. Pasen, pasen.

Entraron y la mujer les indicó unas sillas situadas alrededor de una mesa redonda con faldones, en cuyo interior un brasero achicharraba las piernas más que calentarlas.

—Echaos el faldón por encima. Hace frío. —La mujer parecía no haberse enterado de que la que acababa de entrar en su casa era su hija Laura—. ¿Quieren un café y unas rosquillas?

—Sí —contestó Ventura.

Desapareció y volvió al poco rato con una olla pequeña a la que echó un puñado de café molido antes de ponerla sobre el fuego medio apagado de una chimenea cochambrosa.

—Bueno, ¿y qué desean ustedes?

—Madre, me ha reconocido nada más entrar. ¿A qué viene esa pregunta?

—¿Cómo? ¿Pregunta? ¡Ah, sí! Eres Laura, mi hija. ¡Ay que

memoria la mía! ¡Ay, mi niña, qué guapa te veo. ¿Y qué es lo que deseaban ustedes?

Ventura y Laura se miraron. A ninguno de los dos se les escapó que a la mujer se le iba el juicio a ratos. O tal vez lo tenía perdido del todo.

—Se lo voy a decir yo, señora. Hemos venido a ver a su marido y al hijo de Laura. A su nieto.

—¡Ah, preguntan por Pablito! No está. Mi Pablito va todos los días a clases particulares al poblado. Hay un profesor, ya jubilado, buenísimo. Estudia por libre y se presenta a los exámenes en un Instituto de Jaén. ¡Es más listo…! Con decirles que ya está en el sexto curso de bachillerato…

Laura estaba como petrificada. No le salían las palabras.

—¿Cuándo llega? —preguntó Ventura.

—Pues sale a eso de las tres y se viene andando para casa. Así que suele llegar, como mucho, a eso de las tres y media.

—¿Y su marido? —preguntó Ventura.

—¿Mi marido? ¡Qué pregunta! ¡Yo no tengo marido!

—¿Ah, no?

—Entre ustedes y yo, y les ruego que no se lo cuenten a nadie, mi marido fue asesinado hace años. Ahora vivimos aquí mi nieto y yo. Ya saben, el Pablito.

—¡Cómo has dicho, madre? —La pregunta la hizo Laura. Tenía los ojos desorbitados: una terrible sospecha tomaba forma en su mente.— ¿Asesinado? ¡¡¿Asesinado?!! ¡¡¡Dios mío!!!

—O se ahogó en el pozo, no me acuerdo muy bien. ¡Fue hace tanto tiempo! No, esperen, creo que sí, que fue asesinado, no me hagan mucho caso.

Laura comenzó a llorar y gritar. Su madre parecía estar en otra parte: avivaba, ensimismada, el fuego de la chimenea y se mostraba pendiente de comprobar si el agua del café hervía.

—¿Qué pasa, Laura? Tranquilízate, hija. No pasa nada, ahora todo está bien.

—Señora, explíquenos que pasó con su marido —pidió Ventura.

—No, yo lo haré —dijo Laura—. ¡Ahora todo está claro! ¡Cómo pude olvidarlo! Mis padres no me echaron de esta casa. —La madre de Laura sonreía con un gesto que podía parecer estúpido o ausente—. Hacía más de un mes que el niño había nacido. Una noche mi padre entró en mi cuarto y me dijo que ya había pasado la cuarentena y quería volver a lo de antes. Yo me negué. Durante el embarazo lo había hecho varias veces, pero terminé amenazándolo y él me dijo que esperaría a que tuviese el niño. Usted no hizo nunca nada para evitar

que mi padre abusase de mí, madre. Y eso no se lo perdonaré en lo que me resta de vida.

—El café ya está hecho, no tengo más que colarlo —dijo la madre de Laura por toda respuesta—. Señora, quizá le venga mejor una tila. Tengo unas bolsitas. De todas formas, creo que su historia no es correcta.

—¡Qué señora! —gritó Ventura mientras agitaba con fuerza a la mujer—, ¿no se da cuenta que su hija le está contando algo muy grave?

—¿Mi hija? Sí, hace mucho tiempo que la espero. Sé que antes o después vendrá.

—¡Soy yo, madre! ¡¡Soy yo!! Y lo recuerdo todo. Maté a mi padre. Saqué un cuchillo y le dije que si se acercaba a mí lo mataba. Y se lo clave, al muy hijo de puta. ¡¡¡Me desgració la vida y usted no hizo nada, madre!!! ¿Me oye? ¡¡¡Nada!!! ¡Ojalá se vaya al infierno con él!

—No te preocupes, hija. Todo se andará. Solo que antes, te tengo que decir que lo que afirmas no es verdad.

—Sí que lo es. Lo recuerdo como si acabara de suceder.

—Pues no. Apuñalaste a tu padre, eso sí es cierto. Ojalá lo hubieses matado. Después de apuñalarlo te fuiste y no volviste a aparecer por aquí. Pero a tu padre lo maté yo. Y nadie lo sabe.

—¿No fui yo? ¿No murió aquella noche en la que me fui?

—No, hija. Porque eres Laura, ¿no? A ver que te mire esa cara. Sí que lo eres. He esperado mucho. Sabía que este día tenía que llegar.

—Entonces, ¿qué fue lo que sucedió? —preguntó Ventura.

—Pablo fue un buen hombre en la época en la que éramos novios y en los primeros años de matrimonio. Nunca me pude imaginar que, con el tiempo, se convirtiera en una alimaña por culpa del alcohol y sus malos instintos. Yo fui una marioneta en sus manos. Me daba palizas cada día. Al principio solo lo hacía cuando estaba borracho; luego daba igual si lo estaba o no, aunque era difícil verlo sin varias copas encima.

Laura no podía hablar. Tenía un nudo en la garganta y trataba de procesar todo lo que oía. Ventura le dio una mano para tranquilizarla y tomó la iniciativa.

—Usted sabía que abusaba de su hija. ¿O no?

—Al principio, cuando Laura era pequeña, no me lo creía. Me decía que no podía ser, que no era posible. Pero sí: lo supe. Y no hice nada. Alguna vez se lo recriminé y me dejó baldada a palos. Hasta que un día me dijo que si le volvía a tocar el tema, me mataba. Que no me necesitaba para nada, que quería a Laura y yo no era más que un estorbo. En fin, eso y mil barbaridades más que me decía un día sí y

otro también.

—¿Cuando su hija se fue, que pasó?

—Mi marido se curó de la herida sin ir al médico ni nada. Tuvo suerte. Nadie se enteró. Aquí estamos algo aislados, los de la aldea daban por supuesto que la muchacha, o sea Laura, se había ido porque sí y nada más.

—¿Y cuándo lo mató?

—Unos cinco años después. O sea hará unos diez años. Nadie lo sabe. Solo yo. Bueno, y ahora ustedes. ¡Llevaba tanto tiempo esperando a que vinieras, Laura! Porque tú eres Laura, ¿verdad?

Laura afirmó con la cabeza. Su estado de ánimo no le daba para más.

—¿Por qué lo mató? —preguntó Ventura.

—No había razón para no hacerlo. Antes o después tenía que hacerlo. ¡Demasiado tardé! Lo que les voy a contar es muy duro. Una noche me desperté y no lo vi en nuestra cama. Era extraño, porque aquel animal no dormía nunca fuera de casa y ya era muy de madrugada. Una terrible sospecha me llenó el cuerpo por completo. Me fui a la habitación de Pablito y… ¡Uy! A todo esto, el café se enfría. Debería servírselo ya.

—Déjelo, mejor nos cuenta lo que pasó y ya veremos lo del café después.

—Pues sí, mejor termino la historia. Qué cabeza la mía. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí. Entré en la habitación de Pablito y el muy animal le estaba tocando sus partes al niño. Estaba dormido, así que creo que nunca se enteró de nada.

—¿Qué paso después?

—Yo se lo recriminé y él me dijo: «sal ahora mismo de aquí o te mato, so puta». Eso me dijo. Ni más ni menos. Yo salí y cogí un mazo de esos de amasar para el pan. Volví a entrar. El niño seguía dormido, aunque se quejaba como entre sueños. Le dije a mi marido: «Pablo, mírame un momento». Él se giró y le di con el palo en la frente. Sonó a hueso roto. Cayó de espaldas y pensé que estaba muerto.

—¿Lo estaba?

—No. Cuando me acerqué a él para arrastrarlo fuera de la habitación abrió los ojos y me agarró con una fuerza enorme. Nunca olvidaré lo que me dijo «Este niño es el vivo retrato de su madre y no me lo vas a quitar». No sé cómo lo conseguí, pero me zafé de sus garras de alimaña y le di un nuevo golpe en la cabeza con todas mis fuerzas.

»Estuvo varias horas vivo. Respiraba, aunque con debilidad, hasta que, al fin, soltó un ronquido y murió. Debo confesar que disfruté con

su agonía y aproveché para decirle unas cuantas cosas. Sin embargo, fíjese lo que son las cosas, cuando dejó de respirar lloré lo que no se puede imaginar. ¡Qué cosas!

»Pensé enterrarlo en el patio de atrás, pero luego hice algo mejor: a la mañana lo arrastré como pude hasta el pozo, cogí al niño en brazos y me fui con él al cuartelillo de los guardias municipales.

»Les dije que me había encontrado a mi marido junto al pozo, muerto. Que debía haber tropezado y darse un golpe en el brocal.

—Se lo creyeron —afirmó Ventura.

—Sí. Todos sabían que siempre estaba borracho y no se extrañaron. Además, a quién se le iba a ocurrir que yo lo había matado. El tenía tanta fama de mala persona como yo la tenía de buena.

—¿Cómo te encuentras, Laura? —preguntó Ventura.

—Muy mal. Esto es demasiado para mí. No puedo…

La madre no parecía reaccionar. Había contado aquella truculenta historia como la que relata algo trivial que hubiera sucedido el día anterior. A Ventura no le cupo ninguna duda de que estaba trastornada.

—Nada, que está de Dios que no se tomen ese café. Se me ocurre una idea. —La cara de la mujer, anciana antes de tiempo, se iluminó —. Como les dije, Pablito no llega hasta las tres y media. ¿Por qué no se acercan al poblado? Cuando lleguen al poblado, preguntan y lo encontrarán enseguida. Así puedes encontrarte antes con tu hijo, Laura. Podéis venir hablando por el camino.

—¿Qué te parece, Laura?

—Tengo miedo. Me rechazará.

—Por eso no te preocupes, hija. Pablito se irá contigo, ya lo verás.

—No sé…

—Que sí, mujer. Tú ve a recogerlo al colegio y le vas contando todo. Yo le he hablado muchas veces de ti y le he dicho que algún día vendrías a recogerlo, que me hago vieja y debe estar contigo.

—De acuerdo, iremos, Laura.

—Solo una cosa, caballero: al regresar, quiero que sea usted el primero en verme. Antes que mi hija y el niño, ¿me entiende?

—La verdad es que no mucho.

—Bueno, ya lo entenderá. Para mí es importante. Prométamelo. Usted parece alguien que cumple lo que promete.

—De acuerdo, lo haremos así. Se lo prometo. De todos modos, nos tiene que decir dónde está el lugar donde estudia el chico. Por traerlo no hay problema. En todo caso, si el profesor tiene dudas, le sacaré mi carnet de policía.

—Vais al poblado y preguntáis por la casa del maestro don Agapito. No tiene pérdida, desde aquí se ven las casas y Laura debe recordar dónde es. Por cierto, no me podía imaginar que fuese usted policía.

—Lo soy, aunque eso carece de importancia ahora. Vengo como amigo de su hija.

—Pues hacen ustedes buena pareja. ¡Buena vida te vas a pegar con este hombre, puñetera! Porque él tiene carita de enamorado. ¿Sois novios?

—Mira, madre, no me hagas hablar. No te imaginas la mierda de vida que he vivido. No niego mi culpa, pero el animal de mi padre, con lo que hizo, y tú, por consentirlo, sois los principales responsables. Déjate de palabras bonitas y cumplidos. Tu hija ha sido prostituta durante todos estos años por vuestra culpa

—Mira, Laura, todo tiene arreglo. Aunque sea tarde, créeme. Porque, tú eres Laura, ¿o no? Anda, dame un beso, mujer. No seas rencorosa. Ya verás como cuando volváis de recoger al niño todo está arreglado.

—¡¡¡Un beso!!!! ¿¿¿Un beso??? ¡¡Váyase a la mierda!!

—Hija, no te pongas así.

—Ya le contaré unas cuantas cosas al volver, para que sepa la mierda de vida que he pasado. Si es que tengo fuerzas. Y no se le olvide que usted es la segunda culpable de que yo haya sido una mujer de la vida durante todos estos años. ¡Una prostituta!, ¿me entiende? Una puta que se ha acostado con cientos de hombres por dinero. Así que no me hable de parejitas ni de novios ahora.

—Todo se arreglará, hija. Andad, id a recoger al niño. No os olvidéis en el poblado de preguntar por la casa de don Agapito. Lo que más siento es no darte un beso ahora. En fin…

Laura salió de la casa con un ataque de ansiedad. Estaba destrozada.

—No debía haber venido, Horacio. No estaba preparada —dijo cuando se calmó un poco, ya en el coche del inspector.

—Lo has hecho muy bien. Demasiado bien, dadas las circunstancias.

Llegaron al poblado y encontraron la casa del maestro. Salió un hombre mayor, cargado de espaldas y con unas gafas pequeñas y redondas.

—Buenos días. ¿Don Agapito?

—Para servirles. ¿Qué desean?

—Venimos a recoger a Pablo.

—¿Y ustedes quiénes son? Es la primera vez en casi seis años que viene alguien a recoger al muchacho. Que, por cierto, a sus dieciséis

años, no necesita que lo recojan, como comprenderán.

—Esta señora es su madre y yo soy inspector de policía. Vengo de Madrid.

—¡Cielos! ¿No habrá ocurrido alguna desgracia?

—En absoluto. Lo de que soy policía solo se lo he comentado para que entienda que somos personas en las que puede confiar.

—Bueno, llamo al muchacho y que él decida si se va con ustedes o no.

—Me parece muy bien, señor.

El encuentro resultó ser lo más sencillo de todo lo que habían venido a hacer. Pablito apareció en el umbral de la puerta del colegio; su madre, agarrada a Ventura, temblaba. Era un chico alto, casi tanto como Ventura, con la tez pálida y el pelo claro. Se parecía a su madre.

El chico se la quedó mirando un rato largo.

—¿Eres mi madre? —preguntó sin más.

—Sí… ¿Cómo lo has sabido? —dijo Laura con la voz en un hilo.

—La abuela me dijo que algún día vendrías y que tendría que irme contigo.

—¿Tú quieres?

—Claro. La abuela me lo ha repetido tantas veces que es algo que doy por descontado. Iré con usted, pero tendrá que entender que para mí, de momento, es una desconocida. Yo a quien quiero es a mi abuela.

—No hay prisa —dijo Ventura—. Habla con tu madre y ya se verá después qué es lo mejor para los dos.

Tardaron diez minutos en regresar. Pablito no paraba de hacer preguntas. La mayoría las contestaba Ventura, porque Laura se quedaba atrancada por la emoción y las lágrimas le inundaban el rostro a cada momento.

Una vez llegaron al patio de la casa, delante de la puerta principal, Ventura se acordó de lo que dijo la mujer, referente a que fuera el primero en verla.

—Esperad un momento en el coche —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Laura.

—Tu madre me dijo que al regresar con Pablo fuera yo antes a verla, ¿recuerdas?

—Ah, sí, es verdad.

Entró. La sala donde se habían acomodado poco antes estaba muy ordenada en comparación a cuando entraron la primera vez. El brasero y la chimenea habían sido apagados.

La casa no era demasiado grande y no tardó en recorrer todas las habitaciones. La madre de Laura no estaba en la casa.

De repente, Ventura tuvo un sombrío presentimiento. Salió y se dirigió hacia el brocal del pozo, cerca del lugar donde estaba aparcado su coche. Había un cubo en el suelo; sin embargo, la soga pendía de la carrucha, como cuando llegaron, y estaba tensa. Demasiado.

Tuvo la seguridad de que su presentimiento se iba a hacer realidad. Se asomó y vio un bulto oscuro que se balanceaba con lentitud monótona, como el péndulo de un reloj de pared. No podía ser otra cosa que el cuerpo de la desgraciada mujer.

Levantó la vista, pensando qué hacer, y se encontró con que Laura estaba a su lado. La cogió con fuerza por los hombros.

—¡No mires, Laura! ¡Por favor, no mires!

Laura emitió un sonido agudo, un grito desesperado, que se debió oír a cientos de metros de distancia. El chico salió del coche, nervioso.

—¿La abuela? —preguntó.

—Sí —respondió Ventura.

—¿No podemos sacarla de ahí? A lo mejor está viva todavía.

—Con tu ayuda tal vez podamos conseguirlo, Pablo, pero no creo que…

—Pues vamos. —dijo el chico con decisión.

—Laura entra en la casa. Es lo mejor. Cuando saquemos a tu madre tendremos que ir a avisar a la policía más próxima. Espero que haya teléfonos públicos en el pueblo.

Les costó un gran esfuerzo sacar a la mujer a pesar de que no pesaba mucho. El cuerpo chocaba contra las paredes del estrecho pozo. Una vez consiguieron colocarla en el suelo, tanto Ventura como Pablito supieron que estaba muerta. El inspector se sacó un pañuelo del bolsillo y se lo puso sobre la cara. Quería evitar que Laura viese el terrorífico aspecto de la mujer.

Pablito estaba impresionado y abrumado, pero se notaba que era un chico con una fuerza mental poco normal para su edad.

—Siento que hayas tenido que pasar por esto —le dijo Ventura.

—Verá usted, en el fondo, sabía que algún día podía ocurrir. La abuela hablaba conmigo muchas veces y me decía que cuando viniera mi madre ella habría cumplido. Me dio un sobre y me dijo que se lo diera a mamá. Lo tengo en la mesita de noche. Espere, que se lo traigo.

—Luego lo vemos. Ahora urge ir al pueblo y llamar para que venga el juez o un representante. El problema es que si voy yo te dejo solo a ti y a tu madre.

—No se preocupe, yo iré. Puedo hablar con don Agapito Seguro que él me ayuda. Además tiene teléfono. Si voy corriendo, estoy allí en quince minutos.

—De acuerdo, Pablo. Lo haremos así.

—Pasaron dos días terribles hasta que el procedimiento judicial y los trámites del sepelio finalizaron. La madre de Laura tenía contratado un seguro de decesos y todo resultó más fácil. El director de la sucursal del seguro, los puso en contacto con un notario que estaba avisado desde hacía años acerca del testamento de la pobre mujer. Tenía la casa y varias hectáreas de Olivos arrendadas, que pasaban a poder de Laura. Ella pasó por todos los trámites como en un sueño; Ventura se encargó de todo.

El viaje de regreso a Madrid fue triste y silencioso. Laura estaba muy afectada. Sin embargo, el chico resultó ser extremadamente cariñoso y atento y no la dejaba un momento. Ventura tenía la seguridad de que Pablito era la tabla de salvación de Laura. El inspector desconocía en aquellos momentos qué representaba para la mujer, pero, al menos estaba seguro de que ella sentía un fuerte afecto hacia él.

Ventura se llevó a Laura con su hijo a casa de sus padres. Si ella ya les había caído bien, Pablito no fue menos. Una tarde, cuando Ventura hablaba con Laura sobre el Instituto de Bachillerato donde ella lo quería matricular, el chico aprovechó para tratar sobre lo que había recogido de su mesita de noche el día en que la abuela se suicidó.

—Mamá, acabo de recordar que la abuela me dijo que guardara una carta para cuando tú llegaras y te la leyera. No sé si estás en condiciones de que te la lea, pero ella me lo pidió.

—Si no te importa, Laura, podría leerla yo primero y, si no veo inconveniente, dejamos que te la lea Pablo.

—Como quieras, Horacio. Supongo que es lo mejor. No estoy para sobresaltos.

—Ahora lo traigo —dijo Pablito.

Regresó con un sobre algo arrugado, que entregó a Ventura. Este lo abrió y sacó dos hojas de papel, escritas con letra grande y bien inteligible, si bien denotaban cierta falta de soltura. Las leyó y se las devolvió al muchacho.

—Toma, Pablo, se lo puedes leer a tu madre sin problema. Creo que será positivo para los dos, dentro de todo este desastre.

—Pablo empezó a leer:

Querida hija.

Espero que te encuentres bien.

Acabo de matar a tu padre. No me arrepiento. Debí hacerlo hace muchos años y nos habríamos evitado muchos sufrimientos. Esta noche, cuando lo dejé al lado del pozo para que pensaran que se había caído y se había golpeado contra el brocal, pensé en tirarme de cabeza. Pero no podía dejar al niño solo.

Lo voy a cuidar y me voy a encargar de que sepa de ti y te quiera como si no

hubierais estado separados nunca.

Sé que algún día volverás a por él y entonces estaré de sobra en este mundo, en el que no merezco vivir y si lo hago es solo por ese niño al que tanto quiero.

Te pediría que me perdonases, pero entiendo que eso es muy difícil para ti. Ojalá no hubiera ocurrido lo que ocurrió. Yo tampoco perdono a tu padre y no lo perdonaría en mil años de vida que tuviera.

Espero que seas feliz con Pablito. Será un niño bueno y cariñoso. Yo me ocuparé de eso mientras llegas, sea cuando sea.

Laura se levantó y abrazó a su hijo. No pensaba separarse de él en todo lo que le restara de vida

Epílogo

Horacio Ventura pidió un año de excedencia y montó su gabinete en el consultorio de abogados de su padre.

Laura continuaba con sus clases de mecanografía y auxiliar administrativo. Se le daba bien escribir a máquina y redactar oficios.

El chico se matriculó en un instituto de bachillerato y se adaptó muy pronto a su nueva vida. Se le veía feliz con su madre y a esta con él, aunque no faltasen los ratos de desaliento y depresión, sobre todo por parte de Laura, la cual no dejaba de ir al sicólogo.

Pocos meses después de haber regresado con Pablo, ocurrió un suceso inesperado. Ventura recibió una llamada telefónica de la Dirección General de Seguridad.

—Ventura, Soy Eutimio, ya sabes, el comisario principal Sánchez. ¿Cómo va ese bufete? Imagino que bien.

—¡Hombre, jefe, qué alegría saludarlo! Usted es de los pocos que no se encontraban incómodos ahí con mi presencia y mis métodos. A la mayoría le parecían poco menos que perniciosos.

—Ja, ja, ja. No es para tanto, hombre. Aquí se te aprecia. Además, el caso del exlegionario ha sido muy comentado entre todos. Para bien, claro. Pérez se ha encargado de contar todos los detalles mil veces.

—Pues a ver si un día nos vemos y nos tomamos un café. Y contestando a su pregunta sobre el bufete, va genial.

—Te tomo la palabra a lo del café, Ventura.

—Un poco tarde, jefe. ¿Todavía está en la Dirección?

—¿Y dónde voy a estar?

—No, me refiero a la hora.

—¡Ah! Pues sí, hijo mío, tenemos un asunto que resolver y aún estamos aquí. Lo cierto es que te llamaba precisamente a causa de ese asunto.

—Me intriga su llamada jefe. ¿Qué asunto es ese que justifique que me llame por teléfono desde el trabajo y a estas horas? Y que conste que estoy encantado de hablar con usted.

—Está relacionado con el Lejía. Tengo noticias que te van a asombrar.

—¡Vaya! Me temo lo peor. ¿No me estará echando el anzuelo para

que regrese?

—No te preocupes, que no te voy a echar ningún anzuelo, ni hace falta. Aunque, eso sí, conociéndote, lo mismo suspendes la excedencia unos días y luego te vuelves a lo tuyo.

—Pues nada, cuénteme.

—Es más que probable que Francisco García Menacho, o Paco el Legionario, esté muerto.

—¡¡¿Qué me dice?!!

—Lo que oyes.

—¿Qué ha pasado?

—Se escapó hace cuatro días del penal de El Puerto de Santa María. Al parecer se metió en la caja de un camión de suministros para la cocina y se largó delante de las narices de la guardia civil de la puerta.

—Y entonces, ¿qué ha pasado? Si me dice que puede estar muerto, supongo que es porque lo han encontrado.

—Te cuento, esta última madrugada, en un burdel de El Aaiún, un tipo fuerte con los ojos pequeños y cara me mala leche, que llevaba un par de días gastando pasta en abundancia, se cargó a una prostituta y luego tiroteó a unos cuantos.

—¡Joder!, la historia se repite.

—Así es. Creo que, en total, han sido cuatro muertos y un par de heridos graves.

—Y usted piensa que el autor es, o era, nuestro hombre…

—¡Blanco y en botella, Ventura! ¿No era su obsesión marcharse al Aaiún?

—Sí, pero para alistarse a La Legión, cosa que ahora le resultaría imposible.

—El lugar atraía. Menos el uniforme, parece que allí podía encontrar todo lo que le gusta, ya sabes, alcohol y prostitutas.

—¿Es seguro de que se trata de nuestro hombre? Porque si el Lejía se escapó hace cuatro días y hace unas horas ya había matado a varias personas, no se me ocurre cómo pudo llegar al Sahara en tan poco tiempo, y más siendo fugitivo de la justicia.

—Ahí está la cosa: seguro por completo no es, pero creemos que es muy probable que se trate de él. Nuestra hipótesis es que, antes de escapar, se agenció documentación falsa. Hubo un atraco en Sevilla pocas horas después de la fuga. Todo apunta a que fue él, aunque en esta ocasión no hubo ningún asesinado. Se supone que cogió un avión desde Sevilla con destino a Rabat y allí debió robar un coche para largarse hacia El Aaiún.

—Puede ser. ¿Qué pasó después del crimen en el club? ¿O se lo

cargaron en el tiroteo?

—No. Escapó. Entre los asesinados en el burdel, se encontraban un capitán de la Legión y un teniente del Regimiento de Tropas Nómadas. Después de los disparos, salió corriendo y se montó en un Land Rover que había cerca de la entrada. Salió hacia el sur, en dirección a Boucraa. Un sargento nativo de la Policía Territorial, que lo había presenciado todo, salió en su persecución con otro vehículo. En el Land Rover que llevaba el que creemos es el Lejía había un fusil de asalto CETME[5] y unas cuantas cajas de munición.

—Supongo que el sargento lo alcanzó.

—Se encontró el Land Rover en la intersección con la carretera de Esmara, sin una gota de agua en el radiador. Había dos posibilidades: podía haber seguido hacia el sur o haber girado al este en dirección a Esmara. En cualquier caso, se tenía que tragar muchos kilómetros de desierto a pie.

—Y el sargento seguía teniendo el coche. O sea, tenía todas las papeletas para cogerlo.

—Pues sí. Tiró en dirección a Esmara y no tardó en encontrarlo. Hubo un tiroteo en el que el sargento se llevó un disparo de poca gravedad en un hombro y el asesino otro en el pecho. Mortal. El sargento recogió el cadáver y se lo llevó a El Aaiún. El cadáver se encuentra en dependencias de la Policía Territorial.

—Nunca me alegro de que alguien muera, jefe, aunque en esta ocasión, si se trata de Paco, ha sido lo mejor que podía suceder, porque este tío hubiera seguido matando.

—Eso sin duda. Suponiendo que sea nuestro hombre. Tiene todas las posibilidades de ser así, pero necesitamos alguien que vaya a reconocer el cadáver. Y pronto, porque con el calor…, ya sabes a qué me refiero.

—¿No podrían enviar por facsímil una foto del cadáver? Nos ahorraríamos el viaje.

—Verás, esta mañana, muy temprano, hicieron esa foto. En realidad, fueron varias. Y, como tú has apuntado muy bien, pedimos que nos las enviaran por vía Fax. ¿Sabes cuál ha sido el resultado?

—No…

—Que no se ve un carajo. El fax de la comandancia del Aaiún es, coloquialmente hablando, una mierda pinchada en un palo.

—Ya veo.

—Así que no nos queda otra que enviar a alguien para reconocer el cadáver. Y pronto.

—Pueden ir sus padres, supongo. Es lo habitual.

—Están muy mayores, Ventura. Además, imagínate que los

llevamos hasta allí y luego resulta que no es su hijo. Un disgusto inútil.

—¿Y qué propone? Aunque le digo que ya lo estoy viendo venir.

—Sabemos que sigues en contacto con la testigo. Ya sabes, con Laura Kobler. Por cierto, y esto va al margen de la conversación, ten cuidado no te vayas a arrimar demasiado y te quemes. Como amigo, te diría que no te conviene estar con una mujer así.

—Jefe, le agradezco la sinceridad, pero eso es asunto mío.

—Ya, ya, por supuesto. No quería inmiscuirme.

—Pues lo ha hecho. De todos modos, sobre lo que dice, depende del sentido que le quiera dar a eso de «estar con una mujer así». Simplemente, la ayudo a salir adelante. Y es una buena persona, aparte de sus antecedentes vitales.

—Ya, ya… Si es necesario, retiro lo dicho y te pido disculpas. Solo quería decirte que lo lógico es que sea ella la que vaya a reconocer al cadáver, ya que actuó como testigo cuando la persecución y captura por tu parte.

—Jefe, no lo veo claro. Laura lo ha pasado muy mal. Ya sabe que no hace nada su madre se suicido.

—Lo entiendo, Ventura. En todo caso, iría acompañada por ti, si lo prefieres.

—No sé…

—Mira, Ventura, si quieres puedes ir tú solo. Te pagamos los gastos y luego sigues con tu excedencia.

—Jefe, qué manera de venderme la moto. Me ha ido poniendo el anzuelo sabiendo que al final terminaría por picar.

—Ja, ja, ja. Tampoco es eso, Ventura. Podría mandar a Pérez, pero como era tu caso, pensé que tal vez querrías rematarlo.

—¿Sabe qué le digo? Que si viene Pérez conmigo mañana mismo estoy en el Sahara.

—Eso está hecho, Ventura, aunque mi idea es que salieras hoy mismo. Esta noche. Ya sabes, en el Sahara hace mucho calor y los cuerpos se descomponen en un santiamén.

—Pues ahora mismo me acerco por la Dirección y gestionamos el viaje.

—¡De acuerdo! Ventura, yo aviso a Pérez. Tenía dos billetes preparados para las nueve de la noche, uno a nombre de Laura y otro al tuyo. Solo tenemos que cambiar el de Laura.

—Jefe, usted no da puntada sin hilo. Lo tenía todo previsto.

—Bueno, uno se tiene que anticipar.

—Ya veo. Cojo cuatro cosas las meto en una maleta y ya mismo estoy ahí.

—Oye, Ventura, ¿te imaginas que llegáis a El Aaiún y comprobáis que el tío no es el vuestro?

—¿Ya se está anticipando otra vez?

—Ja, ja, ja. No, hombre, es solo un comentario.

—Primero vamos allá y después, si no fuese el Lejía, ya hablaríamos. Porque si le digo la verdad, no me apetecería nada que ese tipo siguiera matando.

San Fernando, 31 de marzo de 2022

Nota final

Estimado lector:

Esta novela que acabas de leer, la novena que escribo, es diferente de las anteriores. No sé si habré conseguido cambiar o mejorar el estilo, aunque, eso sí, siempre he cuidado ese aspecto en cada novela que he ido escribiendo. Pero la diferencia a la que me refiero es algo tan importante como lo anterior. Me refiero al género literario.

Mis anteriores novelas son, en algunos casos, acontecimientos históricos tratados con rigor y contados en forma de novela a los que he añadido algunos episodios o personajes de ficción. En otras ocasiones se trata de novelas con amplias concesiones a la ficción, pero siempre condicionadas por mi deseos de difundir el conocimiento de acontecimientos históricos más o menos conocidos. En resumen, se trata de novelas históricas.

En esta ocasión, la ficción se ha apoderado por completo del relato y no hay ni un solo personaje histórico o alguna concesión a mi afán didáctico. En definitiva, todo el relato es pura ficción y cualquier parecido con algún hecho que pudieras interpretar como parecido a la realidad es solo una coincidencia no buscada.

Igualmente, no encontrarás en las opiniones de los protagonistas nada que se parezca a las mías propias, si bien en ese aspecto nunca se puede descartar la idea de que el subconsciente está para traicionarnos algunas ocasiones.

Si te has desilusionado por esperar más historia y menos ficción, te puedo decir que en ningún caso pretendo dejar de seguir escribiendo novela histórica.

Y si, por el contrario, has disfrutado con esta aventura sin más pretensiones que entretener y trasladar mi visión particular sobre una época no muy reciente, pero bien conocida por mí, espero tu reseña o valoración en las páginas web de Amazon. Si tu opinión fuera favorable, me servirá para intentar una segunda parte.

En cualquier caso, ojalá mantengamos ese contacto tan especial como el que se da entre escritor y lector.

Notas

[1] Denominación que daban los miembros de la Legión Española a todos los militares de que no pertenecieran a dicho cuerpo. < <

[2] Nombre coloquial que se daba a la Brigada de Investigación Social, encargada de perseguir y reprimir los movimientos de la oposición al franquismo. < <

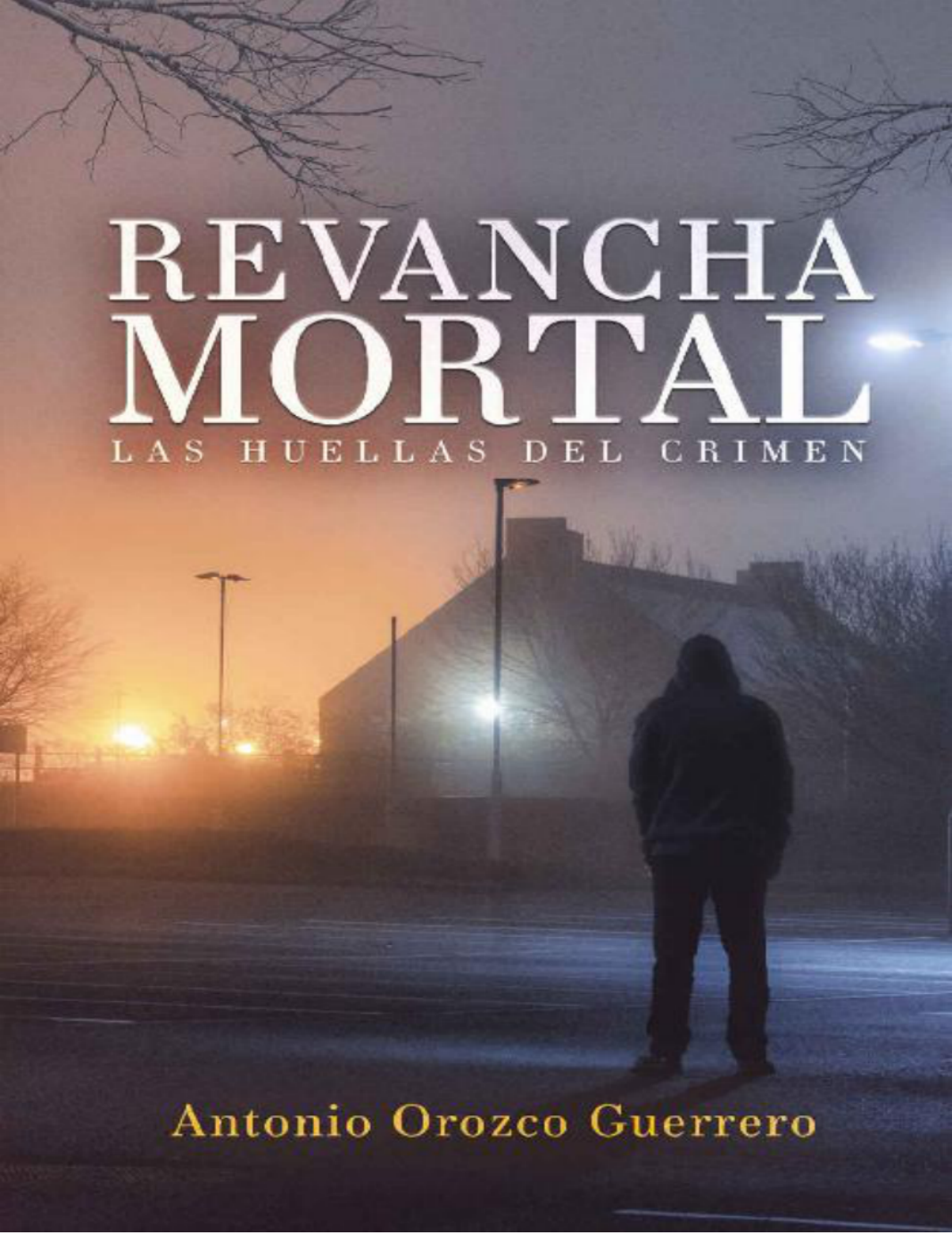
[3] Sección de la Dirección General de Seguridad encargada de investigar los crímenes y delitos comunes. Coloquialmente se la conocía como *Policía Secreta* o *La Secreta*. < <

[4] La voz de Jack Bruce, del grupo inglés Cream, en el tema *White room*. < <

[5] El fusil de asalto CETME, coloquialmente llamado *chopo* era un arma larga de las empleadas por las fuerzas armadas españolas, con posibilidad de tiro ametrallador, desarrollada en España por el Centro de Estudios Técnicos de Materiales Especiales, de cuyas siglas le viene la denominación. < <

REVANCHA MORTAL

LAS HUELLAS DEL CRIMEN



Antonio Orozco Guerrero

Revancha mortal

(Las huellas del crimen)

Antonio Orozco Guerrero

© Todos los derechos reservados.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, copiar o distribuir ninguna parte de esta obra, por ningún medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. Con ello, respaldas a los escritores y permites que puedan continuar publicando sus libros para todos los lectores.

Título: *Revancha mortal.*

Segunda parte de la serie *Inspector Ventura* © El autor: Antonio Orozco Guerrero.

1ª Edición: noviembre de 2022.

Antes de embarcarte en un viaje de venganza, cava dos tumbas.

Confucio.

La venganza es siempre el débil placer de una mente pequeña y estrecha.

Juvenal

NOTA PREVIA

Salvo ciertas alusiones al marco histórico en el que se desarrolla esta novela, tanto el relato como la mayor parte de los personajes principales que aparecen en él, son pura ficción.

Por otro lado, las conversaciones y opiniones que se vierten son parte de un escenario ficticio, e independientes de los criterios personales del autor.

ÍNDICE

22 de mayo de 1974
Tres amigos
Segovia
Viaje al Sahara
El cadáver
Penal del Puerto
Donde las dan, las toman
Fuga
Parador de El Aaiún
Una noticia terrible
Regreso a Madrid
Una visita corta
Las Delicias
Revancha. Primer acto
Entierro
Ufano de su obra
Un plan
La recuperación de Laura
El cebo
Una llamada
El chatarrero de Vicálvaro.
El asesino de El Aaiún
El Panadero
Revancha. Segundo acto
Desaparecido
La muerte ronda a Pérez
El cazador cazado
Epílogo

22 de mayo de 1974

Cuando entraron en la habitación, los dos policías y el alguacil se esperaban el típico olor dulzón y desagradable de la descomposición posterior a la muerte. No fue así. El formol era lo único que delataba la presencia del cadáver.

El hombre se encontraba tendido sobre una litera, con una sábana de un blanco dudoso, que lo tapaba por completo. El médico se adelantó y destapó el lienzo para dejar la cabeza y el pecho al descubierto. Un punto de escaso diámetro, casi imperceptible, señalaba el lugar por donde había entrado la bala. Otra cosa muy diferente era el enorme orificio de salida, que pudieron observar cuando el doctor levantó el torso.

—Los proyectiles de un fusil de asalto, como el empleado con esta persona, funcionan así: el lugar de entrada casi no se nota, pero el de salida impresiona por el destrozo que causa —explicó el médico.

—Lo sé. He visto muchas heridas de bala, doctor —comentó el agente Juan Pérez—, y esta no es muy distinta a lo habitual.

—Nunca había visto un disparo de este tipo —confesó el inspector Horacio Ventura.

Los dos policías observaron durante unos segundos aquel rostro, inexpresivo y demacrado. Luego se miraron entre sí. Ventura bajó un poco más la sábana y miró el brazo del fallecido. Se llevó una mano a la barbilla y negó con la cabeza.

Pérez lo miraba, incrédulo.

Tres amigos

Pocos días antes.

Juan Pérez llegó al portal de la Cuesta de Santo Domingo donde se encontraba situado el despacho del inspector en excedencia y abogado en ejercicio Horacio Ventura.

Había tardado poco más de diez minutos en llegar desde la Dirección General de Seguridad, en la Puerta del Sol, donde prestaba sus servicios como agente de policía. Las calles por las que cortó terreno estaban abarrotadas de vehículos que avanzaban a duras penas. Cuando lo hacían.

Miró el letrero: «Abogado de familia Horacio Ventura. 4º-D».

Notó el olor a carbonilla y pensó que sería mejor sonarse la nariz antes de subir. Después de hacerlo, miró el pañuelo y comprobó que, como era habitual, el blanco inmaculado de la tela se veía marchitado por una mancha entre negruzca y amarillenta, mezcla de los residuos del aire y los que se acumulaban en sus pulmones a causa del tabaco.

«Este fin de semana me largo a Navacerrada y me doy un garbeo por Segovia —pensó mientras tocaba el timbre—. A ver si respiro un poco de aire puro». Era un pensamiento recurrente que no solía tener consecuencias: se pasaban las semanas, una tras otra, y su viejo coche, aparcado cerca de su domicilio, no se movía del lugar donde se hallaba aparcado.

El día era agradable, si bien, para tratarse del mes de mayo, ya se hacía notar un poco de calor. No obstante, no se había quitado la chaqueta que usaba de modo habitual en su trabajo.

Una voz femenina y bien conocida por Pérez —la de Laura Kobler—, sonó por el interfono.

—¿Sí?

—Hola, Laura. Soy Juan.

Sonó el mecanismo que liberaba la cerradura del portón y Pérez entró. El vestíbulo era amplio y tenía cierto estilo clásico, propio de las casas adquiridas por personas con posibilidades económicas. Mármol de varias tonalidades y demás. Se subió al ascensor y pulsó el número cuatro. Cuando abrió la puerta para salir, Laura y Horacio lo esperaban en la entrada del apartamento que servía de despacho.

Pérez se rascó la cabeza —señal de admiración en unos casos, de

alegría en otros, o de estar sumido en la resolución de un problema policial en los demás— y dedicó una sonrisa a los otros dos.

—¡La madre que me parió, Laura! —fueron sus primeras palabras a modo de saludo—. Cada día estás más guapa.

Laura sonrió y abrazó al agente. Estaba muy cambiada desde que conoció a los dos policías cuando la caza de Paco el Lejía, pocos meses atrás. Su sonrisa ya no se mostraba irónica o forzada, sino sincera y feliz. Llevaba una camisa blanca y una falda negra que indicaban sobriedad y elegancia. Su indumentaria había cambiado de modo radical, so bien ello no impedía que siempre fuera objeto de miradas, más o menos disimuladas, de cuantos se cruzaban con ella.

Ventura, por su parte, había abandonado los trajes de tonos claros que recordaban las películas de décadas anteriores, tipo *Casablanca*, y había optado por una vestimenta más moderna, que seguía en buena medida las prescripciones de los grandes almacenes conocidos como «Galerías Preciados» y los consejos de Laura. En definitiva, el sastre familiar, tenía motivos sobrados para ver peligrar la conexión laboral de décadas entre su familia y la del inspector.

El buen gusto de Ventura se notaba en la calidad de la ropa: llevaba unos pantalones claros, que si no eran de lino, lo parecían, un polo blanco de mangas cortas y unos zapatos a juego con lo demás. El reloj era el mismo que había usado durante la aventura que los llevó a la captura del que la prensa del país denominaba con cierta teatralidad «El asesino de la Carretera Nacional»: un Rolex con toda la pinta de ser de oro.

—¿Qué pasa, Juan? —saludó Ventura con unas palmadas en la espalda—. ¿Cómo van las cosas?

—Como siempre, Horacio. Más aburrido que una ostra. ¿Y vosotros?

—Casi lo mismo. Anda, pasa.

Resulta curioso cómo, en ocasiones, la vida puede hacer en poco tiempo amigos para siempre a personas cuyo carácter, forma de pensar, o lo que se conoce como «clase social» son de lo más diferente. Eso les sucedió a Laura, Horacio y Juan. Unos pocos días de persecución a un criminal los había convertido en grandes amigos. También es cierto que lo de Laura y Horacio era otra cosa, aunque nadie —ni siquiera ellos mismos— se atreviese a ponerle nombre.

Pérez se pasaba, como mínimo, todos los miércoles por el bufete de Ventura. Siempre llamaba por teléfono antes por si el investigador en excedencia metido a abogado de familia, así como su secretaria, o lo que fuera, estaban ocupados. Pero no había sucedido ni una sola vez que se hubiera tenido que suspender esa visita, que ya era algo así como una tradición de meses. Y es que el trabajo de Ventura no era

como para estar demasiado ocupado. En aquellos años, al final de un régimen conservador y reaccionario a ultranza que daba, por tanto, muy pocas opciones a la apertura, los problemas familiares no se reconocían en España. En todo caso, se resolvían dentro del «seno familiar» y siempre bajo la tutela y albedrío único del varón.

Ventura se vio muy pronto obligado a abrir el campo de su actividad: todos los lunes visitaba con Laura diversas comisarías de la ciudad en las que trabajaban conocidos suyos para preguntar si había alguna señora detenida por haber sido infiel a su esposo o alguna prostituta detenida en comisaría tras una redada policial.

De lo primero encontraban poco y de lo segundo mucho. En cualquier caso, resultaban escasos, cuando no nulos, los beneficios que pudiera reportar un caso de adulterio. No era necesario añadirle el adjetivo «femenino», puesto que la ley no contemplaba otra posibilidad: el hombre podía ser cualquier cosa, pero no adúltero; eso quedaba para la mujer. Y salvar a una prostituta de las garras de la justicia era poco menos que un rasgo filantrópico que reportaba mucha satisfacción pero poco dinero.

Nada más salvar la entrada, se encontraron en el amplio salón que hacía de sala de recepción. Había varios butacones y tresillos distribuidos por la habitación, una mesa de despacho con una agenda visible, un teléfono, una máquina de escribir y poco más. Las visitas o llamadas telefónicas para solicitar cita o consejo eran escasas, así que Laura aprovechaba el tiempo para continuar sus prácticas con la máquina de escribir o para recibir lo que podríamos llamar «clases» de Horacio, que igual le explicaba ciertos aspectos básicos de la abogacía que se entretenía en hablar con ella sobre cualquier tema.

Tras una puerta, se encontraba el despacho del abogado, con menos superficie y más libros que el de su «secretaria». Sobre el respaldo de la silla, nunca faltaba una chaqueta, que se pondría en caso de recibir a algún cliente.

El apartamento —pues ese era el cometido inicial de aquel despacho de abogado— tenía una cocina bien amueblada y un par de habitaciones, a las que se accedía a través de puertas situadas en el gran salón convertido en «despacho de la secretaria».

—Horacio, faltan quince minutos para los dos y media —dijo Laura nada más entrar los tres—. ¿Y si nos vamos a comer?

—Mejor nos tomamos un refresco —repuso Ventura—. Seguro que en el cuarto de hora que falta para cerrar aparecen cuatro o cinco clientes.

La ocurrencia de Ventura hizo sonreír a los otros dos.

—Por mí, lo que digáis estará bien —dijo Pérez mientras se tocaba la barriga—, pero que sepáis que tengo más hambre que un caracol en

un espejo.

—¡Anda que no te quejas ni nada, Juan! —dijo Ventura—. Nos tomamos algo fresco y nos vamos en nada.

Laura abrió la puerta de la cocina y en menos de un minuto salió con una bandeja sobre la que llevaba dos botellas grandes de cerveza, una de Coca-Cola y tres vasos.

—Que cada cual se sirva lo suyo —dijo Laura—. No lo voy a hacer yo todo.

Pérez no cogió su vaso: agarró la botella y miró al techo mientras se llevaba el gollete a la boca, abierta tal vez en exceso. Mostró a sus dos amigos una enorme nuez, que con dos subidas y bajadas a lo largo de un gaznate en apariencia más largo de lo debido, despachó en un santiamén más de la mitad del contenido del recipiente.

—¡Qué fresquita está la *jodía*! —exclamó con tono aprobatorio—. Venía seco. —Se echó otro largo trago con el que terminó de vaciar la botella; una gota de sudor comenzó a recorrerle la cara, satisfecha y agradecida.

—Querrás decir «estaba», porque te la has zampado en un momento —dijo Ventura entre risas.

—Ya te digo: venía más seco que una mojama.

—¿Quieres otra? —preguntó Laura.

—Ya me la tomo luego, cuando salgamos, que si no me voy a engollipar —rehusó Pérez—. Bueno, ¿qué? ¿Tenéis por fin algún cliente que os saque adelante?

—Te vas a sorprender, pero la respuesta casi puede ser un sí —dijo Ventura—. No debo darte detalles, pero se trata de una señora que está casada con un tipo de mucho cuidado. Ella recibió una herencia de muchos millones tanto en bienes muebles como inmuebles. Como es sabido, el marido se convierte en el administrador de los bienes heredados por la esposa. Es injusto, pero así es la ley.

—Pues, en ese caso, poco podréis hacer.

—La cosa va más lejos. La historia es esta: el marido decide traerse a su querida a la casa familiar, la señora lo amenaza con ir a la justicia y él se ríe de ella en sus narices. Entonces la mujer se marcha a casa de su tío, el hermano del padre del que ha recibido la herencia, y el esposo la denuncia por abandono del hogar. Total, que el tío de la mujer está dispuesto a pagarnos unos honorarios bastante generosos si conseguimos que el energúmeno pierda la administración de la fortuna de su hermano y sea él quien se encargue. Todo con la conformidad de la señora, claro.

—Parece que pinta bien…

—Si arreglamos el entuerto, recibimos un buen dinero, suficiente

para compensar estos meses de sequía. Eso sí, necesitaríamos un detective privado que aportara pruebas de que el marido tiene a la querida en su casa. Que, por otra parte, es de la herencia de la mujer.

—No me estarás tirando los tejos… Creo que no te podría ayudar. Soy un negado en eso de meterme en casas ajenas y sacar fotos sin que nadie se entere. A mí me viene grande todo lo que no sea seguir las instrucciones de un inspector aventajado como tú o pegar un tiro cuando sea necesario.

—No me fastidies, que sé muy bien lo que vales. Ya lo hablaremos si la cosa cuaja. De todos modos, si te niegas, lo mismo lo hago yo —aclaró Ventura—. No sé…, estamos en el comienzo del caso.

—Bueno, ya veremos. Nunca se puede decir de esta agua no beberé y el movimiento se demuestra andando. Además, quien tiene un amigo tiene un tesoro y…

—Para, para, que te lanzas y es un no acabar —dijo Ventura, entre carcajadas—. Veo que hoy estás refranero.

—No digo más que verdades. Y si me puedo apoyar en los dichos populares, ¿qué culpa tengo yo de saberme todos los refranes del mundo?

—Llevas toda la razón, Juan —dijo Laura—. No le hagas caso a este, que luego se tira los días y días riéndose y hablando de tus ocurrencias.

—Oye, por cambiar de tercio, ¿cómo sigue todo por la Dirección General? —preguntó Ventura—. Supongo que igual, ¿no?

—Pues sí. El nuevo director general no se parece en nada al anterior. Es más…, cómo diría yo…, más diplomático. Yo qué sé…, más político. Lo mismo te gustaría trabajar con él. Le importa mucho cambiar la imagen de la Policía y utiliza a la prensa para conseguirlo.

—¿Y el comisario principal Sánchez?

—Desde lo nuestro con el Lejía, no hace más que echarse flores. Como te he comentado en otras ocasiones, no para de atribuirse la detención de Paco. Según contó, primero a la prensa y luego a todo el que se le pone a tiro, nosotros hemos sido tan solo unos policías bien seleccionados para llevar a cabo una operación urdida y diseñada por él desde la Dirección.

—A mí eso me da igual —dijo Ventura—. De todos modos, no entiendo qué espera conseguir Sánchez con tanta autoalabanza. Como policía no puede ascender más. Y el cargo de director general de seguridad es algo político fuera de su alcance.

—Vanidad. Se llama vanidad.

—Eso debe ser. No pensaba que este hombre fuera así.

—No sé qué necesidad tiene de apuntarse tantos a estas alturas.

Tengo que reconocer que el anterior director nos puso por las nubes cuando terminó la persecución del Lejía. Que si yo era el mejor tirador de la Policía y que gracias a eso lo capturamos; que sí tú eres un policía con grandes posibilidades de llegar a lo más alto…

—En lo primero no le niego la razón; en lo segundo…

—Bueno, lo primero lo dijo porque soy su amigo. Las cosas como son. En fin, la cuestión es que luego el comisario principal, se ha atribuido el éxito de la captura del Lejía como si nosotros solo hubiésemos sido dos peones.

—Bueno, ¿qué os parece si nos vamos a comer y continuamos la charla fuera de aquí? —terció Laura.

—Yo había pensado en un restaurante gallego del que me han hablado muy bien —dijo Ventura—. Dicen que tiene un pulpo insuperable.

—Pues a mí se me había ocurrido invitaros a unos bocadillos de calamares en la Plaza Mayor. Ya sé que no hay color. Pero también os digo que esos bocadillos no han tenido rival ni lo tendrán en cien años que pasen.

—Estupendo. Vamos a la Plaza Mayor a tomar esos bocadillos y después rematamos por allí con algo más. Eso si Laura está de acuerdo.

—Claro que sí —accedió ella.

***

Después de tomarse los bocadillos, se sentaron en una terraza de la plaza y pidieron unos perritos calientes y unas bebidas frías. Parecían chicos de dieciocho años, sobre todo Laura y Ventura.

A Laura se le quedó un poco de mostaza en el labio y Ventura le hizo señas para que se lo quitase. Ella no entendía qué le quería decir. Ventura pasó el dedo por los labios de ella y la miró con atención durante unos instantes. La besó con suavidad; ella tardó varios segundos en reaccionar hasta que se retiró con cierta brusquedad.

—Perdón, yo no… —acertó a decir Ventura.

Entonces fue Laura la que se acercó al hombre, le puso una mano en la nuca y le dio un beso tan intenso como corto.

Tras el impulsivo gesto de amor, se levantó algo azorada.

—Si no os importa, me voy a acercar a esa tienda de ahí al lado. He visto que tienen abanicos en el escaparate y me gustaría comprar uno —explicó Laura.

—Te acompaño —dijo Ventura mientras se levantaba.

—No hace falta, tomaos esa cerveza que enseguida vuelvo.

Los dos hombres observaron a Laura mientras andaba hacia la

tienda. No eran los únicos: Laura atraía siempre las miradas, tanto de hombres como de mujeres. El establecimiento era uno de esos centenarios de la Plaza Mayor de Madrid. En este caso, su venta se centraba, entre otros artículos, en las mantillas, mantones de Manila, castañuelas, bastones y abanicos.

—¡Cómo está el patio! No sé por qué no os habéis decidido a vivir juntos —comentó Pérez mientras negaba con la cabeza—. ¿Qué sentido tiene que Laura esté con tus padres y tú solo en el apartamento de aquí al lado? Salta a la vista que os queréis como dos tortolitos.

—No es tan sencillo, Pérez. Laura sabe que la quiero tanto que la vida no tendría sentido si no estuviera cerca de ella. Pero, a veces, las cosas no son tan fáciles como debieran.

—La vida es corta, Horacio. Dímelo a mí, que en cuanto pasen unos años me veo jubilado y más solo que la una. Mi hijo no me habla porque según él soy un facha que como del pesebre del régimen de un dictador. De hecho, hace demasiado tiempo que no veo a mis nietos. Te quiero decir con todo esto que si yo encontrara una mujer como Laura y me enamorase de ella, no me lo pensaba ni un segundo.

—Ya…

—¡Joder! Salta a la vista que os queréis, y lo más lógico sería que os dejaseis de pamplinas y os fueseis a vivir juntos.

—Es que le prometí que no haría nada más que ser su amigo mientras ella no me pidiera otra cosa, y eso es lo que hago cada día. Le daré todo el tiempo que necesite.

—¡Si es que te la comes con los ojos! Y ella lo mismo. No podéis luchar contra eso.

—¡Porque tú lo digas, Juan! Si no cumplo con mi palabra perderé toda la credibilidad con ella.

—Vale, no te enfades. A lo mejor me meto en lo que no me importa. Te pido disculpas. Pero te he dicho todo esto como amigo.

—Eso ya lo sé, Juan.

—¿Y tus padres qué opinan? Que si no me quieres contestar, pongo punto en boca, ¿eh?

—Siempre supe, desde que te vi el primer día, que eres un charlatán, Juan. Te voy a contestar. Mis padres saben todo lo de Laura; ella misma les ha contado su triste vida. Le costó lo suyo, pero lo hizo. Mis padres quieren a Laura y a Pablito como si fueran de la familia. Y aprueban por completo que formemos una pareja si lo deseamos. Supongo que algún día podrá suceder.

—¿Lo ves?

—Bueno, mi madre me confesó un día con mucha vergüenza que

tiene la preocupación de que tal vez ella no pueda tener hijos. Teme que se haya operado, ya sabes, por su… ocupación durante estos años. Con toda franqueza, eso me parece secundario. Ahora mismo, lo más importante para mí es no fallarle. Tiene que recuperarse de los traumas sufridos y eso lleva tiempo.

—Vale, me has convencido. Solo otra pregunta más y te juro que es la última. ¿Por qué no te incorporaste al bufete de tu padre cuando pasaste a excedencia, ya que está al lado del tuyo? Tengo entendido que allí hay varios abogados pero creo que me dijiste que es un lugar con mucho espacio y despachos todavía vacíos.

—Él me lo sugirió. Me dijo que era mejor empezar en un despacho aparte, ya que la especialidad que he elegido es muy distinta a lo que se lleva allí. La cuestión es que si en el bufete de mi padre aparece algún caso de los de mi incumbencia me lo traslada a mí. Y a la inversa.

—Y la idea de que Laura hiciera de secretaría en tu despacho, ¿de quién fue?

—Esa ya es otra pregunta, pero te la voy a contestar: de mis padres.

—Yo seré medio tonto, pero está claro que tus padres hacen todo lo posible para que estéis juntos.

En ese momento apareció Laura, sonriente como una niña con zapatos nuevos. Llevaba abierto un abanico y se golpeaba con gracia el pecho con él.

—¿Os gusta? —preguntó al sentarse.

—Al inspector no sé, pero a mí me gusta siempre todo lo que llevas —dijo Pérez con cierta picardía—. Ya lo sabes.

—Si nos tomamos un helado, rematamos la jugada —propuso Ventura— ¿Os parece?

—Me encantaría tomarme uno —aceptó Laura—. Vamos a pedir la carta.

—Por cierto, Laura, esta tarde te llevo a casa de mis padres. Ya sabes que me gusta ver a mi madre al menos una vez a la semana.

—Claro. Llamamos desde el despacho a tu padre y se lo decimos para que no se pase a recogerme —dijo Laura.

Lo normal era que al terminar el horario de despacho, el padre de Ventura se pasara por la Cuesta de Santo Domingo y se llevase a Laura.

Trajeron la carta y al poco rato, mientras se los tomaban, Ventura se puso a gastar bromas a costa de Pérez, cosa que el agente no solo llevaba con buen humor sino que a veces lo buscaba con tal de oír las risas de sus dos amigos.

—A lo tonto a lo tonto son casi las tres —dijo Pérez—. Me voy para

la Dirección General. Tengo trabajo que hacer.

—Y nosotros nos vamos un rato al despacho —dijo Ventura—. Ya sabes, Juan, cuando quieras, allí estamos. Como siempre, llama antes de venir por si hemos salido a alguna comisaria en busca de posibles clientes.

—Claro. Llamaré antes —replicó Pérez—. Una cosa, hoy pago yo, que ya hasta me da vergüenza tanto gorroneo.

—Vale, te dejo que pagues, pero que no sirva de precedente. Y venga ya con lo del gorroneo. ¿No me voy a poder dar el gusto de invitar a mi amigo cada vez que me apetezca ya que tengo más dinero que él? El sueldo de agente es muy cortito y la jubilación se avecina, mi anciano amigo.

—La madre que te parió es una santa, pero tú…

—Ja, ja, ja. Y que sepas que la próxima vez vamos al restaurante gallego ese.

Pérez se rascó la calva y se colocó bien el cinturón. «Tengo que perder un poco de barriga», pensó. Pero la idea que le llevó la mano a la cabeza era otra.

—Una cosa, ¿tenéis algo que hacer este fin de semana?

—Laura y yo habíamos pensado ir a la Casa de Campo. Con Pablito.

—Ah, ya. Bueno, nada.

—Suéltalo, hombre.

—No, que de pronto se me había ocurrido que podíamos ir a Segovia. Nada, una tontería. Otro fin de semana, si os apetece.

—Pues no es mala idea, Juan. Además, la Casa de Campo no se va a mover de donde está porque no vayamos este domingo. ¿Tú has ido a Segovia alguna vez, Laura?

—No.

—Podríamos ir con mis padres —añadió Ventura—. Nos pasaríamos por La Granja de San Ildefonso y después nos vamos a Segovia a comernos unos cochinillos en Casa Cándido.

—Yo había pensado en zamparme una tortilla picante en un sitio que conozco en La Granja —dijo Pérez.

—Si reservamos un hotel en Segovia, podemos dormir el sábado y tenemos tiempo para todo. ¿Qué os parece?

—Por mi parte, estoy de acuerdo —dijo Laura.

—Y por la mía.

—¡Pues hecho! Le diré a mi padre que vayamos con su coche y el mío. En uno solo no cabemos los seis.

—Yo había pensado llevar el mío —repuso Pérez—. Hace semanas que no lo arranco y me vendría bien para cargar la batería.

—¡Perfecto! Pues el sábado nos vemos en casa de mis padres y desde allí salimos para Segovia —dijo Ventura—. ¿Te parece bien a las ocho de la mañana?

—A las ocho estoy en el Paseo de la Habana como un clavo —respondió Pérez.

—De acuerdo. Yo me encargo de reservar el Hotel —aclaró Ventura.

El agente le dio un par de besos a Laura Kobler y un abrazo a Horacio Ventura. Se dio media vuelta y, mientras se rascaba la calva con una mano, levantó y agitó la otra para despedirse.

Segovia

La mañana del sábado 18 de mayo, tras parar un rato en el puerto de Navacerrada y bajar la sinuosa carretera de Segovia, flanqueada por innumerables pinos, llegaron a La Granja de San Ildefonso. No se perdieron la visita al palacio, réplica del de Versalles, con su impresionante fachada italiana de piedra rosa, granito y mármol de Carrara, sus espléndidos jardines plagados de fuentes y sus salones barrocos, engalanados con magníficas esculturas y bóvedas pintadas al fresco.

Sobre las dos de la tarde, entraron en un bar próximo al palacio y se emplearon a fondo en despachar las tortillas picantes que había sugerido Pérez.

Luego partieron para Segovia. Dejaron sus cosas en el hotel que había reservado Ventura en la plaza del Azoguejo, al lado del famoso acueducto romano. A continuación se fueron al restaurante Casa Cándido, situado en la misma plaza, y tomaron sopa castellana y de segundo plato cochinillo y truchas a la segoviana. Más tarde, tras tomar café y degustar unos ponches segovianos en una pastelería situada en la plaza de la Catedral, visitaron la iglesia episcopal y se dirigieron al Alcázar.

En el trayecto a este último monumento, Pérez, que andaba al lado del padre de Ventura, observó cómo este y Laura se cogían de la mano. Más atrás, Pablito tomaba por el brazo a la madre de Ventura, que llevaba mal la pendiente de ascenso.

—Amigo Pérez, entre usted y yo, ¿qué le parece la relación de mi hijo con Laura? —preguntó el padre de Ventura.

—Hombre, don Pedro, lo mismo meto la pata hasta el corvejón, pero yo veo que su hijo está coladito por esta mujer. Y Laura lo quiere, ¿eh?, lo que sucede es que ella ha pasado por muchas cosas…, usted me entiende. No lo digo para mal, solo que puedo comprender que usted tenga sus escrúpulos o dudas. Son lo que se dice una «familia bien» y supongo que querrán que su hijo tenga una novia de su clase. Si yo fuera usted, no me fijaría en pasados que no llevan a ninguna parte, no sé si me explico.

—Déjate de «dones», Pérez. Los amigos de mi hijo son como de la familia. Al fin y al cabo, desde hace un tiempo no tiene tantos.

—¡No me diga! No será por lo de Laura, y perdone si me paso de la raya.

—Hay mucho prejuicio, amigo mío. Lo cierto es que estas

circunstancias vienen bien para comprobar quién es amigo de verdad y quién un cantamañanas que no se merece el calificativo.

—¿Qué calificativo? No lo pillo.

—El de amigo, claro.

—Ah, ya. Sí, claro. El calificativo.

—Bueno, volviendo a Laura, yo pienso que es una mujer excepcional, no hay más que ver cómo lucha por borrar las huellas de un pasado que en verdad no escogió. Por otra parte, María y yo queremos que Horacio sea feliz. No sé…, tengo la impresión de que sin ella no lo va a ser. Es complicado, desde luego.

—Me hago cargo.

—Será lo que ellos quieran. Lo que le puedo asegurar es que ni mi mujer ni yo vamos a poner el menor impedimento si deciden llegar más lejos. Además, a Pablito lo queremos ya como si fuera un nieto. Es un buen chico, si bien se mira, demasiado bueno para todo lo que ha pasado. Igual que su madre. En el fondo, a pesar de su pasado y de lo que ha sido su vida, ambos son dignos de admiración.

—Pues si le digo la verdad, no se puede imaginar cuánto me alegra oírle decir esas palabras, porque soy de la misma opinión.

Ventura sentía escalofríos al contacto de la mano de Laura. No había intentado nada al respecto; había sido ella la que, de modo inesperado, se la había tomado con suavidad.

—Horacio.

—¿Qué?

—Me preguntaba si de verdad quieres que entre nosotros…

—¿Haya algo más?

—Eso. ¿No será que te engañas y lo que sientes es otra cosa?

—Mujer, no soy un crío como para no saber lo que quiero y a quién quiero.

—Ya sabes que aún no estoy recuperada por completo de lo que me ha sucedido durante tantos años de mi vida. Pero…

—¿Pero…?

—No, que no puedo negar que siento algo muy fuerte por ti. Solo que no quiero hacerte daño.

—Mira, Laura, con toda sinceridad, lo único que podría hacerme daño es que volvieras a tu vida anterior. Bueno, y también que te alejases de mí.

—Creo que ninguna de esas dos cosas va a suceder. En realidad, estoy segura.

—Entonces, ¿qué necesitas para decirme que sí quieres algo más?

—Tiempo.

—¿Solo eso? Puedo esperar todo el tiempo que necesites. No es la primera vez que te lo digo. Pero no te alejes nunca de mí.

Laura le dio a Ventura un beso en la mejilla y, de repente, se encontró con sus labios enfrentados a los de él, a tan solo un par de centímetros de distancia. Sus bocas se unieron en un breve instante que a ambos les pareció una eternidad. Separaron los rostros y continuaron el camino con una sonrisa.

—¿Eres de verdad? —preguntó Laura.

—Supongo, ¿no? Solo sé que te adoro.

—Ya ves, yo pensaba que todos los hombres eran iguales.

—Pues no, no es así. Puede que sea cuestión de educación. O tal vez de convicciones. Mis padres supieron inculcarme desde niño que el respeto a los demás es fundamental y que a las personas hay que juzgarlas por su presente y no por su pasado.

—Horacio, te prometo que en cuanto pueda te daré una respuesta. Y creo que será un sí, aunque es mejor no adelantarme. Tengo mucha madeja por desenmarañar todavía.

A unos metros de distancia, el padre de Ventura y Pérez no se habían perdido ni un detalle.

—Pedro, ¿ha visto lo mismo que yo? —preguntó Pérez al padre de Ventura mientras se rascaba la calva.

—Estos dos no se separan ni con aceite hirviendo —fue la respuesta del padre de Ventura—. Me alegro por mi hijo. Y, siento ser grosero, pero pienso que a los que no les guste que se jodan.

—¡Bien dicho!

Un poco más atrás, María, la madre de Pablo, sonreía.

Al final de un sobrio jardín, apareció de repente la majestuosa e impresionante mole arquitectónica del Alcázar, con sus torres coronadas por remates puntiagudos, que hicieron recordar a Laura los cuentos de hadas que le contaban en el colegio cuando era muy pequeña. Estaba cerrado, pero tan solo contemplar en silencio la silueta de aquel monumento medieval hacía que la visita a Segovia hubiese merecido la pena.

***

Tenían tres habitaciones, una para Pedro y María, los padres de Ventura, otra para el inspector metido a abogado y el agente, y la tercera para Laura y su hijo.

Cenaron poco. Estaban cansados, sobre todo María, la madre de Ventura, que antes de acostarse habló con Laura sobre algo que había estado pensando durante la tarde.

Mientras, los hombres se tomaban una copa y Pablo veía la

televisión en un salón del hotel.

—Oye, Laura, he visto que aquí cerca hay una iglesia que da la Santa Misa a las nueve de la mañana. ¿Me acompañarías? Es que me da no sé qué ir sola.

—Hace tantos años que no piso una iglesia... Pero sí, la acompañaré.

—¿Te puedo hacer una pregunta un poco indiscreta?

—No creo que usted haga preguntas indiscretas. Así que diga lo que quiera.

—Tú eres creyente, ¿no?

—Cómo no lo voy a ser, si me he pasado media vida en un lugar llamado El Edén que resultó ser el Infierno —dijo Laura con una sonrisa mientras María se sonrojaba un poco.

—Hija, no tenía que haberte hecho la pregunta.

—No se preocupe, cada vez me duele menos recordar aquello. Además, la otra mitad de mi vida fue aún peor. Se podría decir que fue el Infierno sin más. —Laura se llenó de tristeza.

—Siento haberte traído tan malos recuerdos.

—De verdad, no se preocupe, María. Sobre lo de ser creyente o no, en realidad no estoy muy segura. Verá, cuando hice la primera comunión, mi padre ya abusaba de mí. Así que pensé que al recibir la comunión cometía el peor pecado del mundo y que Dios me daría la espalda para siempre. Todavía no me he podido desprender de la idea de que Dios, desde entonces, nunca creyó en mí y por tanto yo tampoco debía creer en Él. No he podido asimilar que haya un Dios bueno que permita todo el mal que me ha tocado sufrir. Se lo digo en serio.

—Hay cosas que no entendemos, pero yo sé que Dios siempre perdona, Laura. Tú eras una niña y es posible que seas menos responsable de tus hechos posteriores de lo que piensas.

—Es difícil borrar todo aquello. Fueron muchos años de infierno en mi casa. Y luego mi vida en el club tampoco me dio como para pensar que Dios estaba de mi lado.

—¿Pero crees o no crees?

—Supongo que sí. Lo que no sé es si alguna vez sentiré la paz que necesito. Estoy en el camino, pero a veces…

—Mira, hija, tú acompáñame a misa y luego ya veremos. Lo mismo te viene bien confesarte.

—En eso sí que no creo, María. Ya me gustaría tener la seguridad de que con ir a ver a un cura y contarle lo que has hecho ya está todo arreglado y perdonado. Pero no es así. Es mucho más difícil que eso, de eso sí que estoy bien segura.

—En realidad, es igual que creas o no en la confesión. Si hablas con un sacerdote, le cuentas tus cosas y eso te da esa paz que necesitas, puede resultar un paso muy grande para ti.

—Tal vez tenga razón. Pero es tan duro recordar todo lo que he pasado… Bueno, yo la acompaño a esa misa y ya veremos.

—Tú haz lo que sientas, hija.

***

La misa terminó y Laura continuaba arrodillada ante el confesionario. A veces sacaba un pañuelo y se lo pasaba por las mejillas. La iglesia quedó vacía. Solo quedó Laura y la madre de Ventura, sentada en un banco, rezando. Cuando Laura se levantó se fue hacía María, sonriente.

—¿Cómo te encuentras, hija?

—Como nunca me había sentido. No se lo puede imaginar. Es como si me hubiese quitado de golpe todo lo que me pesaba en la vida.

—Me alegro.

—Sé que me queda mucho camino por recorrer, pero ahora mismo me siento muy aliviada. Es difícil de explicar, pero me ha venido muy bien soltarlo todo una vez más.

—No sabes cuánto me alegro.

—Le he hablado de mi hijo, de Horacio y de ustedes, y el cura me ha insistido en la suerte que tengo de contar ahora con personas que me quieren.

—Anda, hija, vamos al hotel, que estos estarán ya un poco moscas con nuestra tardanza.

***

Regresaron a Madrid después de comer. Ventura se fue en el coche de Pérez para que este lo dejara en su casa. En el otro coche, el padre de Ventura conducía con Pablo a su lado. Laura y María, sentadas en los asientos de atrás, se sonreían, cómplices de un cambio que los demás no habían percibido aún.

Poco podían imaginar todos que dos días después, el 21 de mayo, les llegaría una noticia que iba a cambiar sus vidas de forma radical y para siempre: Francisco García Menacho, conocido por algunos como «Paco el Lejía» y por otros como «El Asesino de la Carretera», había escapado de prisión, se había marchado a El Aaiún, había matado a varias personas y había fallecido en la posterior persecución.

Ventura accedió a suspender por unos días su excedencia y acudir de inmediato, acompañado por Pérez, al lugar donde se encontraba

depositado el cadáver, para verificar su identidad.

Viaje al Sahara

El flamante Douglas DC-3 del Ejército del Aire sobrevolaba el territorio de Marruecos. Había salido a las cinco de la mañana del aeropuerto de Barajas y dos horas y media después hizo una escala para repostar combustible en el aeropuerto de Sevilla, ya que el aparato no tenía suficiente autonomía de vuelo para llegar a El Aaiún en vuelo directo desde Madrid.

El agente Juan Pérez dormía a pierna suelta con la boca abierta, por la que salía un jadeo tan suave como persistente, interrumpido en ocasiones por un momento de apnea seguido de un ronquido de mil demonios.

El inspector Horacio Ventura, por su parte, repasaba los papeles que le había entregado el comisario principal Eutimio Sánchez.

Francisco García Menacho, alias Paco el Lejía, el asesino al que habían detenido ambos meses atrás, había escapado del penal de El Puerto de Santa María hacía un par de semanas. Al día siguiente de su huida, se produjo un atraco en un banco de Sevilla. Se habían llevado una buena cantidad de dinero. A tenor de la descripción del operario del banco que había sufrido el atraco, era más que probable que el autor fuese el recién fugado del penal.

El día anterior al viaje de los dos policías, en una sala de fiestas de El Aaiún, un tipo había tiroteado a varias personas y había huido en un vehículo militar. Un sargento de la Unidad de Policía Territorial lo había seguido y consiguió interceptarlo en el cruce de Boucraa a Smara. Después de un tiroteo, lo alcanzó con un disparo en el pecho y lo mató.

El cadáver se encontraba en el cuartel de la Policía Territorial y había que confirmar que se trataba de García Menacho, trámite al que se había ofrecido Ventura por insinuación de su antiguo jefe, el comisario principal Eutimio Sánchez.

Miró con atención la fotografía de Paco el Lejía.

«Cualquiera que viera esta foto sin conocer las andanzas de este tío, pensaría que se trata de un sujeto normal y corriente —pensó—. Bueno, desde luego, los ojos y esa sonrisa boba en apariencia, no son los de alguien que no ha roto un plato en su vida».

Pérez abrió los ojos y se desperezó.

—Me he quedado *sobao*, inspector.

—No te preocupes en darme explicaciones, Juan. Los demás pasajeros lo saben de sobra. Tus ronquidos deben haber llegado a

oídos de la tripulación.

—¡Qué exagerado eres, inspector! En mi vida me han dicho que ronco.

—Pues ya era hora de que alguien te lo dijera.

El resto del pasaje estaba formado por dos suboficiales de la Legión, uniformados con esmero y pulcritud, y un civil con pinta de funcionario, muy concentrado en tomar notas en una libreta. Pocas personas para un avión que podía transportar hasta treinta pasajeros bien acomodados.

—Amigo, certifico que su compañero tiene razón —dijo uno de los legionarios—. Pero no se preocupe por eso, que aquí, quien más quien menos, ronca lo suyo.

—¡Anda y que te den! —contestó el otro legionario dándose por aludido y soltando una carcajada.

No había más modo de mantener una conversación que hablar en voz alta. El ruido de los dos motores de la aeronave era demasiado elevado para permitir otra cosa.

—¿Ustedes creen que falta mucho para llegar? —preguntó Ventura a los legionarios.

—A ver, por el tiempo que llevamos, no creo que nos falte más de una hora. Si miran hacia abajo, podrán ver la línea de la costa de África. Si no hay niebla, en nada se podrán ver las Islas Canarias. A la derecha.

—Gracias.

Ventura se entretuvo en mirar a través de la ventanilla. Pérez volvió a lo suyo: cerró los ojos y en cinco minutos roncaba de nuevo, esta vez con mayor estrépito. El inspector pensaba en el hombre cuyo cadáver iban a reconocer.

«¿Qué puede llevar a un sujeto como Menacho a convertirse en un asesino? Un chico joven que tiene novia en el pueblo y decide marcharse a la Legión. Luego se enrola en un barco de pesca y, sin motivo aparente, empieza a matar. ¿Qué se le pasa por la cabeza a un tipo así para hacer lo que ha hecho?».

Se levantó, pasó al pasillo central rozando las rodillas del agente sin que este lo notara y se acercó al asiento de los dos suboficiales de la Legión. Sacó su cajetilla metálica de cigarrillos rubios y la abrió.

—¿Un cigarrillo?

—Gracias —contestaron los dos casi al unísono. Ventura sacó su mechero y encendió los tres pitillos—. Perdonen si les molesto, pero la solfa de mi compañero me tiene frito. Aunque ya veo que desde aquí la cosa no mejora.

—Por nosotros no hay problema, amigo. Por cierto, soy el brigada

Aníbal, y mi compañero es el sargento Alcaide.

El brigada era, más que delgado, enjuto, muy moreno y con un bigotillo fino, recortado con sumo esmero; el sargento era, en algunos aspectos, la antítesis física del otro: pelo rubio y tez clara en la que si la barba sobresalía era por su total ausencia, y no porque el sargento estuviera rasurado con esmero, sino porque era barbilampiño.

—Encantado. Soy Horacio Ventura, inspector de policía, y voy a El Aaiún con mi compañero para reconocer el cadáver de un tipo que ha asesinado a cuatro personas en un local de chicas. Una sala de fiestas, según dice el informe que me han entregado.

—Lo de que son policías ya me lo parecía a mí —dijo el brigada—. La sala de fiestas será El Oasis. Lo digo porque es la única que hay en El Aaiún, aunque en realidad debían llamarlo más bien «salón de *striptease*».

—Me resulta algo extraño eso que dice. Como ustedes deben saber, en España ese tipo de locales no está autorizado.

—No se ofenda, inspector —dijo el brigada—, pero hay tantas cosas que no están autorizadas en nuestro país y se hacen, que tendríamos una lista más larga que un día sin pan.

—También es verdad.

—De todos modos, se puede decir que el Oasis es un local legal, incluido el asunto de desnudarse las chicas. Desde luego, nadie va a hacer nada para impedirlo. Tengo entendido que el Ministerio del Ejército le pidió a una empresa de Barcelona que abriera en El Aaiún una sala de fiestas, con desnudos y demás, en plan *cabaret* francés, ya me entiende. La razón de la petición, al parecer, era que la moral de los militares españoles se encuentra un tanto decaída a causa de los continuos asaltos del Frente Polisario y algo había que hacer.

—¿Y lleva mucho tiempo abierto?

—Unos pocos meses. El tiempo en que los del Polisario empezaron a dar por saco.

—Un tanto sorprendente lo que me cuenta.

—Supongo. Las cosas que suceden en la provincia del Sahara suelen asombrar a aquellos que no conocen el territorio y la vida que se lleva allí. De todos modos, la moral de la tropa se suele levantar en otros locales de chicas bastante más modestos. Lo digo porque al Oasis van más que nada los oficiales y suboficiales.

—Ya.

—Al Oasis se va más que nada a ver, hablar y tomar unas copas. Y la tropa busca…, cómo le diría, algo más…

—Ya entiendo. Algo que levante la moral y otras cosas, aun a pesar del bromuro[1].

—Más o menos —contestó el brigada entre risas.

—Me imagino que el aislamiento y el clima requieren de ciertas concesiones. Ustedes deben llevar muchos años allí y ya no se sorprenderán por nada. ¿Me equivoco?

—Pues no. No se equivoca —respondió el sargento Alcaide—. Yo llevo más de diez años; y aquí el brigada Aníbal, muchos más.

—Más de quince.

—Debe ser duro.

—Depende —dijo el brigada—. A todo se acostumbra uno. Yo estoy casado y tengo cuatro hijos. La familia la tengo en Madrid. Se gana bastante más que en la península y, además, los años para trienios valen el doble. Luego, si te gusta la vida militar, no hay mejor sitio que la Legión.

—En mi caso, estoy juntando algo de pasta para casarme —apuntó el sargento—. En cuanto pueda, me vuelvo a la península a un destino más tranquilo, si puede ser a Madrid que es donde vive mi novia. Bueno, en Alcalá de Henares que casi viene a ser lo mismo.

—¿Y qué? ¿Vuelven de vacaciones?

—¡Qué va! Cubrimos el servicio de Estafeta Militar. Un chollo para nosotros —dijo el sargento Alcaide.

—¡Figúrese! —continuó el brigada Aníbal—. Todos los viernes salimos de madrugada para Madrid. A mediodía entregamos la correspondencia y paquetería oficial en el Ministerio del Ejército, ya sabe, al lado de la plaza de Cibeles. Los miércoles regresamos a El Aaiún con la correspondencia del Ministerio y los días que quedan en medio en casita con la familia.

—Pues sí que tiene buena pinta.

—¡Ya le digo! También tiene su parte complicada, porque es un puesto de responsabilidad. Hay que tener cuidado con los papeles. Y una vez al mes traemos un dineral para las pagas del personal, aunque en esos casos venimos apoyados por una pareja de la Guardia Civil.

—Se quitan de estar en el cuartel y lo ganan con la familia. Por cierto, hay quien dice que la Legión es un cuerpo formado en gran medida por indeseables y delincuentes que se alistan para huir de la justicia —dijo Ventura.

—Se dice, pero no es para tanto —explicó el sargento—. Hay de todo, como en botica. Lo que le puedo asegurar es que al que viene torcido solemos enderezarlo, ¿verdad, mi brigada? Y el que no tiene vocación dura poco.

Ventura tuvo una idea. Tal vez aquellos dos suboficiales conocieran a Paco el Lejía. No estaría de más preguntarles.

—Se me ocurre que si llevan tantos años en El Aaiún tal vez

conozcan al hombre que voy a reconocer. Mató a varias personas y al final terminó como era de esperar: con un tiro en el pecho. Estuvo en la Legión como cabo primero hasta no hace muchos años.

Sacó del bolsillo la fotografía de Francisco García Menacho y se la enseñó al brigada. Este le echó un vistazo, negó con la cabeza y se la pasó al sargento.

—Me suena esta cara —dijo el último—. ¿Cómo se llama?

—Francisco García Menacho. Estuvo en el Tercio Don Juan de Austria desde antes de que se trasladara a El Aaiún desde Sidi-Ifni.

—¿Menacho? —El sargento seguía con la vista fija sobre la foto—. ¡Claro que sí! Era de una de las promociones de cabo primero posteriores a la mía. Si se hubiera reenganchado una vez más, sería sargento. No era torpe. Ni mucho menos. Lo recuerdo a la perfección.

—¿Cómo era?

—Pues no sé… supongo que lo normal. No es que fuésemos amigos. Estábamos en distintas compañías y no solíamos quedar fuera del cuartel. Pero coincidíamos a diario en el comedor. Los cabos primeros comíamos en un reservado aparte del resto de la tropa. También solíamos vernos en la cantina. A veces hablamos de futbol y cosas así. Tenía fama de duro y eso que en la Legión ser duro y cabo primero es, como si dijéramos, una misma cosa. ¿Y dice usted que ha matado a varias personas?

—En efecto. Y en el plazo de unos pocos meses.

—¡Quién lo diría! Tenía fama de duro, pero de ahí a matar... No era, ni mucho menos, de esos que llamamos *ensirocados*. ¡Qué va! Un tío normal, vamos.

—La primera vez que oigo esa palabra.

—¿Ensirocado? Aquí, quiero decir en el Sahara, la usamos mucho. A ver, hay gente que entre la soledad, el calor y el alcohol termina muy tocada de la mollera. Nosotros decimos que a esa gente le ha afectado el siroco, un viento bastante molesto que da dolor de cabeza.

—Vendría a ser como loco, por lo que entiendo.

—Más o menos. Como los boxeadores que están *sonaos*, ¿me entiende?

—Ya. Y García Menacho no era de esos.

—¡Qué va! Aunque también es verdad que he conocido a más de uno que le ha dado la vena de repente. Vamos, que de estar la mar de bien, ha empezado a hacer y decir cosas que no cuadran con una cabeza bien amueblada. Lo mismo a Menacho le pasó eso.

El avión dio varias sacudidas que despertaron a Pérez.

—¡La Leche! —exclamó el agente mientras se desperezaba de modo ostensible—. El ruido de este cacharro me deja *atontao*.

—Creo que han bajado el tren de aterrizaje. Debemos estar cerca —comentó el brigada.

—Mejor me marcho a mi asiento y me pongo el cinturón —dijo Ventura.

—Oiga, inspector, espero que nos veamos en El Aaiún —dijo el brigada—. Cualquier cosa que necesite, ya sabe, estamos en el Tercio Don Juan de Austria.

—Gracias. De todos modos, supongo que nuestra estancia será corta. Lo más probable es que hoy mismo reconozcamos al cadáver de García Menacho y regresemos a Madrid en el próximo avión. Todo eso si no hay algún contratiempo.

—Nuestro avión, que supongo será el suyo también, regresa a Madrid todos los viernes —explicó el brigada—. Si no han terminado antes de pasado mañana, tendrán que esperar una semana más. De todos modos, o este viernes o el próximo nos volveremos a ver.

—Lleva razón, no había caído.

—Se me acaba de ocurrir una cosa. ¿Dónde se hospedan?

—Tenemos reserva en el parador.

—Buen sitio. ¿Qué le parece si nos vemos mañana jueves allí mismo. Una vez entregados los papelotes, no tengo nada que hacer. Vamos, si ustedes están ocupados lo retiro. Pero siempre podemos comer allí y luego les puedo acompañar a visitar la ciudad.

—En principio, de acuerdo, Si acaso, mañana puede llamar temprano al Parador y ya le digo.

—Así lo haré —aceptó el brigada—. Mañana llamo temprano y quedamos.

Yo siento no poder quedar con ustedes —dijo el sargento Alcaide—. Tengo una comida comprometida con unos amigos desde hace tiempo. De todos modos, nos veremos a la vuelta. Seguro.

El avión comenzó a dar unas sacudidas que indicaban con claridad que perdía altura. Los oídos de Ventura, como los de los demás pasajeros, se taponaron. Miró por la ventanilla y vio que, al fondo, el cielo se unía a la línea, casi indefinida, del mar. Un mar azul como no había visto otro. Bajó la cabeza y vio una playa inmensa, interminable. Le hizo señas a Pérez para que lo dejara pasar al otro lado del pasillo. Una masa rojiza, seca, casi uniforme, se extendía hasta un lugar indefinido en el que la niebla —o tal vez era polvo— impedía ver el cielo. Una inmensa masa de agua a un lado y un mar de arena y rocas al otro.

—¿Ha visto, inspector? Otro mundo —afirmó el sargento—. Eso es lo que es el Sahara. Y cuando aterrice y lo vea de cerca, se dará cuenta de que ha llegado a un lugar que no tiene nada que ver con lo que ha

conocido hasta ahora.

El cadáver

Aunque no era gran cosa, el aeródromo de El Aaiún tenía más extensión y estaba mejor dotado de lo que Ventura había supuesto. Los dos policías bajaron con las maletas y se despidieron de los dos suboficiales. El silencioso civil que los había acompañado como pasajero levantó la mano en señal de despedida y se aproximó a un sedán que lo esperaba.

Caminaban hacia las instalaciones del aeródromo cuando les salieron al encuentro dos militares, un teniente y un sargento, con un uniforme peculiar: pantalones, camisa y sahariana de color claro, y una gorra azul con visera que tenía cierto parecido con las que usan los miembros de la Armada.

—Supongo que son los policías que vienen de Madrid, ¿no es así? —inquirió el teniente mientras efectuaba el saludo militar; el otro se quedó un paso atrás.

—Si se refiere a los que venimos a reconocer el cadáver de Francisco García Menacho, la respuesta es sí —respondió Ventura.

—¡Perfecto! Soy el teniente Méndez, de la Policía Territorial. Estoy encargado de recibirlos y facilitarles todo lo que necesiten. Mi acompañante es el sargento Kamal, el mismo que disparó al delincuente.

—Yo soy el inspector Ventura y este señor es el agente Pérez. —Se estrecharon las manos—. Por mi parte, cuanto antes hagamos ese reconocimiento, mejor para todos.

—Claro. Supongo que tendrán ganas de regresar a Madrid —dijo el teniente; el sargento parecía no tener nada que hablar.

—En realidad pensamos quedarnos unos días, ¿verdad, inspector? —explicó Pérez—. Más que nada, por aprovechar el viaje para conocer esto.

—Eso no está tan claro, Pérez —contestó Ventura—. Si hoy arreglamos el asunto, no veo por qué no podemos regresar el viernes. Ya veremos.

—La verdad es que aquí hay poco que ver —aclaró el teniente—: un cine, una sala de fiestas, muchos cuarteles y algunos locales de diversión para la tropa. Eso sí, el parador es nuevo y está muy bien acondicionado. Supongo que se quedarán allí.

—Así es, ya tenemos hechas las reservas.

—Les recomiendo que vean el atardecer y disfruten de la vista del

cielo por la noche. Es algo que no se puede ver en la Península. Sobre todo en estas noches sin luna, la oscuridad permite ver estrellas que no se ven en la Península de ninguna manera.

—Tomamos nota. Pero lo primero es cumplimentar la gestión para la que hemos venido. Cuanto más tardemos, más penosa será, más que nada por el deterioro del cadáver.

—Usted manda, inspector —dijo Méndez—. Tengo mi coche particular ahí fuera estacionado. Si quieren, nos vamos ahora mismo al cuartel de la Policía Territorial y abreviamos.

Las calles de El Aaiún —al menos las que recorrió el coche del teniente— eran amplias y bien señalizadas, si bien los semáforos escaseaban. Las casas, muchas de ellas de tres o cuatro plantas, podían ser confundidas con las de cualquier ciudad española de tamaño mediano si no fuera por el relativo predominio de cúpulas, blancas y redondeadas, y por la monotonía del color ocre fuerte de las fachadas, en las que no solían faltar azulejos con dibujos de lo más variado y predominio del color azul.

—Ya mismo estamos en el cuartel —anunció Méndez, al mismo tiempo que arrugaba su fino bigotillo a modo de sonrisa.

El sargento no había dejado salir ni una palabra de su boca desde que se saludaron en el aeródromo. A Ventura le intrigaba el hecho de que su tez fuera tan clara, con un nombre que indicaba que se trataba de un nativo.

Llegaron en unos minutos. Aparcaron cerca de la puerta principal, en un rincón de un enorme patio de armas, cuyo suelo de hormigón pedía a gritos un buen repaso. Ventura abrió el maletero del coche y sacó una mochila de su maleta y se la echó al hombro.

Miró al cielo. Ni una nube, como era de esperar. De repente se percató de que no hacía tanto calor como había supuesto. Llevaba lo que para él era «una ropa de lo más informal para el caso»: un traje casi blanco, de lino, y, debajo de la chaqueta, una camisa de manga corta del mismo color. Por un momento, pensó en quitarse la chaqueta, pero desechó la idea. Debía esperar, al menos, a pasar el trámite de reconocer el cadáver. Aun cuando Paco no le infundía el menor respeto como asesino que era, había que mantener las formas. Eso siempre.

Mientras andaban por el patio, se cruzaron con una pequeña unidad de camellos conducidos por nativos uniformados con chilabas azules y blancas y turbantes negros. El que iba a la cabeza llevaba el mismo uniforme que el teniente Méndez y el sargento Kamal, solo que la gorra era semejante al ros[2] que usaba el Ejército de Tierra español del siglo anterior, complementado por una siroquera[3].

—¿Quiénes son? —preguntó Pérez.

—Una patrulla —explicó el sargento, demostrando que no era mudo—. También hacemos recorridos en vehículos, pero por las zonas arenosas no hay más remedio que usar camellos. Aquí son imprescindibles.

—Con los constantes atentados del Frente Polisario, las patrullas se han multiplicado —explicó el teniente—. Bueno, señores, aquí es.

Entraron en el botiquín. Los recibió un capitán médico, que iba acompañado de un hombrecillo de rostro amable, vestido con un traje de chaqueta un tanto arrugado y una corbata con brillos irregulares, producto, sin duda de un exceso de lavados y no pocos años.

—Encantado de saludarlos. Supongo que son los policías de Madrid. Soy el capitán médico Higuero. Este señor es agente judicial en representación del juez de Primera Instancia. —Se dieron la mano sin más. El trámite no daba para muchas efusiones verbales—. Tengo el cadáver en la habitación del fondo. Le he inyectado formol para retrasar la descomposición. Aunque, con lo poco que han tardado, lo mismo no hubiera sido necesario. No hace ni veinticuatro horas que está aquí.

—Vamos allá —propuso Ventura.

—Un momento —dijo el agente judicial—, falta un policía de aquí. Se fue hace un rato a la cantina. Tenía sed. Fue lo que dijo. Yo mismo me acerco y le aviso.

—Vaya, vaya —ordenó Ventura—. Y no tarden.

Estuvieron más de quince minutos a la espera de que llegaran. El acompañante del agente mostraba síntomas de haber bebido algo más que un vaso de agua o un par de cervezas.

—Inspector Ventura y agente Pérez —saludó Ventura al mismo tiempo que daba la mano al recién llegado.

—Así que ustedes son los señoritos de Madrid que se creen que lo arreglan todo y no tienen ni puta idea de nada, ¿no es eso?

—Lo primero que tiene que hacer es ser más respetuoso y presentarse al inspector como es debido —sugirió Pérez, amoscado con la actitud del recién llegado.

—¿Y qué me van a hacer si no lo hago? ¿Me van a dar un par de hostias o me van a echar de aquí para la Península? Porque si es eso, yo encantado. Estoy hasta los huevos del Sahara.

—Mira, muchachito —masculló Pérez mientras cogía por las solapas al policía local, después de haberse rascado la calva a conciencia—, no sé quién cojones eres, pero lo del par de hostias apúntatelo, porque estoy a punto de dártelas.

—No hay cojones de rozarme la cara, carajote —dijo el otro mientras daba un manotazo a Pérez—. En fin, haya paz. Soy el agente

de policía Delgado. Me ha mandado mi jefe para ver cómo se meten en nuestro trabajo. Abreviemos. Cuanto antes hagamos la gestión, antes se largan para la capital y nos dejan hacer nuestro trabajo. ¿Entienden?: nuestro.

—No es el momento de discutir, y menos en estas circunstancias —cortó Ventura con aparente tranquilidad—. Nosotros no hemos venido aquí a hacer el trabajo de ustedes. ¿Es que acaso sabe usted quién es el hombre que está en esa habitación? ¿Hay alguien en la Policía de aquí que pueda identificarlo y averiguar si se trata de Francisco García Menacho?

—Hombre, eso no…

—Pues entonces, ¿a qué viene ponerse a discutir y decir tonterías? Está claro que ha bebido más de la cuenta, y eso lo empeora el hecho de estar de servicio. Ya me encargaré de que la Dirección General de Seguridad se ponga en contacto con su jefe. Su conducta es inadecuada por completo.

—Hombre, yo no…

—Si dice una palabra más, le juro que dejo a mi subordinado que le dé ese par de hostias. Y le puedo asegurar que las da como panes y que tiene huevos para eso y para más.

—Yo también informaré al señor juez —avisó el alguacil—. Esto es inapropiado.

El policía local se quedó mudo y blanco de repente. Los tres vasos de güisqui que se había bebido no le impidieron darse cuenta de que se había sobrepasado.

—Vamos —propuso Ventura.

—Yo preferiría no pasar —dijo el sargento Kamal—. Espero que lo comprendan. Si es necesario lo haré, pero…

—No se preocupe —dijo Ventura—. Si el agente judicial no tiene inconveniente…

—Ninguno. Con ustedes dos y yo para dar fe de que se ha efectuado el acto, los demás no tienen por qué entrar.

—Si es así, yo me quedo fuera también —pidió Méndez.

—Bueno, yo, si no es necesario… —comenzó a decir el agente Delgado.

—Usted va a pasar. Es una orden —aclaró Ventura—. Y si no entra le garantizo que se le va a caer el pelo.

El reconocimiento fue rápido. Ventura negaba con la cabeza y Pérez se rascaba la calva.

—¡Vaya tela! —exclamó este último.

—¿Sucede algo? —preguntó el agente judicial.

—Que no es el que buscamos.

—¡No me diga! —exclamó el representante del juez.

—La cara no coincide. He dudado al principio, pero no es Francisco García Menacho —afirmó Ventura—. Además, el que buscamos tiene un tatuaje de la legión en el brazo. No es nuestro hombre.

—Vamos, que han hecho lo que se llama un viaje en vano —comentó el agente judicial.

—Eso parece —aceptó Ventura.

—Yo tengo que finalizar la diligencia por escrito. Si no les importa, firmen aquí.

El agente escribió la palabra «no» en dos copias de un documento mecanografiado que se sacó del bolsillo. Se lo pasó a los policías y estos firmaron.

—Puede avisar al juez de que, por nuestra parte, ya pueden enterrar a este hombre —dijo Ventura al agente.

—De acuerdo.

—¿Y ahora qué hacemos, inspector? —preguntó Pérez mientras hacía el amago de darse una palmada en la calva.

—Lo primero salir de aquí. Pero antes voy a sacar unas fotos al cadáver. —Ventura metió la mano en la mochila y sacó una caja de la que extrajo una especie de caja metálica que desplegó al pulsar un botón. Era una máquina de fotografiar, desde luego, pero nada convencional.

—¿Que trasto es ese, inspector? —preguntó Pérez con la misma cara de curiosidad y pasmo que los demás.

—Una polaroid SX-70. Lo último en el mercado. La compré el mes pasado. Hace maravillas, ya verán.

Ventura apuntó la cámara hacia el rostro del fallecido y apretó el disparador. Unos segundos después, salió poco a poco una hoja de papel fotográfico por la parte inferior de la cámara y una imagen bastante nítida apareció ante los asombrados ojos de los presentes.

—Parece que sale bastante nítida. Voy a hacer unas cuantas más por si acaso.

—¡La madre que me trajo al mundo! —exclamó Pérez entre risas—. ¿Dónde vamos a llegar con tantos adelantos? La foto se rebela ella sola, sin llevarla a ninguna parte.

—Así es, Pérez: revelado inmediato. Con esta foto vamos a ir al Oasis y vamos a preguntar a los de allí si este pobre hombre es el que cometió los asesinatos. Supongo que con eso quedará todo aclarado.

—Por lo que veo, hemos venido para nada, inspector.

—No lo sé. Existe alguna posibilidad de que Paco haya sido el asesino y en algún momento se haya cambiado por el que está aquí. Es difícil, pero no imposible.

—Nosotros teníamos orden de no hacer nada hasta que ustedes llegasen —intervino el policía local, algo más despejado.

—Pues sigan así por ahora. De momento, me va a dar el teléfono de su jefe —pidió Ventura.

—Oiga, inspector, yo no pretendía…

—No se preocupe. El asunto de antes queda zanjado. Es solo para ponerle al corriente. Le diré a su jefe que voy a llamar a la Dirección General de Seguridad y les voy a pedir que nos dejen investigar a nosotros unos días más. Si no logramos avanzar, ya quedará la cosa en sus manos.

—Ah, vale. Entonces me marcho, si no tiene algo más.

—Tampoco vendría mal que, antes de largarte, le pidieras disculpas al inspector, ¿no te parece? —indicó Pérez—. Si fuera yo, hacía que te metieran un buen paquete, por gilipollas.

—Esto…, sí. Lo siento, inspector. Aquí estamos sometidos a grandes tensiones y...

—Deme ese número de teléfono y no se hable más.

—Por mi parte, me encargaré de entregar a su señoría su declaración, inspector —dijo el agente judicial—. Él decidirá qué hacer. Supongo que el siguiente paso será que el juez dé orden de enterrar al fallecido.

—¿Cuándo retirarán el cadáver para enterrarlo? —interrogó Ventura.

—Entre una cosa y otra, no creo que antes de mañana —contestó el agente judicial.

Los dos policías y los dos militares de la Policía Territorial se despidieron del capitán médico, del agente judicial y del policía local.

—No entiendo nada —dijo el sargento Kamal—. Un asesino se escapa del penal del Puerto, se viene para El Aaiún y hay un tiroteo en una sala de fiestas. Yo estoy en la calle cuando oigo los disparos y persigo al hombre que sale del lugar con una pistola en la mano. Vienen ustedes porque conocen a ese hombre, de hecho fueron los que lo detuvieron hace unos meses. Pero, al final resulta que el que yo he detenido no es ese hombre que ustedes han venido a reconocer. Lo dicho: no lo entiendo.

—Pues ya somos dos —dijo Ventura—. Todo hacía pensar que Menacho había venido aquí. Estaba obsesionado con El Aaiún y era mucha casualidad que el *modus operandi* se repitiera.

—Supongo que se refiere a que el que cometió los crímenes del Oasis actuó de la misma forma que el que ustedes buscan.

—Eso es. No sé qué camino tomar, pero pienso que lo mejor será quedarnos unos días por si al final, resultara que ese tipo esté más

cerca de nosotros de lo que pensamos.

—Quería comentarles que el coronel de la Policía Territorial me ordenó que pasaran a saludarlo al finalizar —dijo el teniente Méndez—. También daba por hecho de que ese hombre era el que ustedes buscaban. Se va a llevar un buen chasco. Como todos.

—Vamos.

—Si no tienen inconveniente, le pediré que me permitan acompañarlos durante su estancia aquí.

—Me parece bien, Méndez. Tal vez necesitemos también al sargento.

—Por mí, no hay problema —aceptó Kamal—. Si el coronel lo ordena, yo los acompaño a donde quieran ustedes.

La pronunciación del sargento era perfecta. Sin acento de ninguna clase.

La visita al coronel fue cosa de quince minutos. El teniente y el sargento quedaron a disposición de Ventura durante el tiempo que fuese necesario.

Al salir, Méndez ofreció que se fueran todos a comer juntos, pues, entre una cosa y otra eran casi las cuatro de la tarde.

—Si les parece, los llevo al parador, cogen sus habitaciones y comemos allí mismo. El restaurante es de lo mejorcito de aquí.

—¡De maravilla! —exclamó Pérez—. Porque tengo más hambre que un caracol en un espejo y un buen menú me va a venir como agua de mayo. Y no quiero irme por las ramas ni soy de los que se miran el ombligo, pero creo que ya es hora de matar el gusanillo y a quien madruga Dios le ayuda. Así que no me toquen las palmas que me conozco. Hablando de pasar hambre, que, por cierto a buen hambre no hay pan duro, recuerdo una vez que, estando yo en…

—No te molestes, Juan, pero no he visto en mi vida a nadie capaz de enlazar más frases hechas y aún menos de hablar tanto sin necesidad —bromeó Ventura a punto de romper en carcajadas.

—¿Frases hechas, yo? ¿A qué viene eso? ¿Es que le gustan más a medio hacer? Y lo de hablar ya te lo he explicado más de cien veces, inspector. Pero, nada, cierro la boca y me quedo sin chistar hasta que lleguemos a Madrid, que bien sé yo que en boca cerrada no entran moscas.

—Déjalo, Pérez, es igual. Habla lo que quieras. Faltaría más.

El agente Juan Pérez puso cara de estar molesto. Sin embargo, Ventura y él se conocían más que bien y, en cierto modo, disfrutaban de aquellas situaciones.

Penal del Puerto

Del 1 de febrero al 3 de abril.

Desde que llegó a la prisión de El Puerto de Santa María, Francisco García Menacho se dejó crecer el pelo y la barba. No era por descuido, sino porque, desde el primer momento de su llegada, tenía la idea de escaparse y le venía bien para luego encubrir su personalidad, rapándose o dejándose las patillas y el bigote.

A medida que fueron transcurriendo los días, la estancia en el penal de El Puerto de Santa María se le hacía más y más insufrible. No es que tuviera dificultades para sobrevivir, pues aunque no tenía tanto dinero como el que se suele necesitar para vivir bien en prisión, no había quien se atreviese a mirarle a la cara y menos a negarle un paquete de cigarrillos o una copa en el bar. De esta manera, no le faltaban el alcohol y el tabaco, ya que al tema de las drogas siempre había sido reacio y salvo contadas ocasiones no las había catado. El problema venía porque no soportaba estar entre aquellas paredes y menos aún no tener una mujer con la que desfogar su furor. Porque hay que aclarar que, para Paco, lo de las mujeres, más que necesidad biológica en el sentido puro de la palabra, se había convertido en rabia desenfrenada. O impulso dañino. Cada vez más.

***

Llevaba algo más de un mes en prisión cuando ocurrió un acontecimiento que terminó de convencerlo de que en la vida solo había dos salidas: sufrir los desmanes de los demás o abusar de los otros para que supieran quién era el que mandaba y a quién había que temer. Después de aquello, Paco se terminaría de convertir en una alimaña sedienta de hacer daño a los demás. Aún más que antes.

Había ingresado en la prisión un tipo de lo más repugnante. Se apellidaba Gutiérrez, pero todos lo llamaban «El Alemán» y no porque hubiese nacido en el país que daba lugar a su apodo, sino porque pasó unos cuantos años trabajando allí. Lo de «trabajando» se puede decir que era una manera de hablar, porque el individuo, que incluso llevaba cuando salió de España un contrato de la casa Volkswagen, no tardó ni un mes en ser expulsado de la empresa por falta de capacidad y conocimientos. Había engordado su currículo más de lo necesario.

Verse sin dinero en un país extraño no era plato de gusto, pero el

tipo supo ingeniárselas para dejarse caer por bares frecuentados por señoras algo mayores y hacer alarde de su condición de «macho ibérico». Sus casi dos metros de estatura, un flequillo bien embadurnado de laca y sus poses de torero de salón ayudaron lo suyo.

No le costó ganarse buenos marcos, que le hubieran sido de mucho provecho si los hubiese ahorrado. Pero pensó que lo mejor era invertir. Se unió a otro compatriota y se dedicó a comprar coches de alta gama y segunda mano para pasarlos a España y venderlos.

La idea era buena, pero no carecía de peligros. Él se encargaba de comprar los coches y el compañero de conducirlos hasta España y vendérselos a un tipo de Barcelona que pagaba «a tocateja», como le gustaba decir al Alemán.

Gutiérrez compaginó durante varios meses su condición de *gigoló* con el contrabando de vehículos. Hasta que el contacto de Barcelona fue detenido por la Policía justo en el momento en que recibía un coche. El tipo «cantó» y la Policía alemana extraditó a Gutiérrez, que fue ingresado en el penal de El Puerto de Santa María, en espera de juicio.

Gutiérrez, no era hombre de escrúpulos, y menos en cuestiones sexuales. Le daba igual una madurita de sesenta que una jovencita dieciocho. Es más, tampoco le importaba si se trataba de un jovencito atractivo o un anciano con dinero. La cuestión era pasárselo bien.

Cuando se vio en la cárcel y con dinero —pues no consiguieron sacarle ni un marco, ya que tuvo la precaución de ingresar todo lo que no necesitaba en un banco español— llegó a la conclusión de que a falta de mujeres había que apechugar con lo que había. No se le ocurrió nada mejor que montar en la cárcel, con otros dos energúmenos, algo semejante a una red de prostitución. Cobraban sus servicios a todo aquel que caía en sus manos, fuera a favor o en contra de su voluntad.

Casi nada más llegar, al Alemán se le metió Paco entre ceja y ceja. Más que nada porque le habían comentado que era un tipo peligroso y esto hizo que para él se convirtiera en un reto a superar.

—A ese me lo paso yo por la piedra en cuanto me dé la gana —comentó un día a sus dos camaradas.

—Dicen que es un tío *echao palante* —le comentó uno de los dos.

—Pues con vuestra ayuda, de tan echado para adelante que es, le voy a dar bien por detrás —respondió Gutiérrez a modo de broma.

***

En el comedor, el Alemán, acompañado por sus dos colegas, se acercó a la mesa de Paco, que se encontraba junto a un tipo conocido en la

prisión como «El Panadero», que estaba de encargado del bar de la prisión, si bien comía casi siempre con el resto de los reclusos.

—¿Qué pasa, amigo? ¿Cómo andamos?

—Con las dos piernas, ¡¿no te jode?! —respondió Paco.

—¡Hombre, qué gracioso! ¿Os importa que me siente?

—Sitio hay… —respondió Paco; el Panadero callaba y comía: ya conocía los «negocios» del Alemán.

—Está buena la comida, ¿eh? Lo que sucede es que yo con mis dos metros y mis músculos necesitaría ración doble. Nada más que para darle de comer a esta, me haría falta un suplemento —dijo mientras se reía y se señalaba la entrepierna.

—Por lo que veo, ahora el que se está pasando de gracioso eres tú —replicó Paco con total tranquilidad.

—Te lo digo en serio, nada de broma. Tengo una tranca que es la envidia de todos. Oye, ¿tú cómo te las arreglas en la prisión? Me imagino que a base de hacerte más *gayolas* que un mico, ¿no?

—¿Y a ti qué carajo te importa cómo me las arreglo? ¿Sabes qué te digo? Si estuviera aquí tu puta madre me haría las gayolas que dices. Seguro que es una experta. —dijo Paco con gesto retador.

—Ten cuidadito y no te pases conmigo. Mi madre está muerta y no permito que se la nombre, ¿entiendes?

—Aquí el único que entiende eres tú y tus dos acompañantes. Así que podéis iros a tomar por culo, que es lo que os gusta.

—Mira, vamos a ir de buenas, ¿te parece? —La cara del Alemán era equivoca, mitad amenazadora, mitad amistosa—. No quiero enfrentarme contigo. Justo de eso te quería hablar, Lejía. Por quinientas *pelas* este te hace unas pajas de maravilla y por mil este otro amigo mío te las borda con la boca. —Los dos asentían—. Ahora, si lo que quieres es que te metan un buen rabo, ahí estoy yo. Por dos mil pelas te dejo nuevo.

El Panadero se levantó y se sentó en otra mesa. No era un cobarde pero tenía poca condena por delante y no quería líos. Además, no era tan amigo del Lejía como para meterse por medio.

—Y por darte por el culo a ti y a tus dos compis, ¿cuánto me cobrarías? —preguntó Paco, retador.

—La cosa no va así, amigo. En primer lugar, a mí no me da por detrás ni tu puto padre, ¿entiendes? Y estos dos no hacen más servicios que los que te he contado.

—Pues entonces no me interesan tus ofertas. Aunque, si te digo la verdad, lo más que metería en vuestro culo es un palo bien grande para que se os quiten las ganas. Y si sigues por ese camino, al final tendré que hacerlo.

—Amiguito, estás muy equivocado. Esto no va así. Esto es un negocio. Nuestros clientes se lo pasan bien y nosotros nos ganamos un dinerito. La única pega es que si el cliente no quiere, pues puede tener algunos problemas.

—¿Ah, sí? ¡No me digas! ¿Qué tipo de problemas?

—Hombre, puede aparecer un día con un punzón clavado en el pecho, por ejemplo. Estas cárceles son tan peligrosas... No te amenazo, que conste, lo que te quiero decir es que nuestros clientes están protegidos por nosotros, pero los que no son clientes…

—¿¡Sabes qué te digo!? ¡Que os vayáis los tres a la mierda! ¡Y mucho ojo conmigo! ¡No soy de los que amenazan; yo actúo!

—Piénsalo bien, Lejía. Te conviene. Si accedes, te lo vas a pasar de puta madre; si no lo haces, la cosa va a ser peor.

—No tengo nada que pensar. No se os ocurra acercaros a mí si no os queréis llevar un disgusto.

—Tomo nota. Hasta pronto, Paco.

Mientras los tres se alejaban hacia otra mesa con sus platos en la mano, el Panadero se acercó a Paco y se sentó de nuevo.

—¿Qué le has dicho?

—Los he mandado al carajo.

—Ten cuidado. Ese tipo es peligroso.

—Lo tendré. Ya veremos quién es más peligroso de los dos.

***

Dos días más tarde, se encontraban los reclusos en el patio cuando Paco se acercó por los baños a orinar. El Alemán vio su oportunidad e hizo señas a sus compinches. Entró acompañado por uno de ellos y el otro se quedó en la entrada para evitar que entrase nadie. Más de la mitad de los reclusos se habían percatado de lo que iba a suceder.

—Hombre, Lejía, ¿qué pasa? Vaciando la vejiga, ¿no? —Paco se dio cuenta de la encerrona. No había tenido tiempo de conseguir alguna punta o navaja para defenderse y no podía hacer nada salvo enfrentarse a los dos a puñetazos. Dada la corpulencia del Alemán entendió que tenía todas las de perder, pero no por eso iba a dejar de intentarlo.

—Pues sí…

—Mira que te lo dije. En fin, vamos a lo nuestro.

El Alemán ya se bajaba los pantalones cuando el otro sacó un punzón del bolsillo. Paco se abalanzó contra el Alemán y le golpeó el pecho. Para llegar más arriba habría necesitado un taburete.

—A mí no me… —comenzó a decir Paco con desesperación.

No le dio tiempo a terminar la frase. El Alemán le propinó varios puñetazos en la cara, uno detrás de otro, sin darle casi espacio a respirar.

—¡Te lo dije! Yo hago mi trabajo por las buenas o por las malas y tú has elegido lo segundo. Te voy a desgarrar para que aprendas a ser más delicado conmigo.

Continuó con los puñetazos hasta que comprendió que si seguía perdería el conocimiento. Y no era eso lo que quería.

Donde las dan, las toman

Del 3 al 20 de abril.

Paco se pasó dos semanas en el hospital de Cádiz. Le tuvieron que coger varios puntos. Era un hombre fuerte y no tardó en recuperarse, al menos en el aspecto físico.

A veces, cuando trataba de justificarse de haber matado a varias personas, Paco acudía a la necesidad y a la culpa ajena. Sin embargo, había un sentimiento muy poderoso que lo inducía a atacar a los demás: la venganza. Así había ocurrido con Arrieta, el capitán del barco de pesca que consiguió que lo echaran de la compañía en la que trabajó por un tiempo.

Ahora, vio aumentado en muchos puntos ese deseo. Durante los días de hospitalización no pensaba más que en vénganse del Alemán ¡Lo iba a machacar! ¡A él y a sus compañeros! ¡Lo iban a pagar muy caro!

Una noche en la que el terrible dolor no lo dejaba dormir, cayó en la cuenta: «A esos hijos de puta se les van a quitar las ganas de joder a los demás para siempre. Pero la culpa de todo la tienen los dos policías que me detuvieron y la puta de mi exnovia. Si no hubiera sido por ellos no habría entrado en prisión y no me habría pasado esto».

Desde aquella noche, su objetivo vital, después de acabar con el Alemán y sus secuaces, fue vengarse de los dos policías y de Laura Kobler. Pero no por medio de un par de disparos: tenía que hacerlos sufrir.

Aquella decisión comenzó a darle un sentido a su vida. Disfrutaba imaginando cómo haría sufrir a todos los hijos de puta que lo habían contrariado: acabaría con el Alemán, huiría de prisión, encontraría a los dos policías y a su exnovia y los mataría. Después lo mismo se hacía un tipo «normal» de esos que tienen un trabajo y se buscan una mujer. Aunque eso último no lo veía muy claro. Le gustaba el riesgo y cada vez sentía más deseos de hacer daño.

***

Después de su paso por el hospital, Paco hizo como que volvía a la vida normal en prisión. La dirección le preguntó qué había sucedido, pero no dijo nada más allá de que no lo recordaba. Era el primer caso conocido de una agresión como aquella, pues durante el poco tiempo

que el Alemán llevaba en prisión, nadie se había atrevido a oponerse a sus proposiciones.

—¿Cómo estás? —El que preguntaba era el Panadero—. Supongo que no muy bien.

Paco se encontraba en el patio y el Panadero había salido del bar para saludarlo.

—Tirando —respondió Paco—. En cosa de dos semanas, o puede que antes, tendrán que llevarme al hospital para que me retiren los puntos. El dolor es insoportable. Cuando me quiten los puntos voy a acabar con esos tres hijos de puta. Aunque sea lo último que haga en la vida.

—Siento decirte que me olí el asunto el día que te atacaron. Vi cómo entrabas en los baños y esos tres te seguían. Lo siento: no pude hacer nada.

—Normal, cada uno va a lo suyo. Y lo entiendo. Pero ese hijo de puta no sabe con quién se ha metido. Voy a acabar con él y con sus dos maricones.

—Mira, Lejía, no soporto a los tíos que abusan de los demás. Así que te voy a ayudar.

—No tienes por qué hacerlo, Panadero.

—Ese tío me cae muy mal. Otro día puede ser mi culo el que corra peligro. Así que tengo motivos para hacerlo.

—Yo sé que lo tengo que matar, aunque no se me ocurre cómo.

—A lo mejor no hace falta mancharse las manos de sangre. Hay cosas peores que matar a alguien. Por ejemplo, desgraciarle la vida para siempre.

—Me gusta lo que dices. ¿Y cómo lo hacemos?

—Verás, al día siguiente de ingresar tú en el hospital, ya tenía el Alemán otra presa. Desde entonces lo utiliza como si fuera su putita. Lo sabe todo el mundo, pero los celadores se hacen los distraídos. Mientras no haya altercados o sangre de por medio, a ellos les da igual.

—¡Qué mamones!

—Pues bien, el tío está encargado de la enfermería. Por la mañana ayuda al médico y por la tarde y noche suministra medicamentos suaves como aspirinas y tal a los que se las pidan. Parece que es médico de verdad y está aquí por algún asunto de drogas. Ya sabes: recetar medicamentos con pocos escrúpulos a cambio de dinero.

—Ya veo.

—El Alemán ha conseguido que el enfermero sea trasladado a su celda. Ya te puedes suponer cómo lo tienen allí. Tiene metido en la cabeza acabar con los tres.

—Como yo.

—Exacto.

—¿Y?

—He hablado con él. El tío me cae bien y ya te digo: no quiero poner en riesgo mi trasero ante ese energúmeno. Le he hecho una propuesta y está de acuerdo. Ahora le puedo decir que tú te apuntas.

—Me parece cojonudo. ¿Y cómo se puede hacer?

—Solo tenemos que conseguir llevar a los tres a la enfermería cualquier noche de estas y la cosa se arregla allí.

—Parece un buen plan. Siempre que haya un medio de meterlos en la enfermería sin despertar sospechas.

—Lo habrá.

***

Dos días después, el Panadero anunció a Paco que todo estaba preparado para actuar en la venganza contra el Alemán.

—Ya está arreglado, Paco. El sábado lo hacemos. El enfermero solo ha puesto una condición: que hagas lo que tengas que hacer, pero que no los mates. Dice que eso se lo reserva para él. Creo que es justo.

—De puta madre. Pero todavía no me has dicho cómo vamos a conseguir llevar a esos a la enfermería.

—Es más sencillo de lo que parece. La solución la tenemos en el patio a nuestra disposición.

—No me entero de nada, tío.

—¿Has visto las plantas que hay en los arriates?

—Yo qué sé. Geranios y eso, ¿no?

—Adelfas.

—Me parece cojonudo. ¿Y eso qué tiene qué ver con lo nuestro?

—Mucho. Resulta que las adelfas son venenosas de cojones. Vamos a coger hojas y las vamos a traer al bar. Tengo un anafe de butano para calentar agua. Vamos a hacer una infusión bien cargada. Y voy a meterla en tres botellas de Coca-Cola, que es lo que beben esos cabrones. El sábado por la tarde, se pasarán por aquí. Seguro. Pedirán sus bebidas y se las serviremos bien frías.

—Y se nos mueren envenenados.

—No tanto. Sufrirán unas cagaleras del copón, vómitos y mareos.

—Y tendrán de ingresar en la enfermería.

—Ahí le has dado.

—El enfermero los tendrá a su merced. ¿Cómo hacemos para que yo pueda estar en el ajo?

—Esa tarde aparentarás ponerte también enfermo e irás con ellos.

—¡De puta madre!

—Cuando se tomen sus bebidas fresquitas se van a cagar por las patas abajo. El médico no viene hasta el lunes, salvo urgencias. El enfermero se encargará de todo.

—Pero en el bar hay un celador siempre.

—Exacto. Y el celador que va a estar el sábado está de acuerdo con nosotros. El enfermero tiene bastante pasta y le ha dado un buen dinero. Él piensa que solo es un escarmiento sin más consecuencias, pero la cosa irá más lejos. De todos modos, no podrá hablar porque sería incriminarse a sí mismo.

—¡Joder!, lo tienes todo previsto.

—Una vez veas que los del Alemán empiezan a indisponerse tú fingirás que también te encuentras mal. El celador os acompañará a la enfermería y se quedará fuera. Cuando le pregunten por qué no entró alegará que el enfermero le dijo que podía ser algo contagioso.

—Y nosotros nos quedamos con esos tres en la enfermería. ¡De puta madre, tío! ¡No sabes cuánto te lo agradezco!

***

Llegó el sábado.

—Oye, Panadero, pon aquí unas Coca-Colas para mí y para mis amigos —pidió el Alemán—. Al Lejía ponle otra, que lo veo muy desmejorado. Por cierto, ¿cómo te encuentras, hombre?

—De puta madre, ¡¿no te jode?!

—Oye, no te pongas chulito, Lejía. ¿O es que tienes ganas de repetir nuestros servicios? Por cierto, me debes dos mil pesetas. Ya te lo dije: el servicio se presta y se paga. Por las buenas o por las malas. Tú elegiste por las malas y…

—Pues ahora mismo no las tengo.

—Vamos mal, ¿eh? —dijo el Alemán mientras se tomaba un buen trago del refresco—. ¡Joder, está fresquita de cojones! Mira, Lejía, te voy a dar una oportunidad. Si me das cinco mil no te hago más propuestas. Al fin y al cabo no me gusta meterla en un culo desgarrado. Lo mío es desvirgar. ¡Qué amargo está esto! Estoy un poco mareado. Será el calor.

—¿Qué pasa, Alemán? —preguntó el Panadero—. Te estás poniendo más pálido que la pared. Y tus amigos igual.

—No sé… Supongo que me he tomado la Coca-Cola demasiado rápido. Anda, convídame a otra, Panadero.

—Pues yo tampoco me encuentro muy bien —murmuró Paco.

***

Quince minutos más tarde, el Alemán y sus dos compinches entraban en la enfermería, mientras echaban bilis por la boca. Paco iba con ellos y fingía sentirse mareado. El enfermero sonreía.

—Me quedo fuera —avisó el celador—. No me tardéis.

—No te preocupes —dijo el enfermero—. Con media hora que nos des, dejamos a estos como nuevos.

—Pues que sea media hora y ni un minuto más.

El botiquín estaba constituido por una sala más bien amplia y una serie de celdas situadas a lo largo de un pasillo, al final del cual se encontraba una salita con varias literas.

Fueron hasta la salita. Al enfermero le pareció que al estar más alejados de la entrada sería difícil que el celador oyese los gritos.

Echaos en esas literas —ordenó; los tres camaradas no se podían tener en pie y accedieron de buena gana—. Os tengo que poner una inyección para cortar esos vómitos.

—Yo tengo que ir al wáter. Pero ya —dijo el Alemán, sudoroso.

—Y yo —le secundó de inmediato otro de los acostados.

—No os preocupéis, os pongo la inyección y vais enseguida. Pero lo primero es lo primero.

El enfermero inyectó a los tres una dosis de barbitúrico suficiente para dejarlos sedados aunque despiertos.

Luego entregó a Paco una cinta adhesiva.

—Átalos bien fuerte —dijo—. Con lo que les he puesto no se resistirán.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó uno de los acompañantes del Alemán, gimoteando.

—¿Por qué nos tenéis que atar? —musitó el Alemán con la cara descompuesta.

—Porque os vamos a joder vivos. Por eso. Se os van a quitar las ganas de abusar de los demás. Para toda la vida.

—Eso mismo digo yo —secundó Paco al tiempo que mostraba sus minúsculos dientes en una sonrisa macabra—. Os voy a dejar el culo como un bebedero de patos.

—¡Venga ya, hombre! —exclamó el Alemán al enfermero—. Tengamos la fiesta en paz. ¿Qué te hemos hecho nosotros? Hacerte pasar buenos ratos, no lo niegues. Nunca has dicho que no, joder. Estabas de acuerdo. No veo motivos para que te pongas así.

—¿Y yo qué? ¿Tampoco ves motivos para que te joda vivo, pedazo de cabrón? —preguntó Paco con una sonrisa que causaba pavor.

—¡Te negaste, Lejía! Y conmigo no se juega.

—Pues ahora voy a jugar con los tres y no lo vais a poder impedir.

—Os doy diez mil pesetas a cada uno y lo dejamos como está.

—No sé este, pero yo tengo que cumplir con lo mío —observó Paco.

—Conmigo no hay trato —dijo el enfermero—. ¿Qué me vas a dar, si más de la mitad del dinero que tienes en la celda es mío?

—Bueno, con el enfermero ya te arreglas luego, Alemán; ahora es mi turno. Entiéndeme, si no tomo medidas contra vosotros nunca estaremos en paz. Después ya me darás las diez mil o tal vez me lo pensaré y serán veinte. Pero antes que nada tengo que devolveros lo que me habéis hecho. Creo que es lo justo.

—Claro que sí, hombre. Venga, soltadnos y arreglamos las cosas. Y contigo ya hablaremos enfermero, pero te juro que te devolveré todo lo que me has pagado.

La voz del Alemán mostraba una angustia y un aturdimiento que trataba de disimular; los otros dos gimoteaban y no decían nada.

—Como dice el Lejía, ahora es su turno —masculló el enfermero—. Una vez termine él, ya veréis cuál es mi respuesta.

—Yo por mi parte acepto tu propuesta —dijo Paco—. De verdad que sí. Ya luego me das esas las veinte mil y ahí termina vuestra deuda. Pero, como comprenderás, lo primero es quedar en paz, y para eso tengo que cumplir lo que te dije el primer día que hablamos.

—No recuerdo que me dijiste…

—¡Sí, hombre! Te dije a ti y a tus dos amigos que si seguías con vuestras propuestas os iba a meter un palo por el culo que se os iban a quitar las ganas de mariconear y abusar del prójimo para siempre. ¿No te acuerdas?

—¡Hombre, Paco, por Dios, perdóname! Te doy cincuenta mil pesetas. Pero eso que tú dices no es quedar en paz.

—¡Qué pena! Me ofreces cincuenta mil pesetas, un buen trato, pero claro, no las tienes aquí y eso lo dificulta todo.

—Las tengo en mi celda. Si no me crees, pregúntale al enfermero. Cuando salga de aquí te las doy. ¡Te lo juro!

—¿En qué lugar de tu celda, si se puede saber?

—Hombre, eso no te lo voy a decir.

—No hace falta que lo digas —replicó el enfermero—. Yo sé que lo tienes en una losa debajo del cabecero de tu cama. Lo que pasa es que no estás en condiciones de ofrecer ese dinero al Lejía.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué?

—Por que no tienes tanto dinero ahí. Lo sé muy bien. Y porque ese dinero es en buena parte mío y me lo quitaste a base de tus mariconadas y abusos.

—¡Uy, uy, uy! Encima, resulta que eres un mentiroso. Mira, Alemán, primero voy a darle a tus compinches su merecido, para que

veas que la cosa duele de cojones, y ya luego terminamos de ponernos de acuerdo tú y yo, ¿te parece?

El Alemán no contestó.

Paco miró hacia todos lados y no vio lo que buscaba.

—Oye, enfermero, ¿no hay por ahí un palo de fregona o algo parecido?

—Claro que lo hay. Ahora mismo te lo traigo

El enfermero pasó a un cuarto que había al lado y regresó con una fregona en la mano—. Aquí lo tienes. Un buen palo. Haz lo tuyo que luego tengo yo un trabajito por mi cuenta con estos tres. Date prisa; no tenemos todo el tiempo del mundo.

Paco cogió la fregona y rompió el palo en tres trozos con la rodilla. Los dos compinches gritaban como locos; el Alemán sudaba como si estuviese en una sauna.

—Demasiado fino. Pero no hay problema: lo que no va en anchura va a ir en el largo. Bueno, chicos. Os toca pasar un buen rato. No lo vais a olvidar en vuestra vida. ¿A ver? ¡Joder, cómo pincha esto! Nada, relajaos y disfrutad. Vais a pasar un ratito inolvidable.

—El dolor fuerte les vendrá más tarde, cuando se enfríe la cosa —aclaró el enfermero—. De todos modos, lo tuyo no es nada para lo que voy a hacerles yo.

Lo sucedido a continuación resultó brutal en extremo. Los dos secuaces de Alemán chillaban horrorizados y recibían puñetazos de Paco cada vez que intentaban resistirse. El enfermero observaba la escena con fruición pero no participaba en nada.

Fueron unos minutos terribles. Los dos hombres terminaron por perder el conocimiento.

—Bueno, Alemán. Ahora te toca a ti —dijo Paco con una sonrisa diabólica

—¡Hombre, espera un momento! ¿No quedamos en que hablaríamos?

—¿Ah, sí? ¿Quedamos en eso? Vale, hablemos. Si me aclaras una cosa y me convences de que no mientes, te salvas.

—De acuerdo, te diré todo lo que me preguntes.

—Esta es la pregunta: ¿Quién fue el que me produjo el desgarro?

—Hombre, los tres hicimos lo que hicimos y yo lo lamento más que tú. Pero eso no lo sé.

Paco bajó los pantalones al Alemán.

—¡Fallo! Eres un mentiroso y no has cumplido. No hay más que ver lo que tienes entre las piernas para saber que fuiste tú, joder. No tenías que haberme mentido. No hay trato. —El Alemán comenzó a llorar—. Lo malo para ti es que el trozo de palo que falta es el del

medio y está astillado por los dos lados. ¡Qué mala suerte la tuya! Encima resulta que es el más largo. Pues nada, yo a lo mío. Te lo voy a meter hasta el fondo y a ver quién tiene huevos de sacártelo sin traerse las tripas detrás.

Sin mediar palabra Paco, entre alaridos que causarían pavor a cualquiera que no fuera un monstruo, hizo con el Alemán lo mismo que con los otros dos.

Después de aquello, el hombre no perdió el conocimiento. Lloraba como un crío y pedía perdón una y otra vez.

—Primera parte terminada, Alemán. Dado el caso, siento decirte que no me parece suficiente, Alemán.

—¿Qué quieres decir? ¡Joder, lo siento! ¡De verdad que lo siento! Jamás volveré a…

—Ahí está la idea. ¡Bien dicho! Jamás volverás a joder a nadie. Oye, enfermero, ¿tienes por ahí un bisturí o unas tijeras?

—Sí, claro. Pero date prisa que tengo ganas de empezar.

—No te preocupes. Lo que tengo que hacer es cuestión de segundos.

Cuando el miembro viril del Alemán cayó al suelo le siguió un chorro de sangre. En hombre lanzaba unos alaridos horribles.

—¡Joder!, me he quedado como nuevo, Alemán. Eso sí, te advierto que como digas que yo te hecho esto o intentes tomar represalias te saco los ojos. ¿Me oyes?

El Alemán no contestó. Estaba a punto de perder el conocimiento.

—Bueno, Lejía, creo que te has quedado a gusto, ¿no? —preguntó el enfermero.

—Pues sí, muy a gusto.

—Bien, pues ahora me toca a mí. Vamos a hacer una cosa. Por mucho que el celador nos haya echado una mano, al final tendrá que haber un culpable de todo esto. Y no es necesario que seamos los dos. Tengo un plan para que el culpable sea yo y no me puedan hacer nada.

—¿Qué quieres que haga?

—Antes que nada, te digo que el dinero de este hijo de puta y sus dos amigotes está donde ha dicho. Es una losa que parece que está pegada al suelo, porque está muy bien encajada, pero si tiras con un desatascador de esos de las duchas, sale con facilidad. Si consigues entrar en la celda, es tuyo. Ellos no lo van a necesitar ni yo tampoco.

—De acuerdo.

—Vamos a la puerta.

El celador estaba un tanto inquieto.

—¿Habéis acabado? —preguntó—. He oído gritos. Demasiados.

—Esos tipos que son unos blandos —explicó el enfermero—. En

realidad no he empezado. Le he puesto un tratamiento a este para los dolores. Él no tiene nada que ver con el asunto, ¿me entiendes?

—Sí, sí, claro, nada que ver.

—Y eso es lo que dirás cuando te pregunten. Por si se te ocurre incriminarlo, tienes que saber que hay alguien encargado de eliminarte. Espero que lo hayas entendido porque no es ninguna broma.

—Entendido. El Lejía no estuvo aquí. En todo caso, si se demuestra que sí estuvo, solo fue para tomar unos medicamentos antes de que sucediera lo tuyo.

—Exacto. Él no ha visto nada. Dame diez minutos más y ya entras a recoger a esos tres. Yo me declararé culpable de lo sucedido. Cosa que es la verdad, por otro lado.

***

Diez minutos más tarde, el celador entró en la enfermería. El enfermero estaba sentado en una silla con el cuello abierto por un corte descomunal. Los tres hombres también tenían rajadas las gargantas. De lado a lado. El enorme miembro viril del Alemán estaba en el suelo rodeado de un charco de sangre.

En menos de una hora, ya estaban presentes en la enfermería el médico y el director, además de otros celadores y un representante del juez. Todo pareció quedar aclarado con la nota que encontraron junto al enfermero:

> *Antes de cortarme el cuello, quiero confesar que yo, el enfermero Pedro Negredo, soy el único autor de lo sucedido. Nadie me ha ayudado. He aprovechado una indisposición de los tres hombres que están en las literas para vengarme de los abusos sexuales que han cometido conmigo.*
>
> *El celador no tiene la culpa de nada, pues le impedí entrar con la excusa de que podía tratarse de una enfermedad muy contagiosa.*
>
> *Solo quiero añadir que si el autor he sido yo, los culpables han sido todos los celadores y personal de la prisión que, sabiendo lo que sucedía, han callado y no han querido averiguar qué estaban haciendo estos energúmenos.*

***

Al día siguiente, Paco habló en el bar de la prisión con el celador que

los había apoyado. El Panadero los dejó entrar en la trastienda para que no hubiese curiosos que se enterasen de lo que no les importaba.

—Menuda se ha liado —comentó el Lejía para empezar la conversación que tenía pensada.

—Pues sí. Una buena. Los cuatro cadáveres están en espera de que vengan los forenses y determinen lo que sucedió. Aunque la versión es casi oficial: A causa de los abusos contra el enfermero, este los mató y después se suicidó. Dejó una nota en la que lo aclara todo.

—Y de mí, ¿qué hay? —preguntó Paco mientras miraba hacia la puerta de la trastienda para comprobar que no entraba nadie.

—¿De ti? ¿Qué va a haber? Nada de nada, claro. El enfermero dijo en su nota que no tienes nada que ver. Y yo no voy a decir nada.

—Me parece cojonudo —dijo Paco—. Bueno, hay un fleco que tengo que arreglar y lo voy a hacer con tu colaboración. Nos conviene a los dos.

—Tú dirás —cuchicheó el celador al tiempo que miraba hacia la puerta—. Eso sí, te advierto que si se trata de más muertes, no cuentes conmigo.

—Para nada. Se trata de recoger un dinero que se ha quedado sin sus dueños.

—¿Y eso cómo es?

—El Alemán tenía un buen dinero en su celda. Escondido. En parte es del Alemán y en parte de otros que han sufrido sus abusos mientras los celadores mirabais a otra parte. ¡Hay que ser cabrones, por cierto!

—Y tú sabes dónde está guardado.

—Exacto. Y también la forma de cogerlo. Si lo haces, nos lo repartimos a medias.

—De acuerdo. Creo que ahora no hay nadie por allí. Quieren limpiar la habitación y desinsectarla antes de que entren nuevos presos. Me acerco y te digo. Espérame aquí.

El celador volvió a los diez minutos.

—Lejía, allí no hay nada de nada —dijo en voz baja y con las precauciones que requerían el caso—. Te han mentido.

—¡Serás cabrón! Tú has recogido el dinero y te lo has quedado.

—¡Que no, hombre! Te aseguro que lo de la losa era mentira. Allí no había nada.

—¡Me cago en mi estampa; no debía haber confiado en ti!

—He mirado palmo a palmo y no hay nada, Lejía.

—A ver, que no cuela. El Alemán había recaudado mucho dinero con sus mariconadas. Y el enfermero me lo confirmó. No te creo.

—Vamos a suponer que te miento. Bastante tienes con que te garantice que mi boca estará cerrada y no voy a decir de ninguna

manera que tú también estuviste en el ajo. ¿No te parece?

—¡Y una mierda! Tu silencio está garantizado porque el enfermero te dijo que si comentabas algo de mí había alguien encargado de darte matarile.

—¡Venga, ya, Lejía! ¿Tú te crees eso? Porque yo no. Eso lo dijo el enfermero porque pensó que no tenía otra manera de asegurarse. Él ha sido capaz de matar a esos tres por lo que le hicieron, pero estoy seguro de que no era un hombre capaz de pagar a alguien para que matase a otro. Al fin y al cabo, ¿qué te debía a ti para meterse a buscar sicarios?

—Hombre…

—Este trato es mejor. Yo me quedo con todo el dinero y a cambio te garantizo que nadie sabrá que tu tomaste parte.

—Y si se te ocurre hablar, seré yo en persona quien te mate.

—Claro que sí, hombre. De todos modos, cumpliré.

—Por ahora lo dejaremos así: quédate con el puto dinero.

—Mira, Lejía —dijo el celador mientras ponía, en plan paternalista, una mano sobre el hombro de Paco—, me caes bien. Aunque el dinero no lo vas a catar, te prometo que te daré de vez en cuando un cartón de tabaco. ¿De acuerdo?

—Joder, macho. Acabo de aprender una cosa nueva.

—¿Qué cosa?

—Que lo de los rateros en la cárcel es igual que lo de los locos en los manicomios.

—No te entiendo.

—Pues eso: que son muchos más los que están en la calle que los que están dentro.

Fuga

Del 20 de abril al 7 de mayo.

El asunto del Alemán hizo que Paco y el Panadero se hicieran buenos amigos, o eso es lo que pensaba el segundo, que desconocía que el primero no tenía más amigo que a sí mismo.

—¿Y tú por qué estás aquí? —le preguntó un día el Panadero.

—¿Por qué va a ser? Porque me detuvo la Policía, ¿no te jode?

—Déjate de chorradas, Paco. Te pregunto que cuál fue el delito que te ha traído a esta mierda de sitio.

—¡Ah, eso! Un accidente.

—¿Atropellaste a alguien con el coche o qué?

—No, con una mujer.

—Ya. Vamos, que la mataste.

—Pues sí. Pero fue un accidente.

—Claro, claro. ¿Qué vas a decir tú? Yo apuesto a que fue un asunto de cuernos. Si es así, no tenías que haberlo hecho. Ya conoces el dicho: «Los cuernos son como los dientes: al principio duelen pero luego ayudan a comer».

—A mí no me ha puesto los cuernos nadie ni tengo mujer que me los ponga. Fue una puta en un club de la carretera de Andalucía. Sin saber cómo ni por qué, la muy guarra se me echó encima con un cuchillo en la mano. Forcejeamos y yo, sin querer, le raje el cuello. Un accidente, ya te digo.

—¡No me digas que eres el que los periódicos llaman «El Asesino de la Nacional»! Si es así, te ventilaste a unos cuantos y no a una sola puta y por casualidad.

—Eso del asesino de la nacional es una chorrada. Yo soy Paco el Legionario. Y solo hice eso que te digo.

—Ya. Cosas de la prensa, que le gusta exagerar.

—Pues sí. Te lo puedo jurar. Todo eso de que me cargué a no sé cuántos en Aranjuez y a algunos más no sé dónde es un muerto que me ha cargado la Policía en todo lo alto. ¡A saber a quién protegen!

—¡Joder, qué cabrones! De todos modos, también hay policías legales y honrados. Como en botica: hay de todo en todas partes.

—¿Y tú, por qué cumples condena?

—Tengo un bar en Vallecas. Bien montado, ¿eh? Hasta el nombre es bonito: «Las Delicias». Me costó un huevo conseguir el dinero para montarlo. La cosa iba bien. Mi mujer y yo no teníamos horas. Ella se encargaba de la cocina. Buenas tapas. Todo el mundo lo decía.

—Las Delicias. Buen nombre, sí señor. ¿Y qué pasó?

—Ya sabes el dicho: «La avaricia rompe el saco». Se nos ocurrió que podíamos mejorar el bar. Al lado había un local en venta y el dueño se ofreció a esperar unos meses para venderlo si le pagaba medio millón. Hubiera sido ideal para añadir un buen salón y convertir el bar en restaurante.

—Ese dinero no se consigue como no sea a base de robar. Si lo sabré yo.

—O vendiendo droga, Paco. Bueno, eso es lo que pensé. La causa merecía la pena. La cosa es que la Policía me cogió un alijo dentro del bar y me metieron dos años y un día. Lo mínimo, porque tampoco tenía antecedentes. Ahora el establecimiento está cerrado, mi mujer sin una peseta y yo aquí desesperado.

***

La idea de escapar de prisión y el modo de conseguirlo tomó forma muy pronto en la mente de Paco.

Un par de días después de pasar por el hospital a que le quitaran los puntos, habló con el Panadero sobre sus planes.

—No aguanto más en esta ratonera. El abogado me ha dicho que en dos meses como máximo tendré juicio y que de treinta años no me libra nadie. Eso si no me cae la perpetua.

—Pues no sé qué decirte. Es una putada, pero una vez te cogen, no hay nada que hacer.

—Para ti es muy fácil, como solo te han metido dos años y un día…

—Ya… Llevo un año y esto es duro de cojones. De todos modos, espero que en unos meses me den libertad por buena conducta.

—Tengo que largarme de aquí, Panadero. O eso o me cuelgo de una soga. No pienso quedarme en este antro de mierda hasta que salga con los pies por delante de viejo.

—Me parece que estás un poco *majara*, Paco. Desde que el Lute se escapó de este penal, hace casi cuatro años, no ha habido ni una fuga aquí. Porque habrás oído hablar del Lute, supongo.

—Claro. ¿Quién no? El preso más famoso de España. ¿Y dónde está ahora?

—En la cárcel de alta seguridad de Cartagena, según creo.

—Pues entonces eso significa que en esta cárcel hay posibilidades para escaparse. Tengo un plan perfecto.

—Eso dicen todos los que se quieren escapar, pero luego son pocos los que lo consiguen.

—Pues yo seré de esos últimos.

***

El día 9 de mayo, tres meses después de haber llegado al penal, Paco aprovechó su ocasión.

Un camión traía cada semana las cajas de bebidas. De vez en cuando, se llevaba las cajas vacías que se acumulaban poco a poco en un almacén anexo al bar.

—Oye tú, que digo yo que va siendo hora de que os llevéis las cajas vacías. Está el almacén lleno —explicó el Panadero al repartidor.

—Hombre, no sé…, hoy vengo solo y es una trabajera. Mejor a la próxima.

—De eso nada, que tengo el almacén hasta las trancas —insistió el Panadero—. Mira, te voy a ayudar. Te hago un café y empiezo. En cuanto termines de tomártelo, entre los dos acabamos en un *plisplas*.

—Bueno, el Paco también puede echar una mano, ¿no?

—Tengo que ir al botiquín sin falta. Si me da tiempo, al volver te echo un cable —respondió Paco.

Mientras el operario de las bebidas se tomaba el café, el Panadero se apresuró en meter cajas vacías en la caja del vehículo. Paco se había tendido sobre el suelo en el fondo y para cuando apareció el conductor, ya estaba tapado por completo por las cajas.

Terminaron de cargar las que quedaban y el camión salió del patio sin ningún problema. Los guardias de la entrada echaron un vistazo de rutina y dejaron salir al vehículo con Paco dentro.

Antes de la siguiente parada, Paco ya se había bajado en marcha. La estación de ferrocarril quedaba al lado del penal. Llegó un tren con dirección a Cádiz y se subió sin haber pasado por taquilla. Llevada un par de billetes de mil pesetas que le había dado el Panadero, pero si se ahorraba el dinero del viaje mejor que mejor.

Tuvo suerte, pues el revisor no llegó. Se bajó del tren en Cádiz, la última estación, y se dirigió a la zona de taquillas. Se sacó una llave del bolsillo y buscó la que correspondía al número de la llave: la diecisiete. Abrió sin ninguna dificultad. El corazón se le aceleró cuando vio que la mochila seguía allí. La abrió, no sin antes cerciorarse de que no lo observaba nadie. ´Todo estaba como lo había dejado unos meses atrás: había cuatro fajos de billetes de mil pesetas.

Meses atrás, antes de que Ventura y Pérez lo detuvieran en Las Palmas, tuvo la idea de dejar la mitad del dinero que había robado en Bilbao en aquella taquilla. Ahora se alegraba de haberlo hecho,

porque el resto se lo habían incautado al detenerlo.

Salió de la estación y cruzó en dirección a la fábrica de tabacos. El olor a mar le inundó la nariz. Antes de llegar a la plaza de San Juan de Dios, entró en una peluquería. El peluquero leía un periódico, pues el establecimiento estaba vacío.

—¿Qué pasa, *pisha*? —saludó el peluquero—. Si quiere pelado y afeitado, no va a poder ser porque tengo estropeada la máquina de cortar el césped.

—No entiendo…

—Nada, *pisha*, es broma. Lo digo porque para cortar esa melena de león y esas barbas me haría falta una máquina de esquilar. Bueno, dime qué quieres que haga con ese pelo.

—Pues me vas a cortar al uno.

—¡Marchando! De todos modos, te voy a quitar la barba poco a poco y si cambias de idea, me dices, ¿vale, *pisha*?

—Un momento. Mejor me arreglas igual que estaba cuando me hicieron el documento de identidad. —Paco se sacó el documento falso de la cartera y se lo mostró al peluquero; este lo miró con detenimiento. La fotografía mostraba a una persona con el pelo más bien corto, bigote y unas patillas que le cogían más de media cara.

—¿Este eres tú? ¡Pues sí que estás cambiado! Sin problema. Tú mandas, *pisha*.

El peluquero comenzó a cortar el pelo a Paco, sin parar de hablar:

—Ya mismo tenemos en mundial de futbol. A ver si lo echan en la tele.

—¿Ya empieza?

—Bueno, el mes que viene.

—Pues no tenía ni puta idea. ¿Juega España? —preguntó Paco.

—No…

—Pues entonces me la pela.

—Ya. Yo era por hablar de algo.

—Pues habla menos y dale más brío a la tijera, que tengo prisa.

—Vale, *pisha*, lo que prefieras.

—Oye, figura, ¿sabes dónde hay por aquí cerca un sitio para tomarse unas cervezas y otro para echar un polvo?

—Aquí al lado está la plaza de San Juan de Dios. La del Ayuntamiento. Hay buenos bares con tapas. De lo otro, la cosa está más difícil. Hasta la noche no abren los clubs y discotecas. Ahí es fácil echarse un ligue. Pero, a estas horas…

—Gracias. ¿Cuánto es?

—Cuatrocientas. Dos por el pelo y dos por la barba.

Pagó con mil pesetas y recogió el cambio. Atravesó la plaza de San Juan de Dios y se encontró con un bar cuya barra imitaba un barco de pesca. No había más que una pareja, que tomaba unas cañas.

—¿Qué desea el caballero?

—Pon una jarra de cerveza bien fría. ¿Qué tienes de tapa?

—La especialidad de la casa son las gambas al ajillo. ¿Le apetece una ración?

—De acuerdo.

Se bebió la jarra de un tirón y pidió otra. Mientras comía gambas, pensaba en los siguientes pasos a dar: «Debo oler a perro mojado. Tendría que darme un buen baño y cambiarme de ropas. Pero ahora la prioridad es poner tierra de por medio. Ni putas ni leches. No me voy a quedar aquí hasta la noche. Es posible que hasta el recuento de esta noche no me echen de menos en el penal, pero lo mismo la Guardia Civil me está buscando ya. ¡A tomar por culo!, esta noche cojo el barco a Las Palmas y desde allí me marcho para El Aaiún. Lo que menos se podrá pensar la Policía es que voy a hacer el recorrido que tenía previsto antes de que me detuvieran. Además, me sale de los cojones hacerlo. Me voy a recorrer todos los bares de niñas del lugar. Luego ya veremos lo que hago».

—Oiga, jefe, ¿me puede indicar dónde está el aseo?

—Al otro lado de la barra, al fondo.

Entró en el baño, hizo sus necesidades y aprovechó para quitarse la camisa y sacudirse el pelo. Se miró al espejo.

—¡Joder, no me conozco ni yo! —musitó.

Cogió un jabón de encima del lavabo, de la marca Heno de Pravia, y se lavó las axilas, el pecho y la cara. Se secó con una toalla algo sucia, aunque mucho menos que las de la cárcel, se puso la camisa y salió del aseo. Pagó la consumición y se fue para la calle de San Francisco. Entró en el primer establecimiento de ropa que encontró y se compró unos pantalones tejanos y una camisa de manga corta.

Justo al lado, había una ferretería. «Ya que no tengo pistola, habrá que agenciarse una buena navaja —pensó—. El que me quiera capturar va a tener que sudar la gota gorda».

—¿Tienen navajas de Albacete? —preguntó al dependiente.

—Y de las buenas —respondió este—. ¿Grandes o pequeñas?

—Hombre, «caballo grande ande o no ande». Que se pueda llevar en el bolsillo del pantalón, eso sí.

—Esta plegable de ocho centímetros y medio de hoja y cachas de asta de toro es de lo mejorcito que tenemos.

—Pues me la quedo. Dígame cuánto le debo.

«A ver si como algo y me tomo un par de copazos —pensó mientras

abonaba el importe de la ropa—. Y luego a esperar a la tarde y al puerto a coger el barco».

***

Cuando Paco se acercó por el puerto con la intención de sacar billete para Las Palmas, se encontró con que la zona estaba abarrotada de guardias civiles. La entrada estaba asegurada con un cepo para los vehículos y los guardias reconocían a todo el que entraba o salía a pie. Dos hombres con el subfusil preparado para disparar eran suficiente argumento como para hacer desistir a Paco.

Estaba claro que ya se habían percatado de su huida y habían montado operativos para capturarlo. Se fue para la estación de ferrocarril, situada a muy poca distancia y comprobó que tan solo había dos guardias en el andén de salida. No llevaban armas y tampoco hacían mucho más que echar una ojeada a los que se cruzaban.

Compró el billete.

«A ver qué hago durante estas dos horas, cuanto menos se me vea el pelo, mejor. —Metió la mano en el bolsillo y palpó la navaja—. Como se me acerque un *picoleto*, le meto los ocho centímetros en la barriga».

Parador de El Aaiún

22 de mayo a las dos de la tarde.

El parador sorprendió a Ventura. No se esperaba una residencia tan bien cuidada en un lugar como aquel. Era un edificio nuevo en el que contrastaban el color ocre de la fachada y la disposición de elementos típicos del mundo árabe con un interior de estilo occidental, dotado de todo lujo de detalles.

Cuando les ofrecieron comer en el jardín, se quedó asombrado por su verdor y, sobre todo por las pequeñas fuentes que dejaban caer el agua de manera constante.

Méndez explicó a los policías de Madrid que el parador tenía incluso una piscina y que el agua no era tan escasa en la zona como cualquiera podría suponer. El Aaiún estaba edificado en buena parte sobre el lecho de un wadi[4] y había varios pozos e incluso una zona en la que se embalsaba algo de agua durante todo el año.

Durante la sobremesa, los cuatro hombres aprovecharon para contar algo sobre sí mismos.

El teniente Méndez era gallego. Había pasado la mayor parte de su vida militar como suboficial de Infantería en Pamplona. Al ascender a teniente fue destinado a la Policía Territorial con carácter forzoso. No le disgustaba el destino, pero tenía muchas ganas de cumplir el plazo de tiempo requerido en el Sahara para pedir plaza en Pamplona, donde continuaba su familia.

El sargento Kamal sorprendió a los dos policías cuando les dijo que se apellidaba Hinojosa. Había sido adoptado con dos años por un maestro de banda de la Legión, ya fallecido, que se lo encontró en una choza con sus padres muertos, sin que hasta el día de la fecha se conociera el motivo de aquel suceso ni siquiera en el sentido de saber si se había tratado de un asesinato o muerte natural, si bien todo apuntaba a lo segundo, pues no se encontraron en ellos señales de disparos o violencia.

El legionario se había empeñado en dar una buena educación al chico y cuando tuvo la edad necesaria lo matriculó en el Instituto de Enseñanza Media de El Aaiún, al que asistían no pocos chavales nativos, ávidos de aprender.

El año anterior, se había inaugurado en Las Palmas un centro asociado de la recién creada Universidad Nacional de Educación a

Distancia, y Kamal llevaba varios meses cursando las asignaturas del primer año de Derecho.

Por su parte, el agente Pérez no desperdició la ocasión para explicar que el inspector Ventura era un abogado acaudalado que ejercía como policía «por amor al arte» y que, si quisiera, llegaría muy lejos en todo lo que se propusiera.

Ventura no dejó de alabar la prodigiosa puntería de Pérez, su temple ante situaciones peligrosas y su lealtad a prueba de bombas.

—No hagan caso al inspector —repuso Pérez a las palabras de Ventura, un poco avergonzado—. Soy un policía del montón. Lo que pasa es que el inspector me aprecia.

—En todo caso, Pérez, no he expresado más que mi sincera opinión sobre ti —aclaró Ventura—. Me gustaría hacerle algunas preguntas a usted, Kamal. Relacionadas con su encuentro con el hombre cuyo cadáver hemos reconocido.

—Por supuesto, inspector. Le diré todo lo que sé, como es natural.

—Verán, después de lo ocurrido, tengo dos hipótesis. La primera, y casi con toda seguridad la más probable, sería que el hombre cuyo cadáver acabamos de ver fue el que cometió los crímenes del Oasis. En ese caso habrá que comprobar de quién se trata y saber por qué cometió los crímenes. Asunto de la Policía local.

—¿Y la segunda hipótesis?

—Que haya habido algún error que haya hecho que usted, Kamal, haya seguido al hombre equivocado y el asesino haya sido el que nosotros pensábamos encontrar, pero, de alguna manera, se haya salido con la suya y haya logrado huir.

—Bueno, yo solo le puedo decir que seguí a un hombre que salió con la pistola en la mano después de los disparos, que, después de una larga persecución, intercepté el vehículo en el que subió para huir, que tuvimos un intercambio de disparos y lo maté. O sea, que la primera hipótesis que usted dice es la correcta, inspector.

—Como dije al principio, yo también creo que esa es la hipótesis más probable. Pero la más peligrosa es la otra, porque, de ser cierta, pronto tendremos más crímenes.

—Inspector, le repito que yo seguí al hombre que salió con la pistola del Oasis, lo intercepté y lo maté.

—Ya. Pero a veces ocurren cosas. Esta pregunta es fundamental, Kamal. ¿Vio la cara del hombre que salió del Oasis con la pistola en la mano?

—Bueno…, no tuve mucho tiempo. Pero, vamos, que estoy seguro de que el muerto es el mismo que el que salió del Oasis.

—¿Por qué está seguro?

—Hombre…, porque cuando nos enfrentamos se encontraba al lado del vehículo que había cogido y porque llevaba la misma ropa que le vi cuando salió del Oasis. Vamos, que más claro imposible.

—Pero ¿podría jurar ante un juez, que le vio la cara cuando salió del Oasis?

—Bueno, eso no. Pero, como se suele decir «blanco y en botella tiene que ser leche», ¿no?

—¿Llevaba el hombre un maletín, una mochila o algo así?

—No. Al menos yo no la vi. No sé si después se ha registrado el vehículo y se ha encontrado algo de eso. Es fácil averiguarlo.

—Vamos a ver qué opinan ustedes —dijo Ventura—. Voy a desarrollar la hipótesis más peligrosa. Francisco García Menacho, el hombre que buscamos Pérez y yo, mata a cuatro hombres en el Oasis, sale con la pistola en la mano y ve un Land Rover aparcado. Lo coge y sale a toda velocidad. Usted, Kamal, sale detrás de él y en un momento dado se encuentra el vehículo parado en el cruce de Smara y Boucraa.

—Hasta ahora, no veo diferencia con lo que yo digo —musitó Kamal.

—Es cierto. Pero ¿resultaría imposible que Menacho se encontrara con alguien y tuviera tiempo de cambiar sus vestiduras? Se cree que robó una cantidad bastante elevada en un banco de Sevilla, así que lo lógico es que llevara el dinero en esa mochila. Pudo ofrecer a alguien un buen pellizco a cambio de intercambiar las ropas y que se quedara con el Land-Rover.

—Todo eso parece bastante enrevesado, inspector —comentó Méndez—. Además, que yo sepa, Kamal no encontró dinero en el Land-Rover.

—Llevaba una cartera y algo de dinero, pero poca cosa —dijo Kamal.

—Supongo que estaré equivocado, pero no quiero descartar nada, al menos por el momento. Nos vamos a pasar por el Oasis. Con las fotos que he tomado del cadáver y las de nuestro hombre, veremos si algún camarero nos puede decir algo.

—Me temo que a estas horas debe estar cerrado. No abren hasta bien entrada la tarde —comentó el teniente.

—Pues habrá que contactar con el dueño y decirle que nos espere allí con todos los camareros que estaban en el establecimiento cuando se produjeron los disparos.

—Yo me encargo, inspector —ofreció el teniente.

El Oasis

Media hora después, los dos policías y los dos militares hablaban en el Oasis con el gerente y los camareros.

Ventura sacó las fotos del fallecido.

—Señores, esto es muy sencillo. Solo quiero que miren con detenimiento las fotografías y me digan si se trata del hombre que mató a cuatro personas aquí. No tengan prisa por mirar y no me digan nada hasta que las hayan visto todos.

Se pasaron las fotos hasta que el último se las devolvió al inspector. Eran el dueño, el encargado y seis camareros. Además, el encargado había llamado a las chicas que trabajaron aquella noche en el local.

—Bien, ¿alguno de ustedes reconoce a este hombre como el que realizó los disparos?

—Yo —dijo un chico joven—. Le serví unas cuantas copas y lo vi discutir con dos hombres. Sacó la pistola y se puso a dispararles. Creo que los otros dos que murieron y los heridos no habían entrado en la discusión. Fueron víctimas sin tener nada que ver. El tío iba bastante bebido y…

—¿Está seguro de lo que dice?

—Segurísimo.

—¿Pudo oír lo que hablaban?

—Esto se pone muy ruidoso por la noche. La gente habla fuerte y uno no presta atención.

—De acuerdo. ¿Alguien más?

—Yo también lo reconozco —dijo una chica—. Estaba cerca de él cuando hizo los disparos.

—Inspector, me parece que hemos metido la pata hasta el corvejón —susurró Pérez.

—Tal vez. —Ventura se guardó las fotografías y sacó la de Paco—. Y a este señor, ¿no lo vieron esa noche aquí? ¿No podría ser él quien efectuó los disparos? Ahora olvídense de las otras fotos y concéntrense en esta. No tengan prisa.

Se pasaron la fotografía hasta que la rueda se cerró de nuevo con el camarero que miró por última vez y se la devolvió a Ventura.

—¿Qué me dicen?

Todos negaron con la cabeza, menos uno.

—Bueno, verá usted, a ese tipo lo conozco, pero hace años que no lo veo. No me acuerdo bien del nombre. Era cabo primero aquí, en El Aaiún. Yo trabajaba en otro bar, por llamarlo de alguna manera. De

menos categoría que este, ya me entienden. ¡Donde va a parar! Él solía ir a menudo a aquel sitio, ya saben, a confraternizar con las chicas y eso. Se cogía unas cogorzas de campeonato, dicho sea de paso.

—¿Y no lo ha visto en los días recientes por aquí, por el Oasis, o por El Aaiún?

—¡Qué va! Si lo hubiera vuelto a ver por aquí me habría acordado, como es natural.

—Lo que te dije, inspector: hasta el corvejón —musitó Pérez con disimulo—. El andoba este no va a aparecer ni vivo ni muerto.

—En todo caso, la pata la han metido los de la Dirección, nosotros hemos cumplido —le respondió Ventura en voz más baja aún—. Estoy liado, hay algo que se escapa, Juan.

—Pues si tú estás hecho un lío, imagínate yo.

—Muchas gracias por todo, señores —dijo Ventura a los presentes—. Los que han reconocido al asesino van a tener que acompañarnos para ver el cadáver. Será solo un momento, pero tiene que ser ahora mismo. Méndez, ¿le importaría llamar a su cuartel para comprobar si el cadáver sigue allí?

—Por supuesto que no, inspector. Aunque estoy casi seguro de que hasta mañana no lo entierran.

—Cuando terminemos, nos volvemos al parador. Tengo que llamar a Madrid. Me temo que nuestra misión aquí ha finalizado y cuanto antes informemos, mejor.

—Hay varios prostíbulos de poca monta en la ciudad, inspector —comentó Kamal—. Tal vez se pueden quemar los últimos cartuchos y preguntar en ellos si alguien ha visto a su hombre.

—Me parece buena idea.

Después de regresar al cuartel de la Policía Territorial y que los testigos confirmasen que el fallecido era el mismo que había efectuado los disparos en el Oasis, los dos policías y los dos militares visitaron varios bares de mala nota.

En uno de ellos, la dueña les dio una pista que parecía cambiarlo todo, pues hacía pensar casi sin lugar a dudas que, si bien Paco el Legionario no había cometido los asesinatos, sí que se encontraba en El Aaiún.

Cuando la mujer vio la fotografía de Menacho, se quedó largo rato mirando y afirmando con la cabeza.

—A ver, este hombre está aquí. Quiero decir en El Aaiún. Seguro. ¡Qué casualidad! Ayer mismo se le cayó el DNI cuando salía aquí después de tomarse unas copas. Corrí para devolvérselo pero no conseguí ver por dónde había tirado.

—¿Tiene entonces el documento?

—No estoy segura si se lo llevó mi novio o si está guardado por aquí, en algún cajón —dudó la mujer.

—¿Dónde está su novio?

—Eso es lo raro. Salió ayer a dar una vuelta por el pueblo por si encontraba al dueño del documento. Y no ha regresado. Eso me preocupa porque duerme siempre aquí en el bar.

—¿Le importaría mirar esos cajones que dice a ver si está el documento? —preguntó Ventura.

—No, claro. Voy a ver.

La mujer entró en la trastienda y al cabo de unos breves instantes regresó con el DNI en la mano.

—Pues sí, estaba aquí.

—¡Vaya! —exclamó Ventura—. Mira, Juan. Es el documento de identidad de Paco. ¡Está aquí!

—Sí. Este documento es el de Paco. ¡Seguro! —replicó el agente.

—¿Y no dijo nada? —preguntó Ventura a la mujer.

—¿De qué?

—Cosas como si se pensaba quedar por aquí o cualquier detalle que le resultara interesante.

—No habló casi nada. Se tomó unas cuantas copas y preguntó por las chicas. Le dije que no venían hasta la noche. Espere…, ahora que recuerdo, me dijo que ya vendría otro día.

—¿Esto cuándo ocurrió? Me refiero a la hora.

—Ayer por la tarde. No sabría decirle…, sobre las seis, más o menos.

—¿Seguro que no le dijo algo que le llamase la atención?

—No. Que ya volvería y nada más.

—Pues gracias. Me ha sido muy útil, señora.

Las profundas ojeras de la mujer estuvieron a punto de desaparecer ante la apertura de ojos que le produjo la denominación de «señora».

—De nada, caballero —respondió ella con una sonrisa que pretendía ser sensual.

—Nos llevamos el documento. Ah, otra cosa: cuando regrese su novio dígale que llame a este número de teléfono. Desde allí le pasarán con nosotros. Soy el inspector Ventura.

—Se lo diré. Ya me tiene preocupada que no haya regresado, la verdad.

Salieron a la calle y se dirigieron al coche.

—Jefe, hemos tenido mucha suerte. Al final vamos a coger a ese canalla —comentó Pérez—. No tenemos más que vigilar los bares de

alterne. Antes o después, lo cazaremos.

—Es posible. Ya veremos. Tal vez tengamos que pedir tres o cuatro hombres a la Policía de aquí para vigilar los lugares a los que puede acudir Paco.

—Nosotros podemos ayudar —ofreció el teniente—. A ver, en puridad, somos militares, pero en eso de hacer vigilancias y demás estamos bien preparados. Seguro que el coronel acepta.

—Gracias por el ofrecimiento. Lo tendré en cuenta —dijo Ventura.

***

Nada más llegar al parador, Ventura llamó al comisario principal Eutimio Sánchez.

—Jefe, tengo una noticia mala y otra buena. Empiezo por la mala: el cadáver del asesino del Oasis no es el de Francisco García Menacho.

—¿¡Cómo!? ¿Estás seguro?

—Por completo. Hay dos testigos que han reconocido al fallecido como el que mató a las cuatro personas en la sala de fiestas. Y no es nuestro hombre.

—¡Vaya! ¿Y qué piensas hacer?

—Pues ahí viene la buena noticia. Hemos descubierto que, aunque no parece que haya intervenido en los crímenes del Oasis, Menacho se encuentra aquí. Ayer se olvidó el DNI en un bar.

—Vaya, eso es genial. Sé que no te envié para eso, pero sería ideal que os quedaseis por ahí unos días. Hay muchas posibilidades de capturarlo.

—Desde luego que nos quedamos, jefe. ¡Lo cogeremos!

—Ya. Pero ¿y si se alarga la búsqueda?

—Si no lo localizamos, dejaremos fotocopias de su foto a los compañeros de aquí para que las distribuyan. Más tarde o más temprano caerá.

—De acuerdo, Ventura. Y gracias.

Una noticia terrible

23 de mayo.

La mañana del día 23 de mayo la emplearon Ventura y Pérez, sin éxito, en vigilar los establecimientos que podían ser susceptibles de ser visitados por Menacho. El teniente Méndez se había despedido de ellos el día anterior, pero el sargento Kamal los acompañó todo el tiempo.

Cuando los tres hombres regresaron al parador, estaba esperándolos el brigada Aníbal, que había confirmado que iría a comer con ellos.

—Buenas tardes, señores —saludó el brigada—. ¿Cómo ha ido el asunto? ¿Todo bien?

—Más bien no —contestó Ventura—. Me temo que mañana no vamos a acompañarlos en su vuelo a Madrid. El hombre que buscamos no era el que han matado. Así que es probable que tengamos a un asesino muy peligroso aquí. Creo que nos quedaremos al menos otra semana. Pero vamos a comer, amigo.

—Eso digo yo. Por supuesto que la invitación no me la pueden negar. Yo tuve la idea, así que…

—Mire, Aníbal, nosotros venimos a gastos pagados y para mí sería un placer invitarlo.

—El problema es que aquí en el parador me conocen todos, ¿sabe? Suelo venir a menudo. Y ya están avisados de que no se les ocurra cobrarle la comida. Así que, usted verá.

—Pues vamos allá. Se lo agradecemos, ¿verdad, Juan?

—Y tan verdad. En cualquier caso, mejor no hablo, que luego el inspector se pone gracioso y ya sabemos todos que mejor es morderse la lengua que salir trasquilado, porque, aunque según el inspector no tengo pelos en la lengua, ya se sabe que en boca cerrada no entran moscas y más vale prevenir que curar.

—Tú esto lo haces a propósito, ¿no Juan?

—¿Qué cosa?

—Es igual, vamos al comedor.

Estaban a punto de sentarse cuando un empleado del hotel sorprendió a Ventura con la noticia de que lo habían llamado varias veces por teléfono y habían dicho que era urgente.

—¿De quién han sido las llamadas?

—Me dijo que era el comisario Sánchez. Que le llamase de

inmediato en cuanto llegase, que era muy urgente. Siento no habérselo dicho antes. Es que no los vi llegar.

—De acuerdo. ¿Desde dónde puedo hacer esa llamada?

—Desde la habitación, y nosotros le pasamos, o desde una de las cabinas que están ahí al lado.

—Bien, llamaré desde la cabina. Póngame con este número.

—De acuerdo, señor.

Ventura se fue para una de las dos cabinas y esperó a que sonara el aviso de recepción. Cogió el teléfono, inquieto.

Lo que iba a oír le cambiaría la vida.

—Le paso con el comisario Sánchez —anunció el recepcionista.

—¿Ventura? —La voz del comisario principal sonaba muy preocupada, agitada, angustiada.

—Sí, soy yo, jefe.

—Malas noticias. Muy malas.

—No me asuste.

—Siento decírtelo de esta forma, pero tu madre está en el hospital. Muy grave.

—¡¡Dios mío!! ¡¡¿Qué ha pasado?!!

—La han apuñalado. En mi vida habría deseado decirte esto, pero debes prepararte para lo peor. ¡Ojalá ocurra un milagro!

Ventura se quedó sin poder articular palabra durante unos instantes.

—Pe…ro ¿qué… ha ocurrido? —acertó a musitar.

—No sé cómo explicarlo, pero García Menacho, ha entrado en casa de tus padres, ha matado a una sirvienta y ha apuñalado a tu madre. Cuando salía, entraba Laura con su hijo. Al parecer, intentó estrangularla, pero se ha salvado. Parece que se ha dado un golpe en la cabeza. Está también ingresada en el hospital.

—¿En qué hospital?

—Las dos están en el Ramón y Cajal. Tienes que venirte para acá lo antes posible. Tu madre…

—¡Joder! Algo ha pasado que no entiendo. ¡Cómo es posible que mientras nos encontramos en El Aaiún para reconocer el cadáver de ese malnacido, y nos enteramos de que anoche estaba aquí, resulte que está en Madrid atacando a mi gente! ¿Lo de Laura es grave?

—No lo sé, Ventura. Estamos desbordados. Yo tampoco lo entiendo. Lo importante es que regreses. Ya se encargará la Policía de ahí de seguir las pesquisas oportunas.

—¡Vaya! Lo siento, amigo. Pues, como usted sabe, hasta mañana viernes no sale el avión para Madrid.

—Ya está todo arreglado, Horacio. El capitán y los otros dos militares de la tripulación os esperan en el aeropuerto para traeros de regreso de inmediato. Solo puedo decirte ahora que lo siento mucho.

Ventura no contestó. Colgó el teléfono y salió de la cabina con la cabeza agachada y los puños cerrados. Su expresión no dejaba dudas acerca de que algo terrible había sucedido.

—¿Qué pasa, inspector? —interrogó el brigada Aníbal.

—Han atacado a mi madre y a una amiga en Madrid. Parece que es obra del que veníamos a buscar aquí.

—El avión no sale hasta mañana —recordó el brigada.

—Nos vamos ahora mismo para Madrid. Mis jefes me han comunicado que el avión está preparado para salir en cuanto llegue, ¿comprende?

—Voy a llamar de inmediato a la Comandancia Militar —dijo el brigada—. Espero que no despeguen hasta que el comandante militar me confirme el cambio y me diga si hay correspondencia urgente y tengo que salir un día antes con mi compañero, el sargento Alcaide.

—Pues hágalo rápido porque no pienso esperar a nadie.

Aquella semana, el brigada Aníbal se quedó sin ir a Madrid, el Ministerio del Ejército sin la correspondencia del Sahara y el inspector Ventura sin su carácter abierto, afable y comprensivo. Cuando arribó al aeropuerto de Barajas, no era el mismo que había llegado a El Aaiún unas horas antes. Durante el viaje de regreso, desapareció, tal vez para siempre, el joven idealista, el policía partidario de dar oportunidades y el hombre amable que siempre veía el lado positivo de las personas y las cosas.

Regreso a Madrid

Eran las cinco de la madrugada del día 24 de mayo. El comisario principal Sánchez los esperaba en el aeropuerto. Su cara mostraba tanta inquietud como desesperación la de Ventura.

—¡Horacio, lo siento! ¡De verdad que lo siento mucho!

—Quiero ir al hospital ahora mismo —fue lo único que expresó Ventura, que hizo caso omiso al intento de abrazo de su jefe.

—Claro, claro. Vengo de allí. Tengo que avisarte de que la cosa está muy mal, Ventura. Tu madre…

—¿¡Qué le pasa a mi madre!? ¡¿Ha fallecido!?

—Está muy mal.

—No me venga con monsergas y dígame la verdad.

El comisario se sorprendió al ver cómo las manos de Ventura agarraban con fuerza las solapas de su chaqueta.

—Ha fallecido hace una hora. Lo siento de veras.

—Lo suponía. ¡¡Dios!! Tiene que darme unas cuantas explicaciones. ¿Cómo ha sido posible que mientras me envían a reconocer el supuesto cadáver de ese tipejo esté en casa de mis padres, mate a mi madre y ataque a Laura?

—Es que por ahora no te puedo decir…

—Y más todavía cuando hace unas horas alguien nos entregó su documento de identidad y nos aseguró que la noche anterior había estado allí. Aquí tengo el documento y estoy seguro de que no es falso. ¿Están seguros de que ha sido obra de ese cabrón? ¿No habrá sido otro?

—Sí, Ventura, se trata del Lejía; es casi lo único que sabemos seguro.

—¿Y eso?

—Porque el tío ha dejado una nota en casa de tus padres. Además, te amenaza a ti y a Pérez.

—Pues, entonces, la mujer que nos dio su DNI nos ha mentido.

—Ya te digo que no te puedo asegurar nada. En la nota dice que seguirá y que esto no ha sido más que el comienzo.

—En eso último lleva razón. El final va a ser cuando lo mate con mis propias manos.

—Ventura, la ley y la justicia…

—Métase todo eso de la ley y la justicia donde le quepa. Cuando

tenga algún jodido dato que me indique dónde puedo encontrar a ese cabrón, me avisa. Hasta entonces, se puede ir a hacer puñetas. Algo deben haber hecho mal, piense en eso. Y mientras no sepan cómo enmendarlo no quiero saber nada de todos ustedes.

—Hombre…

Eutimio Sánchez se calló; lo cierto es que comprendía el estado del inspector y sabía que tenía toda la razón. Había que averiguar qué había ocurrido para que García Menacho llegase a hacer lo que había hecho con total impunidad. No servía decir que había sido mala suerte o casualidad.

Pérez, por su parte, no había despegado los labios desde que salieron de El Aaiún.

—Yo voy también al hospital, inspector —dijo Pérez.

—Como quieras —fue la lacónica respuesta de Ventura.

***

En la recepción del hospital informaron a Ventura de que los restos de su madre se encontraba en el tanatorio y que Laura estaba en la Unidad de Cuidados Intensivos, sedada. No se sabía con certeza cuál era su estado. Había que esperar. Al inspector le inundó una profunda amargura al pensar que podía perder a Laura, y una desolación enorme al saber que no iba a poder besar a su madre nunca más.

Bajó al tanatorio del hospital. Cuando llegó, abrazó con fuerza a su padre, incapaz de cesar de llorar.

—Papá, ya no podemos hacer nada por mamá. Lamento haber hecho este viaje y no haberos protegido como debía. Ese cabrón va a pagar todo lo que ha hecho.

—Sí, hijo, pero a tu madre ya no nos la devuelve nadie.

El padre continuó llorando con el mayor desconsuelo mientras se agarraba con desesperación a los brazos de su hijo.

—¿Se puede entrar a ver a mamá?

—Claro, hijo. Pasa y si quieres le quitas la sábana del rostro. Su expresión es la de siempre; parece que está dormida.

—Yo me quedo con tu padre —propuso Pérez—, no quiero dejarlo solo.

—De acuerdo —aceptó Ventura.

Ventura entró en la sala donde se encontraba el cadáver. Dudó un momento, pero terminó por decidir que no quería verla muerta. Prefería recordarla como siempre, llena de vida y bondad. Se quedó largo rato ante el cadáver. Rememoró entre lágrimas los cuidados y caricias de su madre, su sentido del humor, su carácter siempre dispuesto a ayudar y comprender.

—Mamá, sé que no te gustaría oír esto, pero me voy a vengar de ese criminal aunque sea lo último que haga en esta vida.

Salió de la sala con la cara desencajada, tanto por el dolor como por el odio hacia el hombre que le había hecho aquello a su madre.

—Me voy a ver a Laura, quiero estar con ella aunque no sepa que estoy a su lado.

—Pablito está en la sala de espera de la Unidad de Cuidados Intensivos —dijo Pedro, el padre de Ventura—. Si no hubiera avisado a la Policía tal vez su madre estaría ahora como…

Ventura no pareció escuchar a su padre. Se dirigió a la UCI y se encontró con Pablo, el hijo de Laura. Tenía ojos de haber llorado durante horas. Se levantó y abrazó a Ventura.

El chico estaba sentado junto a un hombre enchaquetado.

—Inspector Ventura, no sé si me conoce, soy el subinspector García —se presentó el de la chaqueta—. Estoy de guardia. Ya sabe, Laura Kobler podría ser atacada de nuevo.

—Gracias. Se puede retirar. A partir de ahora yo me hago cargo.

—El comisario me ha dicho que hasta mañana no vendrá mi relevo.

—Me importa un rábano lo que haya dicho el comisario. Yo me quedo aquí, así que puede irse.

—Yo cumplo órdenes del comisario. Lo siento.

—¡Que se largue le he dicho!

—Oiga, tampoco es para ponerse así. De acuerdo, me marcho. Informaré al comisario de todo esto.

—Haga lo que le dé la gana.

El policía se marchó, no sin antes insistir en que lo primero que iba a hacer era informar de lo sucedido.

—¿Se puede pasar a ver a tu madre? —preguntó Ventura al chico tras darle un fuerte abrazo.

—Solo dejan unos minutos cada cierto tiempo. Yo entré a verla a las diez de la noche, pero hasta las diez de la mañana no hay más visitas.

Ventura miró su reloj.

—¡Son casi las siete de la mañana! Se me han pasado las horas como si fueran una eternidad y al mismo tiempo como si hiciera solo unos minutos que me llamaron a El Aaiún. Tengo que ver a tu madre ya. No voy a esperar.

Ventura tocó el timbre. Esperó unos minutos, pero nadie salía. Volvió a tocar, ahora con insistencia.

Salió una enfermera.

—Oiga caballero, esto es una Unidad de Cuidados Intensivos y

estamos para atender a los enfermos, no para otros menesteres —alegó la enfermera con un tono de reproche tal vez excesivo.

—¡No me diga! Entonces, ¿para qué tienen ese timbre?

—Para cosas urgentes.

—Pues bien, soy inspector de policía y vengo de modo expreso desde el Sahara Español para ver a Laura Kobler. Así que puede considerarlo un caso urgente.

Ventura casi le metió a la enfermera por los ojos su placa de identificación. Esta actitud la hizo ponerse más intransigente.

—¡Como si es usted ministro, caballero! ¡Aquí hay unas normas y se tienen que respetar! Además, desde que entró la señora Laura Kobler ha estado en la sala de espera un policía y no se le ha ocurrido incordiar como usted.

Ventura no era el mismo que unas horas antes. Si hubiera sido el de siempre, se habría disculpado o tal vez hubiera tratado de convencer a la enfermera con razonamientos. En vez de lo anterior, se movió hacia delante para entrar.

—Deténgase ahora mismo o llamo a seguridad —amenazó ella, atemorizada.

—De acuerdo, llame. Me va a ahorrar tener que darle un par de bofetadas.

En un minuto aparecieron dos guardas de seguridad.

—Caballero, haga el favor de comportarse.

—Lo intento, pero esta enfermera me lo pone muy difícil. Soy el inspector de policía Horacio Ventura —volvió a enseñar la placa—. Tengo que ver a una enferma que ha sido agredida este mediodía. Además, el agresor ha matado a mi madre, que se encuentra ahora mismo en el tanatorio. ¿Les parece suficiente motivo para entrar o tengo que llamar a la Dirección General de Seguridad?

—Inspector, nosotros solo tratamos de cumplir con nuestro deber. Pase usted, pero le acompañaremos uno de nosotros.

—De acuerdo.

Laura estaba intubada, pero parecía respirar con normalidad. Ventura se acercó y la besó en la frente durante un largo rato. Hasta que se le cayeron unas lágrimas sobre la cara de la mujer.

El guarda de seguridad se había quedado unos pasos atrás.

Ventura cogió las manos de Laura y miró su rostro con fijeza. Se le pasaron por la cabeza decenas de imágenes y pensamientos; todos eran de venganza.

Se acercó a la enfermera, para no hablarle en voz alta.

—Quiero hablar con el doctor que esté a cargo de eso.

—Usted no es familiar. Además, las entrevistas del doctor para explicar el estado de los pacientes son después de las visitas de las diez de la mañana.

—El único familiar de esta señora es su hijo y es menor. Por otra parte, le hablo como policía y no en calidad de familiar. Así que o me avisa al doctor ahora mismo o monto un escándalo que no van a olvidar en mucho tiempo. Usted elige.

La enfermera se fue rezongando y regresó con el aviso de que pasara Ventura al despacho del médico de guardia de la UCI.

—Buenas noches. Esto es poco habitual pero, dadas las circunstancias, no tengo inconveniente en informarle del estado de la señora… —echó un vistazo al documento de ingreso con los informes correspondientes— Kobler.

—Se lo agradezco.

—Bien. Cuando ingresó en el hospital solo se sabía que la Policía se la había encontrado tirada en el suelo con signos de desorientación total y respiración muy agitada y débil. Se despertó en la ambulancia y se puso a vomitar. Llegó al hospital en un estado de aturdimiento notable. Las marcas en el cuello nos confirmaron que habían intentado estrangularla. Es posible que se haya salvado porque el asesino pensó que ya estaba muerta cuando no era así. Ante la posibilidad de que hubieran ocurrido daños cerebrales, se le hicieron varias radiografías del cráneo.

—¿Cuál fue el resultado?

—Indeterminado. No se observó nada anormal pero es posible que exista un daño cerebral. Se decidió dejarla en observación y sedarla. Estaba muy agitada, pero es difícil saber si es porque sabe lo sucedido o por alguna lesión interna.

—Entonces, ¿es grave o no?

—Hay que esperar. Si no aparece nada nuevo, le disminuiremos poco a poco la sedación y veremos cómo se encuentra. Se lo voy a decir con total sinceridad y claridad: igual la despertamos en dos días y todo va bien que aparece un derrame u otra complicación y ocurre lo peor.

—Entiendo.

—En estos casos, en los que no se sabe qué puede suceder, tal vez venga bien rezar. Sé que no es un consejo médico, pero…

—Al que le vendrá bien eso de rezar es al que ha atacado a Laura.

—Siento no haber podido darle noticias más concretas. Pero siempre hay que mantener las esperanzas. Es una mujer joven y fuerte, aunque eso a veces no es suficiente.

—Le agradezco su tiempo, doctor. No le voy a decir que hagan todo

lo posible, porque sé que lo harán.

—Por supuesto.

***

Cuando salió de la UCI, Ventura se dirigió a Pablo.

—Está mal, pero debemos tener esperanzas. Ahora solo te puedo decir una cosa, Pablito: pase lo que pase, el que ha hecho esto lo va a pagar bien caro.

—Me da igual que lo pague o no, Horacio; yo lo que quiero es que mamá se ponga bien. No puedo perderla ahora, cuando ya no tengo a nadie más que a ella.

—Bueno, mientras se recupera, me tienes también a mí.

—Ya…

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Desde que llegamos. A eso de las tres de la tarde.

—¿Has comido?

—Eso da igual, yo lo que quiero es estar con mamá.

En ese momento apareció el agente Pérez en la sala de espera.

—¿Se puede? —Pérez pasó, compungido. Se restregaba las manos—. ¿Cómo está tu madre?

—No lo sé —respondió el chico—. Bastante mal, creo. Como dormida.

—Acabo de entrar a verla, Juan —dijo Ventura—. Está mal, pero tengo fe en que se recuperará. Es una luchadora.

—Horacio, yo estoy aquí para lo que haga falta, ya lo sabes. Laura es mi amiga…, nuestra amiga. Y no tengo otra cosa mejor que hacer que estar pendiente de ella y esperar a su mejoría. Porque, como dices, se va a poner bien.

—Te lo agradezco, pero no hace falta. No me voy a despegar de ella hasta que salga de esto. Ni voy a dejar a Pablito solo.

—Ya, pero mañana es el entierro de tu madre. Me han dicho que será a la una, por cierto. Además, no tengo ninguna obligación familiar, así que no me digas que no puedo echar una mano.

—Tendrás que ir a tu trabajo, hombre.

—El comisario principal me ha encargado que siga a tu lado y te ayude en la seguridad de Laura.

—No es que me parezca mal, pero quiero estar aquí, con Laura, y no me pienso mover hasta que salgamos los dos juntos. Bueno, los tres: Pablito, ella y yo.

—Pues nos quedamos los dos. Laura es mi amiga también y no tengo ganas de hacer otra cosa.

—Eres terco, Juan. Siempre he sabido que eres un jodido terco.

—Para todo, inspector, y más con la gente a la que quiero. ¡Ya lo he dicho! Mira, de entrada, mañana me quedo aquí mientras vas al entierro de tu madre. Y a partir de ahí ya nos turnamos.

—¡Joder!, mi padre debe estar solo en el tanatorio. Voy a tener que estar con él. Esta noche no puedo dejarlo. Tengo que estar a su lado.

—¿Lo ves? Mira, nos vamos a turnar y no se hable más. Por una vez se va a hacer lo que diga el agente Pérez.

Una visita corta

Del 7 al 17 de mayo.

El día que se fugó de la cárcel, Francisco García Menacho, Paco el Legionario para los allegados, terminó por decidirse a cambiar su intención inicial de marcharse a El Aaiún por la de subir a Madrid en ferrocarril y hacer una visita a la cafetería de su compañero de prisión el Panadero. Todo debido al despliegue de guardias civiles en torno al puerto marítimo.

Compró el billete y entró en el tren sin ningún problema. Nadie se interesó por él o le pidió la documentación, a pesar de que en el andén varias parejas de guardias civiles armados paseaban serios y miraban a todos con cara de poquísimos amigos.

Pero no lo tenía claro del todo. Por eso, cuando el tren llegó a la estación de San Bernardo, ya en Sevilla, cambió de idea una vez más: «¡Joder!, lo chachi que estaría ir al Sahara por cojones —pensó—. Ya que me lo impidieron esos dos hijos de puta de policías y a muy zorra de Laura Kobler, lo suyo sería ir allí. Además, me apetece visitar aquello y recordar viejos tiempos. Lo de reingresar en la Legión está claro que ya no puede ser, pero con el dinero que tengo me podría correr unas cuantas juergas en los bares de allí. Todo es cuestión de suerte. Lo que tengo claro es que antes de que me detengan, sea en un sitio o en otro, me llevo a unos cuantos por delante».

Se bajó del tren y salió de la estación. Esperaba encontrar un taxi, pero en aquel momento todos estaban ocupados y no llegaban nuevos. Se le ocurrió que antes de marchar al aeropuerto bien podía tomarse unas cuantas cervezas bien fresquitas.

—Oiga, ¿hay algún sitio más cerca del centro donde coger un taxi? —preguntó a uno que pasaba a su lado.

—Mira, *mi alma*, ¿adónde quieres ir?

—Al aeropuerto. Pero antes me gustaría tomarme algo en algún bar.

—De eso y de iglesias tienes más que de sobra en Sevilla, *mi alma*. Mira, tira por esa dirección y pregunta por Nervión. Está en la dirección del aeropuerto y allí hay una parada de taxis. Eso sí, tienes que andar un buen rato.

—Vale, gracias.

Se fue andando y encontró varios bares al principio de la calle que le habían indicado. Entró en uno de ellos y se bebió varias cervezas acompañadas de aceitunas. Salió con buen humor y continuó calle arriba. No faltaba mucho para anochecer y la avenida estaba muy transitada tanto de vehículos como de gente que había salido de sus casas en busca de un poco del aire fresco del atardecer.

Pasó al lado de una entidad bancaria y observó cómo alguien bien trajeado cerraba la puerta. No se lo pensó dos veces. Se dirigió hacia la puerta y arrinconó al hombre.

—Oiga, caballero, ¿es que está el banco abierto? No sabía que abrían por las tardes.

—Y lleva toda la razón. Por las tardes no hay atención al público —contestó el hombre con suficiencia y cierto aire de superioridad.

—¿Entonces, qué hacía usted ahí?

—Eso a usted no le importa, pero se lo voy a decir: horas extra. Hay que cuadrar las cuentas. Vuelva usted mañana por la mañana y le atenderemos con mucho gusto.

—Verá usted, es que necesito sacar dinero con urgencia porque me voy de viaje. Resulta que unos rateros me han quitado todo lo que llevaba en la cartera. Vamos, que me han dejado sin un duro.

—Eso no es asunto mío.

—Me abre usted la puerta y me deja sacar el dinero que necesito o la lío, usted verá.

—Haga lo que le venga en gana, caballero, pero esto no está abierto al público y no tengo nada más que hablar con usted.

—Hombre, que mi madre ha fallecido y tengo que ir a Barcelona de urgencia. ¿Qué trabajo le cuesta?

—¡Le digo que no! Y no me insista que me pongo a gritar y llamo a la Policía.

—¿Y si le digo que tengo una navaja en el bolsillo y como no abra de inmediato le rajo la garganta?

—Hombre, eso ya… —murmuró el hombre, tan lívido como las paredes del banco.

—Pues, vamos dentro. Tranquilo que si se porta bien, no le va a pasar nada.

Entraron en el banco.

—Ahora me va a dar el dinero que necesito, amigo.

—¿Y cuánto será?

—Abra la caja y no me rechiste.

—Pero eso es un atraco.

—Pues va a ser todo lo que tenga en la caja fuerte y llámelo cómo quiera.

—¡Joder, qué tío más listo! ¡Venga, coño, que no tengo toda la tarde! Abre la caja de una puta vez o te rajo la garganta.

Cinco minutos después de haber entrado, Paco Salió del banco con un paquete de billetes de mil y cinco mil pesetas, que introdujo en su mochila.

Coincidió que pasaba un taxi y le hizo señas. El vehículo paró y el taxista asomó la cabeza.

—¿A dónde?

—Al aeropuerto.

—Justo ahora voy para allá a recoger a uno. Suba.

Cuando el vehículo comenzó a moverse, Paco preguntó al taxista:

—Jefe, tengo entendido que los miércoles hay un avión para El Aaiún. ¿Sabe usted algo de eso?

—Sí. He llevado a más de uno; sale mañana miércoles a primera hora.

—Gracias.

Una vez llegaron al aeropuerto, Paco sacó un billete de mil pesetas.

—¿Cuánto te debo, figura?

—Trescientas.

—¡Qué cabrón! Trescientas pesetas por quince minutos escasos. Anda, toma mil y quédate con el cambio.

—¡Gracias, *mi alma*!

Paco se fue a la zona de salidas y miró el tabón con los horarios. Un avión llegaba desde Barajas-Madrid a las siete y media de la mañana y salía para El Aaiún a las ocho.

«Voy a echar una cabezadita. Estoy hecho polvo», pensó. Se sentó en un banco metálico y terminó por echarse y ponerse la mochila por almohada.

—¡Oiga, caballero!

Paco se despertó de golpe. Delante de él, a un paso escaso, había una pareja de guardias civiles. El corazón se le disparó. Lo notaba en las sienes.

«Si me registran la mochila, estoy perdido», pensó.

—Buenas noches. Ustedes dirán —acertó a decir.

—Aquí no se puede dormir, salvo que espere un vuelo.

—Pues sí señor: estoy pendiente del avión que sale para El Aaiún a las ocho. Pensé que salía antes y he llegado al aeropuerto demasiado pronto.

—Bien, en ese caso, no hay problema. ¿Y a qué va usted Al Aaiún?

—Hice allí la mili hace unos años y hace tiempo que quería visitar mi cuartel. No sé si llamarlo nostalgia, pero me apetecía.

—Nada, caballero, no le molestamos más —zanjó el que había sostenido toda la conversación.

Comenzaron a darse la vuelta cuando el otro guardia se dirigió a Paco.

—¿Nos podría enseñar su documentación?

—Sí, claro. —El corazón de Paco se puso a latir más fuerte aún, pero procuró mantener la calma o al menos no dar muestras del nerviosismo que lo inundaba por completo. Metió la mano en el bolsillo y sacó la cartera, y de ella el carné falso—. Aquí tiene.

El guardia miró el documento, observó a Paco y se lo devolvió.

—De acuerdo, caballero. Y tranquilícese, que no nos comemos a nadie.

—Es que no estoy acostumbrado.

—Buenas noches —dijeron los dos guardias mientras ejecutaban el saludo militar.

—Buenas noches.

«¡Me cago en mi estampa! Han estado a punto de agarrarme estos cabrones. Menos mal que se me ocurrió cortarme el pelo como el de la foto y que el peluquero de Cádiz hizo un buen trabajo».

Ya no pudo dormir en toda la noche. Su preocupación, ahora, era que le revisasen la mochila al embarcar. A las seis y media abrió una tienda que estaba situada justo antes de entrar en la zona de embarque. Compró una maleta no muy grande y metió la mochila dentro.

Cuando fue a facturar, entregó la maleta como equipaje. Dentro iban la navaja y más de seiscientas mil pesetas.

***

El día 8 de mayo a mediodía, Paco se encontraba en El Aaiún, tomándose unas copas en un antiguo «bar de niñas», como llamaban allí a los prostíbulos.

Las patillas, el bigote y el pelo cortado como el de la foto del su DNI falso, unidos a la buena suerte y al cansancio de los guardias que controlaban los accesos a los aeropuertos de San Pablo y el Aaiún, le habían venido muy bien para no ser identificado.

Era mediodía y el bar, que al llegar la noche se transformaba en burdel, estaba casi vacío.

—A ver, ¿qué tenéis por ahí para comer? —preguntó Paco a una chica mientras le daba un cachete en el trasero.

—Sin tocar, ¿eh? Espera, que le pregunto al cocinero.

—¡Anda, si tenéis hasta cocinero! Hace unos años esto era una

mierda de bar. Se nota que habéis prosperado.

La mujer no contestó. Entró en la cocina y salió enseguida.

—Huevos con patatas y filete de ternera. ¿Le parece bien al señorito? Porque otra cosa no hay.

—Me parece bien si lo acompañas con una jarra grande de cerveza.

—¡Marchando!

Paco miró embelesado los andares de la chica. Cuando regresó con el plato y la bebida, le insinuó sus necesidades más perentorias.

—Oye, aquí no hay mucho que hacer a esta hora por lo que veo. ¿No te apetecería ganarte unos cuantos billetes? Como en un periquete y vamos al lío. Te vas a alegrar.

—Oiga usted, caballero, yo no me dedico a eso. Bueno…, no me dedico si no hace falta. Soy la dueña de este bar —indicó ella en voz más alta de la que parecía necesaria.

—¡No me toques los cojones! Tú serás la dueña ahora, pero yo conozco este bar desde antes de que tú supieras que existía, y aquí he echado muy buenos polvetes. Así que déjate de mojigaterías que no hay más que verte.

La mujer se acercó a Paco y le dijo al oído:

—Es que el cocinero es mi novio y desde que está conmigo lo he dejado. Bueno, al menos eso es lo que él cree, ya me entiende. Si eso, ya luego podemos quedar, siempre que me pague bien, eso sí.

—Mira, dile a tu novio que te doy cinco mil, pero cierras el bar ya y te vienes a la habitación que tengo en una pensión que está a dos pasos de aquí El cocinero miraba desde la ventanilla que daba al mostrador.

—¡Me cago en mis castas! O yo estoy ido o tú eres el cabo primero Menacho.

—¿Nos conocemos?

—¡Hombre, si nos conocemos! ¿O es que ya no te acuerdas del cabo Manuel Estévez, de tu misma compañía?

—¡La leche! ¡Estévez! ¿Qué cojones haces aquí de cocinero?

Estévez miró con recelo hacia la puerta.

—Cierra ahí, que voy a salir —le pidió a la mujer; esta cerró el bar sin preguntar nada. En cuanto lo hizo, salió de la cocina y le dio un fuerte abrazo a Paco, que este correspondió—. Me alegra verte por aquí. La cosa es que estoy metido en un buen, lío, mi primero.

—Si yo te contara… Pero, dime tú antes. ¿Qué es de tu vida?

—Pues nada, aquí estamos...

—De cocinero.

—Eso, de cocinero.

—Mira, Estévez a mí no me la pegas. Tú has hecho algo y estás aquí escondido. No hay más que ver la cara con que miras hacia la puerta.

—Pues no te digo yo que no, mi primero.

—¿Qué pasó?

—Pues nada, que hace ya casi un mes que me piré del Tercio. Un asunto feo. Le di un puñetazo a un sargento y me metieron en el calabozo. Me abrieron una causa y el abogado decía que, con mucha suerte, me caían un par de años y luego una buena temporada en un batallón de castigo. Así que me largué, no sin antes robar una pistola del cuerpo de guardia. Vamos, que he desertado y si me cogen ahora, me cae una bien gorda.

—Y estás aquí escondido hasta que tengas la oportunidad de largarte a la Península, ¿no?

—Eso mismo. Porque a mí no me meten en el castillo de Santa Catalina ni me mandan a un batallón disciplinario. ¿Y tú? ¿Qué pasa? ¿Te has decidido a reingresar en el Tercio? Porque ya hace unos años que te largaste con viento fresco.

—Al principio pensaba reincorporarme, pero han ocurrido cosas y ya no puede ser. He venido por aquí para pasar unos días.

—De turismo, vamos. ¡Venga ya, mi primero, que tú tampoco me la pegas a mí! De turismo no viene nadie al Sahara.

—Me apetecía visitar esto. Y además, vengo porque me sale de los huevos, ¿no te jode?

—Vale, vale. Y por lo que veo y he oído en la cocina, con ganas de echar un polvo.

—¡Hombre, ya te digo! Llevo varios meses a palo seco.

—¡Pues nada, mi primero, yo convido, que para eso están los amigos. Anda, Jacinta, acompaña al primero Menacho a su pensión. Eso sí, mi primero, las cinco mil pesetas no te las perdono, Paco, que está la cosa fatal y para salir de aquí hace falta dinero.

—¿Pero no decías que eras mi novio y a mí no me tocaba nadie? —preguntó Jacinta con cara de guasa.

—Por cinco mil pesetas, si no te vas tú con el primero me voy yo.

Los tres se rieron a grandes carcajadas.

—Bueno, vámonos para la pensión, pero antes me invitarás a un pelotazo, ¿no, Estévez?

—¡Eso está hecho, mi primero!

Después de beberse, con cierta precipitación, un vaso de güisqui con poco hielo, Paco salió del bar con Jacinta, no sin antes quedar con Estévez en volver a contarle sus últimas batallas y tomarse todo el líquido con alcohol que hubiera en el bar si hiciera falta.

***

—Joder, mi primero, yo sabía que eras duro con el resto de la tropa y un poco cabroncete, pero no entiendo cómo has llegado a lo que me cuentas —comentó Estévez con varias copas de más una vez regresó Paco con Jacinta y volvieron a abrir el bar. Estaban en la cocina y Estévez se inquietaba cada vez que entraba alguien—. Como aparezca por aquí la Policía Territorial, salto por la ventana y salgo por patas.

—Si aparecen por aquí, lo que tienes que hacer es estar tranquilo y con el arma en la mano. Si sales corriendo te cogen fijo. Mira, te aconsejo que hagas cambios en tu aspecto. Déjate crecer la barba y pélate al cero, por ejemplo.

—Vale, pero no me has contestado a la pregunta de cómo has llegado a matar a tanta gente, mi primero. Yo creo que no sería capaz.

—Ni yo mismo lo sé, Estévez. En realidad todo empezó por accidente. Luego, la gente se la busca y haces lo que no quieres. En realidad no soy un asesino. Lo que pasa es que te obligan. Fíjate que el irlandés se clavó él solo el puñal. ¿A quién se le ocurre tirarse encima de un tío con un cuchillo en la mano?

—¡Joder, mi primero! Se le ocurre a uno que entra en su casa y ve que alguien se cepilla a la parienta. Vamos, digo yo.

—Vete a tomar por culo, Estévez. ¿Desde cuándo una mujer se merece que lo maten a uno?

—Yo qué sé… No me hagas caso. Espera, que lleno los vasos.

—Luego, el del atraco en Bilbao. ¿Para qué saca una pistola? ¡Hay ser carajote! Y el capitán del barco de pesca, ya te lo he contado. ¡Un cabronazo! En fin, lo de las putas en la carretera de Andalucía, fue puro accidente. Luego me tuve que cargar a los testigos. Es lo que pasa, una cosa lleva a la otra. Pero yo no soy un asesino.

—Claro que no, mi primero. Ahora, hay que tener huevos para venir aquí, donde te conoce tanta gente, después de salir de la cárcel.

—Pues por eso lo hago. Quiero demostrar que tengo huevos para venir aquí y para mucho más. Ahora ya no soy Paco el Legionario. Soy un héroe capaz de enfrentarme a la Policía represora. Un incomprendido. Y he venido por aquí a darme un garbeo.

—De todos modos, lo mismo este es el último sitio al que se pueden imaginar que hayas venido.

—Pues sí. Anda, llena esto, que el vaso tiene un agujero.

—Supongo que lo suyo sería que te olvides de lo pasado y empieces una nueva vida —comentó el cabo Estévez mientras llenaba los vasos.

—Llevas toda la razón. Pero ¿sabes qué me falta para quedarme a gusto y empezar una nueva vida?

—Pues no sé…, que la Policía no encuentre ni una pista tuya,

supongo.

—Sí, pero antes de eso, me tengo que tomar la revancha. Tengo que vengarme de los policías que me detuvieron. Del inspector, porque es un capullo de esos pijos que se creen que lo saben todo, y de su compañero, porque le tengo que devolver multiplicados por diez los puñetazos que me propinó. Y a la puta de mi exnovia, sobre todo, le tengo que hacer que se arrepienta de haber servido de testigo para que me cogieran. Después de hacerles pagar sus cuentas conmigo, podré comenzar una nueva vida.

—No sé, mi primero. Dicen que la venganza no es buena.

Los dos estaban más que pasados de alcohol y Jacinta apareció, impaciente, en la cocina.

—A ver, no es por nada, pero ya mismo llegan las chicas y esto se va a poner petado. Estévez, ya sé que Paco es tu amigo y bla, bla. Pero al menos podías ayudarme a limpiar los vasos.

—Que no puedo, mujer. Que si salgo a la barra y me ve alguien del Tercio, me veo en el Castillo de Santa Catalina para los restos.

—¡Anda y que te den! Pues seguid ahí, dándole al pico, pero haced el favor de no beber más.

—Bueno, me voy a dar una vuelta por ahí —dijo Paco—. Quiero pasarme por el Oasis. Voy a invitar a champán a la más guapa de allí y me la voy a ventilar por mis santos cojones.

—Con dinero ya se puede, mi primero. Que lo disfrutes.

—Mañana me pasó por aquí, Estévez, tengo pensado proponerte algo.

***

—¿Qué tal anoche?

—De puta madre, Estévez. ¡Qué tías! Oye, que te lo digo mejorando lo presente, porque tu Jacinta está para mojar pan.

—Si no fuera por la necesidad en la que me encuentro, no la catas, mi primero. Eso sí que te lo digo. A todos nos gusta tener una mujer en exclusividad.

—A mí eso me da lo mismo. Pero sí que es verdad que si alguna vez tuviera una mujer conmigo no la tocaba ni Dios. Pero no creo que eso llegue a ocurrir. Bueno, venía a tomarme dos copazos y a hacerte una propuesta.

—Tú dirás.

—Durante estos días, no he parado de darle vueltas a lo que te contaba de tomarme la revancha con los dos policías y la puta que me delató. Ya he estado aquí y me he demostrado a mí mismo que puedo hacer lo que me salga de los cojones. Pero ahora es ya momento de ir

a por esos.

—Joder, mi primero, yo me olvidaría de eso. Matar a dos policías es muy arriesgado.

—No sé si los mataré o no. Pero no puedo empezar de nuevo sin darles un escarmiento que no olviden en su vida. Esa es la cosa.

—Vale. ¿Y eso tiene que ver con tu propuesta?

—En parte, sí. Y al mismo tiempo te puede ayudar a ti.

—Pues dime de qué se trata.

—Verás, tengo un documento de identidad falso y el mío no me sirve para nada. La cosa es que la Policía piense que estoy aquí mientras llevo a cabo mi plan de revancha.

—No me entero.

—Muy fácil. Yo me largo de aquí, pero os dejo mi DNI. Puede que mande una carta a la Policía en la que les digo que estoy aquí y que no tienen huevos de encontrarme. Mientras ellos me buscan por El Aaiún, yo estaré haciendo de las mías en Madrid.

—Vale. Me imagino que lo que dices tiene que ver con esa propuesta que dices.

—¡Premio para el caballero! Te voy a dar mi DNI. Lo puedes usar si te conviene para escapar. En todo caso, Jacinta puede decir si aparece la Policía, que a un tipo se le cayó en el bar y no volvió a preguntar por él.

—No sé, mi primero… ¿Qué gano yo con quedarme con el DNI de un perseguido por la justicia?

—Pues mira, te puedes ganar veinte mil pesetas. Siempre que te comprometas a lo que te he propuesto. Con ese dinero puedes hacer muchas cosas. Entre otras, escapar de aquí y usar el resto en unas cuantas juergas.

—No sé…

—Vale, cabrón. Por ser amigos, te doy veinticinco mil…

—¡Hecho!

—Pero Jacinta tiene que estar en esto para apoyarte, por si pregunta alguien de la Policía.

Jacinta los escuchaba.

—Claro que participo —confirmó ella—. Es más, se me ocurre algo. Dentro de un tiempo, si no vienen a preguntar por ti, vamos a la Policía y damos parte de que hemos encontrado el DNI en el bar.

—¡Buena idea! Pero eso cuando pase un tiempo. Por ejemplo un mes o así. De esa manera pueden pensar que estoy aquí mientras me dedico a satisfacer mi venganza.

Las Delicias

17 de mayo.

Después de su acuerdo con Estévez y Jacinta, Paco puso rumbo a Madrid.

Una vez en Vallecas, no le costó mucho encontrar el bar las Delicias. Preguntó por los dueños a todo el que pasaba y no tardaron en decirle dónde vivía la mujer del propietario.

Paco llamó a la puerta y notó que alguien lo observaba por la mirilla.

—Abra, soy amigo de su marido. He salido del penal y vengo de su parte.

Abrió una mujer joven, un poco sobrada de kilos pero con curvas para marear a Paco y a cualquiera. Además, era guapa y tenía cara de inocente. A Paco se le subió el deseo de modo instantáneo.

—¿Amigo de Luis? —preguntó la mujer.

—¿Luis? Yo lo conozco como el Panadero. Pero sí, soy su amigo.

—Lo de Panadero le viene porque antes de comprar el bar trabajaba en una panadería.

—Ya… ¿Me deja pasar?

La mujer dudó.

—Es que no sé quién es usted.

—Amigo de su marido, ya se lo he dicho. Estábamos juntos en el bar del penal. Me llamo Paco.

—¡Ahora caigo! ¡Paco! Sí, mi marido me ha hablado de usted en las últimas cartas. Pasa, pasa. —Paco entró y esperó a que la mujer cerrara la puerta—. ¿Y qué querías?

—Verás, me he escapado de la cárcel y he pensado que si me ayudas yo podría corresponderte.

—Si eres amigo de Luis, te ayudaré en todo lo que pueda, aunque no sé qué puedo hacer.

—Yo me quedo aquí hasta que la cosa se calme y la Guardia Civil se olvide de mi fuga, y a cambio, te ayudo a abrir el bar. Ya me dijo el Panadero que lo estáis pasando mal y tuvisteis que cerrar.

—Pero no tengo ni para comprar las bebidas necesarias para volver a empezar.

—Con eso no hay problema. Tengo dinero y corro con los gastos.

—¿Luis sabe que ibas a venir aquí?

—En realidad no. He tenido que improvisar. Mi idea era irme al Sahara Español, pero tuve que desistir.

—No sé…, tengo que preguntarle a Luis. Un día a la semana se le puede llamar por teléfono.

—¿Qué quieres, que intercepten la llamada y me cacen como a una rata? Eso no puede ser.

—Bueno, te quedas y le mando una carta en la que le cuento todo.

—Supongo que Luis te habrá dicho que leen todas las cartas que entran en el penal, ¿no?

—Sí, es verdad. Es que, en ese caso, no veo claro que te puedas quedar aquí para abrir el bar. Te puedo esconder unos días, eso sí. Pero no puedo hacer más.

—A ver, Eva. Porque te llamas, Eva, ¿no?

—Sí… —La mujer comenzó a asustarse; la mirada de Paco y su sonrisa torcida no le auguraban nada bueno.

—Sí…, Eva.

—Pues eso, Eva, nos vamos a llevar muy bien y tú me vas a ayudar tanto como yo a ti. Me voy a quedar en tu casa. Si alguien te pregunta, le dices que soy un primo tuyo que vengo de Jaén a pasar un tiempo y ayudarte con el bar. ¿Entiendes? Te conviene.

—No creo que me convenga que te quedes, la verdad. Aunque me ayudes con el bar.

—Mira, Evita, te conviene porque si te niegas te clavo esta navaja en la barriga y dejo que te desangres hasta que te mueras, ¿entiendes? Sería una lástima, porque me gustas y tendría que hacerlo en contra de mi voluntad, porque yo no soy de esos que matan mujeres porque sí. Pero no puedo volver a la cárcel. De verdad que me gustas. Nos vamos a llevar bien, mujer. Es más, te voy a echar un polvo que te voy a dejar como nueva, porque supongo que estarás tan falta de hombre como yo de mujer. Y que conste que lo hago por el Panadero. Mejor es que te folles a su amigo que termines de puta por ahí por no tener ni para comprarte unos fideos, ¿no te parece?

Revancha. Primer acto

23 de mayo a las diez de la mañana.

El bar las Delicias se reabrió. Al principio, la afluencia de parroquianos se notó baja en comparación con épocas anteriores. No obstante, pronto creció el número de desayunos servidos y la clientela habitual terminó por regresar. Todos aceptaron que Paco era primo de Eva —o del Panadero, según versiones—, si bien a nadie le importaba demasiado lo uno o lo otro.

Seis días después de su arribo al bar, Paco estaba sentado una mesa con una taza de café caliente cargada con un chorro de coñac. Cogió uno de los periódicos que tenían en el bar como cortesía para los clientes y se puso a leerlo por encima.

Dentro, en la cocina, Eva preparaba varias tapas para el mediodía. Había aceptado la propuesta de Paco, pues no podía haber hecho otra cosa. Lo primero que le movió fue el miedo, más bien el terror. Luego, en los pocos días que llevaba conviviendo con el hombre, se fue apoderando de ella una mezcla de atracción y repulsa que ni ella misma comprendía.

Paco la usaba como un objeto. Se comportaba en la cama como una bestia. Se desahogaba de forma brutal y luego se daba la vuelta como si no estuviera ella al lado. Eva, a ratos, lo odiaba con todas sus fuerzas; sin embargo, en ciertas ocasiones, se sentía plena al experimentar el dominio físico y sicológico que ejercía el hombre sobre ella.

Jamás se le habría ocurrido serle infiel a su marido. Ella no era una mujer que se dejara engatusar por un hombre ni buscase el sexo para sobrevivir. Habría preferido morir de hambre antes que venderse a nadie por dinero. Sin embargo, ahora, el que decía ser amigo de su marido, la usaba a su antojo y ella, en cierto modo, lo consentía.

¿Quién sabe?, lo mismo un día aprovechaba cuando estuviera dormido y le clavaba un cuchillo en la garganta. Eso pensaba algunas veces. Pero no: ella sabía que no sería capaz.

Envenenarlo. Eso sí que podría hacerlo sin dudar. Pero tampoco era algo urgente. A Luis, su marido, le quedaban como mínimo unos cuantos meses en el penal y los arrebatos sexuales de Paco la sobrecogían de una manera inexplicable para ella.

Esperaría un poco, no tenía por qué decidirse a la ligera.

De repente, Paco, clavó la vista en una noticia:

> *EL ASESINO DE LA NACIONAL CUARTA CAPTURADO Y MUERTO*
>
> *Francisco García Menacho, conocido como «El asesino de la Nacional Cuarta», que se fugó el día 9 de este mes del Penal de El Puerto de Santa María, ha sido localizado en la provincia del Sahara. Perseguido por el Sargento de la Policía Territorial Kamal Hinojosa, fue abatido a tiros por el mismo. El célebre inspector de policía que capturó a García Menacho, don Horacio Ventura, hijo del dueño de uno de los más conocidos bufetes de abogados de Madrid, se ha trasladado junto al agente don Juan Pérez a la zona del incidente con el fin de reconocer el cadáver del asesino.*
>
> *Seguiremos informando.*

«La madre que los parió —pensó Paco—. Estos hijos de puta ya me dan por muerto. No estaría mal que se confirmara la noticia. Si me consideran en el otro barrio puedo seguir con mi nueva identidad y todo quedará zanjado. Pero no: me toca los cojones que piensen que han podido conmigo».

—Oye, Paco, que digo yo que me ayudes a limpiar los vasos, ¿o lo voy a tener que hacer yo todo? —protestó Eva desde la ventana de la cocina.

—¡No me hables así! Es que estoy leyendo una noticia que me toca los huevos. ¿Pues no dicen que me han localizado en el Sahara y me han matado?

En las dos semanas escasas que llevaba con Eva, Paco le había contado toda su vida, o mejor sería decir su versión preferida de su vida. Porque a Paco, mezquino e innoble hasta el extremo como era, le gustaba imaginar que era algo así como un héroe digno de despertar la envidia de los hombres y la admiración de las mujeres, que caían rendidas ante su atractivo de hombre duro.

Por eso, en el asunto de sus crímenes, evitó contarle la verdad. Según él, mató a una prostituta por accidente en un club de carretera, en el que resultó que trabajaba su antigua novia del pueblo, Laura Kobler. Tuvo que robar para comer, había tenido un enfrentamiento para defenderse de un cajero que estuvo a punto de matarlo y se había defendido en Irlanda contra un marido celoso a causa de que su mujer se había enamorado de él.

Todo era una aventura imaginaria en la que el villano de Paco

resultaba ser un hombre de pelo en pecho obligado a actuar para defenderse de los demás. Le habló del odio que sentía hacia Laura, su antigua novia, pues, según él lo veía, si no hubiera sido por su papel de testigo falso no lo habrían encarcelado. Hacia el agente Pérez no tenía más deseo que encontrárselo algún día y darle una paliza como venganza por los puñetazos que le había propinado en el interrogatorio. Por lo que respecta a Ventura, odiaba su carácter comprensivo y razonable. Los tres eran culpables de su encierro en prisión y eso no se lo iba a perdonar.

—Pues si creen que estás muerto, digo yo que mejor para ti, ¿no?

—Eres una lerda. Los dos policías que van a reconocer el cadáver son los que me detuvieron. Cuando vean el cadáver sabrán que no soy yo. Así que nadie me va a dar por muerto.

—Bueno, al menos no tendrán ninguna pista sobre dónde te encuentras.

—¡Pero qué burra eres! Si no fuera por lo buena que estás… No tienen ninguna pista ni la van a tener, pero eso no tiene nada que ver con que reconozcan al muerto ese, sino con que aquí estoy seguro y tú no me vas a delatar por la cuenta que te trae, ¿no te parece?

Eva se metió para la cocina sin chistar. No tenía ganas de recibir más insultos ni de oír amenazas.

A Paco no se le quitaba de la cabeza los deseos de vengarse de los policías: «Van a ver esos cabrones si estoy vivo y si estoy acabado o no. Paco el Lejía les va a dar un buen escarmiento. Cuando el mariconazo de Ventura sepa que he atacado a los suyos se le va a quitar toda la tontería. Y este es buen momento».

Cogió las páginas amarillas de la compañía telefónica y buscó en abogados. ¡Allí estaba!:

«Ventura Rodríguez, Pedro. Bufete de abogados».

—Hasta la calle y el número de teléfono —musitó con una sonrisa torcida—. ¡Los tengo!

A continuación cogió el tomo de la guía telefónica que correspondía a la letra «V». Solo había una entrada con el nombre y apellidos Pedro Ventura Rodríguez. Ahora tenía no solo el lugar de trabajo sino el domicilio de los padres del inspector.

—Tengo a tu familia en mis manos y tú estás en el Sahara buscándome —musitó—. Ha llegado la hora de la revancha, inspector Ventura. Por tu culpa me metieron en la cárcel y pasó lo que pasó con el Alemán. Te voy a joder vivo para toda la vida y me voy a encargar de que sepas que he sido yo el que te lo ha hecho.

—Eva, tengo que salir. Quédate a cargo del bar.

—¿Cómo que tienes que salir? Estoy con las tapas y pronto

empezaran a entrar clientes.

—Pues les das lo que haya. Es urgente.

Eva fue a decir algo pero se calló. El miedo no le dejó decir nada más.

***

Paco llegó a las inmediaciones de la casa de los padres de Horacio Ventura cerca de la una de la tarde. Se imaginó que el dueño de la casa iría a comer, así que decidió esperar sin perder de vista la entrada.

A las dos y media todo seguía igual.

«A tomar por culo. Voy a entrar. Si no está el abogado estará la mujer. Primero me la cargo a ella y espero a que llegue el otro».

Llamó al timbre. En un instante apareció una mujer con delantal. Había abierto la puerta, porque pensó que se trataba del padre de Horacio Ventura y ni preguntó ni observó por la mirilla quién pudiera ser. Se quedó algo desconcertada, pero no sospechó ni por un momento lo que se le venía encima.

—¿Qué desea?

—Perdone, ¿es usted la madre de inspector Ventura? Vengo de su parte.

—No, soy la cocinera.

—Pero ¿están sus padres?

—El señor está al llegar; la señora sí que está.

—Pues avísela, si no le importa.

—Mire usted, yo…

Paco puso un pie ante la puerta y empujó con fuerza. La pobre mujer fue a avanzar hacia Paco y su estómago se encontró con la hoja de la navaja que el hombre había comprado en Cádiz.

—Lo siento por ti. Te vas a ir al otro barrio sin tener nada que ver con todo esto.

Mientras decía esas palabras, Paco tuvo tiempo de darle varias puñaladas a la pobre mujer, que lo miraba con los ojos abiertos por el terror y por la certeza de que estaba a punto de morir.

A pesar de todo, se giró y sacó fuerzas para correr; Paco se fue tras ella y le clavó la navaja entre las costillas. La mujer cayó al suelo de inmediato. El silbido sordo que emitía al respirar indicaba que la navaja le había perforado un pulmón. Le quedaban pocos minutos de vida.

Justo cuando iba a comenzar a rebuscar por la casa, apareció la madre de Horacio Ventura. La mujer emitió un grito de pavor al ver a

la cocinera en el suelo sobre un charco de sangre.

—Señora, no se preocupe que esto durará poco. Hablo con la madre del inspector Ventura, supongo.

—Sí —balbuceó ella con una mano sobre la boca.

—No tengo nada contra usted, pero sí contra su hijo. Me detuvo, ¿sabe? Y en la cárcel he sufrido algunos percances graves de los que culpo a su hijo, ya que si no me hubiese cogido me los habría ahorrado. Me apetece que su hijo sufra por lo que me ha hecho. Si le digo la verdad, me lo estoy pasando de órdago con esta situación. Esta es mi revancha.

Tal como terminó tan larga como innecesaria explicación, Paco le dio varias puñaladas en el estómago.

—Mira, zorrita, no me interesa que te mueras en un instante. Prefiero que te desangres poco a poco. Que tu hijo sepa que la puta de su madre sufrió antes de morir. Y si tiene huevos que me busque.

La mujer se apretaba el estómago, presa del pánico.

—¿Hay alguien más en la casa? —preguntó Paco con total frialdad; ella negó con insistencia—. ¡Joder! Me he manchado de sangre. Tampoco es cosa de ir por ahí hecho un asco. Así que no hay nadie. ¿Seguro que no me mientes? Bueno, te creeré. Pues aquí te dejo. Me voy a dar una ducha y voy a ver si tienes alguna ropa en condiciones.

Tal como dijo aquello, le dio una sexta puñalada en el estómago y de un puntapié la lanzó contra un butacón próximo.

Buscó los dormitorios y sacó un pantalón y una camisa de un armario. Le pareció que la ropa le iba a quedar un poco pequeña, pero le podría servir para no salir manchado de sangre.

Luego buscó el baño, se quitó la ropa y se duchó. Se sentía eufórico, así que se puso a cantar una de sus canciones favoritas desde que lo encarcelaron:

Mejor estar muerto
Que preso para *toa* la *vía*
En este penal del Puerto
Puerto de Santa María.

Se secó y se puso la ropa limpia. La sucia la dejó tirada en el suelo junto a la toalla que había usado. Le daba igual que sirviera para identificarlo, en realidad deseaba que nadie tuviese duda de que él era el autor de los asesinatos. La navaja la lavó y se la guardó en un bolsillo porque no quería perderla.

Se dirigió al salón y comprobó que la cocinera estaba muerta y la madre de Ventura respiraba de forma débil y entrecortada.

—Bueno, ya me marcho. No creo que tengan tiempo para salvarte la vida. Lástima que no esté tu marido. Habría sido lo máximo cargarme a los dos. En fin, todo se andará. Le voy a escribir a tu hijo una nota para que no tenga dudas.

Se había traído un bolígrafo y un folio y se puso a escribir sobre una mesa.

> *Inspector Ventura, soy Paco el Legionario. Te las das de listo y eres un zoquete. ¿A quién se le ocurre buscar mi cadáver en el Sahara mientras mato a tu madre? Quiero que sepas que ha tardado bastante en morir y ha sufrido lo suyo. Ahora mismo compruebo cómo se le va la vida.*
>
> *Ándate con cuidado porque esto no se ha terminado. La culpa de todo lo que pase a partir de ahora la tenéis tu amigo Pérez y tú. Por cierto, a ese le tengo que dar lo suyo por las bofetadas y puñetazos del interrogatorio.*
>
> *A ti te reservo para el final, cuando sufras lo suficiente por todo lo que me has hecho, no sin antes haberme vengado de la puta de mi antigua novia, por declarar en mi contra.*

Dejó el papel sobre la mesa y se metió el bolígrafo en un bolsillo.

—Tu hijo dice que todos nos merecemos una oportunidad —dijo a la moribunda—. O eso comentaba cuando me interrogó. Vas a tener la tuya. Si llamas pronto por teléfono tal vez te salves. Pero no te lo creas mucho. Lo más seguro es que te desangres como una perra. Ahí te quedas.

Paco se dirigió hacia la puerta. Oyó pasos; alguien actuaba sobre la cerradura. Al abrir, Laura, que regresaba de recoger a su hijo del Instituto de Bachillerato, no lo reconoció al momento.

—¿Quién es usted? —preguntó, inquieta y nerviosa.

—¡La madre que me trajo al mundo! ¡¿Pero qué tenemos aquí?! Si es Laura Kobler, mi antigua novia que se olvidó de que su padre se la follaba y me quiso echar el muerto a mí. La zorra que no pude matar dos veces y me intentó joder la vida haciendo de testigo de unas muertes de las que no tuve la culpa.

—¡¡Hijo, corre!! —gritó ella—. ¡Llama a la Policía!

El chico, que estaba detrás de Laura, salió corriendo; ella trató de

hacer lo mismo, pero Paco la agarró de un brazo y la metió en la casa.

—¿Qué pasa, no me reconocías? —Tenía sujeta a Laura con las manos atrás; ella era incapaz de articular palabra—. Tengo que pensar rápido qué hago contigo. Así que ese es tu hijo. El que me querías endilgar como si fuera mío.

—¡Suéltame! —se atrevió a decir Laura.

—Vaya, así que te has liado con el inspector. ¡Qué *jodío*!

—¡Déjame!, la Policía va a llegar de un momento a otro.

—Es posible. Supongo que ese chico debe ser listo y volverá con alguien. No tengo nada contra él. Pero a ti te voy a despachar para el otro mundo de una puta vez. No me voy a manchar de sangre después de haberme cambiado de ropa. Te voy a estrangular, será más lento y me lo pasaré mejor. —La agarró del cuello y apretó con todas sus fuerzas—. Lástima de no tener tiempo para echarte un polvo de despedida. Pero me conformo con la satisfacción de saber que esto le va a joder aún más al inspector.

Laura forcejeaba con desesperación pero era incapaz de soltarse de Paco. Este apretaba con una fuerza implacable hasta que notó que sus piernas se quedaban fláccidas y los ojos en blanco. Entonces, la dejó caer al suelo, donde quedó inmóvil.

—Al final me va a salir el día completo —dijo Paco con una sonrisa que reflejaba su perversión—. Hasta nunca, Laura Kobler.

Salió de la casa. A lo lejos se oían varias sirenas de la Policía. Giró en una esquina y avanzó a grandes zancadas, aunque sin correr.

—¡De puta madre! —gritó con una sonrisa triunfal.

«¡En vez de dos pájaros, he matado a dos pájaras y sin un tiro! —pensó—. Así aprenderá el inspector ese. Y lo que le queda».

Entierro

Ventura había pasado, con mucha diferencia, la peor noche de su vida, primero en el avión y luego en el hospital no pudo dormir ni siquiera un minuto. Su estado de ánimo no se lo permitía.

Su padre hablaba y hablaba de lo feliz que había sido con su madre, de cómo se hicieron novios, de los cuidados que tuvieron hacia él cuando era un recién nacido, de sus preocupaciones cuando se hizo mayor para que llegara a ser alguien en la vida…

Hablaba y hablaba, y cuando dejaba de hacerlo era para llorar sin consuelo.

—¿Y ahora qué voy a hacer sin tu madre?

—No sé qué decirte, papá. Lo único que se me ocurre es que una vez Laura se ponga bien, me voy a vivir a casa contigo. Me la llevo a ella y a Pablito. Me da igual lo que digan.

—Pues claro, hijo. ¿Qué van a decir? No será la primera mujer que tiene un hijo de soltera.

—Solo puedo decir que es una buena mujer y que la quiero. No puedo estar desoyendo mis sentimientos toda la vida.

—Que es una gran chica, eso salta a la vista, hijo. Con carácter, eso sí. Tu madre también lo tenía.

—Mamá era una buenaza, papá. Y tú igual.

—No te creas, hijo, a veces le he fallado. Y bien que lo he hecho. Pero siempre sabía perdonar.

El pobre hombre volvió a romper a llorar.

—Papá, ¿y la cocinera?, ¿dónde están sus restos? Con todo esto me había olvidado de la pobre Pepa.

—¡Qué lástima! Ha pagado con su vida el estar con nosotros. La están velando en su domicilio. Ya sabes, el marido y la familia de ella son de los antiguos que velan a los fallecidos en su casa. Mañana la entierran en el cementerio de la Almudena, como a mamá, es lo único que sé.

—Habrá que echar una mano a la familia, papá. Creo que el marido estaba en el paro.

—Por supuesto, hijo. Le voy a proporcionar a ese hombre todo el dinero que necesite. ¿Para qué sirve el dinero si no lo usamos cuando hace falta ayudar? Ya veremos, lo mismo lo podemos contratar de algo. No sé…, de chofer o de lo que sea. Ya lo pensaré y hablaré con él.

—Me parece muy bien, papá.

—Hijo, ¿qué piensas hacer ahora? ¿Seguirás en el bufete?

—Lo único que deseo en estos momentos es encontrar a ese criminal y matarlo con mis propias manos. Lo voy a coger aunque me cueste la vida, papá.

—Entonces, ¿te vas a reincorporar?

—Creo que no. En este momento no estoy seguro. Si para cazar a ese hijo de puta me resulta mejor estar en la Policía, lo haré. Y cuando esté con los pies por delante, lo dejo y me dedico de lleno al bufete.

—Hijo, sé que harás lo mejor, pero no te dejes llevar por el odio. Ni es cristiano ni es propio de nuestra familia.

—En estos momentos solo puedo sentir rabia y odio, papá. No puedo actuar de otra manera.

—Te entiendo, pero tienes que ser frío y no dejarte llevar.

—Creo que no voy a poder.

—¿Sabes una cosa? A pesar de que me preocupa que te dejes llevar por esa rabia, me reconforta pensar que vas a detener a ese tipejo. Debe pagar sus culpas.

—Te prometo que lo haré, papá. Lo haré por mamá y por Laura. Y también por Pepa, por ti y por todos nosotros.

—Sé que lo harás, pero no te olvides de prescindir de ese odio. Aunque te cueste, hijo.

—Bueno, papá, te dejo un rato y me acerco a ver al agente Pérez y a Pablito. Y a Laura, si es posible.

***

Tras un breve sepelio en la capilla del hospital, al que asistieron pocas personas, Ventura se trasladó con su padre al cementerio de la Almudena. No había casi nadie, excepto algunos abogados del bufete y una representación de la Policía encabezada por el comisario principal Eutimio Sánchez.

Una vez finalizada la inhumación, Sánchez se digirió a padre e hijo para darles el pésame y despedirse. El inspector le respondió al ofrecimiento de mano de mala gana.

—Ventura, tengo que hablar contigo.

—No quiero ser grosero, pero si no es para aclararme cómo ha localizado ese criminal a mi familia o darme algún dato importante, no tengo nada que hablar con usted.

—Lo comprendo, pero creo que, en efecto, tengo datos importantes. Te puedo aclarar cómo ha ocurrido todo.

—En cualquier caso, este no es el mejor lugar ni el momento

oportuno. Esta tarde o mañana lo llamo por teléfono.

—De acuerdo, Ventura. Mientras tanto, te he traído una copia de la misiva que dejó el asesino en casa de tu padre. El original lo tenemos guardado en el expediente. Creo que ahí queda claro que el autor de los crímenes ha sido García Menacho.

—De acuerdo, la leeré.

—También te he traído un recorte de prensa que te aclarará cómo se enteró ese tipejo de la dirección de tu padre. Ahí te reconozco nuestra culpa. Ya hablaremos, solo te diré que el responsable de haber puesto la noticia en los términos en los que lo hizo, aportando datos innecesarios y peligrosos, será castigado.

Ventura recogió el papel.

—Mañana lo llamaré cuando pueda. Ahora me voy con Laura.

—De acuerdo, Ventura. Y te reitero el más sentido pésame de todos los de la Dirección General, incluido el director, que me ha pedido de forma explícita que te lo transmita.

Ventura no contestó; se limitó a coger a su padre por el hombro y darse media vuelta en dirección al coche que los esperaba.

Ufano de su obra

23 de mayo por la tarde.

Después de su fechoría, Paco llegó eufórico al bar. Eran más de las cuatro de la tarde. Eva fregaba platos y vasos.

—Ya estoy aquí —anunció mientras se iba a la estantería situada tras el bar y cogía una botella de güisqui DYC.

—Pues ya podías ayudar un poco. Dentro de nada empiezan los cafés y ya no doy para más.

—Te he dicho mil veces que no me digas lo que tengo que hacer. Mira, ¿sabes qué te digo?: esta tarde se cierra el bar.

—¿Y eso, por qué?

—Por dos motivos: el primero porque me sale de los cojones, y el segundo porque me acabo de vengar de ese policía hijo de puta que me detuvo.

Eva tenía demasiado miedo a Paco para llevarle la contraria. A veces le ponía algunas trabas o discutía sus decisiones, pero solo lo justo para dejar constancia de que no aceptaba la situación. Se había pasado de la línea un par de veces y había recibido sendas bofetadas.

—¿De qué clase de venganza hablas? —se atrevió a decir—. No habrás matado a nadie…

—¡Joder! ¿Cuántas veces te tengo que decir que me metieron en la cárcel por error y por culpa de esos policías? No tengo que darte explicaciones, pero una cosa es vengarme de esos hijos de puta y otra matar a nadie. —Eva dijo algo en voz muy baja—. ¿Qué dices? —preguntó Paco mientras llenaba el vaso por segunda vez.

—No…, nada…

—Anda, cierra las puertas y ven para acá, que te voy a poner mirando para Cuenca. Si no fuera por lo buena que estás…

***

Después de usar a Eva como si se tratara de un objeto y abusar de ella como si no mereciera el más mínimo respeto, Paco bebió más de la cuenta y eso le hizo hablar más y más sobre lo que había hecho. En realidad, se trataba de una versión más de las suyas, pues omitió referirse a asesinatos y solo contó que había dado « unas palizas bien merecidas».

Pensaba que con el relato de su «hazaña» le demostraba que era un

tipo digno de admiración y respeto, sobre todo, la amedrentaba para que no se pusiera rebelde.

Ella lo escuchaba entre aterrada y embelesada. Odiaba su comportamiento tanto como buscaba a veces sentirse poseída por él. Contradicciones humanas.

—Pero ¿qué culpa tenían esas pobres mujeres? —se atrevió a decir ella; pensaba que al estar bebido y hablador no se lo reprocharía con un bofetón.

—La cuestión no es que tengan o no tengan culpa. Es mi revancha contra ese relamido inspector por haberse atrevido a detener a un tío con dos cojones como yo, que encima no tiene culpa de nada ni ha cometido ningún delito. Si lo he pasado mal en la cárcel, ahora le toca a él sufrir las consecuencias. Luego iré a por su compañero. Seguro que tiene familia.

—Pues ahora el inspector te va a buscar con más ahínco que la primera vez.

—Que lo haga si tiene huevos. Pero no: él no sabe dónde puedo estar yo; y yo sí que sé dónde encontrarlo. A su compañero, si no tiene familia a mano, pienso darle una paliza que no se le va a olvidar en su vida.

—Eres una mala persona, Paco —dijo ella.

—La vida es una lección de supervivencia. Aquí no hay ni buenos ni malos, lo que hay es gente que sabe vivir, como yo, y otros, como la puta de Laura, como tú o como esos cabrones de policías, que van a tener lo que se merecen.

—Yo creo que deberías dejar eso de una vez. Vive y deja vivir.

—¡Los cojones voy a dejar! Ah, una cosita te voy a decir: como se te ocurra llamar a la Policía, antes de que me detengan te arranco la piel a tiras, ¿me entiendes?

—¿Yo? ¿Y por qué iba a hacer eso?

—Te lo advierto por si acaso.

Eva pensó en que tenía que parar como fuera los pies al malnacido de Paco, pero cuando este la cogió por las nalgas y la atrajo hacia sí, decidió que siempre podía esperar un poco más. «Tampoco es tan fácil jugársela a este energúmeno —pensó— y hay que reconocer que jode como nadie, el muy cabrón».

Un plan

Después del entierro de su madre, Ventura regresó al hospital. El agente Pérez y Pablito continuaban en la sala de espera de la Unidad de Cuidados Intensivos.

—¿Cómo sigue? ¿Alguna novedad? —preguntó el inspector.

—Igual —contestó Pérez—. Esta mañana nos ha dicho el médico que mañana van a bajarle la sedación para ver cómo reacciona.

—Yo unas veces lo veo todo negro y otras me parece que va a ir bien —dudó Pablo.

—Tenemos que tener confianza, Pablo —dijo Ventura al mismo tiempo que le acariciaba el cabello—, no nos queda otra. ¿Habéis comido?

—Antes bajé a por un par de bocadillos y unas latas —comentó Pérez—. ¿Y tú?

—Ahora que lo pienso, no he comido nada desde ayer —dijo Ventura.

—Pues bajo al bar y te traigo algo —ofreció Pérez.

—Da igual, Juan. Se me atragantaría. Tengo que pensar. Estoy hecho un lío. Mi madre muerta, Laura aquí, sin saberse nada cierto, y mientras tanto, ese cabrón que hacíamos en El Aaiún, en algún sitio próximo riéndose de nosotros. Tengo que hacer algo y no sé por dónde empezar.

—¡Como para saberlo! Ese tipo podrá estar todo lo cerca que quieras, pero es imposible localizarlo.

—Me siento impotente, Juan, por eso digo que tengo que pensar. Porque, sea como sea, esto no va a quedar así.

—Horacio, ¿te importaría si me llevo a Pablo a mi casa y nos damos una ducha? —preguntó Pérez— El chico lleva aquí desde ayer.

—Claro que no. Si queréis, no volváis hasta mañana. Yo me quedo esta noche.

—De acuerdo. Venga, Pablo, vamos, a coger un taxi y mañana volvemos en mi coche. Tu madre queda en buenas manos. Los médicos están pendientes de ella y Horacio no se va a despegar de aquí.

—Bueno, pero esta noche llamamos por teléfono para preguntar —propuso el muchacho.

—Claro que sí. Eso haremos.

***

Cuando Ventura se quedó solo, recordó los papeles que le había entregado el comisario principal después del sepelio de su madre. Los sacó y los leyó. La misiva dejada por Paco en la casa de sus padres lo llenó de indignación y también de inquietud. «¿Cómo puede ser que ese hombre estuviera aquí ayer cuando el día anterior se había dejado el documento de identidad olvidado en el bar de El Aaiún? —pensó—. Hay algo que no cuadra».

Solo se le ocurrieron dos posibilidades: o el que había cometido los asesinatos de su madre y la criada y atentado con la vida de Laura no era Menacho —cosa que le pareció muy poco probable— o la mujer del bar de El Aaiún había mentido. «¿Y si Paco estuvo en El Aaiún y dejó el DNI con instrucciones de hacer que pareciera que seguía allí?; parece demencial e improbable, pero cuando lo lógico es imposible, tal vez lo absurdo sea la verdad. Hay que interrogar a esa mujer».

Desdobló el recorte de prensa que le había dejado el comisario Sánchez. Nada más leer la noticia, comprendió que en la Dirección General se habían excedido en los datos aportados sobre su misión en El Aaiún y que eso le había servido al asesino para localizar la casa de sus padres. Dar referencias sobre el bufete de su padre había sido supuesto un error imperdonable. Y el comisario principal debía ser consciente de ello.

Guardó el papel y se puso a pensar sobre qué estrategia seguir. Tenía que encontrar al malnacido de Paco y pararle los pies para siempre.

***

Una hora después, Ventura telefoneaba al comisario principal.

—Ventura, esperaba tu llamada. Sabía que después de ver esos papeles no ibas a poder esperar.

—Tengo varias preguntas, comisario. En primer lugar, sobre la noticia inserta en la prensa, me gustaría saber a quién diablos se le ocurrió dar datos explícitos como si la muerte de García Menacho fuese un hecho contrastado.

—Te voy a ser franco, ya que con la verdad se llega a todas partes. La idea de dar la noticia se me ocurrió a mí. Bueno, a mí y al director general. Ya sabes que el prestigio de la institución queda malparado tras una fuga como la del Lejía. Sé que echamos las campanas al vuelo y que vendimos la piel del oso antes de cazarlo. No puedo decir que haya sido un acierto.

—¿Solo eso? Ha sido una cagada y una gran metedura de pata, comisario. Si hago un esfuerzo, lo puedo comprender: se pueden

mover hilos para que se publique algo que resulta aventurado, lo admito; pero permitir a alguien de la Dirección que aporte datos sobre personas que no tienen nada que ver con los hechos, como son los miembros de mi familia, es una grave negligencia, y usted lo sabe. Si le molesta que se lo diga, se jode, comisario. Mi madre está muerta y no sé qué será de Laura, así que no me voy a mostrar correcto ni comprensivo con usted.

—Te entiendo, Ventura. Te juro que te entiendo. Solo puedo decirte que la redacción de la noticia corrió a cargo de nuestro jefe de prensa y ya ha sido cesado. Por lo demás, admito mi responsabilidad, pero eso no va a servir para mucho, por desgracia.

—Desde luego, no va a resucitar a mi madre.

Hubo un silencio largo, cortante, pesado, espeso, lento.

—Bueno, Ventura, como te digo, estoy dispuesto a dimitir y a admitir en público mi error.

—Sería lo suyo, pero no se lo voy a permitir, al menos por ahora. Y no lo voy a hacer, no porque no se merezca marcharse a su casa, sino porque me va a ayudar a coger a ese hijo de puta. ¿Me entiende?

—Por supuesto, Ventura. Dimitiré cuando ese tipo este entre rejas de nuevo.

—Mi madre no hizo nada y no está entre rejas, sino metida dentro de una caja de pino.

—Ya… Te apoyaré con todos los medios que necesites, Ventura. ¿Por dónde empezamos? Tenemos a media Policía de Madrid en su búsqueda.

—No me ha entendido. No le pido apoyo policial ni medios de ningún tipo.

—Me acabas de pedir que te ayude a coger a ese asesino.

—Exacto. Me va a ayudar a que sea yo, y solo yo, el que lo coja. Es decir, desde su puesto me va a dar todas las garantías para que nadie interfiera en lo que pienso hacer. No quiero ningún policía detrás de este caso.

—Pero ¿por qué?

—Ya se lo he dicho: porque quiero ser yo en persona quien acabe con ese hijo de puta. Si usted dimite ahora, su sucesor no me dejaría actuar sin apoyo.

—De acuerdo. Pero tendrás que reconocer que va a resultar casi imposible encontrarlo. Además, igual se ha ido de Madrid.

—No lo creo. Ahora sé que a ese tipo lo mueve el rencor y la venganza más que cualquier otra cosa. Si no fuera así, no habría hecho lo que ha hecho.

—Supongo que tienes toda la razón. ¿Cómo piensas localizarlo tú

solo?

—Hay una manera de cogerlo: ya que pretende vengarse de mí, la solución es atraerlo y que sea él quien venga a buscarme. Le tenderé una trampa y esperaré hasta que caiga en ella.

—Lo que se dice echar la caña y esperar que pique el anzuelo, ¿no?

—Exacto. Pero para que pique un animal como ese hay que poner un buen anzuelo. Tengo un plan.

—Haremos lo que sea necesario y seguiremos tu plan, Ventura. Te apoyaré en todo lo que decidas.

—Parece que no se quiere enterar. Ni usted ni nadie de la Dirección hará nada. Lo haré yo solo. Esto es un asunto entre el Lejía y yo.

—Eso es innecesario, Ventura. No tienes ningún motivo para ponerte en riesgo.

—Me lo debe, comisario. Eso es lo que hay.

—De acuerdo, Ventura, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que continúes en activo hasta que esto termine. Seguirás en tu bufete, pero en realidad estarás trabajando en un caso. De esa manera, el hecho de seguir como policía en activo te protegerá para que la justicia no pueda tomar represalias contra ti.

—Puedo aceptar eso sin ningún problema.

—Solo te pido una cosa más, Ventura. Deja que designe a Pérez para apoyarte en el asunto. No te lo digo como condición, sino como un ruego. Además, él también está amenazado. Así podéis apoyaros uno al otro de forma recíproca.

—De acuerdo, si me asegura que no intervendrá nadie más de la Policía. Su palabra de honor es una de las pocas cosas en las creo todavía.

—Ventura, creo que cometes un gran error, pero te doy mi palabra de que, mientras no lo pidas de modo expreso, no intervendrá nadie de la Policía.

***

Dos días más tarde, salía publicada en los principales periódicos nacionales —incluido el conocido como *El Caso,* dedicado en especial a contar con pelos y señales los más famosos y cruentos crímenes cometidos en el país— la siguiente noticia:

MUERTE DEL ASESINO DE LA CARRETERA

Continuación a nuestra información sobre el

reconocimiento en El Aaiún del cadáver del célebre «Asesino de la Carretera», seudónimo al que se hizo acreedor Francisco García Menacho, quien se fugó hace pocos días de la cárcel de El Puerto de Santa María, comunicamos:

La Policía, una vez efectuada la correspondiente verificación del cadáver por el inspector don Horacio Ventura (el mismo que lo capturó en su momento y lo hizo entrar en prisión), nos comunica que el fallecido tras un altercado sangriento en una sala de fiestas de la capital de La provincia del Sahara Occidental era, en efecto, el citado García Menacho.

«En el fondo era un desgraciado que solo se atrevía a matar mujeres indefensas. Cuando lo detuvimos, antes de ingresar en prisión, pudimos comprobar que era un tipo débil e incapaz de enfrentarse a un hombre. Era un infame cobarde del que nadie se acordará en una semana»: esas fueron las palabras que nos transmitió el inspector sobre este criminal.

Es una satisfacción para este periódico saber que este asesino de poca monta ha desaparecido por fin y no podrá seguir cometiendo más fechorías.

***

Eran las cuatro de la tarde, hora en la que el bar de Eva estaba cerrado, pues no volvía a abrir hasta las seis. Paco leía todos los días a esas horas el apartado de sucesos de la prensa, y más desde que cometió los asesinatos de la casa de los padres de Ventura. Estaba deseando verse como protagonista de sus represalias. Se encontraba sentado en el interior, cuando leyó aquello.

—¡Me cago en su puta madre! —exclamó entre dientes cuando leyó la noticia—. Dicen que estoy muerto. ¿Serán cabrones? En vez de relatar mi venganza, se dedican a mentir al personal. ¡Y encima me tachan de cobarde!

—¿Qué pasa? —preguntó Eva.

—Que la Policía, en vez de contar la verdad y decir a la prensa que he dado una paliza a la madre y a la novia del inspector que me detuvo, se dedica a mentir y dice que me mataron en un altercado en El Aaiún. ¡Qué cabrones!

—Pues mejor para ti, ¿no? Si dicen que estás muerto, pues eso será motivo para que no te sigan.

—Tú eres tonta de remate. ¡Joder!, soy Paco el Lejía. Un tío con dos cojones que es capaz de enfrentarse a la Policía y plantar cara a esos cabrones. Y encima se callan lo que he hecho hace un par de días con

la madre y la *novieta* del policía. ¡Se van a enterar!

—¿Es que no tienes suficiente? Te dan por muerto. Pues ya está.

—¡Es que no puede ser! La hoja que dejé escrita decía bien claro que era yo el que había dado la paliza a la madre del inspector. Estos inútiles lo mismo se han pensado que se trató de un ladrón y que puso mi nombre para darse notoriedad. ¡Tengo que llamar a ese cabrón de inspector!

La recuperación de Laura

Laura abrió los ojos. No recordaba qué había sucedido. Pronto se cercioró de que se encontraba en la habitación de un hospital. «Paco me atacó, ahora lo recuerdo. Intentó estrangularme. Al parecer no lo ha conseguido», pensó.

Miró la habitación. Se extrañó de la claridad de las paredes. Era como si la pintura blanca no fuera suficiente y las paredes se hubiesen convertido en enormes focos blancos. Había alguien sentado a su lado.

—¿Horacio? ¿Has venido?

—¿No me reconoces, hija? Soy María, la madre de Horacio. ¿Te acuerdas de lo que pasó?

—¿María? Sí…, ahora lo recuerdo. Ese hombre me estranguló, o eso pensé. Por lo que veo, estoy viva. ¿También se ha salvado usted de ese energúmeno? ¿O estoy equivocada y estamos las dos muertas?

—No hija, ni lo uno ni lo otro. Tú te has salvado, eso sí. Yo estoy bien, pero…

—Entonces usted…, ¿está muerta o no?

—No te preocupes por eso. Tú has estado a punto de pasar al otro lado, pero vas a tener que quedarte aquí.

—O sea, que está muerta.

—Estoy muy bien, que es lo que importa, pero un poco preocupada por mi marido y mi hijo. Supongo que por eso me han dejado hablar contigo. Tú puedes ayudarme a quedarme más tranquila y también puedes hacer algo por ellos, sobre todo por mi Horacio.

—No entiendo nada, pero dígame qué puedo hacer.

—Te explico: estoy, como tú has adivinado, lo que desde ahí llamáis «muerta». En realidad no hay nada de eso: la vida sigue. Bueno, a lo mejor llamarlo «vida» no es lo más apropiado, pero soy tan consciente de todo como cualquier vivo. De hecho, creo que nunca me he sentido mejor que ahora.

—Sigo sin enterarme de nada, María.

—Ni yo podría explicártelo. La cuestión es que, en tu estado, puedo hablar contigo y tú puedes oírme. Y me gustaría comentarte algunas cosillas.

—Quiere decir que estoy a punto de morir, ¿no?

—Lo has estado y ahora estás regresando a la vida. El que manda en todo no sabía si traerte para acá o dejarte en ese lado. Al final se ha decidido por lo último: vivirás durante muchos años más.

—Supongo que es buena noticia, sobre todo porque tengo mucho tiempo perdido con mi hijo y porque me da cosa dejar a Horacio.

—Ahí quería llegar. Quiero que ese plus de vida que el Jefe te va a conceder lo pases con mi hijo. Ahora sé lo mucho que te quiere. No va a ser capaz de amar a otra mujer como a ti. Y si hay algo que me preocupa ahora mismo es que Horacio sea feliz lo que le resta de seguir en ese lado. Bueno, eso y lo que va a sufrir mi pobre marido. Pero creo que si te ve con mi Horacio y a él feliz todo le resultará algo más fácil y llevadero.

—La entiendo, pero ya sabe lo que he sido. Su hijo no se merece una mujer como yo.

—Lo que has sido no importa. Todos cometemos errores. Por otro lado, en tu caso, te puedo asegurar que no has tenido culpa de nada de lo que te ha sucedido. Así que no me vengas con remilgos y quédate a lado de mi hijo hasta que la muerte os separe y os vuelva a unir en este lado.

—Es que no debo…

—No acepto una negativa. Si no me prometes que estarás siempre con Horacio, no lo volverás a ver. Esas son las instrucciones para tu segunda oportunidad. Si aceptas, vives; si no lo haces, te vienes conmigo. Oye, que aquí se está mejor que en ninguna parte, pero le vas a dar un gran disgusto a mi hijo del que no se repondrá jamás.

—Visto así…

—Es más, mi Horacio se está endureciendo; si sigue por ese camino se volverá un hombre amargado, un desgraciado. Él, que siempre ha sido un buen chico, se va a torcer con todo lo que ha pasado. Y si tú mueres, entonces, será peor aún. ¿Es eso lo que quieres? ¿O prefieres estar a su lado para ayudarle a ser el buen chico de siempre?

—Me ha convencido. Quiero estar con él.

—Así me gusta. Ahora sí que te dejo. Te vas a despertar. Y cuanto más te vayas acercando a la vida, más me verás desaparecer. ¡Ah! ¡Solo una cosa! Tu madre te pide perdón y te manda besos.

La figura de la madre de Ventura se fue difuminando.

—¡Horacio! ¡¡Horacio!! —gritó Laura mientras abría los ojos, está vez de verdad— ¿Dónde estás?

***

Eran las diez de la mañana. El inspector no se había despegado de la sala de espera de la UCI; el agente Pérez y Pablo, el hijo de Laura, se habían pasado también la mayor parte del tiempo allí.

—Buenas noticias. —El que hablaba con los tres era el médico de guardia de la UCI—. Ayer le retiramos a la paciente la dosis diaria de

barbitúricos. Esta mañana se encuentra despierta y bastante orientada. A lo largo de la mañana le vamos a hacer más radiografías. Si no aparece nada más, salvo sorpresas, la recuperación puede ser completa en unos días.

—¿Podríamos hablar con ella?

—De hecho se lo iba a proponer; es importante comprobar cómo reacciona y si responde a sus preguntas.

—Cuando quiera, doctor.

—Pues ahora mismo.

Laura reconoció de inmediato a los dos policías y a su hijo, el cual fue el primero en darle un beso. Luego, Pérez la abrazó con cariño y dejó el puesto a Ventura.

El inspector y Laura comenzaron con un tímido abrazo, pero no sabían despegarse el uno del otro.

—No te vuelvo a dejar sola en lo que me queda de vida, Laura.

Ella lo miró con los ojos húmedos y la boca temblorosa.

—Ni yo a ti, Horacio.

Se separaron de mala gana.

—Laura, ¿quieres contar algo a tu hijo y a tus amigos? —El que preguntó fue el médico de guardia.

—Que los quiero mucho y que me voy a poner bien.

—Seguro que sí —sentenció Pérez.

—No quiero agobiarte con preguntas —dijo Ventura—. Solo quiero saber si recuerdas lo que te ocurrió.

—Sí que lo recuerdo. Entré en casa de tus padres. Pablo iba un poco atrás cuando yo abría la puerta. Apareció un hombre. Al principio no lo conocí. Era Paco, mi novio del pueblo, el asesino de mis compañeras del club de Aranjuez. Tenía el pelo largo y unas patillas, y eso me confundió al principio. Me cogió por detrás y me agarró muy fuerte en el cuello con las dos manos. A partir de ahí no recuerdo mucho más. Creo que me subieron a una ambulancia, aunque no estoy segura de que fuera realidad o estuviera soñando.

—Con lo que me has contado es más que suficiente —expresó Ventura—. Tu relato nos confirma que Paco ha sido el que ha atacado nuestra casa.

—No sé si lo sabes. Supongo que no. Tal vez no es buen momento para decírtelo. —El médico asintió; le parecía que podía ser interesante comprobar la reacción de Laura—. Ha matado a mi madre. ¿Se puede ser más desalmado? Pero antes de que te vuelva a rozar siquiera o toque a mi padre, lo despellejo vivo. Ese hijo de puta lo va a pagar muy caro. No voy a tener compasión.

Ventura parecía a punto de echar fuego por los ojos.

—Horacio, tú no eres como él ni lo serás nunca. Ese hombre, haga lo que haga no te puede hacer cambiar. Te quiero por ser como eres. Gracias a ti, he creído por primera vez en que hay hombres buenos. Y no me puedes hacer cambiar de opinión. Si me quieres, no puedes hacerme esto.

El cebo

Dos días después de su salida de la UCI, Laura era dada de alta en el hospital.

Ventura decidió que su padre, Pablo y Laura no debían regresar a la casa donde había ocurrido la muerte de su madre, pues habría sido exponerlos sin ninguna necesidad. Lo mejor era que se instalasen en alguna otra casa de las que poseía la familia.

Se enfrentaba a un dilema: por una parte no estaba dispuesto a separarse de Laura; por otra, estaba convencido de que lo más seguro para ella era que se alejara de él, puesto que había decidido servir de anzuelo para atraer a Paco.

De momento, se fueron todos a la casa de Ventura, en la Plaza Mayor, y allí, junto al agente Pérez, decidieron qué hacer.

—Horacio, por favor, tienes que centrarte y no dejarte llevar por el odio —rogó el padre—. Además, no puedes culpar a la Policía. Ellos hicieron lo que pensaron que era mejor.

—Pues les salió una mierda, papá. Una mierda que nos ha salpicado a nosotros.

Laura se abrazó a Ventura y le habló algunas palabras que los demás no oyeron. Ventura parecía resistirse a aceptar su propuesta, pero era incapaz de soltarla.

—Tengo un plan para acabar con ese tipejo —explicó Ventura—. He hecho que la Dirección General de Seguridad difunda una nota de prensa y esta ha salido en casi todos los periódicos importantes del país. Estoy seguro de que si este criminal tuviera dudas, ahora debe desear más que nunca acabar conmigo.

—Hijo, no sé si es buena idea. Lo mejor hubiera sido dejarlo correr.

—Es casi imposible encontrarlo, así que tengo que hacer que él me encuentre a mí. Y no voy a dejarlo correr, papá. Ese hijo de puta tiene que pagar por todo lo que ha hecho. Lo que voy a hacer es poner un anuncio diario en la prensa sobre mi bufete. Bien grande y visible. Le voy a dar los datos para que me encuentre.

—Hijo, eso es muy peligroso.

—Ya veremos si es más peligroso para mí o para él.

—Bueno, inspector, en todo caso será que nos encuentre a los dos —dijo Pérez—. Porque yo estoy metido en esto lo mismo que tú.

—No es necesario. Con uno que se exponga es suficiente.

—De eso nada. No puedes negarme que colabore contigo. Esto lo

empezamos juntos y lo vamos a terminar juntos.

—Bueno, ya se verá. Ahora lo importante es que Laura, Pablo y tú, papa, os mudéis a un sitio seguro. Lo ideal sería que os fuerais de Madrid durante unas semanas. Por ejemplo, a la casa de la Costa del Sol. Me cuesta decir esto, Laura, porque me prometí a mí mismo no dejarte sola nunca más. Pero creo que es lo mejor.

—Horacio, tú me has apoyado desde que me conociste; ahora no puedo dejarte solo —dijo Laura cuando el inspector le hizo saber sus dudas.

—Claro que puedes. Sería solo un tiempo. Luego te prometo que no me separaré de ti. Necesito que estéis fuera, para estar tranquilo de que ese criminal no os puede hacer nada y también para vengarme de él. No puedo estar distraído en nada más que acabar con ese animal.

—Tal vez tengas razón en que puedo hacerlo; pero ni debo ni quiero, Horacio. Si te dejo solo me temo que vas a dejar de ser el hombre que eres, y eso no puedo consentirlo.

—En eso me temo que tienes poco que hacer. Ya no soy el que conociste. Ahora soy alguien que quiere despedazar con sus manos a ese degenerado.

—Pues por eso mismo quiero estar a tu lado en esto. Si te ves solo, cuando regrese a tu lado, no te reconoceré, ni te admiraré como el hombre bueno que eres. Ese hombre no te puede hacer cambiar.

—¡Que ha matado a mi madre y por poco te mata a ti! —gritó Ventura.

—Pero si tú te ensañas con él, habrá matado todo lo que hay de bueno en ti, Horacio.

Laura se abrazó de nuevo a Ventura y este rompió a llorar; el padre del inspector, Pablo y el comisario presenciaban la escena en silencio.

—Hijo, entiendo tu rabia; yo no te voy a la zaga. Pero solo te haré una pregunta: ¿crees que mamá consentiría que te comportaras en contra de todo lo que te hemos enseñado? Ella te adoraba por ser su hijo; y como yo, estaba orgullosa de tus ideales, de tu costumbre de dar siempre un voto de confianza a los demás, de tu humanidad, de tu generosidad.

—Eso está bien para los demás seres humanos; pero ese tío es una alimaña que hay que exterminar.

—Hijo, tú sabes que lo que te compete es hacer justicia, y puedes conseguirlo sin cambiar a peor.

—Bueno, si os parece, os mudáis a una casa dentro de Madrid. Así estamos más cerca. Yo, me quedo aquí, solo, Hasta que pase todo esto.

—Vamos a ver, inspector —dijo Pérez—, si piensas hacer de cebo para atraer hasta tu bufete a ese cabrón de Paco el Lejía, ¿no piensas

dormir? Porque puede acudir a por ti cuando menos te lo esperes.

—No dormiré. Eso es.

—Perdona lo que te voy a decir, pero tú estás chalado. ¿Y si tarda una semana? ¿O un mes? ¿O más?

—Aguantaré.

—No me saques de mis casillas, Horacio. Necesitas a alguien con quien relevarte. Mientras uno descansa el otro vigila.

—Y ese alguien eres tú, ¿no?

—¡Hombre! ¿Quién si no?

—Pues yo quiero trabajar en el bufete como antes —indicó Laura—. Como dice Juan, esto lo empezamos juntos y lo vamos a terminar juntos. Además, estoy segura de que, si estoy a tu lado, no te vas a dejar vencer por los demonios que se te han metido en el cuerpo.

—Yo me puedo mudar a la casa de Colmenar Viejo —sugirió el padre de Ventura.

—De acuerdo —aceptó Ventura—. Yo también dormiré en Colmenar Viejo y así estamos todos juntos salvo el tiempo que pase en el despacho. La única condición es que tú, Laura, no vengas al bufete. No estoy dispuesto a que te arriesgues.

—No sé si va a ser lo mejor —opinó Laura—, pero comprendo que puede ser más complicado para ti defenderte de ese monstruo si estoy contigo en el despacho.

—Juan, el comisario principal me pidió que te dejase colaborar conmigo. Así que lo llamaré y se lo confirmaré.

—Eso está mejor. Yo te cubriré.

—Siempre supe que eras más testarudo que una mula.

—No lo sabes tú bien. Por supuesto que lo soy, inspector. Y a mucha honra.

—Bueno, Horacio, acepto no ir al bufete —dijo Laura—, con la condición de que no hagas nada contra ese hombre de lo que luego te arrepientas.

—Trataré de detenerlo y respetar su vida, pero si me ataca tendré que defenderme.

Una llamada

Paco leía el periódico cuando se sobresaltó al ver el anuncio en la última página.

—¡La leche! —exclamó Paco en voz alta—. Ese gilipollas me lo pone a huevo. Ha montado un bufete de abogado y no se le ocurre otra cosa que dar su número y dirección en los periódicos. Así que ya no está en casa de sus papaítos. Cuando me venga bien, me doy un garbeo por el despacho de ese imbécil y me lo cargo. Pero lo mejor será pensarlo bien. No quiero cometer ningún error.

Por una parte, le daba vueltas a la idea de que tal vez la Policía había cometido el error de haberlo dado por muerto y que eso podía ser una gran oportunidad para cambiar de vida. Incluso podía emigrar a algún país lejano. Aún le quedaba dinero y también estaban las ganancias del bar.

Pero pesaba más la idea de que lo estaban minusvalorando y que tenía que continuar con su idea de vengarse de los dos policías. Respecto a Laura, pensaba que lo más probable era que hubiera muerto.

Aquella incertidumbre hizo que Paco se mostrase cada vez más violento con Eva. Aunque ella se mostraba atemorizada, se había acostumbrado a la situación y casi se podía decir que la atracción sexual que sentía hacia el criminal compensaba, al menos en parte, sus temores. Pero Paco bebía cada día más y descargaba la tensión provocada por la indecisión sobre la mujer, de modo que, para ella, la balanza se inclinaba cada vez más del lado de intentar prescindir de la presencia del hombre. La cuestión era cómo hacerlo.

Aquel día, Paco se decidió a llamar a la casa del inspector Ventura. Tenía el teléfono del bar en la mano y no sabía con exactitud qué iba a decir. Pero no se le ocurría otra manera de forzarse a sí mismo a tomar una decisión. El bar estaba cerrado y Eva estaba presente.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella.

—Llamar al bufete del anuncio y asegurarme de que se trata del inspector. Tengo que resolver esto de una puta vez. No sé…, de momento le voy a meter el miedo en el cuerpo a ese inspector. Si sabe que lo he localizado o cierra el bufete o estará acojonado durante el tiempo que me dé la gana.

En el fondo, Paco tenía miedo a presentarse en el bufete de Ventura. Una cosa era matar a alguien indefenso y otra acabar con un

policía que, de seguro, tenía una pistola a mano.

Marcó el número. Al cabo de un momento, oyó una voz masculina.

—¿Diga?

—¿Es el bufete del abogado Horacio Ventura?

—En efecto, soy yo —oyó Paco por el auricular.

—Una pregunta: ¿no era usted policía; o se trata de otra persona?

—Ahora me dedico a la abogacía. ¿Qué desea?

—¿Yo? Verá…, soy amigo de Paco el Lejía. Bueno, más que amigo, conocido. Usted lo conoce muy bien. Me he enterado de que ha muerto en el Sahara. Por la prensa, ¿sabe? Y que usted fue el que lo verificó.

—Mire, yo llevo este bufete para tratar de asuntos legales. Si quiere arreglar algún pleito, aquí me tiene en mi despacho, de cuatro a ocho de la tarde todos los días menos los sábados y domingos.

—Sí que tengo que arreglar un asunto que tengo pendiente.

—Le puedo dar cita para cuando lo desee.

—No se preocupe, tengo la dirección. Por el anuncio que ha publicado en la prensa. Ya me pasaré por ahí cualquier día de estos.

—Pues aquí lo espero.

—Seguro que nos vemos. Tendrá noticias mías.

—Estoy deseando verlo.

—Oiga, abogado, le quiero decir una cosita. Que me parece que los policías son todos unos mentirosos y no me creo que el Lejía esté muerto.

—Te he conocido desde el primer momento, Paco.

—¿Ah, sí? Pues mejor que mejor.

—Hemos dicho que has muerto porque para nosotros no eres nadie. Un asunto que convenía zanjar. La gente necesita estar pendiente de otras cosas y no de un asesino como tú, que solo sabe matar mujeres indefensas. Para la gente has muerto, pero nosotros te seguiremos buscando hasta darte tu merecido.

—¡Manda cojones, inspector! O abogado o lo que seas. Así que me has conocido por la voz desde el principio. Pues aquí me tienes. Bueno…, es un decir, porque el que te tengo, y además agarrado por los huevos, soy yo. Voy a ir a buscarte cuando me dé la gana y te voy a matar cuando menos lo esperes. A ti y a tu familia. Por cierto, ¿cómo está la familia?

—¡Lo sabes muy bien, hijo de puta! Dijiste que esto era solo el principio, ¿no? Y ahora aseguras que estoy en tus manos. Pues ya sabes dónde estoy. De todos modos, sé que no vendrás; eres demasiado cobarde.

—¡Te pienso rajar de arriba abajo, mamón! ¡Cobarde, dice!

—¡Aquí te espero, mamarracho! Aunque ya sé que no tienes cojones de hacer nada. Un mierda como tú, habla mucho y no hace nada.

—¡¿Que no tengo cojones?! Mira, cabrón, lo de tu madre y tu querida no ha sido más que el principio de mi revancha. Ya te lo he dicho: te voy a rajar como a un cerdo. Bueno, antes ya haré algo que te las haga pasar moradas para que me pidas que acabe contigo de una vez. Pero ¿sabes qué?: no tengo ni idea de cuándo lo haré. Lo mismo nos vemos mañana que dentro de unos meses. Mientras tanto, piensa si Paco el Lejía es un cobarde que solo sabe matar mujeres o es un tío que te da cien vueltas en todo.

No esperó contestación. Colgó dando un fuerte golpe y se puso a dar voces.

—¿Será hijo de puta? ¡Decirme a mí, a Paco el Lejía, que no tengo cojones! Ese lo que quiere es tenderme una trampa. Lo voy a matar como me llamo Paco, pero lo voy a hacer cuando me salga de los huevos.

—No deberías haber hecho esas llamadas —opinó Eva—. ¿Por qué no te olvidas ya del pasado y empiezas una vida nueva en un país lejano? Tienes dinero y te puedes llevar todo lo que tengo.

—¿Quién te crees que eres para decirme lo que tengo o no tengo que hacer? —gritó Paco tras dar un bofetón a la mujer—. ¡Me tienes más que harto! ¡Con todo lo que he hecho por ti! ¡Lo que quieres es deshacerte de mí! ¡Todas las mujeres sois iguales! ¡Unas putas!

Eva se reveló ante las palabras de Paco y eso le costó una paliza que la tuvo en cama varios días.

Aquel día, Paco se creó un enemigo más de tantos que había tenido a lo largo de los últimos años.

El chatarrero de Vicálvaro.

Después de pensárselo muchas veces, Paco decidió que el despacho de Ventura no era el mejor lugar para saciar sus ansias de venganza. Se olía una trampa, y más después de haberlo amenazado por teléfono.

Necesitaba seguirlo para dar con otro lugar más idóneo donde acabar con él. Y, sobre todo, necesitaba una pistola.

Unos días después de su llamada telefónica, cogió un taxi y se fue para Vicálvaro. Un compañero de prisión le había hablado de un chatarrero muy especial, que hacía trabajos para atracos de bancos y otras tropelías por el estilo.

En diez minutos, el Lejía se encontraba ante varias lomas plagadas de electrodomésticos, cachivaches diversos y vehículos de toda clase. Un tipo moreno con patillas largas, bigote fino, y pelo ensortijado lo miraba con curiosidad.

—¿Qué quiere *usté*? ¿Algún frigorífico o lavadora? Los tengo casi nuevos. La gente los tira en cuanto tienen una tontería. Se ve que les sobra el *parné*.

—No quiero nada de eso. Me han dicho por ahí que usted apaña coches sin papeles y me gustaría comprarle uno de los buenos.

—A *usté* no lo conozco yo de *na*, payo. Y eso solo se lo vendo a los *conocíos*, ¿me entiende? O sea, que…

—Me habló de usted un tipo que estaba en el penal de El Puerto de Santa María. Un tal Luis. Buen tío. Legal y todo eso.

—*Pos* no me suena.

—El Panadero.

—¡Ah, El Panadero! Bueno, ese no es de los que usan coches sin papeles, pero sí que es un buen conocido. Entré con él en ciertos negocios, aunque le salieron mal. Cigarritos de la risa y cosas de esas, ya sabe *usté*.

—Sí. Sé a qué negocios se refiere. Él me lo contó.

—Bueno, a lo que vamos. A *usté* lo que le interesa es un coche que pase *desapercibío*, ¿no?

—Exacto.

—Con menos papeles que una liebre.

—Eso mismo.

—*Pos* tengo un Seat 1430 casi nuevo. A ver, un coche se da un

castañazo por delante, a otro le dan por detrás, yo tramito la baja, cojo lo bueno del uno y del otro, le pongo una de las dos placas de matrícula y tenemos un coche casi nuevo.

—¿Lo puedo ver?

—Claro. Y probarlo si quiere. Está *garantizao* que le va a convenir.

El coche estaba, en efecto, casi nuevo. Lo arrancó y sonaba bien.

—¿Puedo darme una vuelta para ver cómo va?

—¡Los cojones se van a dar una vuelta!

—¿Pero no me has dicho que puedo probarlo?

—Sí, hombre. Claro. Arrancarlo y eso. ¡Que no me he caído de un guindo, payo! No sería el primero que se me lleva una joya como esta por la cara. ¡De vueltecitas nada! *Usté* lo paga, se lo lleva y si le falla algo me lo trae sin problemas.

—¿Cuánto me costaría?

—Veinticinco mil. Una ganga, vamos.

—Bueno, yo no lo veo tanta ganga.

—Hombre, si te falla o se le queda *parao* se lo descambio sin problema. Que ya te digo yo que no va a pasar *na*.

Primero me dice si tiene otro producto y luego ya vemos cuánto me va a costar el lote completo.

—¡No me diga que ahora me va a pedir una pistola!

—Pues sí, lo ha adivinado.

—De *divinado* nada. Son muchos años de hacer tratos. A ver: un coche que no consta en ningún registro no se pide para ir a la Casa de Campo. Así que la pistola es casi de pedido obligado. ¡Si lo sabré yo!

—¿Tiene o no tiene una pistola sin registrar?

—¿*Pos* no voy a tener? Y varias. Le aconsejo un revolver del 38. Es más rápido y más fácil de usar.

—Yo soy más de pistola, pero si me deja probar ese revólver, me convence y tiene buena munición, me lo quedo. Bueno, depende del precio, porque a mí no me engaña.

—Munición le doy la que quieras a buen precio. Es más, si te llevas el lote, le doy cuatro cajas cortesía de la casa.

Paco hizo varios disparos y se asombró de los agujeros que hacia el arma.

—Bueno, me llevo el coche y el revólver con las cuatro cajas de munición. Eso sí, como me hayas engañado vengo y pruebo la munición en tu cuerpo, ¿estamos?

—¡Ay, payo, qué *desconfiao* eres! Yo soy un hombre de palabra y si no estás conforme con el género vienes y te lo cambio.

Al final, tras un regateo ya previsto por el chatarrero, Paco salió de Vicálvaro con su Seat y su revólver.

Había llegado la hora de entrar en acción.

El asesino de El Aaiún

—Ventura, ¿cómo sigues? —El que hablaba con el inspector era el comisario principal Sánchez.

—Mal, ¿cómo quiere que siga? Hasta que no coja a ese hombre no puedo estar bien. ¿Qué quiere?

—En primer lugar, saber si ese tipejo ha contactado contigo.

—Sí que lo ha hecho. Lo he azuzado de lo lindo para que venga a intentar matarme. Lo que no sabe es que seré yo quien lo haga. En defensa propia, por supuesto.

—Todavía estás a tiempo de aceptar apoyo policial. Si montamos una vigilancia discreta sobre tu despacho, en cuanto vaya a por ti lo cogeríamos de inmediato.

—No quiero implicar a la Policía en esto. Seré un profesional que es atacado por un criminal y se defiende.

—De acuerdo. Tú decides. Por cierto, hace unos días el agente Pérez nos dijo que aceptabas su ayuda. Le hemos dado autorización, por supuesto. Al fin y al cabo yo te lo pedí.

—El muy pesado quiere llegar al final de todo esto a mi lado. Aunque hubiera preferido mantenerlo al margen, en el fondo se lo agradezco. Además, él también está amenazado por Menacho en el papel que dejó este en casa de mi padre.

—Ventura, además de interesarme por ti, te he llamado porque tenemos la explicación a lo sucedido con ese hijo de puta. Me refiero al hecho de que estuviera aquí mientras vosotros estabais en El Aaiún. Y también al asunto del DNI.

—Pues venga esa explicación.

—Todo ha quedado aclarado por completo —comentó Sánchez—. El Lejía estuvo allí, poco después de escapar de prisión, pero tan solo unos días. Según me confirmó Pérez, el Documento de Identidad de Francisco García Menacho os lo entregó una mujer en un bar.

—Sí, la dueña de un garito. Dijo que el día anterior se le había caído a Menacho y que no se lo pudieron devolver. Estoy convencido, después de lo sucedido, de que mentía.

—Por ahí empezamos a investigar lo ocurrido. Esa mujer, una tal Jacinta, tenía escondido en su casa a un desertor de la Legión, de nombre Manuel Estévez. Paco y Estévez se encontraron en el bar por casualidad. A nuestro hombre se le ocurrió darle su DNI al otro y a la dueña del bar para que se lo entregasen a la Policía en caso de que

pasaran por allí o cuando trascurriera un tiempo. De este modo, todos pensaríamos que se encontraba allí cuando ya llevaba días en la Península. Por otro lado, el Lejía tenía un DNI falso y le convenía deshacerse del suyo. Esto lo sabemos por Jacinta.

—El Lejía tuvo tiempo suficiente para venir a Madrid, investigar el paradero de mis padres y averiguarlo todo gracias al error imperdonable de la Policía, comenzando por el jefe de prensa de la Dirección General y terminando por usted mismo. Lo del crimen del Oasis y el hecho de que Pérez y yo fuésemos a reconocer su supuesto cadáver le vino de perlas para coger a mi familia indefensa.

—Sí… Y no sabes cuánto lo lamento.

—El que lo lamenta soy yo. Y mi padre. Pero eso no va a ser nada comparado con lo que va a lamentar ese hijo de perra haber matado a mi madre e intentado acabar con la vida de Laura.

—Ya… Para terminar, te diré que el tal Estévez decidió darse un garbeo por el Oasis. Tenía el dinero que le había dado el Lejía para que se quedase con su DNI y se llevó un fajo de billetes, que se gastó casi en su totalidad allí mismo. Fue una temeridad, pues, como es lógico, lo buscaban a causa de su deserción. La cosa es que en el Oasis un capitán de la Legión y otro militar lo reconocieron, trataron de detenerlo y hubo una discusión que terminó con unos cuantos disparos y cuatro fallecidos.

—O sea, que el cadáver que reconocimos era el de Estévez.

—Exacto, Ventura. Y la tal Jacinta se encuentra detenida por obstrucción a la Policía. No le caerá mucho.

El Panadero

Luis González, el Panadero, era un tipo legal. A su manera. A pesar de ser un delincuente, tenía un sentido muy estricto de la justicia. De su forma de ver la justicia.

Jamás se le ocurriría traicionar a un amigo o robar a alguien sin verse necesitado o sin que se lo «mereciera», según su óptica particular acerca de la cuestión. Todos lo respetaban en la cárcel, porque sabían que era alguien en quien se podía confiar en caso necesario, al mismo tiempo que una persona muy de temer cuando se le fallaba. En ese «todos» entraban tanto guardias como compañeros de prisión.

El Servicio Militar le supuso varios años en una prisión militar. Entró por poca cosa: una deserción de cuatro días por liarse con una chica, si bien tardó en salir por culpa de su afición a escaparse y la terquedad de la Policía Militar en encontrarlo. Fue la tercera vez que huyó de la prisión cuando conoció a Eva. Se enamoraron al instante y ella le pidió matrimonio a las pocas semanas con la condición de que se presentara en la prisión y no volviera a intentar fugarse.

Su problema fue meterse a vender droga en el bar. Eva no lo sabía y, al principio, no se explicaba por qué lo habían detenido y metido en prisión.

—Fue cosa de fuerza mayor —trató de explicarle él en una carta.

—Ella no quiso hablar del tema, le contestó que le esperaría, pero que si volvía a entrar en la cárcel lo dejaba para siempre.

Poco después de ingresar en el penal de El Puerto de Santa María, su prestigio ganó muchos puntos cuando él solo logró sofocar un motín bastante serio, aunque tal vez sería mejor llamarlo intento de motín, pues gracias a su habilidad para convencer a los demás, ni los guardias llegaron a realizar un solo disparo ni los presos pasaron a mayores.

Si ayudó a Paco a escapar, o al menos lo encubrió, fue porque se creyó lo que le había contado acerca de que había matado tan solo a una mujer y que ocurrió por accidente; si hubiera sabido la mala pasta de la que estaba hecho el Lejía, la cosa habría sido muy diferente, sin duda. Y si hubiera sabido que aquel hombre lo iba a traicionar con su mujer nada más salir de la cárcel, lo habría matado con sus propias manos.

Cuando un guardia lo avisó de que tenía llamada telefónica, se sintió aliviado. Hacía demasiados miércoles que Eva no lo llamaba y

eso lo tenía preocupado, pues hasta las últimas semanas nunca habían fallado aquellas llamadas.

Pero cuando oyó la voz de Eva, su alivió se transformó en una gran preocupación que pronto se transformó en un disgusto que lo iba a dejar de sí durante días.

—¡Hola!

—Hola…

—¿Qué pasa, Eva? Te noto la voz rara ¿Pasa algo? ¿Por qué no me has llamado estas últimas semanas?

—Tengo algo importante que decirte. Si corto es porque Paco ha entrado en el bar.

—¿Paco? No sé a quién te refieres, Eva. No me asustes.

—Uno que dice que estaba contigo en la cárcel y que se ha escapado.

—¿Paco el Lejía? ¡No me digas que está por ahí!

—Ese.

—Bueno, no te preocupes por eso, Eva. Parece un energúmeno, pero es buen tío. Si le tienes que echar un cable, lo haces.

—No entiendes nada, Luis. Ese hombre se ha quedado en casa.

—¿Cómo que se ha quedado en casa? —El panadero comenzó a inquietarse.

—Me habló de ti, de que erais buenos amigos y te ayudaba en el bar de prisión. Se ofreció a ayudarme a abrir al bar e incluso puso dinero para comprar material. Pero luego…

—¡¡¿Luego, qué?!!

—Que…, que no hay forma de que se vaya.

—¿No me querrás decir que se está…, acostando contigo? ¡Me cago en mi puta estampa!

—No es culpa mía. Me obliga, Luis. ¡¡Te juro que no es mi culpa!! Ese tío es muy peligroso. Le ha dado una paliza a la madre del policía que lo detuvo. Y yo lo tengo aquí… Cada día me trata peor.

—¡¡Pero qué cojones me dices!! A ese hijo de puta lo mato ¡¡Y a ti también, joder; eres una zorra!!

—Eso no es verdad. Yo no tengo la culpa de nada. Y tú, ¿para qué tuviste que decirle dónde está el bar? Por eso me localizó y por eso estoy sufriendo las consecuencias. Así que no me digas ahora que soy una zorra, porque eso no es verdad.

—Ahora mismo me encuentro muy nervioso y no sé lo que digo. No puedo seguir con esta conversación. Tengo que pensar lo que hago, porque a ese hijo de puta lo mato. Eso fijo.

***

El Panadero valoró durante unos días la idea de hablar con la dirección de la prisión y denunciar dónde se encontraba Paco. A favor de hacerlo, pesaba la idea de que si lo detenían dejaría de acostarse con su mujer.

Pero no se decidió a hacerlo por dos motivos: el primero porque temía que remover el tema era comprometerse a ser considerado como cómplice de la huida de Paco; el segundo, porque admitir que Paco llevaba un tiempo viviendo con su mujer equivalía a mostrarse como un hombre engañado. Un cornudo. Y eso era inadmisible para él.

Tampoco le quedaba tanto para salir. Cuando lo hiciera ya les ajustaría las cuentas a los dos.

Revancha. Segundo acto

16 de junio.

Paco sabía cómo encontrar a Ventura. Era cuestión de hacer guardia en la puerta del bufete y esperar a que saliera. No tenía claro si vivía en el domicilio donde había matado a la madre, así que todo era cuestión de hacer guardia delante del bufete y seguirlo en coche.

La duda era cuándo hacerlo. Por un lado, tenía ganas de acabar con él lo antes posible; por otro, pensaba que los días que transcurrieran hasta el encuentro aumentarían la incertidumbre y, por tanto, la tensión del inspector.

Respecto a Eva, ya no iban a la casa de esta y el Panadero, sino que se quedaban a dormir en la cafetería. La tenía amenazada: si se le ocurría hablar con alguien, la mataba a palos. Eso le había dicho.

«Tú te limitas a poner los cafés y las comidas y punto en boca. Como te oiga el menor comentario referente a mí, te rajo y te corto a trocitos, ¿me oyes?». Comentarios como este, se los hacía cada día antes de abrir Las Delicias. Confiaba en que el miedo de la mujer le valdría para aguantar allí hasta que diera buena cuenta de «el inspector, el agente y la puta de mi exnovia», según sus palabras y pensamientos.

En el fondo, tenía ganas de acabar con el negocio que lo había llevado a Madrid. «Mujeres como Eva las tengo a patadas, aunque no me salgan tan baratas; y no se puede negar que corro peligro», pensaba.

Aquel día se decidió.

—Oye, tú, esta tarde cuando se cierre al bar, voy a salir a hacer una gestión. Te voy a quitar el cable del teléfono y te voy a echar el candado. Como me la juegues, ya sabes lo que hay: en trocitos.

—…

—¡Contesta, joder, que tienes boca!

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Que me he enterado. Que no voy a hacer nada.

—Así me gusta. Con lo buena que estás, ya podías haberte callado

la boquita más de una vez. Pero me has llevado la contraria y has dudado de mis cosas y Paco el Lejía no perdona las traiciones.

—¿Pero de qué traiciones hablas?

Paco no le dio está vez un bofetón.

—Piénsalo. No estoy ahora para darte explicaciones.

***

Salió del bar, cerró con candado. Cogió el coche y se dirigió al bufete de Ventura.

«Voy con tiempo. Si abre a las cuatro, ya estaré por allí antes de que lo haga. Cuando se vaya, lo sigo. Si puede ser, hoy mismo lo mato y me largo de una puta vez. Ya estoy cansado de todo esto. Aunque, el agente Pérez se va a ir de rositas. Mejor espero. Bueno, de momento, la prioridad es averiguar dónde vive».

Llegó y aparcó frente a la puerta del bufete. Quince minutos más tarde, lo vio llegar.

—¡Hijo de puta! —exclamó Paco en voz alta—. ¡Ahí está!

Dudó unos segundos si era mejor entrar con la pistola preparada, pegarle cuatro tiros y acabar con todo. Pero le pareció demasiado rápido. Era mejor seguirlo hasta su domicilio y allí acabar a placer con él y con los que lo acompañaran. Mucho mejor.

Sacó un paquete de cigarrillos y se puso a fumar. El coche estaba bien aparcado y no tenía prisa. Había dado dos caladas cuando se sorprendió al ver que entraba en el bufete otro conocido.

«¡El compañero del inspector! Se habrá metido a ayudante en el despacho. Pues ya lo tengo localizado. A ver cómo hago para cargarme a los dos, sin que les dé tiempo a enterarse».

***

Cuando Pérez entró en el despacho, Ventura estaba oyendo música de la que tanto le gustaba y tanto odiaba Pérez.

—Buenas tardes, Horacio. Ya veo que no se te quita la costumbre.

—¿A qué te refieres?

—¿A qué va a ser? A esa música del demonio. ¡Con la de buenos cantantes españoles que hay! En fin, me morderé la lengua, que luego me dices que hablo demasiado.

—Hombre, desde que regresamos de África no oía nada de música ni estaba con ganas de hacerlo. Me lo ha puesto Laura. No creo que sea tan grave.

—Puedes oír lo que te venga en gana. ¡Estaría bueno! Pero esta música me saca de mis casillas. Y encima no se entiende nada, con lo fácil que es hablar en cristiano. Bueno, vamos a lo que vamos. Me voy al despacho de al lado y me quedo pendiente por si entrara el Lejía. Que te digo yo que no va a entrar.

—¿Y eso? Sabe dónde encontrarme, le he fustigado todo lo que he podido y sabemos que quiere vengarse. ¿Por qué no iba a venir?

—¡Ojalá sea así! Lo frío a tiros y a la mierda con él. Pero, no sé…, ese tío no es tonto como para no olerse de que todo puede ser una trampa.

—Puede que tengas razón, pero también hay que tener en cuenta que el deseo de venganza ciega a las personas. Además, a este hijo de puta le gustan los riesgos. Se lo he puesto fácil.

—Sí, eso es verdad. Se lo has puesto a huevo. Si entra con la pistola preparada y no me da tiempo a darme cuenta de que está aquí…

—Tengo la pistola debajo de la mesa y te puedo asegurar que antes de que abra la puerta la tendré preparada para matarlo.

—No sé, inspector. Esto es cara o cruz. Tú también te estás dejando llevar por el rencor y estás arriesgando demasiado.

—Puede que sí, pero no puedo evitar ese odio. Hasta que no mate a ese tipo no podré descansar.

—Te entiendo, pero…

—Si no puedes o no quieres ayudarme, ahí tienes la puerta. Yo no te he pedido que hagas nada.

—Si no fuera por el respeto que te tengo, te mandaba a la mierda, inspector. No pagues tu rencor conmigo que yo solo hago lo que se debe hacer con un amigo. Aunque si sigues tocando las pelotas de esta manera, me largo y a tomar por culo.

—Si te he molestado, te pido disculpas, pero no estoy para muchos protocolos, ya lo sabes.

—Mejor lo dejamos ahí. Me voy al despacho de al lado. Así estoy pendiente del que pueda llegar y no tengo que oírte ni a ti ni a tus cantantes extranjeros con voz de grillo resfriado.

***

Paco estaba cansado de esperar. Estuvo un par de veces a punto de arrancar el coche y marcharse. Ya había comprobado dónde trabajaba el ahora abogado y había averiguado que su antiguo compañero lo acompañaba. Tal vez sería mejor regresar otro día y seguirlos para terminar el trabajo.

Justo cuando se decidía a marcharse, vio cómo salían los dos hombres. Se marchaban por la acera hacia la izquierda, así que decidió cruzar la calle y seguirlos con su coche a distancia.

Se detuvieron ante un Peugeot 504 y se subieron. Ventura iba en la posición del conductor, por lo que dedujo que debía ser el propietario. Una vez arrancó el vehículo, Paco lo siguió a cierta distancia.

Se dirigieron a la calle de Alcalá y continuaron en dirección al paseo de la Castellana. Paco pensaba que Pérez se apearía en su casa y Ventura continuaría hacia la suya, pero no sucedió así. El coche salió de Madrid y tomó la dirección a Segovia hasta que se desvió hacia el pueblo de Colmenar Viejo. Nada más entrar, entraron en una calle que limitaba por la derecha con un prado en el que pastaban ovejas y por la izquierda por una serie de chalés, la mayoría de nueva construcción y buen porte. Luego giraron a la izquierda y subieron por una calle algo que desembocaba en una zona amplia y despejada con varias casas de esas que no hay más que verlas para deducir que sus dueños son algo más que pudientes.

Paco había sabido mantener las distancias pero tampoco podía estar seguro por completo de que los dos del Peugeot no se hubiesen percatado de que los había seguido. Demasiados kilómetros detrás.

Ventura y Pérez aparcaron enfrente de una casa de piedra con techos inclinados y una cancela que daba a un jardín cercado por setos de buganvillas, bignonias y cipreses.

Decidió esperar a que se hiciera de noche. No faltaba mucho para que sucediera.

Le preocupaba que estuviera en la casa el agente; ya conocía su puntería desde el día en que lo detuvieron. Así que decidió que si podía, era el primero que debía matar. Si disparaba sobre el inspector o sobre otro, el agente lo dejaba frito.

Se sentía a partes iguales intranquilo y excitado. Tenía ganas de matar y sabía que esta vez se podía enfrentar a más dificultades de las habituales. Pero tenía que hacerlo. Ya no se trataba solo de vengarse por su detención. El inspector lo había tachado de cobarde y le iba a demostrar que no lo era.

«Lo ideal sería matar primero al agente, después al resto de los que se encuentren en la casa y por último reservarme al inspector. Quiero hacerlo sufrir antes de que muera. Pero no me voy a arriesgar: si el inspector reacciona después de que mate al agente, lo mato a él y punto».

Echó mano a la guantera y cogió el revólver. Comprobó que tenía las seis balas en el tambor y levantó el martillo. Se echó una caja de munición al bolsillo y miró a las farolas que acababan de encenderse.

«Demasiadas luces cerca de la casa», pensó. Así era, pues había dos farolas que se encontraban situadas al lado de la valla. Esta no era muy alta y le resultaría sencillo saltar.

Salió del coche, se fue al maletero y se colocó una sudadera oscura con su capucha. No hacía frío, solo algo de fresco, pero le pareció que no estaría de más que no le viesen la cara por si la cosa fallaba. Se colocó el revólver entre los pantalones y la barriga sin poder evitar el pensamiento de que estaría gracioso que se le disparase y le hiciera un agujero en un pie. Miró en todas direcciones. Aquello era un lugar poco frecuentado y eso le venía bien.

Se acercó a la valla, por un lateral próximo a la cancela de entrada, y escuchó durante un rato. Nada.

Saltó y se sacó el revólver. Sentía los latidos del corazón en las sienes. Nunca había notado aquella mezcla de miedo y placer ante el peligro. Estaba temeroso y ansioso al mismo tiempo. Era como si sintiera que era una presa a punto de acabar con los cazadores.

Cruzó el jardín, entre árboles y plantas, con cuidado de no tropezar con algo inesperado, hasta llegar a una ventana. Estaba cerrada. Siguió por la acera de la vivienda, en dirección a la espalda del edificio, y se encontró con otras dos ventanas, también cerradas. Por fin, en lo que era el flanco izquierdo de la vivienda, según se miraba a la entrada principal, vio la luz que salía del interior a través de un ventanal más amplio que los anteriores.

Con sumo sigilo, asomó la cabeza lo mínimo imprescindible para averiguar si había alguien en la habitación. Era un comedor. A la mesa, dando la espalda a Paco, se encontraban dos hombres. Uno de ellos era alguien desconocido para él, si bien dedujo que debía tratarse del padre del inspector Ventura; el otro era, sin lugar a dudas, el agente Pérez. Se alegró de que se encontrara de espaldas. Todo sería más fácil. En el otro extremo de la mesa estaban el inspector y Laura, y en un extremo un chico joven.

«Tengo seis balas y no me voy a entretener en recargar el tambor del revólver. Empiezo por el compañero del inspector, y luego le disparo a él. Los demás, si puedo, me los cargo ya con más tranquilidad —pensó—. Aunque, bien pensado, si mato al inspector, ¿dónde está la gracia? Tengo que hacerlo sufrir. Tiene que estar meses arrepintiéndose de haberme capturado. Decidido: mato al agente y luego a Laura y me largo. Ya le llegará su hora al inspector».

Apuntó con cuidado a la cabeza de Pérez. Los brazos le temblaban de modo ostensible. Se echó atrás contra la pared y bajó el revólver.

«¡Joder!, este puto revólver tendrá mucha potencia pero pesa demasiado —pensó—. Si fallo el primer disparo estoy jodido: el puto

agente me fríe sin remedio. Tranquilo, Paco, vamos a echarle huevos a la cosa. No vas a fallar. Y si fallas te jodes y punto».

Volvió a apuntar a Pérez, pero una ráfaga de aire pareció hacerle ver que estaba haciendo algo mal. Otra vez se apoyó en la pared.

«Joder, mejor apunto a la espalda y me aseguro de que no yerro el disparo».

Volvió a la ventana y esta vez sin dudar un instante, disparó dos veces sobre el agente Pérez. Las dos balas impactaron en su espalda. Luego apuntó a Laura y disparó. Se sorprendió cuando vio cómo el inspector se arrojaba sobre Laura. Antes de que volviese a disparar, alguien había apagado la luz.

Apuntó al suelo y descargó el tambor, con la esperanza de que alguno de los disparos alcanzara a alguien más. Cuando oyó el «clic» que indicaba que no quedaban más balas por disparar, salió a toda velocidad por el jardín en dirección a la valla. Saltó y corrió a toda la velocidad que le permitían sus piernas, pero antes de llegar al coche oyó varias detonaciones.

Entró en el coche, arrancó y salió a toda velocidad.

«Mañana me entero por la prensa. Creo que he hecho una buena escabechina».

***

Tres horas antes.

Eran casi las siete y media de la tarde. Pérez salió de su despacho y se sentó frente a Ventura. Este bebía un güisqui y mostraba síntomas de que no era el primero.

—Inspector, no te molestes por lo que te voy a decir, pero creo que no deberías beber tanto.

—¿Qué quieres que haga después de todo lo que está ocurriendo?

—No lo sé, pero con la bebida no vas a arreglar nada, te lo digo por experiencia. Cuando murió mi mujer me puse a beber como si no quedara alcohol para el día siguiente. Y te aseguro que mi esposa no resucitó.

—Métete en tus cosas y déjame tranquilo.

—Es que mis cosas son las tuyas, ya lo sabes. Si no, ¿para qué estamos los amigos? ¿O es que no somos amigos después de todo?

—Disculpa, tampoco he querido ser brusco contigo.

—No te preocupes. Comprendo tu estado. Mira, inspector, si te digo

la verdad, creo que esto es una pérdida de tiempo. Ese tío no va a aparecer por aquí. Es demasiado cobarde, o demasiado listo, como para no olerse la trampa.

—Tal vez lleves razón, pero no tengo otra opción. La única manera de cogerlo es atraerlo aquí.

—Tú refieres a lo de Mahoma y la montaña, ¿no?

—¡Hombre, Pérez, ya sabía yo que eres más listo de lo que aparentas! A eso me refiero.

—Menos cachondeo con lo de listo, inspector. ¿Y no te has parado a pensar que, por mucho que lo dijera Mahoma, la montaña jamás se movió ni un centímetro?

—La cosa es que ni yo soy Mahoma ni el Lejía es una montaña.

—¡Me has jodido la idea! Yo lo que quería decir es…

—Sé lo que querías decir. Pero la realidad es esta: Paco es un asesino que quiere vengarse de mí por haberlo apresado. Y de ti también, no lo olvides. Desde que mató a mi madre no tenemos la más remota idea sobre dónde se puede encontrar. Así que la única manera de verme las caras con él ha sido publicar en la prensa que es un cobarde y todo lo demás que ya sabes. Vendrá a buscarme y lo mataré como a una rata.

—A lo mejor sucede así. Pero ahora eres tú el que se deja llevar por el afán de venganza. Parece que te has olvidado de la justicia.

—¿La justicia? La justicia consiste en eliminar alimañas como esa. —Ventura rellenó el vaso y dio un buen sorbo—. En eso consiste y no en los idealismos inútiles sobre la redención de los criminales y demás.

—¿Sabes qué te digo? Que antes no pensabas así. Puedo comprender tu estado, pero me gustabas antes mucho más que ahora.

—Antes no habían matado a mi madre.

—Tienes que dejar de lado ese rencor y dejar que la Policía se haga cargo.

—¿Para que no lo encuentren nunca y se salga con la suya? ¡Ni hablar!

—Ya son casi las ocho. Te voy a decir una cosa. No te dejo que te vayas solo para Colmenar en ese estado.

—¿En qué estado? Estoy bien.

—Vale, lo que tú digas. Pues me vas a invitar a cenar en tu casa.

—¿Y eso? ¡Tú te crees que no soy capaz de conducir por haberme tomado unos cuantos vasos de güisqui!

—Es igual lo que crea. La pregunta es: ¿no vas a invitarme de una puñetera vez a cenar? Ya nos conocemos hace unos meses y hasta ahora nada de nada.

—Si te pones así…

***

Una vez salieron y llegaron al coche de Ventura, el agente le propuso que fuera él quien condujera.

—¿Qué pasa? Te crees que estoy borracho y no quieres dejarme conducir, ¿no es eso?

—Hombre, borracho sí que estás, al menos un poco, pero es por probar el vehículo.

—Otro día. Hoy te vas a tener que conformar con acompañarme a casa y quedarte esta noche.

—De acuerdo. Pero si ves que prefieres que conduzca yo, me lo dices.

—Claro. Venga, vámonos ya

Cogieron el coche de Ventura y se fueron en dirección a Colmenar Viejo. Pérez se puso a contar anécdotas y no paraba. Ventura se sonreía, pero lo dejaba hablar y hablar.

En un momento dado, Pérez se calló y encendió un cigarrillo, que pasó, ya encendido a Ventura.

—Oye, Horacio, me gustaría hacerte una pregunta.

—Si es el precio que tengo que pagar por este Ducados apestoso que me has dado, tendré que aceptar. Me temo que la pregunta va con carga. Venga, dispara.

—¿Crees que tu madre estaría satisfecha con el cambio que has tenido tras su muerte?

Ventura se quedó en silencio un buen rato.

—¡Qué cabrón! ¿Pretendes chantajearme con el recuerdo de mi madre o algo así para hacerme cambiar?

—Yo solo te he hecho una pregunta y me gustaría que me la contestases con sinceridad. Es sencillo, ¿no?

—Pues no sé si a mi madre le gustaría. Supongo que no. Vamos…, seguro que no. Pero yo soy yo y mi madre está muerta. Y conozco al tipo que la ha matado.

—Yo estoy vivo y soy tu amigo. Y te digo que no apruebo lo que pretendes hacer y menos tu odio ciego hacia ese hombre. Lo puedo comprender, pero no lo puedo aprobar.

—¿Mi amigo? ¡Venga ya! Si nos conocemos de hace nada. Tú qué sabes de cómo era yo antes y de cómo soy ahora. ¡No me toques las pelotas!

—De acuerdo, ya veo que no me consideras tu amigo. Yo he tenido muy pocos amigos de verdad en la vida, ¿sabes? Y menos desde que me quedé viudo. De hecho, no tengo ni hijo ni familia. Mi hijo piensa que no soy un ejemplo para él. Me considera un fascista que chupa de la teta de Franco, lo cual solo es verdad en parte. Por supuesto que tengo que vivir y es el Estado el que me paga. Pero de ahí a pensar que soy un fascista va un trecho muy grande. En fin, tengo que reconocer que me debo haber equivocado contigo. Para mí eras un amigo. ¡Joder, si hasta me habías convencido de toda esa historia de que todos tenemos derecho a una segunda oportunidad y de que hasta el más vil asesino podía tener algo bueno que le ayudara a ser mejor persona.

—Me estás mareando, Pérez. Reconozco que el güisqui me ha hecho algo de efecto. Seguro que llevas razón. Pero, si no te importa, preferiría dejar esta conversación para más tarde.

—Como quieras.

En otras condiciones, tanto Ventura como Pérez se habrían dado cuenta de que un vehículo los seguía. A ninguno de los dos se les escapaban esos detalles. Sin embargo, el primero estaba demasiado mareado por los güisquis que se había bebido en el despacho y el segundo demasiado pendiente de cómo conducía su amigo.

Llegaron a la casa de Colmenar. Ventura se dio una ducha que lo despejó bastante. Luego se sentaron a tomar una cena ligera, en la que no faltaron los reproches de su padre, las advertencias de Pérez y las palabras de aviso de Laura.

—Eso no puede continuar así —se quejó el padre—. Yo tengo que volver al trabajo y tú tienes que dejar el caso en manos de tus compañeros. No te veo bien, Ventura. Tu madre no querría verte así.

—¿Así, cómo, papá?

—¿Cómo va a ser? Amargado, ansioso de venganza. No piensas otra cosa que atrapar a ese maldito asesino y parece que te olvidas de que todavía tienes un padre.

—¡Joder, papá! Parece que no te das cuenta de que todo esto lo hago por ti también.

—¡No me digas! ¿Y por Laura también?

—No te entiendo. Pues claro que lo hago también por ella. ¡Joder, que ha estado a punto de mataros a los dos!

—Pues mírala a la cara, a ver si la ves satisfecha con tu actitud.

—Hombre, papá, Laura está asustada. Como tú. Y como yo, no te creas.

—No creo que Laura apruebe lo que haces.

—¿Lo que hago? ¿Proteger a mi familia y a la gente que quiero? ¿Eso es lo que no aprobáis?

—No, Horacio, lo que no aprobamos es el modo como lo estás haciendo —aseveró Laura con determinación y bastante alterada—. Te has vuelto una persona huraña, bebes demasiado y no piensas más que en matar a ese hombre. Tú, que defendías no hace nada que no se debía maltratar a un criminal, quieres ahora matar a ese hombre como a un perro. Te voy a decir una cosa, no me gusta el hombre que veo ahora. Y si sigo en esta casa es porque me queda alguna esperanza de que recapacites y vuelvas a ser el de siempre.

—Se produjo un largo silencio, que rompió Pérez.

—Si no haces caso a un amigo, házselo al menos a tu padre y a Laura.

—En cuanto mate a ese malnacido, volveré a ser el de siempre —respondió Ventura—. Mientras siga vivo, es imposible.

—O en cuanto maten a alguno de nosotros. ¿No te das cuenta de que esta no es la manera de llevar el caso? Perdona que te lo diga, pero opino que el comisario ha tenido demasiada manga ancha contigo.

—Aquí ese hijo de mala madre no va a matar a nadie.

—Pues si lo hace, ojalá te sirva para que cambies y no para que te vuelvas más rencoroso. Es lo único que te voy a decir. ¿Tú crees que es normal inventarse un bufete de abogado, publicarlo en la prensa a todo bombo y ponerse a esperar tomando güisquis a que venga el asesino que te tiene amenazado para enfrentarte a él? Nos estamos arriesgando de cojones. Y sin necesidad.

—Nadie te pidió que me apoyaras y te arriesgaras a nada. Si no quieres, no vengas más.

—¡Joder, inspector! Esto es lo último que me…!

Justo en ese momento, sonó el primer disparo, seguido de un segundo, que impactaron sobre la espalda del agente Pérez. Su expresión inicial fue de estupor. Miró con fijeza a Ventura, como si le pidiera algo y cayó de lado en el suelo.

Justo entonces, Ventura vio una sombra en la ventana de enfrente y se arrojó sobre Laura. Le salvó la vida y le costó un disparo en el hombro.

El padre de Ventura corrió hacia el interruptor de la luz y lo pulsó. Luego se arrojó al suelo. Sonaron varios disparos más hasta que se

hizo el silencio.

En el suelo, Ventura cubría con su cuerpo a Laura. Oía la respiración de Pablito, el hijo de Laura, a pocos centímetros.

Se levantó y, a tientas, encendió la luz, abrió el cajón superior de una consola y cogió un arma, con la que salió todo lo rápido que pudo a la calle. Un hombre corría a toda velocidad. Ventura descargó todas las balas del arma sobre él, pero estaba ya demasiado lejos.

Media hora después, una ambulancia se llevaba al hospital al agente Juan Pérez. Se podría hablar de milagro, de casualidad o de destino, pero el hombre seguía vivo. Las dos balas que habían perforado su espalda no habían tocado los pulmones ni el corazón, lo cual resultaba favorable, dentro de la gravedad.

Después de que Pérez fuese evacuado, un teniente de la Guardia Civil comenzó a tomar nota de las declaraciones de Ventura y los demás.

Muy pronto llegó el comisario principal Eutimio Sánchez.

—Lo siento, Ventura —dijo mientras le daba la mano—. ¿Qué ha pasado?

—Estoy seguro de que ha sido ese energúmeno y de que su intención era acabar con todos nosotros.

—No debí aceptar tus condiciones en lo de dar caza al Lejía. Se acabó el trato. A partir de ahora me voy a encargar de que toda la Policía esté detrás del asunto. No debiste encargarte tú solo con Pérez. Mira cómo está ahora.

—Lo he hecho todo mal, comisario. ¡Todo! Me he dejado llevar de mis ansias de vengar la muerte de mi madre. Lo peor de todo es que me temo que Pérez no va a salir de esta. Iba muy mal.

—¿Qué te parece si mientras terminan de declarar Laura y tu padre, nos pasamos a ver a Juan? Dejaremos varios policías de guardia. Te juro que, me digas lo que me digas, hasta que no cacemos a esa alimaña tendréis protección policial permanente.

—Le digo que sí a todo. Vamos a ver a Pérez. Aunque me temo que ya no lo volveremos a ver con vida. Me siento fatal, soy el culpable de todo lo que ha pasado. Y encima, es posible que al Lejía no le volvamos a ver el pelo. Ya no me sirve el cebo de bufete.

—Eso ya se verá. Ahora vamos a ver a Pérez.

***

Paco cogió el coche y se fue para Vallecas.

Iba satisfecho a medias. Había cumplido parte de sus objetivos de venganza, pero a partir de ahora le iba a ser muy difícil completarlos.

Llegó a la casa de Eva y llamó. Ella no tardó en abrir. Cuando le vio la cara supo que había pasado algo grave.

—¿Qué has hecho? —preguntó, un tanto asustada.

—Cosas mías que no te importan. Tengo ganas de echarte un buen polvo, zorra. Así que vamos para la habitación.

***

Paco siempre había contado con que Eva no leía jamás los periódicos y que en el bar no había televisión. Por otra parte, hacía días que había desconectado el aparato que tenía Eva en su casa alegando que no iba bien.

Pero la mujer sospechaba desde había tiempo que Paco había ido más lejos de lo que le solía contar acerca de su venganza y de su vida anterior a su ingreso en prisión. Al mediodía posterior al ataque de la casa de Colmenar, cuando cerraron el bar para comer algo, Eva cogió un periódico y se puso a hojearlo. Tenía el pálpito de que Paco acababa de cometer un crimen sangriento. Él ya sabía que la prensa se había hecho eco de los sucesos que protagonizó el día anterior, pero no pensó que Eva fuera a leer el periódico, puesto que nunca lo hacía desde que se conocieron.

—¿Se puede saber qué haces? —interrogó furioso mientras le arrancaba el periódico de las manos.

—Voy a leer las noticias.

—¿Qué coño tienes tú que leer?

—¿Qué pasa, es que no puedo leer un rato? ¿No quieres que vea algo o qué?

—Ten mucho cuidado. Te veo muy envalentonada conmigo. Tú sospechas algo de mí, ¿no es eso? Piensas que no te lo he contado todo, ¿no? Pues llevas razón. Lo voy a hacer y después decidiré cómo te mato. Tú solita te lo has buscado.

—No quiero saber nada. Prefiero que no me lo cuentes. Te prometo que no voy a leer nada ni a ver la televisión.

—Demasiado tarde. No depende de lo que tú prefieras; yo hago lo que me apetece cuando me apetece.

Paco le contó a Eva toda su vida sin dejarse atrás ni uno solo de los más horrendos detalles: la violación de la mujer de Dingle y el asesinato de su marido, el disparo al capitán Arrieta por haber hecho que lo despidieran de su trabajo en el barco de pesca, el atrajo al banco de Bilbao y el asesinato del cajero, la muerte de varias personas en el club de alterne El Edén y el hospital de Aranjuez, la tortura infligida al Alemán y sus dos compañeros —degollados a continuación por el enfermero—, el acuchillamiento mortal a la madre del inspector Ventura y a una criada de la casa y, por último, el disparo al agente Pérez, efectuado el día anterior.

Eva temblaba al oír aquellas bestialidades, contadas por Paco como si fueran aventuras dignas de alguien que debía ser considerado un personaje sobresaliente.

—Ya ves, vives con un tipo con el que no se juega. Tengo que confesarte que me gustas, Eva. Si no fuera por lo bien que lo haces, ya hace tiempo que te habría matado. Así que de ti depende seguir con vida, al menos durante un tiempo. Si me sigues resultando satisfactoria, tal vez me vaya cuando las aguas se calmen. Algún día saldrá tu marido de prisión y todo esto será para ti un recuerdo. ¿No dices nada?

—No…

—Te confieso que pensé en matarte en cuanto te contase mis cosas, pero, de momento, te voy a dar una oportunidad para seguir viva. Mientras no me largue de aquí, me vienes bien para echar unos buenos polvetes.

—Por favor, no me mates. Yo no te voy a denunciar ni voy a hacer nada en tu contra.

De acuerdo. Solo me queda advertirte que si se te ocurre acudir a la Policía te rajo de arriba abajo. Y, con lo que te he contado, supongo que no tendrás dudas de que lo haré.

—No…

—Venga, mujer, no te pongas así. Pocas tienen la oportunidad de conocer a un tío con un par de huevos bien puestos. Un macho como debe ser. Deberías estar contenta.

Después de oír todo aquello, Eva tuvo la completa seguridad de que Paco la mataría antes de irse. No encontraba ningún motivo para que no lo hiciera.

Solo tenía una oportunidad: conseguir lo antes posible que la Policía se enterase de que Paco estaba en su casa y trabajaba con ella en el bar. Pero ¿cómo hacerlo? Él no iba a dejarla sola ni un momento.

De pronto se le ocurrió que su única oportunidad consistía en que Paco llegara a emborracharse hasta tal punto que perdiera el conocimiento. Entonces sería el momento de llamar a la Policía.

Se encontraba asustada hasta el extremo. Hay personas que sucumben al miedo; otras logran sobreponerse cuando la situación es extrema. Eva resultó ser de la segunda clase. Lo iba a intentar.

—Sigues sin decir nada. Deberías estar orgullosa de haber camelado a un tipo como yo.

—Es que me has dejado sin palabras. No podía imaginar que eras un tipo tan duro.

—¿Duro, dices? No sé si es eso. Yo pienso que soy un superviviente. Un soldado que no se deja vencer ante las adversidades.

—Entonces, si te vas a marchar, ¿no vas a terminar lo que te habías propuesto?

—¿A qué te refieres?

—El inspector sigue vivo y tu antigua novia también.

—Bueno, ahora mismo está complicado acabar con ellos. Después del golpe de hoy, la Policía va a tener vigiladas todas las casas y demás. Serían imbéciles si no lo hicieran. Por otro lado, a Laura me da igual matarla o no. En el fondo, ella es una superviviente y bastante ha pasado en la vida. Lo cual no quiere decir que si tuviese la oportunidad no acabaría con ella.

—¿Y el inspector?

—En estos días lo intentaré. Va a estar muy complicado, pero, si puedo, me lo cargo. De todos modos, con su madre y su compañero muertos tal vez sea mejor que siga vivo. Si no lo mato antes, le enviaré una carta cuando esté a salvo en mi nuevo destino, para que tenga siempre el temor a encontrarse conmigo cuando menos lo espere.

—¿No te tomas una copa?

—Pues mira, sí. Me voy a tomar un buen pelotazo de güisqui. Paco el Lejía se lo merece.

—Claro que sí. Te voy a dar un vaso de güisqui bien lleno. Te lo mereces.

La muerte ronda a Pérez

El comisario Sánchez y el inspector Ventura estaban desolados. Pérez se encontraba en coma profundo y nada hacía augurar que saliera del mismo.

El doctor que lo atendió nada más llegar habló con los dos policías en cuanto pudo.

—La situación es crítica, no les puedo decir otra cosa. Tiene un golpe en la cabeza y lo más probable es que haya sufrido un derrame cerebral. Es la única explicación que le encontramos a su entrada en coma. Las dos balas en la espalda lo complican todo aún más, porque no vemos viable extraérselas en su estado actual. Sin embargo, si no lo hacemos pronto, su organismo no resistirá el trauma. Por otro lado, las posibilidades de una complicación séptica van a más a cada hora que pasa. Una situación muy compleja.

—Doctor, ¿hay alguna posibilidad de que se salve?

—Es imposible saberlo ahora mismo. Solo se pueden hacer dos cosas: esperar al mejor momento para extraerle las balas y rezar para que el posible derrame se reabsorba.

—Muchas gracias, doctor.

—¿Tiene familia el agente? —preguntó el doctor—. Sería conveniente avisarlos.

—Yo me encargo —se ofreció el comisario—. Tiene un hijo que vive en provincias. Llamaré a la Dirección General para que lo avisen.

—Yo me voy para Colmenar Viejo —dijo Ventura—. Mi padre y Laura deben encontrarse muy mal.

—Claro, Ventura. Mañana hablamos a ver qué podemos hacer respecto al Lejía. Ya te llamo o me paso por casa de tu padre.

—Me temo que poco se va a poder hacer. Esa bestia se nos ha escapado y va a ser casi imposible encontrarlo.

***

Ventura se encontraba desolado. Durante su regreso a Colmenar Viejo, no hacía más que recordar, como si la tuviera grabada en el cerebro, la última frase que le dirigió a Pérez antes de que recibiera los dos disparos en la espalda: «Nadie te pidió que me apoyaras y te arriesgaras a nada. Si no quieres, no vengas más». Había sigo un egoísta y un desagradecido que no había pensado más que en vengarse

a toda cosa del Lejía y no había caído en que Juan Pérez, su amigo, tal vez su único amigo en aquellos momentos, no había dudado ni un instante en prestarse a ayudarlo a pesar de no estar de acuerdo con él y habérselo repetido infinidad de veces.

La rabia que había sentido hacia el asesino de su madre lo había abandonado por completo. Ahora, lo que prevalecía en su ánimo era el deseo de que se hiciera justicia. Había sido un iluso al pensar que él solo iba a poder con aquel malnacido. Si hubiera contado con el apoyo policial que tantas veces le ofreció el comisario principal Sánchez, Juan estaría sano y no a las puertas de la muerte.

Había descargado sobre Sánchez la culpa de lo ocurrido con su madre, cuando el único culpable era Paco.

No entendía cómo el dolor por el asesinato de su madre podía haber estado a punto de convertirlo en un ser rabioso, sin escrúpulos, desengañado de todo y de todos.

Pensó que a veces la línea que separa la bondad de la maldad era demasiado fina, tanto que casi no se notaba. Hay circunstancias que pueden impactar de manera muy negativa sobre el carácter de una persona. Ahora lo veía claro.

«No es fácil convertirse en un malvado cuando la educación y tal vez la naturaleza ha hecho de ti una buena persona —pensó—. Igual que puede resultar muy difícil librarse de ser un demonio cuando has nacido con algo dentro que no puedes evitar y el destino te hace vivir situaciones que te llevan a profundizar en la maldad. Todo es muy complicado. Lo que tengo que hacer ahora es cuidar de Laura, de mi padre y de Pablo y rezar para que Juan se libre de esta. Si se muere, no me lo podré perdonar».

El cazador cazado

A eso de las cuatro del día siguiente, Ventura recibió una llamada telefónica del comisario principal Sánchez.

—¡¡Ventura, lo tenemos!!

—¡¡¿Cómo!!? ¡¡No es posible!!

—Está en un bar de Vallecas. Tenía a una mujer secuestrada. Esta lo ha emborrachado y ha llamado al cuartel más cercano de la Guardia Civil. En unos minutos, salgo con un operativo de doce hombres a detener a ese criminal. Si lo deseas, mando un coche a recogerte. No podemos perder tiempo. Lo que nos faltaría ahora es que se largase y se nos escurriera de entre las manos una vez más.

—¿Cómo se llama el bar?

—Las Delicias.

—Pues yo mismo cojo mi coche y voy para allá. Deme la dirección.

Ventura tomó nota y colgó; a su lado estaban su padre y también Laura y su hijo.

—¿Qué pasa? —interrogó el padre.

—Han localizado a ese criminal. Está en un bar de Vallecas. Voy para allá.

—No vayas, Horacio —pidió Laura—, te lo ruego. Olvídate de él. Que lo cojan y pague sus delitos. Pero no vayas.

—Tengo que hacerlo.

—Temo que cometas una barbaridad o que te ocurra una desgracia.

—No intervendré. No haré nada más que presenciar cómo lo detienen. Se lo debo a mamá, a Juan y también a ti. Además, solo Pérez y yo conocemos la cara de ese tipejo. No en vano fuimos a El Aaiún pensando que era él. Tengo que asegurarme de que no cometamos un nuevo error.

—Pues te acompaño. No me lo puedes negar, Horacio. Yo también soy testigo, ya lo sabes.

—De acuerdo, Laura. ¡Vamos!

—Tened mucho cuidado, hijos —rogó el padre mientras entregaba la llave de su coche a Ventura—. Llévate el mío, Horacio, es más rápido y seguro que el tuyo.

Ventura salió de inmediato acompañado por Laura.

***

Los alrededores de las Delicias estaban cortados por la Policía. Algunas personas se asomaban por las ventanas próximas. Varios periodistas y fotógrafos —estos últimos con el zoom de la cámara en su mayor aumento— trataban de acercarse lo más posible.

Ventura aparcó cerca de un acceso cortado.

—No se puede pasar, caballero —le advirtió uno de los dos policías presentes.

—Inspector Horacio Ventura. Aquí tiene mi placa.

—De acuerdo, pase, inspector, pero la señora se tiene que quedar.

—La señora viene conmigo. Es la testigo que identificó al asesino la primera vez que lo detuvimos, así que va a pasar.

—Si es así, no hay inconveniente.

Llegaron a la línea policial. Alguien con un megáfono daba voces en dirección al bar:

—¡Francisco García Menacho, te damos cinco minutos para salir desarmado y con las manos en alto. Si pasado ese tiempo no lo haces, entraremos a la fuerza! ¡¡Cinco minutos!!

—¿Qué pasa, Ventura? —El que saludaba era el comisario principal Sánchez—. Has llegado a tiempo. Laura, ¿usted por aquí? No sé si es conveniente…

—Mire, como sabe, soy la testigo que llevó a este hombre a la cárcel. Creo que es justo que esté ahora para identificarlo.

—Lleva razón en parte. También lo puede hacer el inspector sin necesidad de que usted se arriesgue. En estos casos, puede suceder cualquier cosa. Y casi ninguna buena.

Justo en ese momento, se oyeron los ruidos de los cerrojos de las armas largas de algunos policías cuando se preparan para ser disparadas. Una silueta se recortó en el vano de la puerta del bar.

No era Paco, sino una mujer. Llevaba el vestido lleno de sangre.

—¡Señora avance de inmediato y sin detenerse! —gritó alguien.

Cuando la mujer llegó a la altura de la primera línea policial alguien tiró de ella y la retiró hacia atrás.

—¿Quién es usted? —preguntó el comisario.

—Eva Suárez, la dueña del bar. —La mujer temblaba.

—¿Está dentro Francisco García Menacho?

—Yo sé que se llama Paco y dicen que lo llaman el Lejía. Si se refieren a ese hombre sí que está. Creo que está… muerto.

—¿Qué ha pasado?

—Me tenía secuestrada. Por Dios les pido que esto le conste a mi marido. Está en la prisión de El Puerto de Santa María y no quiero que piense que este hombre estaba aquí por mi voluntad.

—No se preocupe por eso.

***

Una hora antes, Eva se encontró a Paco justo detrás de ella cuando llamaba por teléfono a la Policía. Parecía imposible que se hubiese despertado después de haberse bebido una cantidad tan grande de güisqui.

—¿Qué haces, zorra? —preguntó el hombre, con la voz vacilante a causa del alcohol que había ingerido—. Ahora te voy a tener que matar y largarme de aquí. ¡Te lo advertí!

Ya era tarde para Paco: la Policía había tomado nota del aviso y de la dirección donde se encontraba.

Eva no tuvo tiempo a responder ni buscar escusas. Paco la cogió por el cuello con el cable del teléfono y empezó a apretar con la intención de acabar con su vida.

—¡Hasta aquí hemos llegado, zorra! ¡Siempre igual!: me has obligado —gritó Paco.

Estaba muy mermado por la bebida, pero tenía energía suficiente para acabar con Eva. Ella ya se daba por muerta cuando se acordó de que llevaba un bolígrafo en el delantal.

Era casi ridículo pensar que con eso iba a parar a Paco, pero no tenía nada más a mano y por un momento pensó que era su única oportunidad y no podía desaprovecharla.

En esta vida, a veces, lo más improbable se convierte en un hecho consumado, mientras que lo más lógico nunca llega a suceder. De esta manera, cuando lo razonable hubiera sido que Eva muriese a manos de Paco, todo sucedió de otra manera muy distinta.

La mujer sacó el bolígrafo, que quedó con la punta hacia atrás y agarrado con fuerza contra la palma de su mano derecha. Con las pocas fuerzas que le quedaban, tiró de su brazo contra la cara del hombre con tal suerte que se lo clavó en un ojo.

Paco la soltó de inmediato, dando unos chillidos terribles y tratando de desclavarse el objeto.

—¡Hija de puta, te voy a matar como a una cerda! ¡Como lo que eres! ¡¡Te vas a enterar!!

Para cuando consiguió quitarse el bolígrafo del ojo, ya tenía la mujer un cuchillo en la mano. Se lo clavó varias veces en el pecho sin que a Paco le diera tiempo a detenerla. El hombre se abrazó a ella y la agarró por el cuello. Una de las cuchilladas había pasado a través de las costillas.

—¡Me has dado bien, puta, pero te vas a venir conmigo! —gritaba Paco mientras le salía un hilo de sangre por la boca.

Eva se sintió morir al ver que Paco seguía apretando su cuello, pero sacó las pocas fuerzas que le quedaban y le propinó un rodillazo en el escroto, con lo que consiguió separarse de él, que se quedó un momento de pie, dubitativo, como pensando si ya había llegado su hora o no, hasta que se arrodilló y cayó de bruces en el suelo. Ella se sentó en una silla, pálida y temblorosa.

***

No sabía cuánto tiempo había transcurrido, cuando oyó voces desde un megáfono. Era la Policía, sin duda.

Se asomó a la puerta del bar y vio el despliegue. Las luces la tenían deslumbrada.

—¡Señora, avance hacia nosotros! —gritó alguien desde un megáfono—. No tenga miedo, todo está bien.

Anduvo hacia las luces hasta que dos policías la cogieron del brazo.

—¿Se encuentra bien?

—Creo que sí. Ha intentado ahogarme. Me sorprendió mientras los llamaba por teléfono y me tuve que defender. Creo que está malherido.

—No se preocupe, ya nos contará los detalles cuando todo haya pasado. Ahora le practicarán un reconocimiento médico. Ha sido usted muy valiente, señora. De ese hombre ya nos encargamos nosotros.

—Tengan cuidado. Es un tipo muy peligroso.

—Tranquila.

En unos instantes, el del megáfono renovó su voceo:

—¡¡Paco, tienes cinco minutos para salir. No tienes escapatoria!!

***

—¡Han pasado los cinco minutos! ¡O sales ahora o entramos a cogerte!

—Señores, hay que entrar ya —ordenó Sánchez.

Justo en ese momento, apareció Paco en la puerta, con el revólver en la mano. Su aspecto era espantoso, con un ojo sangrando y el pecho acribillado a puñaladas.

—¡Quieto ahí! ¡Suelta el arma ahora mismo!

—¡No me da la gana! —gritó con voz ronca y debilitada, casi inaudible—. Yo estoy listo de papeles, pero antes de caer me voy a llevar a unos cuantos por delante. Van a pasar muchos años antes de que os olvidéis de Paco el Lejía.

—¡¡Último aviso!! ¡¡Suelta el arma!!

Paco comenzó a hacer el gesto de apuntar con una sonrisa que parecía preparada por si caía alguna fotografía. Recibió varios

disparos antes de caer al suelo.

—Vamos a verlo —dijo Ventura—. Quiero asegurarme de que es él.

—No sé, Ventura. Quizá será mejor que no lo hagas.

—No me lo puede negar.

—De acuerdo —aceptó Sánchez.

—Yo también quiero verlo —dijo Laura—. Necesito hacerlo.

Sánchez dudó qué responder.

—Déjela, jefe. Laura necesita cerrar heridas ya demasiado antiguas.

—¡Hombre, me vuelves a llamar jefe! De acuerdo, vamos allá.

Paco aún respiraba. Estaba bocarriba con uno de sus pequeños ojillos muy abierto y el otro convertido en una masa sanguinolenta. La boca, con una mueca de dolor, dejaba ver sus dientes cariados y diminutos mientras trataba de tomar aire.

El comisario principal Sánchez se agachó junto a él. Ventura y Laura se mantuvieron unos pasos atrás; Paco los vio con su único ojo sano.

—¡Vaya! ¡Si está aquí la única novia que he tenido en esta puta vida y el inspector que me detuvo en Las Palmas! Venís a comprobar que me muero, ¿no? ¡Qué cabrones!

—Ventura tenía los puños cerrados y el rostro desencajado, mas no dijo nada.

—Mejor no hables —le dijo el comisario Sánchez—, la ambulancia está al llegar.

—¿Para qué? Todos sabemos que estoy listo de papeles. De esta no salgo.

—Hombre, nunca se sabe…

—¡Los cojones! Oiga, usted es el mandamás de aquí, ¿no?

—Sí.

—¿Podría hacerme un favor?

—Supongo que sí. Depende.

—Esta vez, cuando salga mi nombre en los periódicos, encárguese de que se diga toda la verdad. Y sobre todo que quede claro que soy un tío con dos cojones. Lo demás me da igual.

—De acuerdo. Lo haré.

—¿Me da su palabra?

—Te la doy.

—¿Han venido los de la tele? Un reportaje en las noticias quedaría de puta madre. De puta ma…

Paco no dijo nada más. Había muerto.

Laura, Ventura y Sánchez se quedaron mirando cómo la ambulancia llegaba y se llevaba el cadáver.

—Bueno, pareja, os dejo. Esta pesadilla ha terminado.

Se despidieron del comisario principal y se fueron hacia el coche de Ventura.

—Todo ha acabado, Horacio. ¿Sabes qué? Tengo la sensación de que con la muerte de Paco se cierra un ciclo de mi vida en el que todo fueron desgracias y se abre uno nuevo. No le tengo ni odio siquiera. Tal vez sea el menos culpable de todas mis desgracias. Si no hubiera sido porque mató a tu madre, todo habría acabado bien.

—Yo iba dispuesto a decirle unas cuantas cosas muy fuertes, pero cuando lo vi tirado en el suelo a punto de expirar, no fui capaz. No voy a decir que lo perdono. Creo que nunca lo haré. Hay personas cuyas acciones no tienen perdón.

—Ahora lo importante es que tú y yo podemos descansar tranquilos. Tu madre era una gran persona y nunca nos olvidaremos de ella, pero tenemos que seguir viviendo e intentar ser felices. Yo te ayudaré.

—Y yo a ti, Laura. Sin embargo, aún queda algo que me atormenta. Hasta que no vea si Juan se recupera, no podré estar tranquilo. Y más cuando me siento culpable de lo que le ha sucedido.

—El responsable fue Paco.

—Sí, pero si yo no me hubiese empeñado en tender una trampa tan complicada y ridícula a ese hombre, Juan no habría recibido los disparos.

—Eso nunca se puede saber. Paco iba contra nosotros tres. Podría haber pasado cualquier cosa.

—Tal vez lleves razón, Laura. Pero no logro quitarme de encima ese sentimiento de culpa.

—¡Ojalá se recupere!

Se subieron al coche y Ventura arrancó.

—Vamos a casa —ofreció Ventura tras dar un beso a Laura en la mejilla. Tenemos que contar todo lo sucedido a mi padre y tu hijo.

Epílogo

—Panadero, el director del penal quiere verte.

—¿A mí?

—Yo no veo a otro al que llamen «Panadero». Así que…

El director del penal de El Puerto de Santa María se encontraba sentado delante de la mesa de su despacho, haciendo como que leía unos documentos.

—¿Se puede?

—Claro, hombre. Pasa, pasa. Y siéntate.

El Panadero se temía que aquella llamada pudiera tener relación con el Lejía. ¿Y si lo habían detenido y había confesado que él lo ayudó a vengarse del Alemán y también a fugarse?

Además, estaba lo de su mujer: todo el mundo iba a saber que el Lejía le había puesto los cuernos.

—Tengo algo que contarte. ¿Te acuerdas de Francisco García Menacho?

—Pues, ahora mismo no caigo.

—¡Sí, hombre: el que llamabais el Lejía! ¡Si te ayudaba en el bar y todo!

—Ah, sí, claro: el Lejía.

—Verás, lo que te voy a contar es un poco fuerte.

El Panadero se vio con varios años más de condena.

—Pues diga usted.

—No te lo vas a creer. Tenía secuestrada a tu mujer.

—¡¿Cómo dice?! ¡¿A mi mujer?! ¿Cómo es posible? Yo de eso no sé nada.

—Claro que no: ¿cómo lo ibas a saber? La cuestión es que tu mujer ha tenido el valor de denunciarlo a pesar de estar amenazada de muerte. Tienes una mujer muy valiente.

—Ya… ¿Y qué más ha pasado?

—El tipejo ese estuvo a punto de matarla antes de que llegase la Policía, pero ella se defendió y casi acaba con él. Consiguió huir y nosotros rematamos la cuestión: el Lejía ya es historia. Era, y con toda probabilidad lo seguirá siendo durante mucho tiempo, el criminal más peligroso y desalmado de nuestro país.

—Vaya, él me dijo que estaba aquí, en la cárcel, porque había matado a alguien por accidente.

—De eso nada, se ha llevado a mucha gente por delante, pero ya ha pagado con su vida. Y en buena parte gracias a tu señora.

—¿Se encuentra bien? Me refiero a mi mujer.

—Sí, muy bien. De eso te quería hablar. Ella se merece que estés más cerca. Por otra parte, tu conducta en el centro ha sido ejemplar. En un par de meses te pensaba proponer para la condicional. Sin embargo, el comportamiento de tu señora ha animado a las autoridades a aceptar un adelanto en los trámites.

—No entiendo muy bien a qué se refiere.

—Me refiero a que he pedido tu libertad condicional y me han contestado de forma favorable. En breve estás fuera.

—Pues muchas gracias, señor director. No me esperaba nada de todo esto.

—Las gracias ya se las darás a tu señora cuando regreses a casa. Eso es todo.

El Panadero regresó al patio del penal y se metió en el bar. «Tiene huevos la cosa —pensaba—. ¿Quién me iba a decir que gracias a ese canalla iba a salir antes de la cárcel. Eva no tiene la culpa de nada y se ha comportado. Tendré que perdonarla y olvidarlo todo».

Dos días después, cuando Luis el Panadero llegó a su casa en Vallecas, no tenía la menor idea de qué iba a hacer respecto a Eva, su mujer. Lo mismo la mataba que la perdonaba. Estaba hecho un verdadero lío. La quería con locura, pero no podía soportar la idea de que había estado con Paco. «Si la gente descubre la cornamenta que me han puesto, no podré soportarlo», pensó mientras llamaba al timbre.

Eva abrió casi de inmediato. «Está guapísima la puñetera —pensó Luis—, a pesar de que esas ojeras dicen a las claras que lo ha pasado muy mal».

Nada más verlo, la mujer se abalanzó sobre él y se puso a darle besos como si fueran los últimos de su vida. El Panadero no pudo evitar devolvérselos. Pasó lo que tenía que pasar: no tardaron ni un minuto en estar desnudos sobre la cama.

«Me cago en mi estampa —pensó Paco mientras se fumaba un pitillo con ella abrazada a su pecho como una lapa—. La quiero demasiado».

—Oye, Luis, tenía que decirte una cosa.

Luis se inquietó.

—Mejor déjalo por ahora. Ya hablaremos.

—Es que tengo que decírtelo lo antes posible.

—¡Joder que no quiero saber nada! ¡Que lo dejes!

—Es que ese asesino se dejó aquí una mochila y nadie ha preguntado por ella.

Luis no se esperaba aquello; pensaba que Eva lo iba a enfrentar con sus temidos adornos en plena frente.

—¿Una… mochila? —titubeó.

—Sí. Le he echado un vistazo.

—¿Y qué pasa con la mochila?

—Pues que tiene el dinero que necesitábamos para comprar el local de al lado y aún sobra algo.

—Pues habrá que hablar con la Policía. No pienso meterme en más líos.

—A ver, cariño —Luis se estremeció al oír la última palabra—, ese malnacido ha hecho mucho daño. A nosotros y a mucha gente. Ahora puede hacer un bien. En cierto modo, nos lo debe.

—Tal vez lleves razón. Lo raro es que la Policía no haya preguntado.

—¿Qué hacemos?

—Pues…, no sé… Podemos esperar un tiempo. Si la Policía no pregunta, nos lo quedamos y compramos ese local. Pero no lo tengo claro: ya me metí en un lío por culpa de ese jodido local.

—Lo que tú digas, cariño, me parecerá bien.

—¿Sabes qué te digo? Vamos a llamar a la Policía y vamos a contarle lo de la mochila. Lo que no se gana con un trabajo digno no lleva a ninguna parte. Ya he estado una vez en la cárcel y no pienso volver.

***

La familia de Ventura regresó a la casa del Paseo de la Habana. A todos les venía mejor para visitar a Pérez en el hospital de la Paz.

El agente no mejoraba ni empeoraba, pues seguía en coma profundo. Al menos, se le habían podido extraer las dos balas con éxito y sus constantes vitales se mantenían.

El inspector no se decidía a pedir la vuelta a la situación de excedencia y solicitó un mes de permiso. Necesitaba tiempo para estar junto a la familia. De hecho, dejó su apartamento de la plaza Mayor y se mudó a la casa de su padre, junto a Laura y su hijo Pablo.

Habían pasado tres semanas de los sucesos que llevaron a la muerte de Francisco García Menacho, cuando Ventura recibió una llamada telefónica del comisario principal Sánchez. No le extrañó porque solían hablar por teléfono cada dos o tres días, pero lo que Sánchez le

dijo le resultó inesperado por completo.

—¿Diga?

—Buenos días, Ventura, soy Sánchez. ¿Cómo seguís?

—Bien. Cada día un poco mejor. Si no fuera por lo del agente Pérez…

—Pues justo te llamo para darte una gran noticia: ha despertado del coma. Me lo acaban de comunicar desde el Hospital.

—¿¡Qué me dice!?

—Lo que oyes.

—Pues ahora mismo me voy para el Hospital.

Espera, me han aconsejado que esperemos hasta mañana. Le están haciendo pruebas de todo tipo. Quieren saber si hay posibilidades de que recupere el habla, la memoria, la movilidad y demás.

—Pues nada, mañana mismo voy a verlo.

—Yo también. ¿Te parece que nos encontremos en el hospital de la Paz a eso de las diez?

—Sin problema, allí estaré.

Laura estaba al lado de Ventura, intentando adivinar la conversación.

—¿Qué sucede? ¿Está peor Juan?

—Al contrario: ha despertado del coma.

—Y mañana vas a verlo al hospital, ¿no? Te acompaño. Estoy deseando darle un abrazo.

—Claro que sí. Mañana vamos los dos.

—Se lo decimos a Laura. Seguro que quiere acompañarnos.

Al día siguiente, cuando Laura, Ventura y Sánchez entraron en la habitación de Pérez, se lo encontraron sentado en un butacón. Estaba algo delgado y pálido, si bien la viveza de sus ojos recordaba su energía habitual.

Su hijo estaba a su lado. Era una versión joven y con pelo del agente. Tal vez un poco más alto y delgado.

Laura, sin más, se fue hacia él, se agachó y le dio un abrazo.

—¿Qué pasa, Juan? —preguntó Ventura.

—¿Quiénes son ustedes? —inquirió Pérez al tiempo que se restregaba los ojos.

—Hombre, Juan, ¿no nos reconoces? —dijo Sánchez un tanto inquieto.

—¡Pues claro que os reconozco! —exclamó Pérez muerto de risa—. ¿O es que no voy a poder gastar una broma?

—¿Entonces, estás bien? —preguntó Laura.

—Después de tu achuchón, ya estoy curado del todo. No todos los

días se recibe el abrazo de una mujer tan guapa y que encima es tu amiga. Y no te pongas celoso, Horacio, que ya sabes que no hay peligro. ¡Qué más quisiera yo!

Los dos policías, Laura y el hijo de Pérez rieron de buena gana.

—Bueno, la verdad es que estoy molido. Ayer me tuvieron todo el día de pruebas. He podido hasta andar unos pasos. Según dicen los doctores, esto es casi un milagro. A veces me atranco al hablar y tengo que parar un rato, pero es cosa de tiempo que me recupere del todo.

—Hombre, lo de hablar menos tampoco te viene tan mal, porque de todo el mundo es bien conocido que eres un charlatán de aúpa —comentó Ventura con guasa.

—¡Qué gracioso, inspector! Bueno, no se puede saber si me recuperaré del todo. En cualquier caso, es probable que se necesiten unos meses de rehabilitación para saber si me recupero del todo.

—Conociéndote, seguro que lo consigues, Juan.

—Eso espero. Esto…, tengo una pregunta, ¿qué ha pasado con el Lejía?

—¿No te han dicho nada?

—Me han contado que me dispararon dos veces en la espalda y que me di un buen golpe que me ha tenido en coma.

—¿Recuerdas lo que ocurrió?

—Solo recuerdo que estaba en tu casa y que sentí una punzada en el pecho. Luego tuve mil pesadillas y sueños extraños y me desperté ayer. Cuando me dijeron que me habían disparado y que llevaba veintiún días en coma deduje que era obra del Lejía. Por eso os he preguntado, no me lo podía creer.

—Pues sí: fue obra de él. La cosa es que al día siguiente lo localizamos por una llamada telefónica de una mujer a la que tenía secuestrada, nos enfrentamos a él y lo matamos. El Lejía ya es historia.

—Por una parte me alegro; por otra lamento no haber estado en el fregado. En fin, lo importante es que ese andoba ya no va a volver a fastidiar a nadie.

—Te voy a contar algo, Juan —anunció el comisario principal Sánchez—: te habíamos propuesto para una medalla al mérito policial a título póstumo.

—Qué mala suerte la mía. Si lo hubiera sabido, para una vez que me dan una condecoración, me hubiera muerto.

De nuevo rieron todos.

—La cosa es que, ya que te habíamos propuesto, no vamos a hacer el ridículo de no concedértela. Solo que habrá que retirar la coletilla

esa de «a título póstumo».

—¡Vaya!, ha hecho falta que esté a punto de pasar al otro barrio para que me den una medalla. En fin, bienvenida sea. Aunque, con estas condiciones, no estoy dispuesto a que me den otra ni por todo el oro del mundo.

—En cualquier caso, es un medalla que mereces desde hace tiempo —dijo Sánchez.

—No cabe la menor duda de que es así —aseguró Ventura.

—Tengo una noticia que daros referente a mí —dijo Sánchez.

—¿Qué noticia es esa? —interrogó Pérez—. A ver si acierto: lo han ascendido por su participación y la resolución del caso del Lejía.

—¡Qué va! En primer lugar, mi participación no ha sido importante; en segundo lugar, ya sabéis que ocupo el puesto más alto en el escalafón de la Policía, así que un ascenso no es posible.

—¿No nos irá a anunciar que va a ocupar un puesto político? —bromeó Pérez.

—Menos aún. Lo suelto de una vez: he renunciado a mi puesto y he pedido la baja de la Policía.

—¡Pero qué dice, hombre de Dios! —exclamó Pérez—. Usted es un policía de la cabeza a los pies. No puede hacer eso.

—Os lo debo a vosotros. Ventura, sabes que me siento culpable de que se conociera el domicilio de tu padre y por culpa de eso tu madre fuera asesinada por ese criminal. Tú mismo me lo hiciste saber.

—Bueno, jefe, yo estaba obcecado y tal vez me excedí…

—No. Llevabas razón. Fue un error imperdonable y yo me comprometí contigo a pedir la baja cuando todo se resolviera.

—Pues ahora le pido que lo reconsidere. No sería justo que las acciones de ese tipejo consigan que un buen policía se vaya a su casa. El único culpable de todo ha sido él.

—No se hable más del asunto —cortó Pérez—. Si usted renuncia a su cargo yo renuncio a mi medalla. Así que usted verá lo que le conviene. Por cierto, al hilo de lo que estamos hablando, recuerdo que una vez, estando en la División Azul, había un guripa, que por cierto era algo bajito y tenía un bigote que no veas, que, por cierto, se le ponía más tieso que una vela cuando el frío arreciaba. Pues, como digo, el guripa aquel…

—¡¡¡Noooo!!!… —gritó Ventura, echándose con teatralidad las manos a la cabeza entre las risas de los demás; el hijo de Juan Pérez no se quedaba atrás—. ¡Estás curado del todo! ¡Vuelves a ser el bocachanclas, charlatán y parlanchín de siempre! ¡Loado sea el Señor!

—¡Anda y vete a hacer puñetas! Di lo que quieras, inspector Ventura, pero esta historia la acabo y el que no quiera oírla ahí tiene la puerta.

***

Laura y Ventura se habían quedado solos en casa. El padre del último había decidido reanudar su trabajo en el bufete y Pablo, el hijo de Laura, estaba en clase.

Faltaban dos días para que el inspector se reincorporase a la Dirección General de Seguridad tras su mes de vacaciones.

Laura y Ventura estaban sentados en el porche, tomando un café.

—Laura, ¿cómo te sientes después de los últimos acontecimientos?

—Muy bien, Horacio. Y más todavía después de la recuperación de Juan. Ahora, creo aún más en que las cosas, por muy mal que se presenten, pueden mejorar.

—No sabes cuánto me alegro.

—¿Y tú?

—Bien… Todavía no me hago a la idea de haber perdido a mi madre. Pero estoy bien.

—Te voy a contar una cosa. Cuando estuvimos en Segovia le confesé a un sacerdote todo lo que había ocurrido en mi vida. No sé si soy creyente. Al menos, no lo soy en el sentido que le dan otras personas. De hecho, no creo en la confesión, ni que por decir los pecados cometidos ya quede uno limpio como una patena. Sin embargo, desde aquel día me siento limpia. No sé cómo explicarlo.

—Yo tampoco soy muy creyente, al menos en el sentido tradicional. Pero si haber contado tu vida a aquel sacerdote te ha servido, me alegro infinito.

—Me dijo algo que se me ha quedado grabado. Todos los humanos cometemos errores y todos somos perdonados si nos arrepentimos. Pero antes que nada tenemos que perdonar a los demás y después a nosotros mismos. Creo que ya lo he hecho, incluso a lo que se refiere a mi padre y a Paco. Dios sabrá por qué hicieron tanto daño.

—Me alegra mucho lo que me dices. Es lo mejor para ti, Laura. —Ventura soltó la taza, se levantó y se acercó a ella.

—Te voy a contar otra cosa —dijo Laura mirando con intensidad a los ojos de Ventura—. Cuando estuve en coma, me encontré con tu madre. Después del tiempo transcurrido, sigo pensando que aquello fue real.

—Pero no debió serlo.

—Yo creo que sí. Tu madre me pidió que no te dejara solo en toda tu vida, que no me separase de ti. Me dijo que no importaba lo que yo hubiera sido; que lo importante es lo que soy.

—Estoy de acuerdo con eso.

—Pues bien, Horacio, he decidido hacer caso a tu madre. No me importa ni me va a importar nunca más lo que he sido ni lo que piensen los demás. Solo me importa una cosa: te amo como nunca he amado ni amaré a nadie.

—Y yo a ti, Laura Kobler.

Se dieron un beso tan largo que nunca supieron cuánto tiempo habían tardado en separar los labios y volver a sentarse para intentar terminarse el café, ya frío.

Era inútil.

Se levantaron al mismo tiempo y se volvieron a entrelazar como si se tratara de un solo ser.

San Fernando, diciembre de 2022

AGRADECIMIENTOS

Son tantas las personas a las que debo mi agradecimiento como escritor a lo largo de estos años, que no cabrían en varias páginas.

Por ese motivo, me veo obligado a citar tan solo a los que han resultado más importantes para mí, por uno u otro motivo, desde los primeros momentos en los que comencé a escribir hasta el día de hoy.

Marta Martín Girón y Marcos Nieto Pallarés no han dejado de creer en mi capacidad de escritor un solo instante. Siempre me han trasladado siempre sus pensamientos más sinceros y me han mostrado un apoyo constante e incondicional. Del mismo modo, Gonzalo Fernández nunca me ha dicho «no» cuando le he pedido su opinión, siempre sincera y al mismo tiempo prudente, sobre mis escritos.

Otros muchos escritores, entre los que debo destacar a Blanca Miosi, María N. Mera y Pilar González, apreciaron siempre mis novelas, me enviaron sugerencias, me avisaron de erratas o me apoyaron de modo incondicional en la promoción de mis escritos.

Regli, mi esposa, mis hijas, Irene y Sara, y mis nietos, Mateo y Emma, han celebrado mis modestos éxitos con entusiasmo y se han mostrado día a día orgullosos de mi tenacidad como escritor.

Por último, es de justicia expresar mi mayor agradecimiento a tantos lectores desconocidos que os habéis atrevido a asomaros a mis obras. Cada página que habéis leído de mis obras ha supuesto para mí una satisfacción impagable.

NOTA FINAL

Estimado lector: Hace tan solo unos meses, llevé a cabo, con *Rastro mortal*, mi primera incursión en lo que podemos llamar novela policiaca.

Para mí supuso un gran reto, pues mis anteriores novelas relatan ciertos acontecimientos históricos contados en forma de novela a los que añado algunos episodios o personajes de ficción, o bien se trata de novelas con amplias concesiones a la ficción, pero siempre condicionadas por mi deseo de difundir el conocimiento de acontecimientos históricos más o menos conocidos. En resumen, se trata de novelas históricas, aunque no por ello dejaban de presentar alguna faceta de suspense o aventura.

Cuando escribí *Rastro mortal* la novela permitía, según se desprendía de sus líneas finales, la posibilidad de una continuación, y esta es la causa principal por la que he escrito la novela que acabas de leer.

Revancha mortal es, como espero que hayáis comprobado, una novela autoconclusiva, es decir, susceptible de ser leída sin tener en cuenta la anterior. No obstante, ni que decir tiene que si no has leído *Rastro mortal* y te ha gustado la presente, no estaría mal que lo hicieras ahora. Tal vez te ayudaría a entender cómo en la novela que acabas de terminar se han llegado a las consecuencias que se veían venir en la anterior.

No quiero finalizar esta breve nota sin hacerte una confesión: desconozco si *Revancha mortal* será mi última novela. En estos momentos, no sé qué camino seguiré en lo que se refiere a la escritura. Solo te puedo decir que hasta ahora ha sido para mí un placer escribir y que ese placer se ha visto acompañado de grandes logros y no menores desengaños. Varias de mis obras han logrado algo que cada vez se me antoja más difícil en la actualidad: llegar a ser número uno de ventas en sus categorías, en especial las relacionadas con la Historia. Otras, sin embargo, y se trata sobre todo de las más recientes que he escrito, han pasado, como se suele decir, «sin pena ni gloria».

El ejercicio de escribir, al menos para mí, no es nada sencillo. Se necesitan muchas horas de documentación, cierto derroche de imaginación y mucho trabajo de corrección y maquetación. Los escritores independientes (es decir, los que no dependemos de nadie más que de nosotros mismos para escribir y publicar) lo tenemos bien complicado. Es difícil no terminar agotado de tanto intento infructuoso por conseguir al menos que tus obras se lean en una

medida que se pueda considerar aceptable.

Tal vez no solo depende de mí el que siga escribiendo. Es posible que sea también cosa tuya, estimado lector. Ya veremos qué nos depara el futuro.

En todo caso, contigo, que me lees y me has leído, solo puedo hacer una cosa: darte (como ya he expresado unas líneas más arriba) mis más efusivas gracias y pedirte que si deseas que continúe con esta labor tan ingrata como maravillosa de escribir, comentes mis novelas con tus amigos y conocidos y que las reseñes en el sitio correspondiente.

OTRAS NOVELAS DEL AUTOR PUBLICADAS EN AMAZON

—*Indomable. El condenado del Rif.*

Libro de historia contado con apariencia de novela, sobre la primera condena a prisión que sufrió Fermín Salvochea Álvarez.

—*La guarida del raposo.*

Ambientada en los primeros años del reinado de Alfonso XII. Un criminal escapa de la justicia y es perseguido como una alimaña. Pero no todo es tan sencillo. Sus actos fueron cometidos como consecuencia de un clasismo atroz y un sistema social injusto y cruel.

—*El tribunal Negro.*

Sobre la exclaustración de religiosos de 1835 y la supuesta restauración ilegal de la Inquisición. Sus principales ingredientes son el misterio y el suspense.

—*El presagio de los buitres.*

Historia novelada sobre la Segunda Guerra Celtibérica, también conocida como Primera Guerra de Numancia.

—*Al resguardo de la noche.*

Sobre los carabineros españoles, un cuerpo armado dedicado a perseguir el contrabando olvidado por casi todos.

—*Herejes y Conversos.*

Una reflexión sobre la intolerancia. La historia real de la instalación de la primera misión protestante en España.

—*La redención de los malditos.*

Continuación de *La Guarida del raposo*, con la que forma una bilogía. Un pícaro se convierte en asesino y termina por redimirse de todos sus errores.

—*Los crímenes de La Mano Negra.*

Historia novelada sobre un episodio luctuoso acaecido a finales del siglo XIX en Andalucía y más en concreto en Jerez de la Frontera. Varios hombres son condenados por crímenes cometidos en nombre de una sociedad secreta anarquista.

—*Rastro mortal.*

Primera parte de la Serie *Inspector Ventura* y, por tanto novela que precede a la presente. Un thriller en el que un inspector de policía, un agente y una misteriosa mujer persiguen a un asesino.

[1] Mucho se ha afirmado sobre el supuesto hecho de que, al menos durante el régimen del general Franco, a los soldados se les administraba bromuro mezclado con el café o cacao con leche del desayuno, con el fin de disminuir la libido. El autor de esta novela jamás ha observado nada que corrobore esta afirmación a pesar de

haber sido no pocas veces inspector en las cocinas de diversos cuarteles del Ejército de Tierra.

[2] El ros es una prenda de cabeza de fieltro, con visera y barbiquejo, para cogerla a la barbilla en caso de viento. En la actualidad solo la usa la Guardia Real Española.

[3] La siroquera es un faldón que cuelga de la gorra por detrás, con la misión de proteger del calor y del viento.

[4] Wadi —o uadi— es un término árabe para referirse a un valle o río seco por el cual solo discurre agua en la temporada de lluvias. Así pues, equivale a lo que en España se conoce como «rambla».